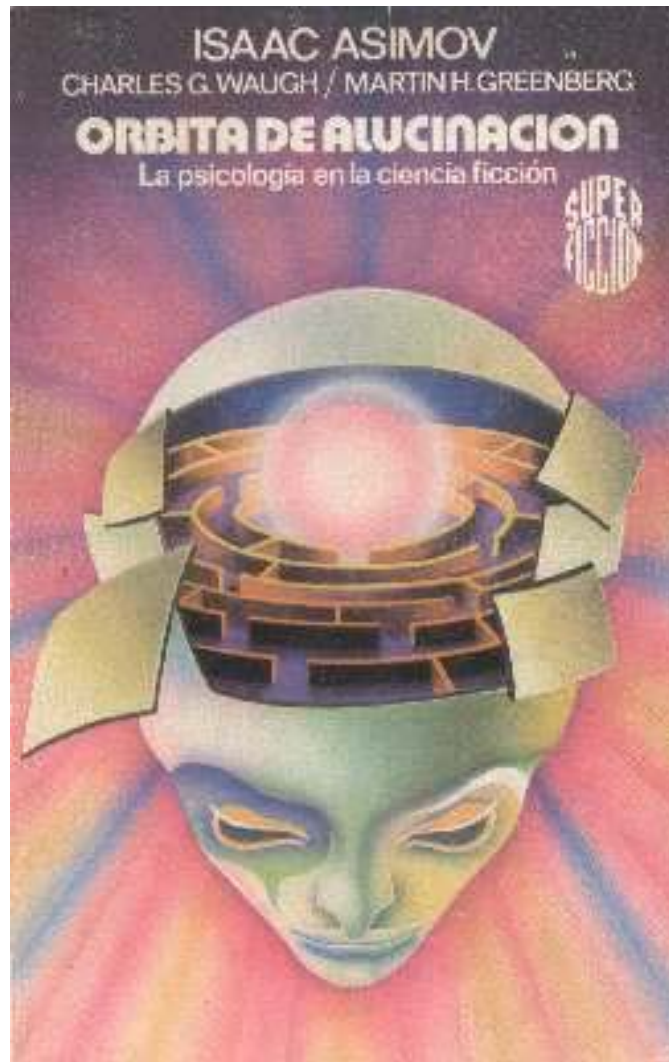


ÓRBITA DE ALUCINACIÓN



**I. Asimov, C. Waugh y
M. Greenberg
(recopiladores)**

Título original: Hallucination Orbit. Psychology in Science Fiction

Traducción: Hernán Sabaté

© 1983 by Nightfall Inc, Charles G. Waugh & Martin H. Greenberg

© 1986 Ediciones Martínez Roca S. A.

Gran Via 774 - Barcelona

ISBN 84-270-0998-4

Edición digital: Ver índice.

Revisión: Sadrac

R6 05/03

ÍNDICE

Introducción
Isaac Asimov

Desarrollo
Es una vida buena, Jerome Bixby («It's a Good Life» ©1953)

Edición digital: Sadrac.

Sensación
La máquina del sonido, Roald Dahl («The Sound Machine» ©1949)

Edición digital: Urijenny.

Percepción
Órbita de alucinación, J. T. McIntosh («Hallucination Orbit» © 1952)

Edición digital: Urijenny.

Aprendizaje
El ganador, Donald E. Westlake («The Winner» © 1970)

Edición digital: Urijenny.

Lenguaje
Por otro nombre, rosa, Christopher Anvil («A Rose by Other Name» © 1960)

Edición digital: Sadrac.

Memoria
El hombre que nunca olvidaba, Robert Silverberg («The Man Who Never Forgot» © 1957)

Edición digital: Sadrac.

Motivación
Círculo vicioso, Isaac Asimov («Runaround» ©1942)

Edición digital: Questor.

Inteligencia

Absalón, Henry Kuttner («Absalom» © 1946)

Edición digital: Umbriel.

Personalidad

Alas en la oscuridad, Fred Saberhagen («Wings Out of Shadow» © 1974)

Edición digital: Sadrac.

Psicología de las anomalías

En caso de emergencia, Randall Garret («In Case of Fire» ©1960)

Edición digital: Urijenny.

Terapia

Para eso están los amigos, John Brunner («What Friends Are For» © 1974)

Edición digital: Sadrac.

Psicología social

Los Conductores, Edward W. Ludwig («The Drivers» © 1955)

Edición digital: Sadrac.

Referencias y comentarios

Charles G. Waugh e Isaac Asimov.

Introducción

En el griego clásico, la palabra psique estaba relacionada semánticamente con el concepto de respiración. Sin embargo, como es lógico, los antiguos griegos no entendían esta respiración en el sentido que le ha dado la ciencia moderna. Para ellos, respirar era algo invisible y misterioso que, de algún modo, estaba en íntima relación con la vida. Las piedras no respiraban, y tampoco lo hacían los seres humanos cuando morían.

Con el paso del tiempo, la palabra psique se ha convertido, en español, en sinónimo de alma o espíritu, vocablos que se refieren también a algo etéreo, intangible, que de algún modo está íntimamente relacionado con la vida. Sin embargo, cualquier otra definición que pretenda una mayor precisión en el término acaba por perderse en un sinnúmero de sutilezas e incertidumbres teológicas.

Si queremos definir la psique o alma sin acudir a explicaciones teológicas, podemos considerarla el núcleo central, el meollo, del ente que se alberga en el cuerpo físico. Es la personalidad, la individualidad, eso a lo que uno se refiere cuando dice «yo». Es eso que permanece intacto y completo aunque se pierda un brazo o una pierna, aunque se quede uno ciego o el cuerpo esté enfermo, herido o agonizante.

La psicología, por consiguiente, es el estudio sistemático de ese núcleo central de la personalidad. Y en estos tiempos nuestros de retroceso de las explicaciones teológicas, la palabra más apropiada para referirnos a dicho núcleo central de la personalidad ya no es alma, sino mente. La psicología es el estudio de la mente y de su relación con la cultura.

La psicología resulta fascinante por cuanto parece hallarse en el fondo de todo conocimiento. En ciertos aspectos, todo el mundo la comprende; en otros, resulta un misterio para cualquiera. Lo mismo sucede en otras ciencias, quizás en todas, pero ciertamente en ninguna alcanza el grado y profundidad que en la psicología.

Por ejemplo, comprender por qué una bola de billar se comporta del modo en que lo hace, por qué se mueve al ser golpeada por otra, cómo choca y rebota con las bandas de la mesa o con otra bola, cómo se altera su velocidad y dirección como resultado de la colisión, etc., todo ello requiere un profundo conocimiento de los principios de la rama de la física conocida como mecánica. Y a la inversa, es posible calcular y elaborar los principios de la mecánica a partir de un estudio meticuloso del comportamiento de las bolas de billar.

Sin embargo, los expertos en el arte del billar no necesitan haber estudiado en profundidad la física o la mecánica. Puede que jamás hayan oído hablar de la conservación del momento, y que no se hayan detenido nunca a considerar las complejidades matemáticas del momento angular producido por los «efectos» dados a la bola al golpearla en un sitio distinto del centro de gravedad. Y pese a ello, los maestros del billar consiguen verdaderos prodigios con las bolas, gracias a la meticulosa atención que prestan a unos principios físicos que incluso ignoran conocer.

Lo mismo cabe decir de quienes lanzan las pelotas de béisbol con complicado virtuosismo, y de quienes las golpean con los bates en una admirable demostración de coordinación y técnica. Estos deportistas pueden ganar muchos millones gracias a su maestría en la ciencia aplicada de la mecánica aunque, en la mayoría de los casos, jamás hayan estudiado ni siquiera los fundamentos más sencillos de la física.

Las leyes científicas pueden comprenderse de una manera muy útil mediante la mera observación y una práctica meticulosa, pues la ciencia es un sistema organizado de descripción del mundo real, y nosotros vivimos en ese mundo real. El ser humano, por consiguiente, no hace sino aprender a describir el mundo, aun si su descripción no se acomoda a los términos convencionales que los científicos han elaborado y han decidido utilizar entre ellos.

No sorprende, pues, que algunas personas hayan llegado a comprender la mente humana mediante la observación de los demás, viviendo y relacionándose con ellos, adquiriendo conciencia de sus hábitos, respuestas y peculiaridades. Nadie puede leer a Shakespeare, Dostoyevski, Tolstoi, Dickens, Cervantes, Moliere, Goethe y otros innumerables autores sin apreciar que todos ellos tienen un profundo conocimiento de la naturaleza humana en todas sus variantes y con todas sus paradojas, aunque ninguno de ellos haya estudiado psicología de una manera formal.

El conocimiento no científico de la psicología está, indudablemente, más extendido que el de ninguna otra ciencia. Los deportistas aprovechan admirablemente las leyes físicas, los cocineros la química, los jardineros la biología, los marinos la meteorología, y los músicos las matemáticas, pero en todos estos casos se trata de ocupaciones especializadas.

En cambio, todo el mundo sin excepción tiene que relacionarse con otras personas. Incluso los reclusos deben relacionarse consigo mismos, y eso no es poco, pues cada uno de nosotros puede llevar en su interior todas las virtudes y defectos, todas las glorias y debilidades, aversiones y tendencias de la humanidad en general.

Por lo tanto, debemos reconocer que, en ciertos aspectos, la psicología es la ciencia más extendida y comprendida.

Y sin embargo...

La mente humana, nacida —se puede afirmar— del cerebro humano, es algo extraordinariamente complejo. Sin duda, nuestro cerebro es el cúmulo de materia más complicado y sutilmente inter-relacionado que conocemos (con la dudosa excepción del cerebro del delfín, que tiene mayor volumen y está dotado de más circunvoluciones que el del hombre).

Al estudiar algo de tan superlativa complejidad como el cerebro humano, surgen, como era de esperar, frecuentes barreras insalvables. Ello resulta muy comprensible si nos detenemos a pensar que estudiamos el cerebro humano sin más armas que el propio cerebro humano. Estamos pidiéndole a la complejidad que comprenda una complejidad igual.

No es de extrañar, pues, que pese a los miles de millones de seres humanos que a lo largo de la historia del Homo sapiens se han estudiado a sí mismos y a los demás de una manera espontánea y no sistemática, e incluso a pesar de los genios extraordinarios que han puesto de relieve la condición humana en la literatura, el arte, la filosofía y, en los últimos tiempos, en la ciencia, todavía queden vastas áreas desconocidas o inciertas. Y más en la psicología que en ninguna otra ciencia. En aquélla, incluso las áreas más tratadas y estudiadas están sometidas, en un grado u otro, a constante discusión.

Y por ello, en cierto modo, la psicología es la ciencia menos comprendida.

Cabe tener en cuenta, además, que todos los problemas que afectan y han afectado a la humanidad a lo largo de la historia tienen su origen, en gran medida, en el desaprovechamiento de la mente humana. Hay problemas que pueden parecer totalmente independientes de nosotros, e inabordables para cualquier esfuerzo humano —como el advenimiento de una era glaciaria o la explosión del sol—, pero aun entonces la mente humana está en situación de prever el hecho y tomar decisiones destinadas a mejorar la situación, aunque sólo sea haciendo más llevadera la muerte. La buena voluntad, la razón y la ingenuidad son necesarias (y a menudo se echan de menos).

Por otra parte, la estupidez humana —o al menos la carencia de suficiente sabiduría— representa un peligro constante y cada vez mayor. Si nos destruimos en una guerra nuclear, o a causa de la superpoblación, el agotamiento de los recursos, la contaminación, la violencia o la alienación, parte de la culpa —casi toda— habrá residido en la incapacidad de nuestro cerebro para darse cuenta del peligro existente, y en la negativa de nuestra mente a aceptar la necesidad de adoptar las medidas necesarias para evitar o amortiguar tal peligro.

No hay duda, pues, de que la psicología es la más importante de las ciencias. Podemos vivir, aunque sea de un modo primario, con muy escasos conocimientos de cualquiera de las demás ciencias pero, si no comprendemos la psicología, con toda seguridad estamos perdidos.

¿Cuál es el papel de la ciencia ficción en este tema?

Los escritores de ciencia ficción no tienen, en conjunto, una comprensión mejor o más completa de la naturaleza humana que los demás escritores, y no hay razón alguna para volverse a ellos, como individuos, en busca de una explicación más brillante de la condición humana.

No obstante, en la ciencia ficción se describe a seres humanos enfrentados a situaciones inusuales, sociedades extrañas y problemas poco ortodoxos. El esfuerzo de imaginar la respuesta humana ante tales hechos puede suponer un nuevo modo de iluminar las tinieblas, permitiéndonos observar lo que hasta ahora no se había podido aclarar.

Los relatos que aparecen en esta antología han sido seleccionados teniendo en cuenta esta premisa, y cada uno de ellos lleva un comentario especial, escrito por mí mismo y por otro de los recopiladores, Charles Waugh, que es, precisamente, psicólogo de profesión.

ISAAC ASIMOV

ES UNA VIDA BUENA

Jerome Bixby

Cuando Bill Soames condujo su bicicleta por el camino y se detuvo frente a la casa, tía Amy se hallaba fuera, en el porche delantero, abanicándose mientras se mecía en su silla de alto respaldo.

Bajo el tenue «sol» del atardecer, Bill sacó la caja de las compras del gran cesto que descansaba sobre la rueda delantera de su bicicleta y subió por el sendero del frente.

El pequeño Anthony permanecía sentado en el césped, jugando con una rata que había capturado en el sótano. Le había hecho creer que olía a queso, el queso mejor y más delicioso que una rata jamás hubiese creído oler, para hacerla salir de su agujero, y ahora Anthony se había apoderado de ella con su mente y le estaba enseñando estratagemas.

Cuando la rata vio que Bill Soames se acercaba, trató de escapar, pero Anthony pensó en ella y ella dio una voltereta en el césped y se quedó temblando, con los negros ojos brillando de terror.

Bill Soames pasó rápidamente junto a Anthony y llegó junto a la escalera, mascullando. Siempre mascullaba cuando iba a casa de los Fremont, o cuando pasaba cerca, o incluso cuando pensaba en la casa. Todos lo hacían. Pensaban entonces en tonterías que no querían decir nada, como dos y dos son cuatro, y cuatro por dos son ocho, y cosas así. Trataban de disimular sus pensamientos y de mantenerlos en movimiento, para que Anthony no pudiera leerles la mente. Mascullar ayudaba. Porque si Anthony averiguaba algo malo en los pensamientos de uno, podía ocurrírsele la idea de hacer algo al respecto, como curar el dolor de cabeza de la esposa, o las paperas del hijo, o conseguir que la vieja vaca lechera volviera a dar leche regularmente, o arreglar el lavabo. Aunque Anthony no tuviera realmente mala intención, no podía esperarse que supiera lo que era más conveniente hacer en tales casos.

Eso, si usted le gustaba. Entonces trataba de ayudarle, a su manera, lo cual podía ser horrible.

Pero si no le gustaba... Bueno, entonces podía ser peor.

Bill Soames dejó la caja de las compras junto a la barandilla del porche e interrumpió su murmullo el tiempo suficiente para decir:

—¿Es todo lo que quería, señorita Amy?

—Oh, sí, William —dijo descuidadamente Amy Fremont—. ¿No hace un calor terrible hoy?

Bill Soames casi se encogió; sus ojos imploraron a la mujer, y su cabeza negó con violencia una y otra vez. Luego interrumpió nuevamente el murmullo, aunque obviamente no lo deseaba.

—No diga eso, señorita Amy... Hace un día hermoso, hermoso... El tiempo es verdaderamente bueno.

Amy Fremont se levantó de la mecedora y atravesó el porche. Era una mujer alta y delgada, con una risueña ausencia en sus ojos. Más o menos un año antes, Anthony se había enojado con ella, porque Amy le dijo que no hubiera debido convertir al gato en una alfombra, y aunque siempre la había obedecido a ella más que a nadie, lo cual era muy poco, de todos modos, esa vez la castigó con su mente. Y eso había supuesto el fin de los brillantes ojos de Amy Fremont, y el fin de la Amy Fremont que todos conocían. Y entonces corrió la voz en Peaksville (población: 46) de que ni siquiera los miembros de la propia familia de Anthony estaban seguros. Y después de eso, todo el mundo era doblemente cuidadoso.

Quizás algún día Anthony desharía lo que le había hecho a tía Amy. Los padres de Anthony esperaban que así lo hiciera cuando fuera mayor y quizá se sintiese arrepentido. Si es que eso era posible. Porque tía Amy había cambiado mucho, y además, ahora Anthony no obedecía a nadie.

—Por favor, William —dijo tía Amy—, no es necesario que masculles todo el tiempo. Anthony no va a hacerte nada. ¡Por Dios, si Anthony te quiere! —Alzó la voz y llamó a Anthony, que se había cansado de la rata y hacía que se devorase a sí misma—. ¿No es así, querido? ¿Verdad que te gusta el señor Soames?

Anthony miró desde el césped sobre el que seguía sentado al hombre de la tienda, con una mirada brillante, húmeda, purpúrea. No dijo nada. Bill Soames trató de sonreírle. Al cabo de un segundo, Anthony volvió su atención a la rata. Ya se había comido la cola, o por lo menos la había arrancado, porque Anthony la obligaba a morder más rápido de lo que podía tragar, y había pequeños trozos peludos rojos y rosados esparcidos a su alrededor, sobre la hierba verde. Ahora, a la rata le resultaba difícil alcanzar sus partes traseras.

Mascullando silenciosamente, tratando con gran intensidad de no pensar en nada en particular, Bill Soames bajó con las piernas envaradas por el sendero de acceso, montó en su bicicleta y empezó a pedalear.

—Te esperamos esta noche, William —le gritó tía Amy mientras se alejaba.

Bill Soames deseaba en lo más profundo de su ser poder pedalear dos veces más rápido, para alejarse lo antes posible de Anthony y de tía Amy, quien a veces olvidaba lo cuidadoso que uno debía ser. Y no hubiera debido pensar eso, porque Anthony lo percibió. Sintió el deseo del hombre de alejarse de la casa de los Fremont como si fuese algo malo, y su mirada purpúrea parpadeó. Lanzó entonces un pequeño pensamiento rencoroso hacia Bill Soames; muy pequeño, porque estaba de buen humor y además le gustaba Bill, o al menos no le disgustaba, en todo caso hoy no. Bill Soames quería alejarse, de modo que, malhumorado, Anthony le ayudó.

Pedaleando a velocidad sobrehumana, o más bien, pareciéndolo, pues en realidad era la bicicleta la que pedaleaba sola, Bill Soames se desvaneció por el camino en medio de una nube de polvo. Su débil gemido aterrorizado quedó detrás de él suspendido en el calor veraniego.

Anthony miró a la rata. Tras devorar la mitad de su propio vientre, el animal había muerto de dolor. La pensó en una tumba profunda en el campo de maíz —su padre le había dicho una vez, sonriendo, que podía hacer eso con las cosas que mataba— y pasó al otro lado de la casa, seguido por la extraña sombra que proyectaba la caliente luz de bronce del cielo.

En la cocina, tía Amy desenvolvía los paquetes de la comida. Puso los botes en los estantes, la carne y la leche en la nevera, la gruesa harina y el azúcar de remolacha en los grandes botes debajo del fregadero. Dejó en el rincón, junto a la puerta, la gran caja de cartón para que el señor Soames la cogiera la próxima vez que viniese. Estaba manchada, golpeada, desgarrada y gastada, pero era una de las pocas que quedaban en Peaksville. En borrosas letras rojas estaba escrito Campbell's Soup. Los últimos botes de sopa, o de cualquier otra cosa, habían sido consumidos hacía ya bastante tiempo; sólo quedaba un pequeño depósito comunal que los residentes guardaban para alguna ocasión especial, pero aquella caja se conservaba, como un ataúd, y cuando ésa y las demás desaparecieran, los hombres tendrían que hacer otras de madera.

Tía Amy fue a la parte trasera de la casa, donde la mamá de Anthony —la hermana de tía Amy— estaba sentada a la sombra pelando guisantes. Cada vez que mamá hacía correr el dedo a lo largo de la vaina, los guisantes caían —plop-plop-plop— en la cacerola que tenía en el regazo.

—William ha traído las provisiones —dijo tía Amy.

Se sentó fatigadamente en la silla de respaldo recto junto a mamá, y empezó a abanicarse de nuevo. No era vieja, pero desde que Anthony la había golpeado con su mente, algo parecía funcionar mal en su cuerpo, así como en su espíritu, y estaba cansada todo el tiempo.

—Qué bien —dijo mamá.

Plop, caían los gruesos guisantes en la cacerola.

Todo el mundo en Peaksville decía siempre «Qué bien», o «Qué bueno», o «Qué maravilla», cada vez que algo sucedía o se mencionaba, aunque se tratara de desgracias, como accidentes o incluso muertes. Lo hacían así porque si no trataban de esconder sus verdaderos sentimientos Anthony podía oírlos con su mente, y nadie sabía entonces qué podía ocurrir. Como en aquella ocasión en que Sam, el marido de la señora Kent, volvió caminando de la tumba porque a Anthony le gustaba la señora Kent y la había oído llorar.

Plop.

—Hoy es la noche de la televisión —dijo tía Amy—. Me alegro. La espero tanto cada semana... Me pregunto qué veremos hoy.

—¿Bill ha traído la carne?

—Sí. —Tía Amy se abanicaba, mirando el informe brillo de bronce del cielo—. ¡Dios mío, qué calor! Desearía que Anthony hiciera un poco más de fresco...

—¡Amy!

—¡Oh! —El tono agudo de mamá había penetrado adonde no llegara la expresión agónica de Bill Soames. Tía Amy se puso la fina mano en la boca, con exagerada alarma—. Oh... Lo siento, querida.

Sus celestes ojos miraron a izquierda y derecha, para ver si Anthony estaba a la vista. No porque su presencia cambiara algo, pues no tenía que estar cerca para saber lo que uno pensaba. Pero habitualmente, a menos que tuviese su atención centrada en alguien, estaba ocupado en sus propios pensamientos.

Algunas cosas, sin embargo, atraían su atención. No era posible saber con certeza de qué se trataba.

—El tiempo es una maravilla —dijo mamá.

Plop.

—Oh, sí —dijo tía Amy—. Es un día hermoso. No querría que cambiara por nada del mundo.

Plop.

Plop.

—¿Qué hora es? —preguntó mamá.

Desde donde estaba sentada, tía Amy podía ver a través de la ventana de la cocina, el reloj despertador sobre la repisa.

—Las cuatro y media —contestó.

Plop.

—Me gustaría tener algo especial para esta noche —dijo mamá—. ¿El asado que trajo Bill es bueno y magro?

—Muy bueno, querida. Como sabes, mataron hoy, y nos han enviado el mejor trozo.

—¡Dan Hollis se va a sorprender tanto cuando descubra que la reunión de televisión es también su fiesta de cumpleaños!

—¡Estoy segura! ¿Nadie se lo habrá dicho?

—Todo el mundo se comprometió a no hacerlo.

—Será espléndido —asintió tía Amy, mirando el campo de maíz—. Una fiesta de cumpleaños.

—Bueno... —Mamá dejó a un lado la cacerola con los guisantes, se puso de pie y se sacudió el delantal—. Será mejor que empiece a preparar el asado. Después podemos poner la mesa.

Cogió la cacerola con los guisantes.

Anthony dobló la esquina de la casa. No las miró, sino que continuó hasta el bien cuidado jardín —todos los jardines de Peaksville estaban sumamente bien cuidados—, pasó más allá del oxidado e inútil montón de chatarra que en otro tiempo había sido el coche de la familia Fremont y, después de pasar suavemente por encima de la cerca, salió al campo de maíz.

—¿No es un hermoso día? —dijo mamá, en voz quizá demasiado alta, mientras ambas entraban por la puerta trasera.

Tía Amy se abanicaba.

—Hermoso, querida. ¡Una maravilla!

Una vez en el campo de maíz, Anthony caminó entre las susurrantes hileras de plantas verdes. Le gustaba el olor del maíz. Tanto el maíz nuevo, por encima de su cabeza, como el viejo maíz muerto que tenía debajo de los pies. Pisaba con los pies descalzos la rica tierra de Ohio, llena de hierbas y de mazorcas morenas podridas.

Había hecho llover anoche para que hoy todo oliera y se viera hermoso.

Caminó hasta el final del terreno plantado, hasta un bosquecillo de árboles verdes y umbrosos que cubrían un suelo fresco, húmedo y oscuro, masas, hojarasca y hierba verde, rocas cubiertas de musgo, y un manantial que alimentaba un pequeño lago limpio y claro. A Anthony le gustaba estar allí, y mirar los pájaros, insectos y animalitos que corrían, reptaban y gorjeaban. Le gustaba tenderse en el suelo fresco, y ver arriba el movimiento verde y los insectos que revoloteaban entre los suaves y borrosos rayos de sol, que semejaban brillantes pilares inclinados entre el suelo y las copas. Por alguna razón, le agradaban más los pensamientos de las criaturas de ese lugar que los que percibía fuera de allí; si bien los pensamientos que allí recibía no eran muy fuertes ni claros, comprendía lo bastante para saber qué querían o buscaban esas criaturas, y dedicaba mucho tiempo a hacer el lugar como ellas lo querían. El manantial no había estado siempre allí; pero, en cierta ocasión, había sentido la sed en la mente de una bestia peluda, y había traído una veta subterránea a la superficie; y, parpadeando, sintió luego el placer del animal mientras bebía. Y en otra ocasión en que percibió un pequeño deseo de nadar, había hecho el lago.

Había puesto rocas, árboles, matorrales y cavernas, sol de este lado y sombra de aquel otro, porque había percibido en todas las pequeñas mentes el deseo —o la necesidad instintiva— de una determinada clase de lugar para el reposo, para el juego, para el acoplamiento, para establecer el hogar.

Y de alguna manera, las criaturas de todos los lugares próximos al bosquecillo parecían saber que aquel era un buen lugar, porque cada vez había más. Anthony encontraba siempre más criaturas que la vez anterior, y más deseos y necesidades que era preciso atender. Siempre había alguna criatura que no había visto nunca antes, y entonces buscaba en su mente, y veía qué deseaba, y se lo daba.

Le gustaba ayudarlas y sentir sus sencillas gratificaciones.

Esta vez se colocó debajo de un gran olmo, y alzó su mirada púrpura hacia un pájaro rojo y negro que acababa de llegar al bosquecillo. Cantaba sobre una rama, justo encima de su cabeza, y se movía hacia atrás y hacia delante, y pensaba sus pequeños pensamientos; Anthony le hizo un gran nido suave, y el pájaro saltó en seguida adentro.

Un largo animal pardo, de suave pelaje, bebía en el lago. Anthony buscó su mente: el ser pensaba en una criatura más pequeña que corría por el suelo, del otro lado del lago, buscando insectos, sin saber que estaba en peligro. El largo animal pardo terminó de beber y puso sus patas en tensión para saltar, pero Anthony lo pensó en una tumba en el campo de maíz.

No le gustaba ese tipo de pensamientos. Le recordaban los pensamientos de afuera del bosquecillo. Hacía mucho tiempo, algunas personas de afuera habían pensado acerca de él; y una noche habían preparado una emboscada esperando que él regresara del bosquecillo. Él los había pensado en el campo de maíz. Desde entonces, el resto de la gente había dejado de tener ese tipo de ideas, o por lo menos con claridad. Ahora sus pensamientos eran confusos cuando pensaban acerca de él, así que no se preocupaba demasiado.

También en ocasiones le gustaba ayudarles, pero no era ni fácil ni gratificante. Nunca pensaban cosas dichosas cuando lo hacía, sino que recaían en la confusión. Así que prefería pasar más tiempo aquí.

Durante un rato miró a los pájaros, a los insectos, a los seres de suntuoso pelaje, y jugó con un pájaro. Lo hizo elevarse y descender de súbito, y volar locamente entre los troncos, hasta que, accidentalmente, cuando otra ave distrajo un instante su atención, se golpeó contra una roca. Con gran malhumor, pensó la roca en una tumba del campo de maíz; pero nada más pudo hacer por el pájaro. No porque estuviera muerto —que lo estaba—, sino porque tenía el ala rota.

Volvió entonces a la casa. No tenía ganas de caminar por el campo de maíz, de modo que simplemente fue a la casa, y directamente al sótano.

Estaba muy bien allí. Oscuro, húmedo y fragante, porque antes mamá guardaba las conservas en los estantes de la pared opuesta y, al dejar de acudir allí abajo, cuando él comenzó a hacerlo, las conservas se habían echado a perder, se habían derramado de los botes y caído sobre el sucio suelo. A Anthony le gustaba el olor.

Descubrió otra rata haciéndole oler queso, y después de jugar con ella, la pensó en una tumba justamente al lado del animal peludo que había matado en el bosquecillo. Tía Amy odiaba las ratas, y él mataba muchas, porque quien más le gustaba era tía Amy y a veces hacía las cosas que ella quería. Su mente era más parecida a las pequeñas mentes del bosquecillo: hacía mucho tiempo que no pensaba nada malo respecto a él.

Después de la rata, jugó con una gran araña negra que estaba en un rincón, debajo de la escalera. La hizo correr de un lado a otro hasta que su tela tembló a la luz de la ventanita del sótano como un reflejo de aguas plateadas. Luego impulsó a varias moscas de la fruta a dirigirse a la tela, hasta que la araña se puso frenética tratando de cazarlas a todas. A la araña le gustaban las moscas, y sus pensamientos eran más fuertes que los de ellas, de modo que la ayudó. Había algo malo en la forma en que le gustaban las moscas de la fruta, pero no estaba claro, y además, también tía Amy las odiaba.

Oyó pasos arriba. Mamá andaba por la cocina. Parpadeó, y casi estaba decidido a hacer que se quedara inmóvil, pero en cambio fue hasta el desván y, tras mirar por la ventana circular de la larga habitación con techos a dos aguas —vio afuera el césped de delante de la casa, el camino polvoriento y, más lejos, las espigas moviéndose en el trigal de Henderson—, se enroscó en una forma inverosímil y quedó parcialmente dormido.

«Pronto vendrá la gente para la televisión», oyó pensar a mamá.

Se durmió más profundamente. Le gustaba la noche de la televisión. A tía Amy siempre le había gustado la televisión, así que una vez había pensado un poco para ella, y para otras personas que estaban allí. Tía Amy se había sentido decepcionada cuando quisieron marcharse. Él, entonces, les hizo algo por eso..., y ahora todos venían a ver televisión.

Le encantaba que estuviesen pendientes de él cuando venían.

El padre de Anthony regresó a las seis y media, cansado, sucio y ensangrentado. Había estado en la dehesa de Dun con los otros hombres, donde ayudó a coger la vaca que debía matarse ese mes, y luego a cortar la carne y salarla en el frigorífico de Soames. No era una tarea que le gustara, pero todos tenían su turno. El día anterior había ayudado a segar el trigo del viejo McIntyre, y al día siguiente empezaría la trilla. Todo se hacía a mano.

Besó a su mujer en la mejilla y se sentó ante la mesa de la cocina. Sonrió y dijo:

—¿Dónde está Anthony?

—Por ahí —respondió mamá.

Tía Amy estaba inclinada sobre la cocina de leña, removiendo los guisantes en la cacerola. Mamá se acercó al horno, lo abrió y miró el asado.

—Ha sido un buen día —dijo papá. Luego miró el bol, y la tabla de amasar sobre la mesa. Olió la masa—. Mmmm —dijo—. Podría comerme una hogaza entera yo solo. Tengo tanta hambre...

—Nadie le dijo a Dan Hollis que le hacíamos una fiesta, ¿verdad? —preguntó su esposa.

—No. Nos quedamos callados como espantapájaros.

—Le hemos preparado una bonita sorpresa.

—¿Hum? ¿Qué?

—Bueno..., ya sabes cómo le gusta a Dan la música. Pues la semana pasada Thelma Dunn encontró un disco en su desván.

—¡No!

—¡Sí! Y además hicimos que Ethel averiguara si lo tenía. Sin preguntarle, ya sabes. Y dijo que no. ¿No es una sorpresa hermosa?

—Pues claro que lo es. ¡Un disco! Eso sí que es bueno. ¿Y qué es?

—Perry Como cantando Tú eres mi sol.

—¡Qué suerte! Siempre me gustó esa melodía. —En la mesa había algunas zanahorias crudas. Papá cogió una pequeña, la frotó contra su pecho y la mordió—. ¿Y cómo lo encontró Thelma?

—Bueno, ya sabes, revolviendo para ver si encontraba algo nuevo.

—Mmmm. —Papá masticaba la zanahoria—. Dime, ¿quién tiene ese cuadro que encontramos una vez? Ese viejo velero... Me gustaba.

—Los Smith. La semana próxima les toca a los Sipich, que deben darle a los Smith la caja de música del viejo McIntyre, y nosotros les damos a los Sipich...

Siguió enumerando la mayoría de las cosas que cambiarían de mano ese domingo, cuando las mujeres las llevaran a la iglesia.

Papá asintió.

—Parece que seguiremos sin el cuadro durante bastante tiempo... Oye, querida, podrías tratar de recuperar ese libro policíaco que le prestamos a los Reilly. Yo estuve tan ocupado esa semana que no pude terminar todos los relatos...

—Haré lo posible —dijo, con dudas, la mujer—. Me enteré de que los Van Husen encontraron un estereoscopio en el sótano. —Su voz era suavemente acusadora—. Lo usaron dos meses antes de decirle nada a nadie.

—Hombre —dijo papá, con interés—. Eso también sería bueno. ¿Con muchas fotos?

—Me imagino que sí. Yo lo veré el domingo. Me gustaría tenerlo, pero aún le debemos algo a los Van Husen por su canario. Me pregunto por qué ese pájaro tuvo que elegir nuestra casa para morir...; debía de estar enfermo cuando lo trajeron. Pero ahora no hay forma de contentar a Betty van Husen. ¡Hasta ha dado a entender que le gustaría tener nuestro piano durante algún tiempo!

—Bueno, querida..., trata de conseguir el estereoscopio, o cualquier otra cosa que te parezca que nos gustará.

Finalmente, consiguió tragar la zanahoria; estaba un poco verde y era dura. Los caprichos de Anthony con el tiempo atmosférico hacían que la gente jamás pudiera saber qué cosechas se obtendrían, ni en qué estado. Lo único que podían hacer era sembrar mucho; y siempre, a cada estación, algo se daba en cantidad suficiente para sobrevivir. En una ocasión se había producido un exceso de trigo, y hubo que llevar toneladas hasta el final de Peaksville y arrojarlo hacia la nada. De otro modo se habría echado a perder y nadie habría podido respirar.

—Me encanta que haya cosas nuevas —siguió papá—. Me alegra pensar que seguramente hay un montón de cosas que nadie ha encontrado todavía en los sótanos, los desvanes, los establos, y que están escondidas debajo de otras cosas. Por lo menos eso ayuda. En la medida en que algo puede ayudar...

—Shhh —susurró mamá, mirando nerviosamente a su alrededor.

—Oh —dijo papá, sonriendo—. ¡Está bien! Las cosas nuevas son buenas. Es una maravilla encontrar de pronto algo que nunca se ha visto antes, y saber que alguien más puede sentirse feliz cuando uno se lo da... Eso es una cosa muy buena.

—Una cosa buena —repitió la mujer.

—Pronto no habrá más cosas nuevas —dijo Amy, desde la cocina—. Habremos encontrado todo lo que hay... Será un desastre.

—¡Amy!

—Bueno... —Tenía la mirada extraviada, una señal de su recurrente desvarío—. Es una vergüenza que no haya cosas nuevas...

—No hables así —dijo mamá, temblando—. Amy, ¡calla!

—Es bueno —dijo papá, con la voz alta, familiar, que deseaba ser escuchada—. Decir eso es bueno, querida, ¿comprendes? Es bueno que Amy hable como quiera. Es bueno que no se sienta bien. Todo es bueno. Todo tiene que ser bueno.

La madre de Anthony estaba pálida. Y también tía Amy; el peligro del momento había logrado penetrar de pronto las nubes que rodeaban su mente. A veces era difícil manejar las palabras para que no produjeran resultados terribles. Uno nunca sabía. Había tantas cosas que no era prudente decir, ni siquiera pensar... Pero también podía ser igualmente

imprudente un reproche, si Anthony lo escuchaba y decidía hacer algo al respecto. No se sabía jamás lo que Anthony era capaz de hacer.

Todo tenía que ser bueno, tal como era, aunque no lo fuera. Siempre. Porque todo cambio podía ser peor. Terriblemente peor.

—Sí, está claro, por supuesto que es bueno —dijo mamá—. Habla como quieras, Amy, y estará bien. Pero recuerda que algunas cosas son mejores que otras...

Tía Amy removía los guisantes, con el pánico reflejado en sus claros ojos.

—Oh, sí —dijo—. Pero no tengo ganas de hablar ahora. Es..., es bueno que no tenga ganas de hablar.

Papá sonrió y dijo fatigadamente:

—Voy a salir a lavarme.

Empezaron a llegar a eso de las ocho. Para entonces, mamá y tía Amy ya tenían preparada la mesa del comedor, con otras dos mesas a los lados. Los candelabros estaban encendidos, las sillas dispuestas, y papá cuidaba un gran fuego en el hogar.

Los primeros en llegar fueron los Sipich, John y Mary. John llevaba puesto su mejor traje, y se había lavado la cara que mostraba un color rosado, después de haber pasado todo el día en el campo de McIntyre. El traje, cuidadosamente planchado, estaba sin embargo gastado en los codos y los puños. El viejo McIntyre estaba intentando construir un telar, a partir de los dibujos de los textos escolares, pero adelantaba muy poco a poco. McIntyre era hábil con la madera y las herramientas, pero un telar es cosa difícil cuando no se cuenta con piezas metálicas. McIntyre se contaba entre quienes al principio, habían intentado que Anthony proporcionara las cosas que la gente del pueblo necesitaba, como vestidos, latas de conserva, medicamentos y gasolina. Desde entonces, sentía que lo sucedido a Joe Kinney y a toda la familia Terrence era culpa suya, y trabajaba duramente para servir a los demás. Y desde ese momento, nadie más había tratado de conseguir que Anthony hiciera nada.

Mary Sipich era una mujer pequeña y alegre, vestida con sencillez, que de inmediato empezó a ayudar a mamá y a tía Amy a dar los últimos toques a la cena.

Después llegaron los Smith y los Dunn, que eran vecinos entre sí y vivían camino abajo, a pocos metros de la nada. Venían en el carro de los Smith, tirado por su viejo caballo.

Cuando los Reilly, que venían del otro lado del oscuro trigal, entraron en la casa, la noche empezó realmente. Pat Reilly se sentó ante el gran piano vertical de la sala y empezó a tocar unas melodías populares cuyas partituras estaban en el atril. Tocaba suavemente, poniendo la mayor expresividad que podía, pero nadie cantaba. A Anthony le gustaba muchísimo el piano; no así el canto. Con frecuencia bajaba del desván, o subía del sótano, o simplemente venía, se sentaba sobre el piano y movía la cabeza al compás de la música, mientras Pat tocaba Noche y día, El bulevar de los sueños

destrozados o Amante. Aparentemente prefería las baladas dulces, pero en una ocasión en que alguien se puso a cantar, Anthony, sentado sobre el piano, miró al grupo e hizo algo que alejó definitivamente la idea de cantar de la mente de los allí reunidos. Más tarde pensaron que la música del piano era lo primero que había oído Anthony, y que ahora, todo lo que se agregara a ese sonido le sonaba mal y le distraía de su placer.

De modo que todas las noches de televisión, Pat tocaba el piano, y así comenzaba la noche. La música siempre hacía feliz a Anthony, y le animaba; sabía también que se habían reunido a ver televisión, y que le esperaban.

A las ocho y media ya estaba todo el mundo, excepto los diecisiete niños y la señora Soames, que los cuidaba en la escuela, al otro lado del pueblo. Nunca, nunca se permitía a los niños de Peaksville acercarse a la casa de los Fremont, desde que el pequeño Fred Smith intentara jugar con Anthony a causa de un desafío. A los niños más pequeños no se les hablaba de Anthony; los otros, en su mayoría, le habían olvidado, o se les decía que era un duende encantador, pero que no debían acercarse a él.

Dan y Ethel Hollis llegaron tarde. Dan no sospechaba nada. Pat Reilly había tocado el piano hasta que le dolieron las manos —con las que antes había trabajado duramente—, y cuando entró Dan, se levantó al tiempo que todos rodeaban a Dan para desearle un feliz aniversario.

—Caramba, qué sorpresa —dijo éste, con una sonrisa—. Es una maravilla... No me esperaba esto... ¡Una maravilla, de veras!

Le dieron sus regalos, en su mayoría cosas que habían hecho con sus propias manos, aunque a veces eran objetos que otros habían poseído y ahora serían de Dan. John Sipich le regaló un talismán de madera, hecho a mano, para la cadena del reloj. El reloj de Dan se había roto el año pasado, pero siempre lo llevaba porque había sido de su abuelo y era una cosa buena y pesada, de oro y plata. Unió el talismán a la cadena, mientras todos reían y decían que John había hecho un hermoso trabajo. Luego Mary Sipich le dio una corbata tejida, que se puso en lugar de la que llevaba.

Los Reilly le dieron una cajita para guardar cosas; no dijeron que cosas, pero Dan respondió que pondría allí sus joyas personales. Estaba hecha con una caja de cigarros, forrada de terciopelo en el interior y, en el exterior, pulida y labrada —si no con gran experiencia, al menos sí con mucho cuidado— por Pat. También su trabajo mereció elogios. Dan Hollis recibió muchos otros regalos: una pipa, un par de cordones para los zapatos, un alfiler de corbata, un par de medias tejidas y unas ligas hechas con tirantes viejos.

Desenvolvió con sumo placer cada regalo y, allí mismo, se puso encima todo lo que podía, las ligas inclusive. Encendió la pipa y declaró no haber gozado nunca tanto del sabor del tabaco, lo que no era exactamente verdad, porque la pipa no estaba curada. Pete Manners nunca la había usado desde que, cuatro años antes, se la enviara un pariente de fuera del pueblo, sin saber que había dejado de fumar.

Dan había llenado con sumo cuidado la pipa de tabaco. El tabaco era muy preciado. Sólo por pura suerte, Pat Reilly había decidido cultivar un poco en su huerto inmediatamente antes de que en Peaksville sucediera lo que sucedió. No creció muy

bien, y además tuvieron que secarlo y cortarlo, y por eso era muypreciado; todos en el pueblo utilizaban las boquillas de madera que había hecho el viejo McIntyre para aprovechar hasta la última hebra.

Y finalmente, Thelma Dunn le dio a Dan Hollis el disco que había encontrado.

Los ojos de Dan se empañaron aun antes de abrir el envoltorio: sabía que era un disco.

—Por Dios —dijo suavemente—, ¿cuál es? Casi tengo miedo de mirar.

—No es necesario, querido —dijo, sonriente, Ethel Hollis—. ¿No recuerdas que te pregunté si tenías Tú eres mi sol?

—Por Dios —repitió Dan.

Cuidadosamente lo desenvolvió y lo miró, pasando sus grandes manos sobre los usados surcos, atravesados por diminutos rasguños. Luego miró a todos, con los ojos brillantes, y ellos le devolvieron una sonrisa porque sabían que se sentía feliz.

—Feliz aniversario, querido —le dijo Ethel, abrazándole y besándole.

Dan tenía el disco aferrado con ambas manos mientras ella se apretaba contra él.

—Con cuidado —dijo riendo—, que tengo una cosa inapreciable.

Miró a su alrededor una vez más, por encima de los brazos de su mujer. Tenía los ojos hambrientos.

—¿No les parece que podríamos escucharlo? Lo que daría por oír un poco..., sólo la primera parte, la de la orquesta, antes de que Perry Como cante.

Las caras se tornaron graves.

—No creo que convenga, Dan —dijo John Sipich al cabo de un instante—. Después de todo, no sabemos exactamente donde hace su entrada el cantante. Sería demasiado arriesgado. Espera a estar en tu casa.

Dan Hollis dejó el disco sobre una mesa, donde estaban los demás regalos.

—Es bueno no escucharlo ahora —dijo automáticamente, a pesar de su decepción.

—Así es —reafirmó Sipich—. Es bueno. —Y para compensar el tono decepcionado de Dan, repitió—: Es bueno.

Cenaron con la luz de los candelabros reflejada en sus sonrientes caras, y no dejaron ni una gota de la deliciosa salsa. Felicitaron a mamá y a tía Amy por el asado, por los guisantes y las zanahorias, y por las mazorcas tiernas de maíz, que naturalmente no

provenían del campo de maíz de los Fremont. Todo el mundo sabía que ocurría allí, y el terreno estaba cubierto de malezas.

Luego saborearon el postre: helados caseros y torta. Y se quedaron sentados, a la luz fluctuante de las velas, esperando la televisión.

Nunca se mascullaba demasiado la noche de la televisión. Todos venían, sabiendo que tenían una buena cena en casa de los Fremont, y eso era muy agradable, y después había televisión, sin que nadie pensara mucho en ella; era algo que formaba parte de la reunión. De modo que, en general, era una reunión bastante agradable, aparte de la necesidad de medir las palabras con el mismo cuidado que se tenía siempre en todas partes. Si un pensamiento peligroso pasaba por la mente de alguno, empezaba a mascullar aunque fuera en mitad de una frase. Cuando alguien lo hacía, los demás lo ignoraban hasta que se sentía mejor y dejaba de hacerlo.

A Anthony le gustaba la noche de la televisión. A lo largo de todo el año pasado, en noches como ésa sólo había hecho dos o tres cosas terribles.

Mamá había traído una botella de brandy a la mesa, y todos se sirvieron una copita. Los licores eran aún más preciados que el tabaco. En el pueblo podían hacer vino, aunque la uva no era la más conveniente, ni las técnicas utilizadas, por lo que el vino no era muy bueno. En todo el pueblo sólo quedaban unas pocas botellas de buenos licores: cuatro de bourbon, tres de whisky escocés, tres de brandy, nueve de buen vino y media botella de Drambouie, que pertenecía al viejo McIntyre (sólo para las bodas); y cuando eso se terminase, no habría más.

Más tarde, todos desearon que no hubiese aparecido el brandy. Porque Dan Hollis bebió más de lo que debía, y lo mezcló con bastante vino casero. Al principio, nadie pensó mucho en él, porque no se le notaba demasiado, y además era su fiesta de cumpleaños, y una reunión feliz, y a Anthony le agradaban esas reuniones, y no había motivo para que hiciera nada aunque estuviese escuchando.

Pero Dan Hollis bebió de más, e hizo una tontería. Si lo hubiesen previsto, le habrían llevado afuera a caminar un rato.

Lo primero que advirtieron fue que Dan dejó de reírse en mitad del relato de Thelma Dunn acerca de cómo había encontrado el disco de Perry Como y lo había dejado caer, y no se le rompió porque se movió más rápido que nunca en su vida y lo sostuvo. Dan acariciaba nuevamente el disco y miraba el viejo gramófono de los Fremont que había en un rincón, y luego hizo una mueca y dijo:

—Cristo.

Inmediatamente, todos callaron. El silencio era tal que podían oír el mecanismo del reloj de péndulo del recibidor. Pat Reilly, que había estado tocando suavemente el piano, se paró en seco; sus manos se mantuvieron inmóviles sobre las amarillentas teclas.

Los candelabros de la mesa del comedor fluctuaron ante la fresca brisa que penetraba por entre las cortinas de encaje de la ventana.

—Sigue tocando, Pat —dijo suavemente el padre de Anthony.

Pat volvió a tocar. Esta vez tocaba Noche y día, pero con el rabillo del ojo miraba a Dan, y equivocó algunas notas.

Dan estaba en el centro de la habitación, sosteniendo el disco. En la otra mano apretaba tanto su copa de brandy que le temblaba la mano.

Todos le miraban.

—Cristo —repitió.

Lo dijo como si fuera una mala palabra.

El reverendo Younger, que estaba hablando con mamá y con tía Amy junto a la puerta del comedor, dijo también «Cristo»; pero era parte de una plegaria. Tenía las manos apretadas y los ojos cerrados.

—Vamos, Dan..., es bueno que hables así. Pero tú mismo sabes que no quieres hablar demasiado...

Dan se sacudió la mano que Sipich había apoyado en su brazo.

—Ni siquiera puedo oír mi disco —dijo. Miró el disco, y luego los rostros de los presentes—. ¡Oh, Dios mío!

Arrojó el brandy contra la pared; el licor corrió sobre el papel que la cubría.

Algunas de las mujeres abrieron la boca.

—Dan —susurró Sipich—. Basta, Dan.

Pat Reilly tocaba más alto ahora, intentando apagar la conversación. Aunque eso de nada podía servir si Anthony estaba escuchando.

Dan Hollis se acercó al piano, y se detuvo junto al hombro de Pat, vacilando un poco.

—Pat —dijo—. No toques eso. Toca esto. —Y empezó a cantar. Suavemente, ásperamente, miserablemente—: Cumpleaños feliz... Cumpleaños feliz...

—¡Dan! —gritó Ethel Hollis, y trató de correr hacia él. Mary Sipich la retuvo cogiéndola del brazo—. ¡Dan! —volvió a gritar Ethel—. ¡Para!

—¡Cállate, por Dios! —susurró Mary Sipich, y la empujó hacia uno de los hombres, que le cubrió la boca con la mano y la sostuvo.

—Que seas muy feliz —cantaba Dan—, en tu cumpleaños... —Se detuvo y miró a Pat Reilly—. Tócalo, Pat, tócalo para que pueda cantar... Ya sabes que no puedo seguir una melodía sin música.

Pat Reilly apoyó las manos en el teclado y empezó a tocar Amante, en tiempo lento, de vals, como le gustaba a Anthony. Pat tenía el rostro blanco y le temblaban las manos.

Dan Hollis miró hacia la puerta del comedor, y fijó la vista en la madre de Anthony, y en su padre, que se había unido a ella.

—Vosotros lo tuvisteis —dijo, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—. Por qué teníais que tenerlo...

Cerró los ojos, y nuevas lágrimas brotaron. Y cantó en voz muy alta:

—Tú eres mi sol..., mi único sol..., y me haces feliz... cuando estoy triste...

Anthony vino a la habitación.

Pat dejó de tocar. Se congeló. Todo el mundo se congeló. La brisa agitó las cortinas. Ethel Hollis ni siquiera pudo intentar un grito. Se había desmayado.

—No te lleves mi sol... —La voz de Dan se perdió en el silencio. Se le agrandaron los ojos. Puso ambas manos al frente, con el disco en una y la copa vacía en la otra. Hipó y dijo—. No...

—Hombre malo —dijo Anthony.

Y pensó a Dan Hollis convertido en algo como nadie hubiese creído posible, y luego pensó esa cosa en una tumba muy, pero que muy profunda en el campo de maíz.

El disco y la copa cayeron sobre la alfombra, sin romperse.

La mirada purpúrea de Anthony recorrió la habitación.

Algunos empezaron a murmurar y mascullar, y todos trataron de sonreír. El ruido llenó el comedor, como una remota aprobación. De los murmullos surgieron una o dos voces claras:

—Una cosa muy buena —dijo John Sipich.

—Muy buena —dijo sonriendo el padre de Anthony, que tenía más práctica para sonreír que la mayoría de los demás.

—Una maravilla —dijo Pat Reilly, con los ojos y la nariz llenos de lágrimas, y empezó a tocar de nuevo, suavemente, Noche y día.

Anthony subió a la parte superior del piano, y Pat tocó durante dos horas.

Más tarde, vieron televisión. Todos fueron hacia la sala donde estaba el aparato, encendieron algunas velas y arrimaron las sillas al televisor. Era de pantalla pequeña,

pero no importaba: ni siquiera lo encendían. Tampoco habría servido de nada, porque no había electricidad en Peaksville.

Simplemente, se quedaron sentados en silencio, contemplando las formas que se movían y retorcían en la pantalla, y escuchando los sonidos que surgían del altavoz, aunque nadie sabía de qué se trataba. Nunca sabían. Siempre era igual.

—Es hermoso —dijo en cierto momento tía Amy, con sus ojos claros fijos en esas luces y sombras insensatas—. Pero quizás me gustaba un poco más cuando había otras ciudades y podíamos verdaderamente. ..

—Vamos, Amy —dijo mamá—. Es bueno que digas eso, muy bueno... Pero ¿qué quiere decir? ¡Esta televisión es mucho mejor que la que veíamos antes!

—Cierto —dijo melodiosamente John Sipich—. Es hermoso. ¡Lo mejor que he visto!

John Sipich estaba sentado en el diván, con otros dos hombres. Entre los tres tenían a Ethel Hollis apretada contra los almohadones, y le sostenían los brazos y las piernas, apretándole la mano contra la boca, para que no pudiese gritar.

—Es realmente bueno —repitió.

Mamá miró por la ventana hacia el oscuro camino, y aún más lejos, a través del trigal de Henderson, hacia la vasta e infinita nada en que el pequeño pueblo de Peaksville flotaba como un alma. Esa nada era más evidente por las noches, cuando el día de bronce de Anthony terminaba.

De nada servía preguntarse dónde estaban. Peaksville era simplemente algún lugar. Algún lugar lejos del mundo. Estaba donde había estado desde aquel día, tres años antes, en que Anthony se había arrastrado afuera de su vientre, y el viejo doctor Bates —que en paz descanse— había gritado, y había tratado de matarle, y en que Anthony había hecho eso. Se había llevado el pueblo a algún lugar. O había destruido el mundo dejando sólo el pueblo, nadie sabía cuál de las dos cosas había sucedido.

Y de nada servía preocuparse. Nada servía para nada, excepto vivir como estaban viviendo. Vivirían siempre, siempre, si Anthony lo permitía.

Pensó que esos pensamientos eran peligrosos, y empezó a mascullar. Los demás la imitaron: todos habían estado pensando, evidentemente.

Los hombres del diván le susurraron y le susurraron a Ethel Hollis, y cuando la dejaron en libertad, también ella mascullaba.

Mientras Anthony, sentado sobre el piano, hacía televisión, ellos estaban sentados en círculo, y mascullaban, y contemplaban las cambiantes figuras sin sentido.

Al día siguiente nevó, y se perdieron la mitad de las cosechas. Pero fue un buen día.

Jerome Bixby (1923-)

Jerome Bixby comenzó siendo músico, pero se convirtió en editor de ciencia ficción a finales de los años cuarenta. Después se dedicó a los guiones de cine y, tras un breve período como corredor de fincas, a los guiones de televisión. Aunque es un prolífico escritor, con más de un millar de relatos cortos, los lectores tienden a recordar más los relatos breves que a quienes los escriben. Por eso, debido a que normalmente sólo ha escrito relatos de extensión reducida, su nombre ha recibido hasta el momento un reconocimiento mucho menor del que merece.

LA MÁQUINA DEL SONIDO

Roald Dahl

En el atardecer de un caluroso día de verano, Klausner salió a toda prisa de su casa y, tras recorrer el pasillo lateral que la circundaba, atravesó el jardín del fondo, dirigiéndose a un cobertizo de madera que había allí. Entró y cerró la puerta a sus espaldas.

La única habitación que constituía la cabaña estaba sin pintar. Adosada a una de las paredes, en el lado izquierdo, había una larga mesa de trabajo y sobre ella, entre un revoltijo de cables, baterías y pequeñas herramientas de precisión, había una caja negra, de casi un metro de largo, parecida al ataúd de un niño. Klausner se dirigió a la caja, que tenía la tapa levantada, y empezó a hurgar en su interior, entre una masa de tubos plateados y cables de diferentes colores. Cogió una hoja de papel que había sobre la mesa y la revisó con meticulosidad; miró de nuevo el interior de la caja y empezó a maniobrar por encima de los cables, tirando con suavidad de ellos a fin de comprobar las conexiones. De vez en cuando consultaba el papel, y de nuevo manipulaba en la caja para comprobar cada cable. De ese modo transcurrió aproximadamente una hora.

Entonces dirigió la mano al exterior de la caja, en cuyo frente había tres diales, que comenzó a hacer girar, sin dejar de observar al mismo tiempo el mecanismo del interior. Mientras lo hacía, hablaba para sí, moviendo la cabeza, a veces incluso sonriendo; sus manos se movían sin cesar; los dedos recorrían ágiles el interior de la caja. Cuando algo era delicado o difícil, su boca adquiría las más curiosas y retorcidas formas, y murmuraba:

—Sí..., sí... Y ahora éste... Sí, sí... Pero ¿es correcto? Es..., ¿dónde diablos está mi diagrama?... Ah..., sí... Desde luego... Sí, sí, eso es... Y ahora... Bien... Sí... Sí, sí, sí...

Su concentración era intensa, y sus movimientos rápidos. Trabajaba con urgencia, con intensidad y excitación contenidas.

De pronto oyó ruido de pasos sobre la grava del sendero, se enderezó y se volvió con rapidez hacia la puerta, que se abría en aquel momento para dar paso a un hombre alto. Era Scott. Simplemente Scott, su médico.

—Bien, bien —comentó al entrar—. Conque es aquí donde pasa oculto las veladas.

—Hola, Scott —saludó Klausner.

—Pasaba por aquí y he decidido entrar para ver cómo sigue. No he encontrado a nadie en la casa, y me he acercado hasta aquí. ¿Cómo está su garganta?

—Bien, muy bien.

—Ya que estoy aquí, le echaré un vistazo.

—No se moleste, estoy bien, estoy perfectamente.

El doctor empezó a percibir cierta tensión en el lugar. Miró la caja negra y después observó al hombre.

—Lleva puesto el sombrero.

—Oh..., es verdad. Klausner se lo quitó y lo dejó sobre la mesa. El médico se acercó más, inclinándose para mirar el interior de alta la caja.

—¿Qué es? —dijo—. ¿Una radio?

—No, un pequeño experimento.

—Parece muy complicado.

—Lo es.

Klausner parecía tenso y distraído.

—¿De qué se trata? —preguntó el médico—. Es un artefacto bastante impresionante, ¿no?

—Es tan sólo una idea.

—¿Sí?

—Tiene que ver con el sonido, eso es todo.

—¿En el nombre del cielo! ¿No tiene ya suficiente durante todo el día con su trabajo?

—Me gusta el sonido.

—No lo dudo.

El médico fue hacia la puerta, se volvió y dijo:

—Bien, no le entretendré más. Me alegro de que su garganta ya no le cause molestias.

Pero no salió; se quedó allí mirando la caja, intrigado por la complejidad de su interior, curioso por descubrir lo que se proponía su extraño paciente.

—¿Para qué sirve? —preguntó—. Me ha intrigado usted.

Klausner miró primero la caja y después al médico. Se enderezó y empezó a rascarse el lóbulo de la oreja derecha. Hubo una pausa. El médico, de pie junto a la puerta, aguardaba sonriente.

—Bien, si le interesa se lo diré.

Se produjo una nueva pausa y el médico se dio cuenta de que a Klausner no sabía cómo empezar.

Empezó a mover los pies, a estirarse el lóbulo de la oreja, mirando al suelo. Lentamente, explicó:

—Bueno, el caso es..., en realidad se trata de una teoría muy simple. Como usted sabe, el oído humano no puede oírlo todo; hay sonidos que son tan bajos o tan altos que no podemos captarlos.

—Sí —asintió el médico—, lo sé.

—Bueno, hablando en términos generales, no podemos oír ninguna nota que tenga más de quince mil vibraciones por segundo. Los perros tienen mejor oído que nosotros y, como sabrá, en el comercio existen unos silbatos cuya nota es tan aguda que nosotros no podemos oírla, pero los perros sí.

—Sí, he visto uno —dijo el médico.

—Por supuesto que sí. Subiendo en la escala, hay otra nota más alta que la de ese silbato..., una vibración si lo prefiere, pero yo la considero una nota. Tampoco podemos oírla. Sobre ella hay otra, y otra más, elevándose en la escala; una sucesión sin fin de notas..., una infinidad de notas... Por ejemplo, existe una, ojalá pudiésemos oírla, tan aguda que vibra un millón de veces por segundo, y otra un millón de veces más alta que ésa..., y así sucesivamente, hasta el límite de los números, es decir hasta el infinito, eternamente..., más allá de las estrellas.

Poco a poco Klausner se iba animando. Era un hombrecillo frágil y nervioso, siempre en movimiento. Su inmensa cabeza se inclinaba sobre el hombro izquierdo, como si el

cuello no fuese lo suficientemente fuerte para soportarla. Su cara era suave y pálida, casi blanca; los ojos, de un gris muy claro, lo observaban todo, parpadeando tras unas gafas con montura de acero. Eran unos ojos desconcertantes, descentrados y remotos. Se trataba de un hombrecillo frágil, nervioso, siempre en movimiento, minúsculo, soñador y distraído. Y ahora, el médico, mirando aquella extraña cara pálida, y aquellos ojos grises, pensó que, en cierto modo, en aquella diminuta persona había una calidad de lejanía, de inmensidad, de distancia inconmensurable, como si la mente estuviese muy lejos del cuerpo.

El doctor esperó a que continuase. Klausner suspiró y unió las manos con fuerza.

—Creo que a nuestro alrededor existe todo un mundo de sonidos que no podemos oír —prosiguió ahora, con más calma—. Es posible que allí arriba, en las elevadas regiones inaudibles, se esté creando una excitante música nueva, con armonías sutiles y violentas, y agudas discordancias. Una música tan poderosa que nos volvería locos si nuestros oídos estuviesen sintonizados para captarla...

Allí puede haber algo..., por lo que sabemos, puede haberlo.

—Sí —admitió el médico—, pero no es muy probable.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? —Klausner señaló una mosca posada sobre un pequeño rollo de alambre de cobre que había sobre la mesa—. ¿Ve aquella mosca? ¿Qué clase de ruido produce ahora? Ninguno..., que nosotros podamos oír. Pero tal vez esté silbando en una nota muy aguda, ladrando, graznando o bien cantando una canción. Tiene boca, ¿verdad? ¡Tiene garganta!.

El médico miró al insecto y sonrió. Aún estaba junto a la puerta, con la mano en el pomo.

—Vaya —dijo—. ¿Así que eso es lo que pretende averiguar?

—Hace algún tiempo creé un sencillo aparato que me probó la existencia de una serie de sonidos inaudibles. Muchas veces me he sentado a observar cómo la aguja de mi aparato grababa la presencia de vibraciones sonoras en el aire sin que yo pudiera oírlas. Quiero oír sonidos, quiero saber de dónde proceden o que los produce.

—¿Y esa máquina que tiene sobre la mesa se lo permitirá?

—Puede que sí..., aunque ¿cómo saberlo? Hasta ahora no he tenido suerte, pero he hecho algunos cambios, y esta noche pienso probarla de nuevo. Esta máquina —exclamó Klausner, tocándola con ambas manos— tiene la misión de captar las vibraciones sonoras que son demasiado agudas para poder ser oídas por los humanos, y llevarlas a la escala de tonos audibles. He conseguido sintonizar la máquina casi como una radio.

—¿Qué quiere decir?

—No es complicado. Digamos que deseo oír el chillido de un murciélago. Es un sonido muy agudo, unas treinta mil vibraciones por segundo. La mayoría de nosotros no

podemos captarlo. Pero si hubiese un murciélago revoloteando alrededor de este cuarto y yo sintonizase mi máquina a treinta mil, oiría el chillido con claridad. Podría oír la nota correcta, fa sostenido mayor, si bemol, la que fuese. Pero en un tono mucho más bajo, ¿comprende? El médico miró la larga caja negra en forma de ataúd.

—¿Y la probará esta noche?

—Sí.

—Bien, le deseo suerte —miró su reloj—. ¡Dios mío! Debo irme en seguida. Adiós, y gracias por contármelo. Ya volveré en otro momento para que me diga el resultado.

El médico salió, cerrando la puerta tras de sí.

Klausner siguió trabajando durante un rato con los cables de la caja negra, después levantó la cabeza y, con un susurro bajo y excitado, dijo:

—Ahora a probarla de nuevo. Esta vez hay que sacarla al jardín..., así quizá..., quizá... la recepción será más clara... Ahora la levanto un poco..., cuidadosamente... ¡Dios mío, cómo pesa!

Al llegar con la caja hasta la puerta, se dio cuenta de que no podría abrir con las manos ocupadas. Depositó de nuevo la caja a sobre la mesa, abrió la puerta y después, con gran esfuerzo, la llevó hasta el jardín, colocándola con sumo cuidado sobre una pequeña mesa de madera que había en el césped. Volvió al cobertizo para coger unos auriculares, los conectó a la máquina y se los colocó. Los movimientos de sus manos eran veloces y precisos. Estaba excitado, y respiraba rápida y pesadamente por la boca. Siguió hablando consigo mismo, con pequeñas palabras reconfortantes y animosas, como si tuviese algún temor... de que la máquina no funcionase o de lo que podía suceder en caso de hacerlo.

Permaneció en el jardín, junto a la mesa de madera, tan pálido, diminuto y delgado como un niño prematuramente envejecido, tísico y con gafas. El sol se había puesto, no hacía viento y el silencio era absoluto. Desde donde estaba podía ver, al otro lado del muro que separaba su jardín del de la casa vecina, a una mujer que caminaba con una cesta llena de flores colgada del brazo. La miró durante un rato, aunque sin pensar para nada en ella. Después se volvió hacia la caja que reposaba sobre la mesa y presionó un botón de la parte delantera. Puso la mano izquierda sobre el control de volumen y la derecha sobre el dial que hacía correr la aguja por el disco central, parecido al de longitudes de onda de una radio. El disco estaba graduado en muchos números en series de bandas, empezando con el 15.000 y subiendo hasta 1.000.000.

Se inclinó sobre la máquina, la cabeza torcida hacia un lado en una tensa actitud de escucha. Su mano derecha empezó a hacer girar el dial; la aguja recorría lentamente el disco, tan lentamente que casi no la veía moverse. A través de los auriculares pudo oír un débil y espasmódico chasquido. Por debajo de este ruido, oyó un zumbido distante producido por la misma máquina, pero eso era todo. Mientras escuchaba, tuvo una curiosa sensación; sintió como si sus orejas se fuesen alejando de la cabeza y cada apéndice estuviera conectado a la misma por un delgado cable, rígido como un tentáculo, que se iba alargando y elevándose hacia una zona secreta y prohibida, una

peligrosa región ultrasónica donde los oídos jamás habían penetrado y tampoco tenían derecho a hacerlo.

La pequeña aguja se deslizaba lentamente por el disco, y de pronto oyó un grito, un impresionante grito agudo; se sobresaltó y se agarró con fuerza a la mesa. Miró a su alrededor como si esperase ver a la persona que había gritado. No había nadie a la vista excepto la vecina en el jardín, y ella no lo había hecho. Estaba inclinada sobre unas rosas amarillas, que cortaba y ponía en su cesta.

Lo oyó de nuevo, un grito sin voz, inhumano, agudo y corto, claro y helado. La nota poseía en sí misma una calidad metálica menor, como jamás había escuchado. Klausner miró a su alrededor buscando instintivamente la causa de aquel ruido. La vecina era el único ser vivo a la vista. La vio inclinarse, apoderarse del tallo de una rosa con los dedos de una mano y cortarlo con unas tijeras. Oyó nuevamente el grito.

Llegó en el preciso instante en que el tallo de la rosa era cortado.

La mujer se enderezó, dejó las tijeras de poda en la cesta, al lado de las rosas, y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Señora Saunders! —gritó Klausner, la voz temblorosa por la excitación—. ¡Señora Saunders!

Mirando a su alrededor, la mujer vio a su vecino inmóvil sobre el césped; una persona pequeña y fantástica con un par de auriculares en la cabeza, haciéndole señas con el brazo y llamándola con voz tan aguda y potente que la alarmó.

—¡Corte otra! ¡Por favor, corte otra en seguida! Ella se le quedó mirando.

—Pero, señor Klausner —preguntó—, ¿qué ocurre?

—Por favor, haga lo que le pido. ¡Corte otra rosa!

La señora Saunders siempre había pensado que su vecino era una persona un tanto especial. Pero ahora, al parecer, se había vuelto completamente loco. Se preguntó si no sería mejor echar a correr hacia la casa y llamar a su esposo, pero decidió que Klausner no era peligroso y le siguió la corriente.

—Con mucho gusto, señor Klausner.

Sacó las tijeras de la cesta, se inclinó y cortó otra rosa.

De nuevo Klausner oyó aquel terrible grito sin voz; le llegó otra vez en el momento exacto en que el tallo de la rosa era cortado. Se quitó los auriculares y corrió hacia el muro que separaba los dos jardines.

—Muy bien —dijo—. Es suficiente, no corte más, por favor, no corte más.

La mujer se le quedó mirando, con una rosa amarilla en una mano y las tijeras en la otra.

—Le diré algo, señora Saunders, algo que usted no creará —puso las manos sobre el muro y la miró fijamente a través del grueso cristal de sus gafas—. Acaba de cortar un ramo de flores; y con unas afiladas tijeras ha cortado los tallos de cosas vivas, y cada se rosa que usted ha cortado ha gritado de un modo terrible. ¿Lo sabía, señora Saunders?

—No —respondió ella—, la verdad es que no lo sabía.

—Pues es cierto, las oí gritar. Cada vez que usted cortó una, oí su grito de dolor. Un sonido muy fuerte, aproximadamente unas ciento treinta mil vibraciones por segundo. Usted no puede oírlas, pero yo sí.

—¿De veras, señor Klausner? —murmuró la mujer, dispuesta a huir hacia la casa al cabo de cinco segundos.

—Quizás objete usted que un rosal no tiene sistema nervioso con el que sentir, ni garganta con la que gritar, y tendrá toda la razón. No dispone de ellos, por lo menos no iguales a los nuestros. Pero —se inclinó más sobre el muro y habló en un violento susurro— ¿cómo sabe, señora Saunders, que un rosal no siente el mismo dolor cuando alguien corta su tallo en dos que usted sentiría si alguien le cortase la muñeca con unas tijeras?

—Sí, señor Klausner, sí... Buenas noches.

Dio media vuelta y corrió velozmente hacia el interior de su casa.

Klausner volvió a la mesa, se colocó los auriculares y se quedó un rato escuchando. Aún se oía el suave chasquido y el zumbido de la máquina, pero nada más. Se inclinó y arrancó una pequeña margarita. La cogió entre el pulgar y el índice y suavemente la fue doblando en todas direcciones hasta que el tallo se partió.

Desde el momento en que empezó a tirar de ella hasta la rotura del tallo, pudo oír — muy claramente a través de los auriculares— un suave y agudo quejido, curiosamente inanimado. Repitió el mismo proceso con otra margarita. Escuchó nuevamente el grito, pero ahora ya no estaba seguro de que expresase dolor. No, no era dolor, era sorpresa. ¿O no lo era? En realidad no expresaba ninguno de los sentimientos o emociones conocidos por los seres humanos. Era un grito neutro, sin emoción, que no expresaba nada. Con las rosas había oído lo mismo, se había equivocado al decir que era un grito de dolor. Probablemente una flor no lo sentía. Sus sensaciones eran un completo misterio. Se levantó y se quitó los auriculares. Estaba ya muy oscuro, y podía ver puntos de luz brillando ventanas de las casas que le rodeaban. Levantó la caja negra con cuidado y la llevó de nuevo al interior del cobertizo, dejándola sobre la mesa. Después salió, cerró la puerta y se fue hacia la casa.

A la mañana siguiente Klausner se levantó al amanecer, se vistió y fue directamente al cobertizo. Cogió la máquina y la sacó al exterior, llevándola con ambas manos y caminando inseguro bajo su peso. Cruzó el jardín, la verja de entrada y la calle en dirección al parque. Allí se detuvo, miró a su alrededor y dejó la máquina en el suelo, cerca del tronco de un árbol. Rápidamente regresó a su casa, sacó el hacha de la carbonera y, volviendo al parque, la dejó en el suelo junto al árbol.

Miró de nuevo a su alrededor, escrutando nerviosamente en todas direcciones a través de los gruesos cristales de sus gafas. No había nadie. Eran las seis de la mañana.

Se colocó los auriculares y conectó la máquina. Durante un momento escuchó el débil y familiar zumbido; después levantó el hacha, tomó impulso con las piernas abiertas, y la clavó con tanta fuerza como le fue posible en la base del tronco del árbol. La hoja penetró profundamente en la madera y se quedó allí. En el momento mismo del impacto, a través de los auriculares oyó un ruido extraordinario. Era un ruido nuevo, distinto —un bronco, inarmónico e intenso ruido, un sonido sordo, grave, quejumbroso; no corto y rápido como el de las rosas, sino prolongado durante casi un minuto, más fuerte en el instante en que clavó el hacha, y debilitándose gradualmente hasta desaparecer.

Al hundirse el hacha en la carne del tronco, Klausner se quedó horrorizado; después, suavemente, asió el mango del hacha, la desprendió y la dejó caer al suelo. Pasó los dedos por la herida y trató de cerrarla, mientras decía:

—Árbol..., amigo árbol... Lo siento, lo siento mucho... pero cicatrizará, cicatrizará perfectamente...

Por un momento se quedó allí, con las manos sobre el inmenso tronco; de pronto se dio la vuelta y salió corriendo del parque, cruzó la calle y entró en su casa. Fue hacia el teléfono, consultó la guía, marcó un número y esperó. Oprimía con fuerza el auricular con la mano izquierda y daba con la derecha golpes impacientes sobre la mesa. Oyó el zumbido del teléfono y después su chasquido al ser descolgado el auricular al otro extremo del hilo. La voz soñolienta de un hombre dijo:

—Diga.

—¿El doctor Scott?

—El mismo.

—Doctor, tiene que venir inmediatamente. Dése prisa, por favor.

—¿Quién llama?

—Klausner. ¿Recuerda lo que le conté ayer por la tarde acerca de mis experimentos con el sonido y cómo esperé que podría...?

—Sí, sí, claro, pero ¿qué ocurre? ¿Está usted enfermo?

—No, no lo estoy, pero...

—Son las seis y media de la mañana, y me llama sin estar enfermo...

—Por favor, venga, venga en seguida, quiero que alguien más lo oiga. ¡Me estoy volviendo loco! No puedo creerlo...

El doctor captó en la voz del hombre la nota frenética y casi histérica que solía oír en las voces de la gente que le llamaba para decir: «Ha ocurrido un accidente, venga en seguida». Lentamente, dijo:

—¿Quiere que me levante y vaya inmediatamente?

—Sí, en seguida, por favor.

—Está bien, ahora voy.

Klausner se sentó junto al teléfono y esperó. Trató de recordar el grito del árbol, pero no lo logró. Pudo recordar únicamente que había sido enorme y espantoso y que le había hecho sentirse enfermo de horror. Trató de imaginar el ruido que produciría un ser humano anclado en tierra si alguien le clavaba deliberadamente una pequeña hoja puntiaguda en una pierna, de tal modo que le cortase profundamente y le quedara clavada. ¿El mismo ruido quizá? No, muy distinto. El ruido del árbol era peor que cualquiera de los sonidos humanos conocidos, debido a su terrorífica y oscura calidad atonal. Empezó a pensar en otras cosas vivas y se imaginó un campo de trigo, un campo de trigo de semillas erguidas, amarillo y vivo, y una segadora que lo cruzaba, cortando los tallos, quinientos por segundo, un segundo tras otro. ¡Oh, Dios! ¿Cómo sería aquel ruido? Quinientas plantas de trigo gritando a la vez, y un segundo después otras quinientas cortadas y gritando, y... «No —pensó—, no iré con mi máquina a un campo de trigo, no volvería a probar el pan.» Pero ¿y las patatas, las coles, las zanahorias, las cebollas? ¿Y las manzanas? No, con las manzanas no hay problema; cuando están maduras caen solas. Si a las manzanas se las deja caer en vez de arrancarlas de la rama no ocurre nada. Pero con las verduras es distinto. Las patatas, por ejemplo, debían de gritar, lo mismo que las zanahorias, las cebollas o las coles...

Oyó el pestillo de la puerta del jardín, se levantó de un salto, salió y vio al médico acercarse por el sendero, con el pequeño maletín negro en la mano.

—Bien —dijo este—, que ocurre.

—Venga conmigo, doctor, quiero que lo oiga. Le llamé a usted ya que es el único a quien se lo he contado. Está al otro lado de la calle, en el parque. ¿Quiere venir?

El doctor le miró; Klausner parecía más calmado. No había signos de locura o de histeria, estaba únicamente excitado.

Cruzaron la calle, se adentraron en el parque y Klausner le acompañó hasta el pie de la gran haya donde había dejado el hacha y la caja negra de la máquina.

—¿Para qué la ha traído aquí? —preguntó el médico.

—Necesitaba un árbol, y en el jardín no hay.

—¿Y el hacha?

—Ya lo verá usted. Ahora, por favor, póngase los auriculares y escuche con atención. Luego explíqueme claramente lo que haya oído. Quiero estar seguro...

El médico sonrió y se puso los auriculares.

Klausner se inclinó y encendió con un gesto el interruptor del tablero de la máquina; después asió el hacha y tomó impulso con las piernas abiertas, dispuesto a golpear. Se detuvo y le dijo al médico:

—¿Puede oír algo?

—¿Si puedo qué?

—Oír algo.

—Un zumbido.

Klausner permaneció inmóvil, con el hacha en la mano, esforzándose en golpear, pero el pensamiento del ruido que emitiría el árbol le hizo detenerse de nuevo...

—¿Qué espera? —dijo el médico.

—Nada —contestó Klausner.

Levantó el hacha y la clavó en el árbol. Antes de hacerlo, hubiera podido jurar que había notado un movimiento en el suelo, justo donde se hallaba. Sintió un ligero temblor en la tierra bajo sus pies, como si las raíces del árbol estuviesen en movimiento bajo la superficie. Sin embargo, era demasiado tarde para corregir el impulso; la hoja golpeó el árbol y se hundió profundamente en la madera. En aquel momento, en lo alto, sobre sus cabezas, el chasquido de la madera al astillarse y el sonido susurrante de las hojas al rozar entre sí les hizo mirar hacia arriba.

—¡Cuidado! ¡Corra, hombre, corra! ¡Aprisa! —gritó el médico.

Se había quitado los auriculares y se alejaba a toda velocidad, pero Klausner se quedó allí, fascinado, mirando la gran rama, de casi dos metros de largo, que se inclinaba lentamente, partiéndose por su punto más grueso, donde se unía al tronco del árbol.

La rama se vino abajo con un crujido y Klausner saltó hacia un lado en el momento preciso en que aquella llegaba al suelo, cayendo sobre la máquina, haciéndola pedazos.

—¡Cielos! —gritó el médico—. ¡Sí que la tuvo cerca, creí que le caía encima!

Klausner miraba al árbol, con la cabeza ladeada y una expresión tensa y horrorizada en su cara pálida. Lentamente, fue hacia el tronco y arrancó el hacha con suavidad.

—¿Lo ha oído? —dijo con voz casi inaudible, volviéndose hacia el médico.

Éste, que aún estaba sin aliento por la carrera y el sobresalto, preguntó.

—¿El qué?

—Por los auriculares. ¿Oyó usted algo cuando el hacha golpeó?

El médico empezó a rascarse la nuca.

—Pues —dijo—, de hecho... —se calló y frunció ligeramente el labio superior—. No, no estoy seguro, no puedo estar seguro. No creo que llevase puestos los auriculares más de un segundo después que usted clavó el hacha.

—Sí, pero ¿qué oyó usted?

—No lo sé. No sé lo que oí. Probablemente el ruido de la rama al partirse —añadió rápidamente, casi con irritación.

—¿Qué le pareció que era? —Klausner se inclinó ligeramente y miró con fijeza a su interlocutor—. Exactamente, ¿qué le pareció que era?

—Al demonio —repuso el médico—. No lo sé. Estaba más interesado en quitarme de en medio. Dejémoslo, ¿quiere?

—Doctor Scott, ¿qué-le-pareció-que-era?

—Por el amor de Dios, ¿cómo puedo saberlo, con medio árbol viniéndose encima y teniendo que correr para salvarme?

El médico parecía nervioso, y Klausner se daba cuenta de ello. Se quedó muy quieto, mirándolo fijamente, y durante casi medio minuto no dijo nada.

El otro movió los pies e hizo un gesto como para irse.

—Bueno —dijo—, es mejor que nos marchemos.

—Oiga —dijo el hombrecillo, y su cara pálida se cubrió de rubor—. Oiga —repitió—, hágale una sutura —señaló la última herida que el hacha había abierto en el tronco—. Hágasela en seguida.

—No sea absurdo —dijo el médico.

—Haga lo que le digo. Una sutura.

Klausner sostenía con fuerza el hacha, y hablaba en voz baja, con tono extraño, casi amenazador.

—No sea absurdo —dijo tajante el médico—, no puedo hacer suturas en la madera. Vamos, será mejor que nos vayamos.

—¿No se pueden hacer suturas en la madera?

—No, claro que no.

—¿Trae yodo en el maletín?

—Sí, ¿por qué?

—Pinte el corte con yodo. Escocerá, pero no puede evitarse.

—Vamos —dijo el médico, y de nuevo trató de marcharse—, no seamos ridículos. Volvamos a su casa y...

—Pinte-el-corte-con-yodo...

El médico dudó. Observó como las manos de Klausner se crispaban en torno al mango del hacha. Decidió que su única alternativa era alejarse a toda prisa, pero desde luego no iba a hacer una cosa así.

—Está bien —dijo—, lo pintaré con yodo.

Recogió su maletín negro, que se hallaba más allá, a unos diez metros, apoyado en un árbol; lo abrió, y extrajo la botella de yodo y una bola de algodón. Fue hacia el tronco, destapó la botella y empapó el algodón con el yodo. Se inclinó sobre la herida y empezó a pintarla. Miraba de reojo a Klausner, que permanecía inmóvil con el hacha en la mano, observándole.

—Asegúrese de que penetre bien.

—Sí —asintió el médico.

—Ahora pinte la otra herida, la que está encima.

El médico hizo lo que Klausner le decía.

—Bueno —dijo—, ya está —se levantó y examinó con expresión grave su obra—. Esto le hará bien.

Klausner se acercó y examinó detenidamente las dos heridas.

—Sí —dijo, asintiendo despacio con la enorme cabeza—, sí, quedará bien —dio un paso atrás—. ¿Vendrá mañana a darle una ojeada?

—Oh, sí —dijo el médico—, desde luego.

—¿Y le aplicará más yodo?

—Si veo que hace falta sí.

—Gracias, doctor —dijo Klausner, entusiasmado.

Asintió de nuevo con la cabeza, y soltó el hacha y, de pronto sonrió. Era una sonrisa extraña y excitada. De inmediato, el médico fue hacia él y, cogiéndole amablemente por el brazo, le dijo:

—Vamos, debemos irnos ahora.

Se pusieron a caminar en silencio, juntos, con cierta rapidez, a través del parque, cruzando la calle, de regreso a casa.

Roald Dahl (1916-)

Nacido en Gales de padres noruegos, Roald Dahl reside actualmente en Gran Bretaña. Sin embargo, ha pasado gran parte de su vida en los Estados Unidos. Durante la segunda guerra mundial, como consecuencia de las heridas recibidas en la Royal Air Force, fue trasladado a Washington, donde empezó a escribir relatos sobre aviación. Sin embargo, pronto cambió de línea para dedicarse a los relatos de terror, algunos de ellos tan convincentes como *Man from the south* (1953) y *Royal jelly* (1960), por el que obtuvo merecida fama. En cuanto a otros aspectos, ha producido también varias novelas para niños, como *The gremlins* (1943) y *Charlie and the Chocolate Factory* (1964), esta última llevada a la pantalla con el título de *Willie Wonka and the Chocolate Factory* (1971).

ÓRBITA DE ALUCINACIÓN

J. T. McIntosh

Ord se sentó en la silla giratoria y observó el Sistema Solar. Su claridad de visión —no limitada por el velo de trescientos kilómetros de la atmósfera terrestre— era tal que, desde su posición en la órbita de Plutón, podía apreciar a simple vista todos los planetas. Todos salvo el mismo Plutón, oculto entre una multitud de brillantes estrellas, y Mercurio, eclipsado en ese instante por el Sol.

Sin embargo, Ord sabía perfectamente hacia dónde debía mirar. Durante cada uno de los últimos dos mil días, Ord había acudido a contemplar el Sistema Solar. Había observado a Mercurio girar alrededor del Sol veinticinco veces; a Venus, más reposado, nueve; la Tierra había efectuado seis de esos familiares viajes por el espacio que denominamos años; Marte estaba en su cuarto viaje y, en cambio, Júpiter apenas había cubierto la mitad de su periplo orbital.

—Supongo que debe de ayudar eso de poderlos ver —dijo una voz ligera y caprichosa a su espalda. Incluso cuando hacía el comentario más serio, lo cual sucedía a menudo, la voz de Una resultaba risueña—. Si no hubieras podido contemplar los planetas, hace tiempo que necesitarías una camisa de fuerza.

—¿Quién te dice que no la necesito ya? —exclamó Ord—. Desde luego, no es ése tu caso.

Ord no se volvió todavía. Retrasó el instante de hacerlo, complaciéndose extasiado en cada uno de aquellos breves segundos, como el fumador empedernido hace una pausa antes de encender el cigarrillo que ya tiene en los labios, recreándose en el placer que le aguarda.

—Me parece que mientras hables con cordura sobre la locura, no estarás demasiado chiflado —respondió Una, con su voz cantarina de siempre.

Llegó el momento. Ord no podía aguantar así eternamente. Se volvió en su asiento y contempló a Una con una sonrisa irónica, apenas esbozada. Había conocido a mujeres más hermosas que ella, pero a ninguna que conociera tan bien sus propias limitaciones.

Una llevaba siempre una camisa de un blanco immaculado, con el cuello desabrochado, metida ajustadamente bajo la pretina de unos pantalones color verde botella que lucían una perfecta raya. Quizá resultara pesimista pensar lo peor de lo que no se conocía, pero Ord daba por seguro que los únicos puntos buenos de la figura de Una eran su fina cintura, su busto y la parte de las piernas que mostraba con su vestuario habitual.

En la frente tenía una pequeña irregularidad que disimulaba hábilmente dejando caer, sobre el lado correspondiente del rostro, unos mechones de su hermoso cabello color rubio ceniza. Tenía una dentadura espléndida, que mostraba en una sutil media sonrisa; Una nunca se permitía mayores demostraciones. Junto al primer botón abrochado de su casta y pulcra camisa había un asomo, un indicio de que su piel no poseía en todas sus partes aquella suavidad satinada. Sin embargo, las sospechas no habían tenido ocasión de ser verificadas con certeza.

—¿Cuánto tiempo llevas así, Colin —preguntó Una—. Yo no considero el tiempo como tú. ¿Dónde estarían, si hubieran salido cuando falló el rayo?

—No he tenido ocasión de calcularlo desde la última vez que me lo preguntaste —contestó Ord, sin poder controlar el temblor de su voz—, pero podrían estar muy cerca.

Cuando Una asintió con la cabeza, hubo un asomo de pesar en su gesto. Ord, sin mirar a la mujer, fijó la vista en la vacía pared situada en el extremo opuesto a las ventanas de observación. Aún no estaba vencido.

La estación espacial, a cinco mil millones de kilómetros del Sol, estaba diseñada para un hombre que permanecería siempre solo, que pasaría dos años en la única compañía de sí mismo por el fabuloso salario de un oficial de estación espacial. Por ello, se había hecho todo lo posible para que las diversas estancias parecieran cómodas y acogedoras, sin proporcionar una fría impresión de vacío. Contaba con el observatorio, la sala de

máquinas, el salón, el taller, el dormitorio, el baño, las salas de almacenamiento e incluso con una habitación extra en la que desaparecía Una, aunque no había sido preparada para Una o para otra como ella.

Ord, con la mirada fija en la pared vacía, meditaba sobre la actividad en la Tierra cuando, seis años atrás, había fallado uno de los tres rayos radioeléctricos direccionales instalados en Plutón. Aunque había la cantidad suficiente de esos rayos como para guiar a las naves en sus viajes por el espacio, el repentino fallo del rayo de la Estación Dos debía de haber afectado prácticamente a todos los viajes interplanetarios. Según las condiciones de vuelo, debía de significar un retraso de cinco minutos en el trayecto a la Luna y de dos o tres días en los viajes a Venus o Marte, dependiendo de las posiciones relativas del punto de partida, el de destino y los dos rayos restantes de la órbita de Plutón. El trayecto a algunos de los asteroides y a los satélites de los demás planetas exteriores se vería prolongado en varias semanas, incluso meses.

Seguían en funcionamiento dos radios de la rueda direccional, pero quedaba un gran ángulo muerto de ciento veinte grados cubierto apenas por los débiles rayos-guía emitidos por los puntos de destino de las naves, desprovistos del potente rayo universal que reforzaba la señal.

No era la primera vez que se planteaba aquella situación. Algún día, habría en el Sistema Solar tal cantidad de rayos portadores que las naves espaciales ni siquiera deberían preocuparse por saber en cuál se encontraban. Sencillamente, deberían apuntar sus proas hacia el lugar de destino y dejarse llevar, como otros tantos galeones impulsados por el viento. Sin embargo, hasta el momento, las travesías interplanetarias no eran aún lo bastante frecuentes como para justificar la instalación de una red de rayos duplicada.

Si fallaba un rayo principal, debían transcurrir más de seis años antes de que pudiera ser puesto de nuevo en funcionamiento. No había nada que hacer, salvo que el fallo se produjera en el momento más conveniente, es decir, cuando la nave encargada de relevar al encargado de la estación espacial y de efectuar la revisión de las instalaciones se hallara cerca de su destino. Sin embargo, hasta la fecha, los fallos de las estaciones construidas por el hombre se habían producido casi siempre en los momentos más inconvenientes.

Ord visualizó de nuevo la nave en su mente, en su viaje de seis años por el espacio. Una semana de preparación. Dos días para alcanzar la Luna. Tres semanas hasta alcanzar Marte, que se habrían reducido a dieciséis días si el rayo de la Estación Dos hubiera estado funcionando normalmente. Después comenzaban los problemas. Según la posición presente de los planetas y sus satélites, sólo se podía disponer del débil rayo de Ganimedes para ayudar a la nave de relevo más allá de Marte. Casi nueve meses hasta Júpiter y, por fin, allí alcanzaría una velocidad suficiente para ayudar a los motores a cubrir los casi cinco mil millones de kilómetros restantes... hasta empezar la larga y pesada búsqueda de la silenciosa mota de polvo en el espacio que constituía la estación espacial.

Con la ayuda del rayo, un viaje de once meses en total; sin ella, más de seis años.

Lo que ayudaba a Ord a soportar los cinco años extra de soledad que se vela obligado a pasar en la estación, a miles de millones de kilómetros del ser humano más próximo, era el pensar en la paga acumulada que le aguardaba. Los oficiales de estación espacial efectuaban un trabajo imprescindible, y las diversas líneas de vuelos espaciales tenían que responsabilizarse de ellos.

Cuando por fin regresara a la Tierra, con sus veintinueve años, tendría la vida resuelta económicamente.

Una se encogió de hombros.

—Bueno, me ha gustado mucho conocerte. y lo digo de veras.

—Ya lo sé, Una, pero eso se debe a las que te han precedido. He aprendido mucho de ellas.

—Acabas de romper la norma número uno —repuso ella en tono ligero—. No hablar nunca de «las otras». Ten cuidado de no romper la norma número dos.

—¿Cuál es?

—Ya lo sabes... ¿Quieres que sea yo quien la rompa? Está bien, en concreto, no mencionar nunca a las que puedan venir en un futuro.

La mujer hizo un gesto resuelto, como si arrancara una hoja entera de una libreta de anotaciones, estrujara la hoja entre las manos y la arrojara a una imaginaria papelera.

—¿Quieres jugar una partida de ajedrez? —preguntó a continuación en el mismo tono ligero—. Hace mucho que no jugamos...

—Está bien, pero en otro lugar. Vamos al salón.

Ord condujo a la muchacha a través de la estación como si ella no conociera el camino tan bien como él. Preparó las piezas con rapidez, poniendo de manifiesto su larga práctica en ello. Una no tomó asiento frente a él, sino que se recostó en el borde del sofá. La muchacha siempre mantenía intacta su esbelta y elegante figura.

Acababan de hacer la primera referencia indirecta a algo que llevaba tiempo incubándose entre ambos. Indudablemente, Ord se estaba cansando de Una. No era culpa de nadie, o más bien no era culpa de Ord, pues sólo él podía tener alguna responsabilidad al respecto. Había cierto aire de despedida en la partida. Era, por decirlo así, la partida del adiós.

Una jugaba con rapidez y decisión. Uno de sus movimientos, especialmente rápido, provocó en Ord las protestas de costumbre.

—¡Podrías prestar un poco más de atención! —gruñó—. Si me ganas, me pones en ridículo haciéndome pensar durante tanto rato para nada. Y si gano yo, tú no sales perdiendo nada porque, evidentemente, no te estabas esforzando.

—Pero si sólo es un juego.—respondió ella con una sonrisa.

Una ganó la primera partida.

—Pura suerte —murmuró Ord, sin acalorarse—. No te has percatado del peligro de esa torre en alfil cuatro.

—Quizá no, pero si estudias la línea que he seguido, verás que en realidad no tenía importancia, ¿no crees?

Jugaron la inevitable segunda partida y, también inevitablemente, ganó Ord. Como todos los jugadores de ajedrez que han ganado una partida que sabían que iban a ganar como y cuando quisieran, Ord se relajó y se sintió complacido de sí mismo.

Bostezó.

—Sé captar una indirecta —murmuró Una, levantándose.

—No, por favor...

Ella sonrió y desapareció tras la puerta de su habitación.

Ord permaneció un largo rato contemplando la lisa puerta. Había sido bien aleccionado acerca de la solitosis (del latín solitarius y la terminación griega osis), pero hasta el momento no le había causado demasiados problemas. Todavía era consciente de la verdad, quizás era ésa la razón. Pese al tiempo transcurrido, todavía no estaba en peligro de creer real aquello que no lo era. Por ejemplo...

Se puso en pie y acudió a la sala de máquinas. Entre otras cosas, la sala disponía de un cuadro completo del estado de toda la estación espacial en cada momento. Sentado ante los botones de sintonización, diales y aparatos de medición, podía comprobar cualquier dato, desde la temperatura exterior hasta la presión del aire en la sala de almacenamiento más recóndita de la estación.

Por ejemplo, podía comprobar sin la menor duda que la temperatura de la habitación de Una era, en cada momento de $-110\text{ }^{\circ}\text{C}$. Muy por encima del cero absoluto, desde luego, pero muy lejos de poderse considerar agradable para un dormitorio habitado. Además, la presión del aire era sólo de 200 mm.

En una palabra, aunque había visto a Una entrar en la habitación y más adelante la vería salir otra vez, Una no estaba allí dentro y aquella puerta no se había abierto en ningún momento.

Una no existía.

Ser consciente de ello era un factor a tener muy en cuenta. En el pasado, había temido que llegara el momento en que no fuera consciente de tales cosas. Y, de vez en cuando, ese temor todavía le acosaba.

Sin embargo, si decidía presurizar aquella habitación, subir la temperatura de la misma y entrar en ella, Ord encontraría a Una dormida en su cama. Si la tocaba, la percibiría como un ser real. Si le pegaba un bofetón, lo notaría en la mano y la muchacha despertaría de inmediato, resentida. Si la apuñalaba, Una moriría y Ord tendría que ocuparse de enterrarla en el espacio.

Todo sería perfectamente real... para su percepción sensorial.

Y, con todo, Ord reconocía y valoraba objetivamente los datos que le mostraban los instrumentos. Pese a ello, aunque se estaba cansando de Una, Ord no podía decirle simplemente que se esfumara y conseguir con ello que desapareciera. Para hacerla aparecer en la estación había tenido que inventarse una nave, y otro tanto debería hacer para que se marchara.

La solitosis no era ninguna novedad, pues había sido descubierta poco después del inicio de los vuelos espaciales. Por desgracia, no se había descubierto todavía un remedio eficaz contra ella, salvo eliminar las condiciones que la producían. El espacio no es simplemente un vacío; es una carencia todavía más intensa, una carencia de horizonte, de cielo, de suave luz solar, de tierra, verdor y edificaciones, una carencia de tiempo y de continuidad de historia personal, bien como individuo o como miembro de la raza humana. Y, lo peor de todo, una carencia de gente, de compañía. Un ermitaño puede escapar deliberadamente de la civilización pero, si se le deja solo en un mundo desierto, con toda seguridad se volverá psicótico. En eso consiste, en pocas palabras, la solitosis.

Había buenas razones para justificar la existencia de un oficial de estación espacial — podía encargarse del mantenimiento de la misma—, y para el hecho de que este trabajo lo efectuara un solo hombre. El envío de dos de tales técnicos no bastaba para protegerse de la solitosis, pues el número mínimo de hombres necesario para evitarla era de unos cuarenta. Sin embargo, dejar a cuarenta hombres en una estación espacial resultaba antieconómico. Dejar a un número inferior, pero superior a uno, resultaba peligroso para todos, pues la solitosis podía desembocar en tensiones homicidas.

La solución más lógica consistía en dejar aun solo hombre que, naturalmente, caería víctima de la solitosis pero que, por lo general, no se haría daño a sí mismo y que podría ser rehabilitado sin demasiados problemas una vez se produjera el relevo, gracias simplemente a su regreso a la Tierra.

Era una solución sencilla, pero daba resultado. Naturalmente, los oficiales de estación espacial debían recibir un salario que compensara los dos años de desequilibrio mental que les aguardaban.

La experiencia rara vez resultaba completamente agradable o absolutamente desagradable. En cada individuo se producía un resultado diferente, pero siempre se mezclaban penas y placeres.

Ningún oficial de estación espacial podía saber por adelantado a qué riesgos se estaba exponiendo, pues no se permitía nunca que un mismo individuo quedara expuesto a la solitosis por segunda vez.

Sin embargo, Ord estaba más interesado en el problema de Una. Sabía, por supuesto, que no podía imaginar una solución y actuar conscientemente para que ésta se produjera. Su tipo personal de solitosis no funcionaba de aquel modo. Ciertamente, en algún rincón de su mente se estaba elaborando alguna decisión, pero ésta permanecía oculta en su subconsciente, fuera de su alcance. Tendría que esperar y ver qué sucedía. Sin embargo, el hecho de empezar a cansarse de Una ya le daba una idea general de cómo se desarrollaría el proceso.

Tras colocarse el traje, Ord salió al exterior. Cincuenta años antes, un gran número de naves espaciales habían utilizado por primera vez el rayo procedente de la estación, que por entonces era mantenida en su curso por seis cargueros. Cada nave de la flotilla había arrastrado o empujado una roca, un asteroide que nadie quería, pues la estación, una vez terminada, debía poseer una cierta masa. Gradualmente, fue construyéndose un planeta; un planeta minúsculo, pero suficiente para formar una base para la estación, así como para seguir a Plutón en su órbita con un gasto mínimo de energía. La estación situada en el propio Plutón estaba ya en funcionamiento y, simultáneamente, la Estación Tres estaba siendo ultimada.

Meciéndose suavemente entre las rocas de aquel mundo oscuro y sin aire, de una masa apenas suficiente para mantener sujeta a su superficie a una nave espacial de pequeño tamaño, Ord se detuvo junto al pequeño crucero que Una había utilizado. La nave era tan real como la muchacha, ni más ni menos. Ord había olvidado detalles de la historia que explicaba la llegada de Una. Resultaba tan absolutamente disparatado que una muchacha pudiera llegar sola a una estación espacial, que Ord no se había preocupado siquiera de imaginar una explicación racional y convincente. Igual que las demás, Una había aparecido allí, sencillamente. Tenía una historia muy coherente que había intentado explicar a Ord poco después de su llegada, pero él la había interrumpido apenas iniciada la narración. La presencia de la muchacha le había complacido, sin mayores consideraciones.

Ahora, Ord observó que la nave no presentaba ningún daño visible. Dio un breve salto sobre el casco, experimentalmente. Creyó posarse sobre el metal y se encontró a cuatro metros de altura sobre la superficie del pequeño planeta.

Buscó vagamente una explicación racional del hecho. Quizás había encontrado un peñasco sobresaliente y su mente lo había transformado en la nave. O quizás sus ojos habían fabricado de algún modo aquellos cuatro metros de altura. Hasta entonces no había inspeccionado la nave con detalle, y tampoco pensaba hacerlo ahora, pues con ello sólo conseguiría someterse a un agotador esfuerzo mental. No podría advertir conscientemente que estaba dando por real lo que sólo era producto de su mente, pero eso sería exactamente lo que sucedería.

Regresó a la estación y entró en la sala de máquinas, sin presurizar, para examinar una vez más el equipo electrónico del rayo direccional. El aparato no sufría ningún desperfecto grave. Ord lo habría podido reparar en unas horas de haber contado con las herramientas adecuadas y con seis manos, lo cual era más de lo que podrían decir la mayoría de los oficiales de estaciones espaciales.

Esta era una de las máximas dificultades de un trabajo como el de Ord: los oficiales de estación debían ser hombres expertos pero, ¿cómo serlo si jamás habían podido realizar ese trabajo con anterioridad?

Echó un último vistazo a la sala de máquinas y salió.

Pensó en regresar a la nave de Una, encontrar la presunta avería y repararla, para que así la muchacha pudiera irse de aquel mundo minúsculo. Sin embargo, eso sería hacerle el juego a la solitosis y Ord seguía prefiriendo actuar con toda la cordura de que fuera capaz.

En cierta ocasión, su mente había producido varios hombres como compañeros, pero tampoco había dado resultado. Ord no se había interesado lo bastante en su aspecto físico en ningún momento como para hacerles reales y tangibles. Había charlado con ellos y había disfrutado de la conversación, pero en todo momento habían sido seres fantasmales y jamás había logrado sacudirse de la mente tal certidumbre. Las mujeres, en cambio, nunca le habían parecido fantasmas.

De hecho, en algunos momentos había sentido el temor de que llegara el momento en que se convenciera a pies juntillas de su existencia real. Y, naturalmente, había dado vueltas muchas veces a la posibilidad de que, cuando llegara alguien real a rescatarle, su mente lo considerara parte de una nueva alucinación. Sin embargo, no parecía que existieran muchas razones para temer tal cosa mientras le siguiera resultando tan sencillo demostrarse que estaba a solas en la estación.

Se quitó el traje espacial, se lavó y procedió a afeitarse cuidadosamente, pues ya hacía mucho tiempo que había decidido conservar al detalle los hábitos normales de la existencia humana. Se vestía de los pies a la cabeza aunque la estación estaba climatizada y no tenía ninguna necesidad real de llevar ropas; incluso utilizaba pijama al acostarse.

Había habido una época, la temporada de Susy y Margo, en que la vida aparente en la estación fue la que hubiera podido esperarse de un hombre solitario. Sin embargo, Ord había descubierto, simple y llanamente, que le producía demasiadas complicaciones. Una, en cambio, había significado quizás una oscilación demasiado intensa en el sentido contrario. Sus relaciones con ella, pensó Ord con ironía, habrían encajado perfectamente en un libro para jóvenes de la época victoriana, salvo por el detalle de que no le importaba verla fumar.

Durmió durante doce horas. Se despertó en una ocasión, medio convencido de haber oído algo, pero todavía estaba adormilado y sin ganas de levantarse. Además, no tenía la menor intención de dar satisfacción a su neurosis.

No fue hasta varias horas después de levantarse cuando empezó a preguntarse por qué no aparecía Una. Quizás estaba enferma. Quizás, aunque a Ord no le parecía que pudiera ser de ese modo, su mente había decidido inconscientemente que la inexistente muchacha saliera rotunda y definitivamente de su vida.

Suspiró, fue hasta la sala de máquinas y graduó la habitación de Una a la temperatura y presión normales. Después abrió la puerta.

Una no estaba, pero aún permanecía en el aire su perfume. Ord pasó a la sala de observación y buscó su nave. También ésta había desaparecido.

Se sintió algo disgustado, pero no se culpó a sí mismo. Era mucho más fácil y satisfactorio echarle la culpa a Una. Por lo menos, podría haberse despedido. Al fin y al cabo, la muchacha le había gustado. Incluso le habría agradado conocer a la Una de carne y hueso, si tal mujer existía en alguna parte. Ord se había cansado de ella, sobre todo, porque en ningún momento había resultado un personaje creíble, genuino. Siempre se había mostrado estrictamente fiel a su manera de ser, mientras que las personas reales no se comportaban con tanta rigurosidad.

Se quedó en el observatorio buscando alguna nave. Sonrió ante a el pensamiento de que pudiera confundir la nave de rescate con otra de aquellas naves que le traería a otra muchacha con un nuevo relato fantástico de cómo se había perdido en el espacio.

Ord se alegraba de que la solitosis no hubiera adoptado en él la de forma que había tomado en Benson. Benson había perdido toda noción del tiempo. Había pasado millones de años subjetivos aguardando la nave de rescate, aunque ésta había llegado precisamente al terminar el plazo estipulado de dos años. A Benson no le había importado gran cosa, pues creyó haberse convertido en un gigante mental. Según se comprobó posteriormente, su CI había aumentado realmente en quince puntos. Después volvería a bajar once puntos pero, desde luego, Benson no tenía ninguna razón para lamentar sus dos años de soledad. Pese a todo, Ord se alegraba de no haber pasado por tal experiencia.

Tal como esperaba, la nave estaba allí, trazando una curva para el aterrizaje. No era la nave de rescate, pues era demasiado pequeña. De hecho, su tamaño era, con mucho, insuficiente para efectuar el viaje desde la Tierra sin la ayuda del rayo portador.

Ord estaba de nuevo montado en el tiovivo. Si en las últimas horas pasadas con Una no había estado demasiado a gusto, ahora podría tener una compensación durante las primeras horas de compañía con quienquiera que fuese. La pequeña nave dio un impulso excesivo a sus motores, pilotada exactamente como solían hacerlo las mujeres a los mandos de cualquier nave espacial. Transcurrieron cinco largas horas de aproximación que mantuvieron a Ord en vilo mordiéndose los nudillos. Además, no se trataba en absoluto de una nave impulsada por cohetes. Quizás en esta ocasión la chica, tenía que ser una chica, le ofrecería una explicación para aquel imposible que superaba todas las explicaciones. Sin ninguna duda, quien pilotaba le estaba manteniendo en suspense.

Sin embargo, por fin, la nave se posó en el minúsculo planeta y Ord, ya vestido con el traje espacial, salió apresuradamente a recibirla. Cuando llegó a las proximidades, una figura emergió del aparato. A través del visor, Ord contempló un rostro cuyos rasgos pudo apreciar desde el primer instante...

La muchacha señaló la nave con aire exagerado. Ord señaló la estación espacial. La mujer hizo un gesto de negativa con la cabeza bajo el enorme casco, indicando la nave. Ord se sintió desconcertado. Aquello era nuevo.

De pronto, para señalar a qué se refería, la mujer se inclinó y alzó el extremo de la nave, al tiempo que levantaba la mirada hacia él. Por fin, Ord comprendió qué intentaba decirle. La mujer temía que no fuera un lugar seguro para dejar la nave. Parecía convencida de que podía irse flotando.

Ord se echó a reír e intentó tranquilizarla sin palabras. Ciertamente, incluso la más ligera brisa podía bastar para vencer la débil atracción que ejercía el planeta sobre la nave. Sin embargo, en aquel minúsculo mundo para un hombre solo, carente de atmósfera, no había ningún problema. Ord se lo demostró agachándose bajo la nave y alzándola con sus brazos. La nave se levantó lentamente Y, por un instante, Ord casi compartió el temor de la muchacha de que el aparato pudiera salir despedido hacia el espacio. Sin embargo, la gravedad ejerció su influencia en la nave y ésta regresó suavemente al suelo. Quedaba probado que se precisaría una fuerza considerable para vencer la atracción que ejercía el pequeño mundo.

La muchacha dio media vuelta, dispuesta por fin a acompañar a Ord hacia la estación espacial.

Ord cerró la escotilla y empezó a despojarse del traje espacial. La muchacha, sin embargo, aún no estaba satisfecha del todo. Repasó los medidores para asegurarse de que la presión fuera la correcta. Ord fue señalándolos con expresión grave. Por fin, la mujer abrió el casco y aspiró una bocanada de aire, lenta y precavidamente.

—Tú debes de ser Baker —murmuró la recién llegada.

Sus palabras constituyeron una nueva sorpresa. Baker era el anterior encargado de la estación y Ord había olvidado por completo su nombre; en realidad, hasta que la muchacha lo había pronunciado, Ord ni siquiera se había acordado de su existencia. Por un instante, se preguntó con gran inquietud si la muchacha no sería uno de los sueños de Baker, con siete años de retraso. Sin embargo, la solitosis de Baker no había adoptado aquella forma.

—No —respondió—. Ord. Colin Ord.

—Antes de que sigamos adelante —dijo ella—, dime cómo te afecta a ti la solitosis.

Aquello también era una novedad.

—Sólo me hace ver cosas que no existen —replicó Ord con cautela.

—¿Y tú sabes que no existen?

—A veces.

—¿Sabes que estoy aquí?

—No tengo la menor duda de ello —sonrió Ord.

De pronto, la muchacha empuñaba una pistola con la que le apuntaba.

—Puedes estar seguro de una cosa —murmuró ella—. Esta pistola está aquí. No quiero resultar desagradable pero creo que tenemos que aclarar posibles malentendidos. No soy ningún regalito divino caído del cielo para entretener a oficiales de estación espacial solitarios. Y al menor indicio de que pienses que lo soy, saco esto y no respondo de lo que pase. ¿Queda claro?

—Clarísimo. Ya te he dicho mi nombre. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Elsa Catterline. También querrás saber por qué estoy aquí, naturalmente.

—No me interesa demasiado.

Al oír la respuesta, la muchacha alzó la mirada con cautela. Sin embargo, siguió despojándose del casco y el traje espacial. Ord no hizo el menor movimiento para ayudarla. Siempre existía la posibilidad de que realmente resultara peligrosa.

—Te lo diré de todos modos —prosiguió—. He matado a un hombre, no importa cómo ni por qué. Conseguí hacerme con una nave experimental, esa que has visto ahí fuera, y pensé que si desaparecía durante un par de años...

—No es preciso que te esfuerces —replicó Ord—. No te estoy interrogando.

—Lo sé, y no entiendo por qué.

La muchacha venció por fin en su lucha con el traje espacial y salió de él. Era hermosa, realmente hermosa, pero Ord ya esperaba que lo fuera.

Lo inesperado era que llevaba el tipo de ropa que lucen en similares circunstancias las heroínas de los relatos de las revistas: pantalones cortos de nailon blanco y lo que cabría denominar un minúsculo sujetador.

En otros tiempos, no habría existido nada de sorprendente en ello pero durante muchos años Ord había sido muy cuidadoso y comedido. Había probado el sexo sin diluir, y después había vuelto a diluirlo en un impulso de autoprotección. Hacía muchísimo tiempo que ninguna de sus chicas había sido tan femenina y lo había expuesto de modo tan explícito. De hecho, por primera vez, consideró seriamente la posibilidad de que la muchacha fuera real. A veces, las personas reales son más fantásticas que la imaginación más desbordada.

—Yo diría...

—¿Qué? —dijo ella con brusquedad.

—Sólo estaba pensando —continuó él con calma— que vas a pasarlo mal con esa arma cuando te canses de apuntarme. Ese trasto debe de pesar bastante. ¿Quieres que te busque una funda y un cinto?

La recién llegada enrojeció, con aire furioso. Parecía el tipo de criatura angelical incapaz de matar a nadie, desde luego. Sus ojos, boca, y nariz estaban exactamente donde ella, de haber podido, los habría colocado para provocar un mayor efecto, y todo

en torno a ella era compacto, perfecto, hecho para la eficacia. No la eficacia en el pilotaje de una nave espacial o incluso en el manejo de un arma, sino la eficacia de conseguir siempre lo que quería. Otro aspecto a añadir a la creciente lista de puntos de interés de Ord por Elsa Catterline era que no se trataba del tipo de chica que normalmente le atraería.

—Eso de la pistola, si no te importa que lo diga —comentó Ord—, es una estupidez. ¿Qué esperas conseguir con ella? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que te la quite? ¿Dos horas, quizás, antes de que tengas un descuido? Incluso podría esperar a una ocasión mejor. Tarde o temprano, tendrás que dormir. ¿Puedes cerrar alguna puerta de mi estación espacial con la seguridad de que yo no la podré abrir? No te voy a tener en la duda: la respuesta es no —se encogió de hombros y añadió—: De todos modos, inténtalo.

—No soy estúpida —replicó ella, al tiempo que apartaba el arma, sonriendo—. Eso era mientras no estaba segura de que no fueras violento. Creo que podremos entendernos, Ord. El asintió fríamente. Por fin quedaba claro el artificio.

—Ya entiendo —murmuró.

El problema era que no llevaba a ninguna parte cuestionar si la recién llegada era o no real. Era tan evidente que podía tratarse de la mera sucesora de Una que no había necesidad de profundizar más. Sin embargo, también era posible, improbable, pero posible, que una chica del tipo que representaba aquella hubiera escogido como escondite una estación espacial, y que realmente hubiese actuado como decía haber hecho, como hacía ahora y como haría en el futuro.

De pronto, Ord se sintió hastiado de todo aquello. Ansiaba la Tierra. Hasta entonces, la idea había sido como un latido sordo pero ahora se inflamaba en una furiosa añoranza, como sucedía cada pocos meses. Le parecía magnífico que Wordsworth hablara de ese ojo interior que es la bendición de la soledad. Que llevaran allí a Wordsworth y le encargaran de la estación espacial.

Ord quería a su alrededor la presencia de personas que le mantuvieran cuerdo. Quería volver a poner a las mujeres en el lugar que ocupaban en su vida. Quería poder olvidar durante horas, incluso durante días, que existían cosas tales como las mujeres.

Apenas veinticuatro horas antes había estado felicitándose de que la solitosis no le hubiera afectado profundamente, y ahora no sabía si Elsa era real o no. Que lo fuera o no, daba igual. Si lo era, debería haberlo sabido al instante. Si se trataba de otro de aquellos a fantasmas, también debería haberlo advertido de inmediato.

—Voy a echar un vistazo a tu nave —dijo.

Pensaba que la muchacha se opondría, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

—Entonces, no deberías haberte quitado el traje...

Veinte minutos más tarde, Ord estaba a bordo de la pequeña nave. No la examinó todavía. Aquello vendría después de que hubiera comprobado otra cosa. Había luz y aire. Los aparatos indicaban una presión de 600 milibares.

Encontró un encendedor a gasolina y lo manipuló torpemente con sus guantes semirrígidos. La llama se encendió normalmente, pero eso no significaba nada. Si no había tal encendedor y lo veía, también podría verlo encenderse donde no había aire.

En su traje había una válvula para medir la presión del aire. La abrió. La aguja avanzó hasta señalar los 600 milibares. La cuestión era ahora si realmente había abierto la válvula. Probó de nuevo, concentrándose, asegurándose de que la asía. Lenta, dolorosamente, la hizo girar. La vio girar. Todavía había humo de tabaco en el interior de la nave, pequeño y encogido. Miró expectante a la cajita que sobresalía de su cintura. La aguja señalaba 600 milibares.

Ord notó la frente sudorosa. Intentando engañarse, saltar más allá de su propia mente, expulsó el aire de sus pulmones e hizo girar de nuevo la válvula. Se dijo a sí mismo que sólo estaba haciendo una prueba. Observó la aguja.

No había presión.

Levantó los cansados brazos y se tambaleó como un sonámbulo hacia la compuerta de salida de la nave. Con los brazos aún levantados, entró de nuevo en la sala de control. Sólo entonces volvió a la mirar al medidor.

La aguja, intacta, seguía señalando presión nula. No había aire en la nave. No había nave. Ahora que tenía la certeza, podía abrir y cerrar la válvula.

Elsa no era más real que Una.

Ahora resultaba más fácil hacer comprobaciones y recomprobaciones. Muy pronto pudo atravesar las paredes de la nave en que la muchacha había llegado. Era más sencillo asegurarse con la nave que con Elsa. Ella seguiría pareciendo real hasta el último instante, pero la nave sólo era una parte menor de la ilusión.

Durante la hora anterior había pasado algunos malos momentos. Había quedado perfectamente claro que estaba agotando sus últimas defensas en la lucha por conservar la cordura en medio de la sinrazón. Había vuelto a ganar la batalla, pero quizás era la última vez que lo conseguiría. En la siguiente ocasión, quizá sería incapaz de demostrar la ilusión. Después de lo sucedido, eso tampoco sería necesariamente una demostración de la realidad.

Elsa estaba perdida. Había sido, a la vez, demasiado real y no lo bastante auténtica. ¿Por qué había dejado que Una se fuera?

Regresó a la estación y se quitó el traje. Encontró a Elsa en el salón, en cuclillas y con el aspecto de una portada de revista.

—¡Largo! —dijo Ord con brusquedad—. Tu llegada aquí ha sido un error. Lo siento.

Con un movimiento fulgurante, la muchacha se llevó la mano a la pistola. En un instante, Ord se puso en tensión mientras recordaba lo que acababa de comprobar en la nave y, cuando Elsa disparó, no notó nada.

Después, sonrió a la muchacha.

—El instinto de autoconservación es demasiado poderoso —dijo—. Pase lo que pase, no puedo consentir ser herido por una alucinación.

Dio un paso hacia delante. Elsa luchó por conservar el arma. Mordió a Ord en la muñeca y él sintió el dolor. Pero finalmente se hizo con la pistola.

—Si tú me disparas a mí, no sucede nada —murmuró—. Pero si soy yo quien dispara contra ti, estás muerta. ¿Te das cuenta?

Elsa asintió con gesto hosco. Se puso en pie, se enfundó el traje espacial y salió de la estación espacial.

Al cabo de veinte minutos, su nave despegó. Ord ni siquiera se asomó a verla partir.

Aún tenía el arma en la mano, y la arrojó a un cajón. Allí permanecería hasta que se olvidara de ella. Entonces, dejaría de existir.

Decidió que, a partir de aquel instante, no haría la menor concesión a la solitosis. No habría más Elsas, más Suzys o más Margos. Cuando se sintiera flaquear, haría regresar a Una, o volvería a intentar una compañía masculina.

Durante unos días, creyó estar ganando la batalla. Dormía bien y seguía solo. Pasó largos ratos en la sala de observación, pero no vio ninguna nave.

El problema era que la lucha no se desarrollaba en el plano consciente de su mente. No habría ningún aviso previo antes de que, súbitamente, divisara una nave. No sería una decisión consciente y controlable de su cerebro. Y entonces ya sería demasiado tarde para decirse a sí mismo que no había tal nave.

Y por fin llegó. Era un débil punto de luz, que evidentemente se movía. En cuanto lo vio, abandonó la sala de observación y luchó consigo mismo. Debía convencer a la otra parte de su mente de que se trataba de un error, y que el punto de luz desaparecería. Ya había o sucedido anteriormente.

Sin embargo, la solitosis era progresiva, pensó amargamente al regresar a la sala de observación, cuatro horas después, y seguir observando la nave. Si no hace presa de uno en un año, lo consigue en dos. O en cuatro, o en seis... Una, inteligente y moderada, había sido el último asidero de una mente sometida a fuego constante. Una era parte de la enfermedad, en efecto, pero de una enfermedad controlada con firmeza y confianza. Al dejar partir a Una, no había hecho sino rendirse.

La nave era, esta vez, un bote salvavidas de un aparato más grande. No era ninguna novedad. Suzy había llegado en uno de ellos. Y también Dorothy, más tarde, había acudido con la misma mítica.

Ord se puso en pie y contempló el aterrizaje, concentrado hasta el punto de que el cabello se le pegaba a la frente con el sudor. No estaba intentando exorcizar la nave, ya que ello habría sido imposible. Sencillamente, estaba cimentando en su interior la rotunda y definitiva decisión de distinguir, en ésta y en todas las ocasiones venideras, la mentira de la verdad. No iba a expulsar al nuevo visitante como había hecho con Elsa al descubrir que era otra aparición. Sin embargo, Ord debía estar seguro. Hasta Elsa, siempre lo había estado desde el primer momento. No debía perder esa capacidad, aunque perdiera todo lo demás.

Del bote salvavidas vio salir una figura y bajó entonces a la compuerta. Allí aguardó.

Debía de ser un romántico incurable, pensó Ord de sí mismo en esos instantes. La solitosis enseñaba a las personas mucho respecto a sí mismas. Había tenido muchas ocasiones para optar por el realismo, en contraposición al romanticismo, pero nunca se había inclinado de ese lado.

Se abrió la compuerta. Por un instante, el rostro tras la visera del casco fue borroso, poco definido. Después fue aclarándose gradualmente, como una diapositiva al enfocarse sobre una pantalla.

Ord suspiró aliviado. Todavía no había demostrado que la nueva muchacha fuera una aparición pero, después de todo, parecía un asunto bastante sencillo de averiguar. Con el rostro de Elsa tan claro como el suyo ante un espejo, desde el primer instante, ¿cómo habría podido Ord no dudar?

La muchacha abrió la visera del casco.

—¿Colin Ord? —preguntó con vivacidad—. Soy la doctora Lynn, de las líneas espaciales Four Star. Marilyn Lynn.

La muchacha mostró una sonrisa amistosa, que intentaba transmitir confianza. Una sonrisa profesional, parte del ritual del buen médico a la cabecera del enfermo.

—Un poco cacofónico —añadió la recién llegada—, pero he tenido mucho tiempo para acostumbrarme a él.

—Magnífico —respondió Ord—. La primera parrafada del segundo náufrago en una isla desierta. ¿Piensas contarme el resto de la historia directamente, o vas a hacerte la tímida?

La muchacha frunció el ceño, situando en su lugar al nuevo paciente.

—No voy a contarle nada más —replicó— hasta que disponga de algunos datos más acerca de usted.

—¡Excelente! —musitó Ord—. El tono, la inflexión y la dicción, magníficos. Todo perfecto.

Ord comprobó con alivio que la muchacha era del tipo de Una.

Era hermosa, naturalmente, pero no imponente. Al despojarse del traje, vio que llevaba pantalones y una túnica, lo cual era razonable.

Parecía inteligente y no era demasiado joven, de su misma edad, por lo menos. Quizá todavía dominaba él la situación, pensó Ord.

La muchacha le observó con el ademán de quien está efectuando un diagnóstico.

—No te preocupes —le dijo él—. Veo cosas que no existen. Sobre todo, personas.

—Comprendo —asintió ella—. Entonces, ¿no cree que yo esté aquí?

—Te contestaré con otra pregunta —replicó él, escéptico—: ¿Lo creerías tú, en mi situación? —Ord recordó un verso sin sentido (de Lear, probablemente) y citó—: «¿Qué harías, si fueras yo, para demostrar que tú eres tú?».

La recién llegada estaba sopesando la situación con evidente calma. No parecía importarle que Ord observara cuanto hacía.

—¿Está seguro de que no soy real? —preguntó.

—No. Eso viene con el tiempo. Al menos, así ha sido hasta ahora.

—¿Quiere decir que siempre ha logrado convencerse de que sus... sus visitantes son meras fantasías?

—Con dificultades —reconoció él.

—Interesante. Parece un caso de solitosis controlada. Hasta ahora no había oído hablar de ninguno.

—Magnífico —dijo Ord con una risa irónica—. Eso complace mi ego. Al final, todo termina en eso.

La muchacha señaló el traje que acababa de quitarse.

—¿Puede asegurar si eso es real o no?

—A primera vista, no. Pero finalmente lo conseguiré, espero.

Ord condujo a la recién llegada al salón. Ella echó un vistazo y asintió. Parecía complacida.

—Todo limpio y ordenado. No tiene usted idea del placer que me da conocerle, señor Ord.

—Eso no te hace parecer más real —replicó él con dureza—. Todas dicen lo mismo.

—Ella le miró, sorprendida.

—¿Por qué iba a querer yo que me aceptara como real? —preguntó.

Fue como si le hubieran golpeado físicamente. Ord no comprendió la razón, pero ello no amortiguó el efecto de las palabras.

—Está bien —dijo lentamente—. ¿Por qué?

—Hábleme de las demás —sugirió ella.

Como cualquier buen médico, la muchacha daba la impresión de que sus preguntas no estaban motivadas por un interés clínico, sino personal. El médico que trataba con pacientes, musitó Ord, era ante todo un artista, no un científico.

E hizo lo que ella le pedía. Retocó un poco el relato, pero lo expuso con bastante precisión, deteniéndose con especial detalle en Elsa y Una, sus compañeras más recientes.

—Una me interesa —dijo Marilyn—. Era la única que sabía lo mismo que usted. No le permitía hablar de ello, pero lo sabía.

Automáticamente, Ord empezó a preparar café. Marilyn le observaba.

—¿Cuándo sabrá si soy real o no? —preguntó en un tono más relajado, menos formal.

—No puedo precisarlo. Quizás en cinco minutos, o quizás en unas horas. Yo...

—No me diga cómo lo hace —le interrumpió ella rápidamente—. Todavía no. Primero hágalo. ¿Tengo alguna participación en ello? Me refiero a que no tendrá que disparar contra mí y verme morir o algo así, ¿verdad?

—Nada de eso —sonrió él—. Si te pegara un tiro, morirías... Como las brujas de los libros de historia: todas morían, tanto si lo eran como si no.

—Su mente se ha conservado bastante ágil.

—Naturalmente. Nunca he oído decir que la solitosis inhibiera la inteligencia. ¿Tú sí?

Su silencio resultó muy significativo. Ord enarcó las cejas.

—¿Quieres decir que suele suceder? ¿Siempre, quizás?

—No siempre, pero sí con frecuencia. Resulta muy lógico, ¿no? Una mente desequilibrada funciona, naturalmente, peor que otra en estado normal.

—Entonces, ¿Benson fue la excepción que justifica la regla?

Ella asintió. Sabía quién era Benson pero eso, como casi todo lo demás, no demostraba nada. La muchacha sostuvo la taza de café ante su rostro.

—¿Forma esto parte de la prueba? —preguntó—. ¿Ver si se ha consumido realmente más café del que bebe por su cuenta?

—No, eso no serviría. Me resultaría muy fácil hacer la mitad de algo que creo haber preparado, traer una sola taza y creer haber traído dos, coger una taza inexistente de manos de una muchacha inexistente... así... —asíó la taza—. Llenarla de un líquido inexistente y volverla a pasar, y después...

Interrumpió la frase, pues había visto algo extraño en el rostro de la doctora. No estaba seguro de si era horror, tristeza o comprensión.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—No lo sé. Quizás he entendido mal.

—¿Es algo de lo que he dicho? —continuó Ord—. Es fácil que haya preparado la mitad de lo que pienso... Estoy seguro de que eso lo has entendido. Y lo de traer una sola taza y creer que he traído dos... Una taza inexistente, una chica inexistente... No puede ser porque te haya llamado chica inexistente, porque ya hemos hablado de eso antes. Naturalmente, si no existe tal taza, una parte de mi mente se cuidará de que no llegue a verter café en ella... —Ord frunció el ceño y prosiguió—: Ahí está otra vez. Y ahora has intentado ocultarlo. Sin embargo, he captado un leve indicio de sobresalto. Algo de lo que he dicho o hecho te ha asustado, o te ha molestado, o acaso te ha interesado, simplemente. No te estoy sirviendo un café imaginario, ¿verdad? Parece real.

La doctora, que había recuperado plenamente el control de sí misma, se echó a reír.

—No, no es eso. Me está sirviendo café de verdad, lo cual significa que esa parte de su mente ya conoce que soy real. Pero ésa es la parte de su mente en la que no confía y que no puede tocar.

—No hago nada que no sepa que estoy haciendo, ¿entendido?

—Dado que no va a dejar de pensar en ello, diga lo que diga, le aclararé que ha sido algo de lo que ha dicho. De lo que sabe perfectamente que ha dicho. Y no hay en ello nada de horrible ni de aterrador, ni razón alguna por la que me debiera sentir triste. Se trata de algo que usted ignora.

—¿No piensas ser un poco más explícita?

Ella respondió a su pregunta con otra:

—¿No hacen esas muñecas tuyas todo cuanto les ordena?

—Sabes perfectamente que no.

La muchacha dejó la taza sobre la mesa.

—Yo lavaré los platos —dijo en tono ligero—. ¿Eso demostrará algo?

—Para ser una chica tan inteligente, a veces pareces tonta —replicó él en tono lúgubre—. La próxima vez que los utilizara, podría perfectamente imaginar que estaban limpios, ¿no te parece?

—Claro, claro.

Los ojos de la muchacha, unos ojos castaños, profundos, hundidos bajo unas finas cejas, siguieron a Ord cuando se levantó de pronto.

—¿Adónde va?

—A descubrir si eres real.

—¿En la nave? Adelante...

Ord acudió a la compuerta y se colocó el traje espacial. Por un instante se preguntó qué era lo que había producido aquella curiosa expresión en el rostro de Marilyn. Sin embargo, estaba muy claro que, sin ayuda, jamás encontraría la solución al interrogante. Sus palabras habían sido tan sencillas, tan evidentemente ciertas..., y al final ella acabaría por decírselo, así que no tenía importancia.

Nada de cuanto había sucedido hasta entonces ni de cuanto ella había dicho resolvía el problema de momento. Probablemente, a todos los demás argumentos en contra de la posibilidad de que Marilyn fuera una mujer de carne y hueso, se añadía el hecho de que, si realmente lo hubiera sido, habría insistido en que así era. Pero, ¿realmente lo habría hecho? Era doctora, psiquiatra quizás. Y conocía la solitosis.

Cualquier tipo de profesional médico enfrentado a un caso de solitosis, se dijo Ord, seguiría la corriente al enfermo sin confirmarle nada, sin negar nada, sin insistir en nada.

Ord se dio cuenta de que aquello era de vital importancia, aunque no estaba en absoluto seguro de por qué.

La prueba que había efectuado en la nave de Elsa había sido tan eficaz como las anteriores, pensó Ord. Quizá no volviera a funcionar, pero haría cuanto pudiera para que así fuese.

Abrió la válvula del traje asegurándose de que señalaba atmósfera cero. Luego asió sus manos y tensó los brazos para impedir que se movieran. Para abrir la escotilla del bote salvavidas permaneció con las manos asidas por los pulgares. En unos segundos se encontró en la sala de control de la pequeña nave, que ocupaba todo el interior, con las manos todavía asidas.

La aguja señalaba presión normal. Una sorda sensación de fracaso le embargó.

Se había concentrado con todas sus fuerzas, asegurándose de que abría realmente la válvula y no la volvía a cerrar. Lo intentó de nuevo, abriéndola y cerrándola.

Tendría que haber sabido que cada nuevo sistema funcionaba solamente una vez. Permaneció pensativo mientras trataba de calmarse.

La solitosis no era nunca una psicosis suicida, o al menos eso le habían dicho. Lo había estudiado en los libros. Una pequeña indicación al respecto había sido cuando Elsa le disparó con el arma y no sintió nada, pese a que la muchacha tenía un aspecto absolutamente real. A veces podía sentir dolor, como cuando ella le mordió, pero nunca en exceso.

Descargó el puño contra el mamparo. Donde la nave se había posado no existía ninguna roca lisa que se alzara tanto del suelo. O no había nada, o se trataba de un mamparo real.

Su guante estaba diseñado para resistir el vacío, pero no estaba, acolchado contra los golpes. Se había hecho daño al descargar el golpe, y todavía le dolía.

Siguió golpeando el mamparo una y otra vez hasta que ya no pudo obligarse a seguir soportando el dolor. Allí había un mamparo. Por tanto, había una nave. Se llevó la mano intacta a la visera del casco. Titubeó, y luego repitió para sí que la solitosis no tenía componentes suicidas. Abrió el casco y se tocó la nariz, los ojos y la barbilla. Se pellizó la mejilla.

Abrió del todo el casco, y respiró con normalidad.

Sólo quedaban dos posibilidades. O bien Marilyn y todo cuanto la acompañaba era real, o bien había desbordado por fin el límite y era presa de la solitosis, de modo que jamás volvería a tener la certeza de haber dejado la estación espacial.

Y si Marilyn era real.

Se derrumbó interiormente cuando un enfermizo pensamiento cruzó por su mente. Estaba dispuesto a creer en Marilyn, pero había algo que no podía pasar por alto, que la solitosis afectaba a todo el mundo. Se podía luchar contra ella, pero nadie se libraba de sus efectos. Sin embargo, era muy evidente que no afectaba a Marilyn. Uno podía reconocer la solitosis sólo con verla. Hasta él podría hacerlo.

No era capaz de determinar si Marilyn existía objetiva o sólo subjetivamente; ¿cómo sabría si existía la estación, la Tierra, la galaxia siquiera? ¿Existía alguna diferencia esencial entre Una y la madre o la hermana de Ord? ¿Eran todas ellas criaturas de su mente?

La misma vida podía ser un producto de su mente. La materia, un mero concepto. Él existía. «Pienso, luego existo». Eso podía aceptarlo. ¿Había algo más que pudiera aceptar?

Se obligó enérgicamente a recuperar la normalidad, limitándose a Marilyn. La doctora existía y, dado que había llegado en una nave donde él podía quitarse el casco, existía más de lo que había existido Una.

Aferrándose con determinación a ese pensamiento, cerró la visera y regresó tambaleándose a la estación. Parecía estar muy lejos.

Acababa de pasar una experiencia límite y el esfuerzo mental podía ser más agotador incluso que el ejercicio físico. Fuera cual fuese la verdad, había luchado con demasiada fuerza por o contra ella.

Cruzó la compuerta y entró en la estación. Una vez a salvo en el interior, cayó de bruces.

Veinticuatro horas después, supo que había demostrado la existencia de Marilyn más allá de toda duda razonable. Había estado taba enfermo y ella le había cuidado.

—Ya has demostrado lo que querías —le dijo ella cuando hubo pasado lo peor—. ¿Merecía la pena?

—Sí, la merecía —respondió Ord, incorporándose en el lecho—. No me extraña que filosofías enteras se hayan basado en el estudio de la realidad. Es lo más importante que existe para un hombre.

Ella movió la cabeza en señal de negativa, con una sonrisa en los labios.

—Sólo para ti —contestó—. La solitosis afecta por lo general a lo que más importa a cada individuo. Pero no merece la pena que hablemos de eso.

Había en Marilyn un calor, una amabilidad que ninguna de las apariciones anteriores había poseído, pues todas ellas eran reflejo del propio Ord. Él las había hecho como eran.

—¿Cómo has evitado tú la solitosis? —preguntó a Marilyn.

—De la única manera posible —respondió ella con otra sonrisa—. Hay cincuenta hombres y mujeres a bordo del Lioness, la nave de rescate. Y esa cifra está muy por encima de la cantidad crítica. Todavía pasará un tiempo hasta que se posen en este pequeño mundo pero, mientras efectúen la maniobra, me mantendrán cuerda por el mero hecho de estar ahí. Yo sé que están, ¿comprendes? Cuando tú también lo veas, mejorarás.

Ord se relajó. Las explicaciones largas y enrevesadas no eran nunca satisfactorias. Era en los hechos más sencillos en los que uno podía creer sin titubear.

—Eso llevará algún tiempo —dijo—. y no me importa cuánto sea.

Ord vio pasar la misma sombra por el rostro de Marilyn.

—Cuéntame —dijo suavemente.

—Mírame —respondió ella.

La miró. Era una mujer fuerte, de una belleza serena. Seguía llevando la túnica y los pantalones. Incluso observó, con leve pesar, que pese a no llevar anillo de casada había una franja blanca en uno de sus dedos, donde debería haber lucido uno.

—¿Sí? —insistió.

—No me di cuenta —musitó Marilyn suavemente—, hasta que hablaste de una chica inexistente. Yo era real, es cierto, pero no la imagen que tenías de mí.

»No, no es tan terrible —prosiguió Marilyn—. Casi todo es tal como pensabas. Es natural que el primero en visitar a un enfermo sea un médico. Lo soy, y también fui una chica en otros tiempos. Pero de eso hace ya cuarenta años. Y tú tenías que hacerme joven y bella.

Con cierto esfuerzo, Ord se echó a reír estruendosamente.

—¿Era eso todo? Me habías hecho creer que...

La anciana doctora no le escuchaba. No pensaba en el valor que había tenido al acudir sola hasta él, pero recordó que todos los médicos corren riesgos.

—Era agradable volver a ser una jovencita —musitó Marilyn, con aire meditabundo—. Me podía ver en tus ojos y casi he sido joven otra vez. Me gustas. Si no hubiera resultado algo totalmente ridículo, habría podido enamorarme de ti.

»Cuando me vayas viendo envejecer en las próximas semanas, Ord, te irás recuperando. Te iré mostrando cómo progresa tu caso. Y cuando me veas como soy en realidad, estarás curado del todo otra vez.

Ord posó suavemente su mano en el hombro de la doctora. Estaba pensando en el valor que había demostrado al acudir antes que la nave de rescate, ella sola, para así poder ayudar a un hombre que quizás había perdido la razón.

—Creo que ya te veo como eres en realidad —murmuró Ord.

J.T. McIntosh (1925-)

J.T. McIntosh es el seudónimo de James Murdoch MacGregor, autor y director de periódicos escocés, quien también ha sido músico profesional y maestro de escuela. Desde que empezó a escribir, hacia 1950, ha publicado aproximadamente veinte novelas de ciencia ficción y un centenar de historias cortas. Posee una considerable habilidad narrativa y una gran capacidad para perfilar caracteres y personajes. Quizás algún día un editor tenga la buena idea de publicar una recopilación de sus mejores obras pero, hasta entonces, los lectores deben interesarse por *First Lady*, *Made in U.S.A.* e *Inmortalidad para algunos*, entre otros relatos.

EL GANADOR

Donald E. Westlake

Wordman permanecía junto a la ventana, mirando al exterior, y pudo ver como Revell escapaba del recinto.

—Venga aquí —le dijo al entrevistador—. Verá al Guardián en acción.

El entrevistador rodeó el escritorio y, situándose junto a Wordman en la ventana, le preguntó:

—¿Es uno de ellos?

—Así es —dijo Wordman, sonriendo satisfecho—. Es usted afortunado. No es nada frecuente que intenten escapar. Quizá lo haga en honor a usted.

El entrevistador pareció turbado.

—¿No sabe lo que va a ocurrirle?

—Por supuesto que sí. Lo que pasa es que algunos no se lo creen, al menos hasta que lo intentan por primera vez. Observe.

Ambos miraron. Revell caminaba sin apresurarse, atravesando el campo, directamente hacia el bosque que había más allá. Tras haberse alejado unos doscientos metros del límite del recinto, empezó a doblarse poco a poco por la cintura. Unos metros más adelante apretó los brazos sobre el estómago, como si le doliera. Comenzó a vacilar, pero siguió adelante, caminando cada vez con más trabajo y pareciendo sufrir intensos dolores. Logró mantenerse en pie hasta llegar casi al bosque, pero cayó al suelo, donde quedó encogido e inmóvil.

Wordman ya no disfrutaba con aquello. El principio teórico del Guardián le gustaba más que su aplicación. Volviendo a su escritorio, llamó a la enfermería:

—Envíen una camilla en dirección este, cerca del bosque. Revell está allí.

Al oír el nombre, el entrevistador se volvió.

—¿Es ése Revell? ¿El poeta?

—Si a eso se puede llamar poesía...

Wordman hizo una mueca de repugnancia. Había leído algunas de las «poesías» de Revell: porquerías y nada más que porquerías.

El entrevistador se apartó de la ventana.

—Oí decir que estaba detenido —dijo, pensativo.

Mirando por encima del hombre del entrevistador, Wordman vio que Revell había conseguido ponerse a cuatro patas y se arrastraba lenta y penosamente camino del bosque. Pero un equipo de camilleros corría ya hacia él, y vio como le alcanzaban, levantaban del suelo su cuerpo debilitado por el dolor, lo depositaban en la camilla y lo traían de vuelta al recinto.

Cuando desaparecieron de su vista, el entrevistador preguntó:

—¿Quedará bien?

—Después de unos días en la enfermería. Tendrá algunos músculos distendidos.

El entrevistador se apartó de la ventana y comentó cautelosamente:

—Ha sido muy ilustrativo.

—Pues es usted el primer profano que lo ve —respondió Wordman, sintiéndose otra vez a gusto.

Continuaron con la entrevista, que era sólo la más reciente de las muchas docenas que Wordman llevaba concedidas en el año desde que había puesto en marcha su proyecto piloto de Guardián. Por quincuagésima vez, explicó cómo funcionaba y su utilidad para la sociedad.

En esencia, el Guardián era una diminuta caja negra, un receptor de radio en miniatura que se introducía quirúrgicamente en el cuerpo de cada preso. En el centro de las instalaciones de la prisión estaba el transmisor, que enviaba continuamente su mensaje a aquellos receptores. Mientras el preso se quedaba dentro del radio de ciento cincuenta metros del transmisor, no pasaba nada. Si salía o de ese radio, el receptor que llevaba bajo la piel empezaba a enviar por todo su sistema nervioso mensajes dolorosos, que aumentaban cuanto más se alejaba del transmisor, hasta que llegaban a inmovilizarle totalmente.

—El preso no tiene forma de esconderse, ¿comprende? —explicó Wordman—. Aunque Revell hubiera llegado al bosque, lo habríamos encontrado igualmente. Sus gritos nos habrían llevado hasta él.

La idea inicial del Guardián había sido del propio Wordman, que era por entonces alcaide auxiliar de un penal federal de tipo más corriente. Durante varios años su proyecto se vio detenido por una especie de objeciones, sobre todo de sentimentalistas; pero, por fin, se había establecido con un período de prueba de cinco años. y él estaba al frente.

—Si da buen resultado, como yo creo —dijo Wordman—, todas las prisiones del sistema federal cambiarán al sistema del Guardián.

Era un método que hacía imposibles las fugas, calmaba con facilidad los motines — simplemente, desconectando el transmisor un par de minutos— y reducía al mínimo la vigilancia.

—Aquí no tenemos guardianes propiamente dichos; sólo se necesita personal para los servicios de comedor, enfermería y otros por el estilo.

El proyecto piloto se había implantado en aquellos presos que sólo habían cometido crímenes contra el Estado, más que contra los individuos.

—Podría decirse que aquí está reunida la Oposición Incivilizada —dijo, sonriente, Wordman.

—O sea, los presos políticos —sugirió el entrevistador.

—No nos gusta usar esa expresión —respondió Wordman, repentinamente glacial—. Suena muy comunista.

El entrevistador se disculpó por su inexactitud terminológica; poco después terminó la entrevista, y Wordman, nuevamente de buen humor, le acompañó a la salida.

—Mire —le dijo, señalando a su alrededor—, no hay murallas, ni ametralladoras en las torres. Por fin hemos logrado la prisión modelo.

El entrevistador le agradeció de nuevo que le hubiera concedido parte de su tiempo y se fue a su coche. Wordman miró cómo se alejaba y luego se acercó a la enfermería a ver a Revell. Pero le habían puesto una inyección y estaba ya dormido.

Revell yacía de espaldas, con la vista fija en el techo. No dejaba de pensar: «No creí que se pasase tan mal. No creí que se pasase tan mal». Mentalmente, cogió una gran brocha con pintura negra y lo escribió en el immaculado techo blanco: No creí que se pasase tan mal.

—Revell.

Volvió ligeramente la cabeza y vio a Wordman de pie, al lado de la cama. Le miró, pero no hizo ningún gesto. Wordman le dijo:

—Me han dicho que estaba despierto. —Revell esperó a que siguiese—. Traté de decírselo cuando llegó —le recordó Wordman—. Le dije que era inútil intentar escapar.

Revell abrió la boca.

—Es igual —dijo—; no tiene por qué disculparse. Usted hace lo que tiene que hacer, y yo también.

—¡Disculparme! —Wordman le miró atónito—. ¿Disculparme de qué?

Revell levantó la vista al techo, de donde habían desaparecido las palabras que pintara en él hacía apenas un minuto. Ojalá tuviera papel y lápiz. Las palabras se le escapaban como agua por un colador. Necesitaba papel y lápiz para atraparlas.

—¿Puede darme papel y lápiz?

—¿Para escribir más obscenidades? De ningún modo.

—De ningún modo —repitió Revell como un eco.

Cerró los ojos y vio escaparse las palabras. Uno no tiene tiempo para inventar y memorizar a la vez; tiene que escoger, y Revell había escogido el inventar hacía mucho tiempo. Pero ahora no había forma de fijar sus inventos en un papel, y se escapaban de su mente como agua que se disuelve en el gran mundo exterior. «Late, late, dolorcito —recitó en voz baja—, en mi ingle y en mi cerebro, tan abajo y tan arriba. ¿Vivirás o moriré?»

—Ese dolor se va —dijo Wordman—. Ya han pasado tres días, debería haber desaparecido.

—Volverá —respondió Revell. Abrió los ojos y escribió las palabras en el techo—. Volverá.

—No sea tonto. Se ha ido del todo, a menos que escape otra vez.

Revell guardó silencio.

Wordman esperó, con una media sonrisa en sus labios, y luego frunció el ceño.

—No irá a intentarlo otra vez...

Revell le miró con cierta sorpresa.

—Vaya si lo voy a intentar. ¿Acaso no lo sabía?

—Nadie lo intenta por segunda vez.

—Nunca dejaré de intentar marcharme. ¿No lo sabe? Nunca dejaré de intentar marcharme. Nunca dejaré de ser. Nunca dejaré de creer que soy quien debo ser. Ya debería usted saber eso.

—¿Va a pasar por todo otra vez?

Wordman le miró fijamente.

—Todas las veces que sea necesario —respondió Revell.

—Se está marcando un farol —dijo Wordman, enfurecido, apuntándole con el dedo—. Si quiere morir, le dejaré morir. ¿No sabe que, si no le recogemos, morirá ahí fuera?

—Eso también es escaparse —respondió Revell.

—¿Es eso lo que quiere? Pues muy bien. Salga otra vez, y le juro que no mando a nadie a recogerle.

—Entonces usted pierde —replicó Revell. Miró con determinación el brusco e irritado sol de Wordman—. Las reglas del juego son las suyas, y según ellas va a perder. Usted dice que su caja negra me va a obligar a quedarme, y eso significa que va a impedirme ser yo mismo, y yo digo que está equivocado, y que, si me voy, usted pierde, y que si la caja negra me mata, ha perdido para siempre.

—Pero, bueno, ¿acaso cree que esto es un juego? —vociferó Wordman, agitando los brazos.

—Claro que lo es —dijo Revell—; por eso lo ha inventado.

—Está majareta perdido —dijo Wordman, encaminándose hacia la puerta—. No debería estar aquí, sino en un manicomio.

—También así pierde —le gritó Revell.

Pero Wordman se había ido dando un portazo.

Revell se reclinó sobre la almohada. Otra vez solo, podía volver a meditar sobre sus terrores. Tenía miedo a la caja negra, y mucho más ahora que sabía lo que podía hacerle; el miedo llegaba a revolverle el estómago. Pero también temía perderse a sí mismo, un temor más abstracto e intelectual, pero igualmente fuerte. No, más fuerte incluso, porque le estaba impulsando a salir otra vez.

—Pero no creí que se pasase tan mal —susurró.

Lo escribió una vez más en el techo, esta vez en rojo.

Wordman, que había sido informado de cuándo saldría Revell de la enfermería, se encontraba en la puerta en aquel momento. Revell parecía algo más delgado, posiblemente un poco envejecido. Se resguardó los ojos del sol con la mano, miró a Wordman y dijo:

—Adiós, Wordman.

Y echó a andar en dirección este.

Wordman no podía creerlo.

—Tiene mucho cuento, Revell —le dijo.

Revell siguió andando.

Wordman no podía recordar cuándo se había enfurecido tanto como lo estaba ahora. Hubiera querido correr tras Revell y matarle con sus propias manos. Cerró con fuerza los puños y se recordó a sí de mismo que era un hombre sensato, racional, clemente. Como lo era el Guardián. Sólo necesitaba obediencia. Revell era un ser antisocial, con tendencias autodestructivas, y necesitaba aprender; por su propio bien y por el bien de la sociedad. Revell necesitaba una lección.

—¿Qué va a intentar para escapar de esto? —le gritó. Miró con ira la espalda de Revell, que se alejaba, y escuchó su silencio—. ¡No mandaré a nadie a buscarle! ¡Usted mismo volverá arrastrándose!

Siguió observándole hasta que estuvo bien lejos del recinto, andando a trompicones por el campo, hacia los árboles, apretándose el estómago con las manos, con las piernas vacilantes y la cabeza caída hacia delante. Wordman miró un poco más, y luego, rechinando los dientes, se volvió a la oficina a redactar el parte mensual. El pasado mes sólo había habido dos intentos de fuga.

Durante la tarde miró dos o tres veces por la ventana. La primera, vio a Revell arrastrándose a cuatro patas hacia los árboles, habiendo atravesado casi todo el campo. La última, ya no se le veía, pero se le oía gritar. A Wordman le costó mucho concentrarse en el informe.

A última hora de la tarde volvió a salir. Seguían oyéndose los gritos de Revell, procedentes del bosque, débiles pero continuos. Wordman se quedó escuchando, mientras sus manos se crispaban. Se obligó ásperamente a no sentir compasión. Revell tenía que o aprender, por su propio bien.

Poco después, llegó uno de los médicos de la plantilla.

—Señor Wordman, tenemos que traerle —dijo.

—Ya lo sé —concedió Wordman—. Pero quiero asegurarme de que ha aprendido la lección.

—Por el amor de Dios —replicó el médico—. ¡Escuche sus gritos!

—Bueno, pues vayan a buscarle —respondió Wordman, sombrío.

Cuando el médico se fue, los gritos cesaron. Wordman y el médico volvieron la cabeza y escucharon: silencio. El médico corrió hacia la enfermería.

Revell estaba tirado en el suelo, gritando. No podía pensar sino en el dolor y en la necesidad de gritar. Pero a veces, cuando gritaba con mucha fuerza, disponía de una fracción de segundo, durante la cual podía seguir alejándose de la prisión, milímetro a milímetro, de tal forma que en la última hora se había movido algo más de dos metros.

Su cabeza y su brazo derecho resultaban visibles ahora desde el camino rural que cruzaba los bosques.

Por un lado, sólo era consciente del dolor y de sus propios gritos; por otro, se daba perfecta cuenta de todo lo que había a su alrededor, las briznas de hierba ante sus ojos, la calma del bosque, las ramas de los árboles sobre su cabeza. Y también el pequeño camión que paró en el camino detrás de él.

El hombre que se acercó y se agachó a su lado tenía el rostro curtido por la intemperie y llevaba las ropas bastas de un granjero.

Le tocó el hombro y le preguntó:

—¿Herido, jefe?

—¡Al esteeeee! —chilló Revell—. ¡Al esteeee!

—¿Puedo moverle?

—¡Síííí! ¡Al esteeee!

—Será mejor que le lleve al médico.

Cuando el hombre le levantó y le llevó al camión, tendiéndole en la plataforma trasera, el dolor no cambió. Estaba ya a la distancia óptima del transmisor, en el punto máximo de dolor. El granjero le metió en la boca unos trapos.

—Muerda esto —le dijo—. Se aguanta mejor.

No se aguantaba mejor; pero ahogaba sus gritos, y lo agradeció, y porque le daba vergüenza.

Se dio cuenta de todo: del viaje a través de la creciente obscuridad; de cómo el granjero le llevó a una casa de arquitectura colonial que por dentro parecía una enfermería, y del médico que le echó una mirada y le tocó la frente, retirándose luego para dar las gracias al campesino por haberle traído. Hablaron brevemente, el granjero se fue, y el médico volvió a observar a Revell. Era joven, con bata blanca, mofletudo y pelirrojo. Parecía indignado y enfurecido.

—Viene de esa prisión, ¿no?

Bajo la mordaza, Revell seguía gritando. Consiguió hacer con la cabeza un movimiento espasmódico que parecía una afirmación.

Era como si le clavaran cuchillos de hielo en las axilas, como si le frotaran con papel de lija los lados del cuello, como si le doblaran las articulaciones hacia delante y hacia atrás, como un hombre que está comiéndose un pollo dobla las articulaciones del ala. Tenía el estómago lleno de ácido, el cuerpo acribillado de agujas y rociado de fuego. Le arrancaban la piel, le cortaban los nervios con cuchillas de afeitar, le machacaban los músculos con martillos. Unos dedos se metían en sus ojos y se los arrancaban. Y sin

embargo, lo genial de aquel dolor era que permitía que su mente continuase funcionando y siguiese consciente en todo momento. No había forma de perder el conocimiento, de olvidarse.

—¡Qué gente más bestia hay por el mundo! —dijo el médico—. Voy a intentar sacárselo. No sé lo que pasará, porque no conocemos bien el funcionamiento, pero voy a tratar de sacarle la caja.

Se alejó, y volvió con una jeringuilla.

—Tranquilo. Con esto se dormirá.

—Ahhhhhh.

—No está allí. En el bosque no aparece por ninguna parte.

Wordman lanzó una mirada enfurecida al médico, pero sabía que tenía que aceptar la verdad del informe.

—Muy bien —dijo—. Entonces es que alguien se lo llevó. Tenía ahí fuera un cómplice, alguien que le ayudó a escapar.

—Nadie se atrevería —repuso el médico—. Cualquiera que le ayudase terminaría también aquí.

—De todas formas, voy a avisar a la policía del Estado —dijo.

Y volvió a su despacho.

La policía del Estado llegó dos horas después. Hicieron averiguaciones sobre los usuarios normales de la carretera, interrogando a la gente que pudo haber oído o visto algo, y encontraron a un granjero que había recogido cerca de la prisión a un hombre herido, y lo había llevado a Boonetown, a un tal doctor Allyn. Los policías estaban convencidos de que el granjero había obrado de buena fe.

—Pero el médico no —repuso sombrío Wordman—. Sin duda se dio cuenta casi inmediatamente.

—Sí, señor, yo diría que sí.

—Y no ha denunciado a Revell.

—No, señor.

—¿Han ido a buscarle ya?

—Todavía no. Acaban de informarnos ahora mismo.

—Quiero ir con ustedes. Espérenme.

—Sí, señor.

Wordman fue en la ambulancia en la que recogieron a Revell. Llegaron sin tocar la sirena a casa del doctor Allyn. Con dos coches llenos de policías, entraron en el pequeño quirófano y encontraron a Allyn lavando sus instrumentos en la pileta.

Allyn les miró tranquilamente, y dijo:

—Me imaginé que vendrían.

Wordman señaló al hombre que yacía inconsciente sobre la mesa de operaciones en el centro de la habitación.

—Ahí está Revell —dijo.

Allyn miró hacia la mesa, sorprendido.

—¿Revell? ¿El poeta?

—¿Es que no lo sabía? ¿Por qué le ayudó, entonces?

—En vez de contestar, Allyn estudió su rostro, y preguntó:

—¿No será usted Wordman, por casualidad?

—Sí, yo soy —respondió Wordman.

—Entonces, creo que esto es suyo —dijo Allyn; y le puso en las manos una ensangrentada cajita negra.

El techo seguía en blanco. Los ojos de Revell escribían en él palabras que hubieran debido abrasar la pintura, pero nada se notaba. Por fin, cerró los ojos a la blancura y, en el interior de sus párpados, escribió con letras tortuosas la palabra olvido.

Oyó que alguien entraba en la habitación, pero el esfuerzo de hacer algo nuevo era tan grande que dejó los ojos cerrados un poco más. Cuando los abrió vio a Wordman, sombrío y sarcástico, a los pies de la cama.

—¿Cómo estamos, Revell?

—Estaba pensando en el olvido —le respondió—, y escribiendo una poesía sobre el asunto.

Levantó la vista al techo, pero seguía vacío.

—Una vez pidió usted papel y lápiz —le dijo Wordman—. Hemos decidido dárselos.

Revell le miró con súbita esperanza, pero luego comprendió.

—Ah, eso —dijo.

Wordman frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? Le he dicho que puede usar papel y lápiz.

—Si le doy mi palabra de no volver a marcharme.

Wordman se agarró a los pies de la cama.

—¿Qué le pasa? No puede escaparse, y eso debe de saberlo muy bien a estas alturas.

—Quiere decir que no puedo ganar. Pero no perderé. Estoy jugando su juego, con sus reglas, en su campo y contra su equipo. Si consigo un empate, ya será bastante.

—Sigue pensando que esto es un juego —repuso Wordman—. Cree que nada tiene importancia. ¿Quiere ver lo que ha hecho?

Dio un paso hacia la puerta, la abrió, hizo un gesto, y metieron dentro al doctor Allyn.

—¿Recuerda a este hombre? —preguntó Wordman a Revell.

—Lo recuerdo.

—Acaba de llegar. Dentro de una hora le ponen el Guardián. ¿Se siente muy satisfecho, Revell?

—Lo siento —dijo Revell, mirando a Allyn.

Allyn sonrió y sacudió la cabeza.

—No lo sienta. Pensaba que la publicidad de un juicio podría ayudar a librar al mundo de cosas como el Guardián —su sonrisa se volvió amarga—. No hubo mucha publicidad.

—Están los dos cortados por el mismo patrón —intervino Wordman—. No saben pensar en otra cosa que no sea las emociones de las masas. Revell en eso que llama sus poesías, y usted en la alocución que hizo en el juicio.

—¡Oh! —dijo Revell sonriente—. ¿Habló usted? ¡Qué lástima que no haya podido escucharle!

—No fue muy bueno —respondió Allyn—. No sabía que el juicio iba a durar sólo un día, y no tuve mucho tiempo de preparar nada.

—Bueno, ya está bien —cortó Wordman—. Ya podrán charlar después; tienen años por delante.

Al llegar a la puerta, Allyn se volvió.

—No se vaya a ninguna parte hasta que yo esté levantado, ¿me lo promete? Hasta después de mi operación.

Revell le preguntó:

—¿Quiere venirse conmigo la próxima vez?

—¡Naturalmente! —respondió Allyn.

Donald E. Westlake (1933-)

Reconocido y prolífico novelista de misterio, Donald E. Westlake, ha obtenido el premio Edgar por su novela *God save the mark* (1967). Muchas de sus obras de humor, como *The busy body* (1966) y *The hot rock* (1970), han sido llevadas a la pantalla. Bajo el seudónimo de Richard Stark, escribe historias de tipos duros. La mayor parte de sus quince relatos de ciencia ficción los publicó al principio de su carrera. *Or not to die*, por ejemplo, fue escrita antes de su vigésimo aniversario. Salvo *El ganador*, que apareció por primera vez en una antología original en 1970 (*Nova 1*), no ha vuelto a tocar el género desde 1963.

POR OTRO NOMBRE, ROSA

Christopher Anvil

Un hombre alto, con gabardina abrochada y ajustada con un cinturón, transportaba un pesado maletín hacia el edificio del Pentágono.

Un hombre con gabán negro caminaba con un voluminoso portafolios hacia el Kremlin.

Un hombre bien vestido con un traje azul marino bajó de un taxi cerca del edificio de las Naciones Unidas y pagó al conductor. Al alejarse, iba ligeramente inclinado hacia la derecha, como si el maletín que portaba bajo el brazo izquierdo contuviera plomo, en lugar de papel.

En la acera próxima, el viento levantó del suelo una hoja de periódico que fue a caer, con el titular de cara, ante la entrada del edificio. En grandes letras negras, podía leerse: «¡ESTADOS UNIDOS LUCHARÁ!».

En el mismo periódico, un diagrama mostraba los misiles estadounidenses y soviéticos comparando sus alcances, cargas explosivas y poderes destructivos, con el monumento a Washington al fondo para ofrecer una idea de su tamaño.

El hombre bien vestido avanzó con el maletín hacia la entrada del edificio tras pasar sobre el periódico tirado en el suelo. Al hacerlo, sus tacones desgarraron la tabla comparativa de los misiles.

Dentro del edificio, el delegado soviético estaba diciendo en esos momentos:

—La Unión Soviética es la nación más avanzada de la Tierra en cuanto a logros científicos. La Unión Soviética es la nación más poderosa del mundo. Nadie está en posición de decirle a la Unión Soviética «sí» o «no». La Unión Soviética ya ha expuesto su futuro plan de acción, y no puedo hacer otra cosa, salvo sugerir la conveniencia de acceder a nuestras peticiones.

—¿Es este el punto de vista del gobierno soviético? —inquirió el delegado estadounidense.

—Este es el punto de vista del gobierno de la Unión Soviética —confirmó el representante soviético.

—En ese caso, tendré que exponer la posición de los Estados Unidos. Si la Unión Soviética lleva a cabo el menor intento de desencadenar su brutal agresión, los Estados Unidos lo considerarán como un ataque directo a su propia seguridad. Espero que comprendan el significado de mis palabras.

En la sala se produjo un nervioso murmullo.

—Lamento escuchar esas palabras —dijo lentamente el delegado soviético—. Estoy autorizado para afirmar que la Unión Soviética no se echará atrás en este tema.

—La posición de los Estados Unidos también ha quedado expuesta —contestó el delegado norteamericano—. Si la Unión Soviética sigue adelante con sus planes, los Estados Unidos lo considerarán un ataque directo contra su territorio. No puedo decir nada más.

En el instante de silencio que siguió, un guardián de mirada pasmada abrió una de las puertas para que entrara un hombre bien vestido, el cual estaba colocando de nuevo en su maletín un documento que acababa de repasar. El hombre echó un vistazo a la sala de conferencias, con gesto pensativo, y escuchó una voz que preguntaba:

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—¿Una conferencia, quizás? —apuntó otra voz titubeante.

—Una conferencia no resolverá esta situación —respondió fríamente el delegado soviético—. Los Estados Unidos deben rectificar su actitud provocativa.

El delegado estadounidense fijó la mirada en una pared lejana.

—La única provocación es esta última agresión soviética. Lo único que exigimos es que la Unión Soviética no la lleve a cabo.

—La Unión Soviética no se echará atrás en este tema.

—Los Estados Unidos tampoco se echarán atrás en este tema —replicó el delegado estadounidense.

Se produjo un tenso silencio que se prolongó durante unos segundos.

Mientras los delegados de las dos grandes potencias permanecían inmóviles en sus escaños, se alzó una voz en una petición urgente:

—Caballeros, ¿nadie tiene ninguna idea que exponer? Aunque parezca imposible de llevarla a la práctica...

El silencio se prolongó lo suficiente como para dejar claro que nadie veía una salida al impasse.

Un hombre bien vestido, con un traje azul, que llevaba un maletín, dio unos pasos adelante y dejó el maletín sobre la mesa con un sonoro clunk que atrajo la atención de los allí reunidos.

—Bien —dijo el hombre—, estamos metidos en un verdadero lío. Son muy pocos los seres humanos que desean ser quemados vivos, intoxicados o reducidos a la nada. No deseamos que se produzca una guerra devastadora. Sin embargo, según están las cosas, es muy probable que nos veamos involucrados en una, tanto si lo deseamos como si no.

»La situación en que nos hallamos es semejante a la de una multitud encerrada en una sala. Algunos de los presentes hemos traído, para protegernos, a nuestros grandes perros de defensa. Nuestros dos principales miembros cuentan con tigres entrenados. Esta colección de animales tira ahora de sus correas. Una vez haya caído el primer golpe, nadie puede decir qué sucederá.

»Lo que parece necesario ahora es alguien con la habilidad de un domador de leones. El domador controla a los animales mediante la comprensión, el ritmo correcto y la distracción.

Los delegados de los Estados Unidos y la Unión Soviética se miraron un instante, con expresión de curiosidad. Los demás delegados se volvieron con ademanes de sorpresa. Algunos abrieron la boca como para interrumpir el discurso, miraron a los delegados de las grandes potencias, cerraron la boca y fijaron la vista en el maletín.

—Pues bien —prosiguió el hombre—, las herramientas de trabajo del domador son la pistola, el látigo y la silla. Los tres son utilizados para distraer. La pistola contiene cartuchos de salvas, el látigo restalla sobre la cabeza del animal y la silla se sostiene con las patas por delante, de modo que la mirada del animal sea atraída primero por un punto y luego por otro, al hacerla girar. El sonido de la pistola y del látigo distraen la atención del animal. Lo mismo sucede con la silla. Y mientras la atención del animal esté distraída, no se pone en acción su terrible poder. Así es como mantiene la paz el domador.

»El proceso de pensamiento de la máquina militar es un poco diferente de los procesos mentales de un león o un tigre, pero los principios son los mismos. Lo que necesitamos es algo equivalente al látigo, la pistola y la silla del domador.

Abrió la tapa del portafolios y sacó del interior una placa de un gris mate con un mango a un lado, varios medidores en su superficie y, junto a ellos, un botón rojo y otro azul.

—Es un hecho conocido —dijo el hombre, observando a los sorprendidos e irritados delegados— que ciertas actividades mentales están asociadas a diversas zonas del cerebro. Si se lesiona una zona cerebral determinada, se interrumpe la acción mental correspondiente. Puede perderse la facultad oral, mientras que se conserva la escrita. Una persona que hable francés y alemán puede perder la capacidad para utilizar el primero, pero conservar la del segundo. Estos son hechos conocidos, pero en general no utilizados. Ahora, quién sabe si quizás existe una zona especial del cerebro que se ocupe del vocabulario relacionado con temas militares.

El hombre pulsó el botón azul.

El delegado soviético se incorporó en su escaño.

—¿Qué es ese botón que acaba de pulsar?

—Es para una demostración. Entrará en acción cuando lo suelte.

—¿Qué significa entrar en acción? —inquirió el delegado norteamericano.

—Lo verán todos si tienen la paciencia de aguardar unos instantes.

—¿Qué es eso de las zonas cerebrales? ¡No podemos abrir el cerebro de cada general del mundo!

—No habrá necesidad de ello. Naturalmente, habrán oído hablar ustedes, de frecuencias de resonancia y temas similares. Por ejemplo, si se toman dos diapasones que vibren al mismo ritmo y se hace vibrar uno de ellos, el otro vibrará también aunque esté en el extremo opuesto de la estancia. Los soldados deben romper el paso al cruzar un puente, pues de lo contrario lo harían vibrar y venirse abajo. Con la nota precisa de un violín se puede hacer que una copa de cristal se rompa. ¿Quién sabe si unas leves corrientes eléctricas en una zona especial del cerebro asociada a cierta actividad mental característica no tenderá a provocar una actividad similar en la zona correspondiente de

otro cerebro? En caso afirmativo, si fuera posible producir una corriente lo bastante poderosa, incluso podría sobrecargarse esa zona especial y...

El delegado de los Estados Unidos, tenso, midió con los ojos la distancia que le separaba de la placa gris colocada sobre la mesa.

El delegado soviético se llevó la mano con sigilo hacia la cintura.

El hombre que estaba hablando apartó el dedo del botón azul.

El delegado soviético sacó inmediatamente un pequeño revólver automático negro. El delegado norteamericano saltó desde su escaño con inusitada energía. Por toda la sala, los presentes se pusieron en pie. Hubo unos instantes de violenta actividad.

A continuación, el arma del soviético cayó al suelo. El delegado norteamericano cayó inmóvil sobre la mesa. En la sala, los demás delegados cayeron al suelo inertes, como si estuvieran totalmente ebrios.

Sólo un hombre permaneció en pie, inclinado hacia delante con una expresión de ligero asombro, mientras pulsaba con el dedo el botón rojo.

—Caballeros, tienen ustedes sobrecargados temporalmente ciertos circuitos mentales. A mí me protege un..., una especie de puente eléctrico. Pronto se recuperarán de esta sobrecarga, pero la próxima que experimentarán será algo diferente. Lo lamento pero hay ciertos estados de resonancia mental que la raza humana no puede permitirse de momento.

De inmediato, soltó el botón rojo.

El delegado de los Estados Unidos, tendido sobre la mesa, experimentó una repentina llamarada de furia. En un destello, a la furia siguió una visión perfectamente clara del mapa de Rusia, las regiones polares cercanas y las naciones situadas a lo largo de su frontera meridional. Entonces, el mapa se transformó en algo más que un plano y vio los complejos económicos de la Unión Soviética y los grupos raciales y nacionales sometidos por la fuerza por el gobierno central. Contempló los puntos fuertes y débiles de la Unión Soviética como si tuviera delante un modelo anatómico transparente del cuerpo humano tendido para una operación.

No muy lejos, el delegado soviético vio los submarinos frente a las costas de los Estados Unidos, los misiles abatiéndose sobre zonas industriales de interés vital, los bombarderos en sus largas misiones sin retorno y el inesperado ataque por tierra que resolvería el problema definitivamente. Su mente revisó el plan previsto una y otra vez, advirtiendo una inesperada fuerza norteamericana en un punto concreto, o la posibilidad de un contragolpe peligroso en otro.

En la mente de otro delegado, Gran Bretaña decantaba la balanza hacia los Estados Unidos, en contra de la Unión Soviética, y luego, mediante una serie de movimientos cuidadosamente proyectados, adquiriría el liderazgo moral de un bloque de países no alineados. Después, contando con esta posición como base para nuevas maniobras...

Otro delegado vio a una Europa pujante, pequeña en territorio pero inmensa en poder productivo. Después de aislar primero a Gran Bretaña...

Casi en la misma fracción de segundo, los planes de todos los delegados quedaron ultimados. Cada representante veía a su nación en la posición más encumbrada, con una claridad abrumadora, más que humana.

Y a continuación hubo en todos ellos la impresión de un resplandor, como el breve brillo de un cable eléctrico sobrecargado. Después, tuvieron una sensación similar a la del dolor.

La experiencia se repitió en gran número de lugares en todo el planeta.

En el Kremlin, un mariscal de robusta constitución parpadeó ante los miembros de su plana mayor.

—Es extraño. Por un instante, me ha parecido ver... —Se encogió de hombros y señaló el mapa—: Bien, aquí, a lo largo de la llanura del norte de Alemania, donde tenemos intención de... de... —Frunció el ceño, intentando encontrar la palabra adecuada—. Hum... Donde tenemos intención de... ¡ah!... de desestabilizar las... las ridículas contramedidas de protección de la OTAN...

Se detuvo, todavía con el ceño fruncido. Los miembros de la plana mayor se incorporaron en sus asientos, con aspecto confundido.

—Mariscal, he tenido una idea —dijo un general—. Una de las cuestiones a evaluar es la siguiente: ¿estarán dispuestos los norteamericanos a...? ¡Ejem!, ¿cabe esperar que... hum...? —El general puso cara de asombro, dirigió una mirada a la sala en que se hallaban, apretó los labios y continuó—: ¡Ah...! Lo que intento decir es si estarán dispuestos a desmoleculizar París, Londres y los restantes centros aliados cuando nosotros... ¡ah...!, cuando les inundemos con los elementos integrados hiperarticulados de nuestras...

Se quedó cortado de repente, con una expresión de horror en el rostro.

—¿De qué está usted hablando, general? ¿«Desmoleculizar»...? ¿Se refiere usted a si ellos... hum... descohesionarán el modelo estructural existente mediante la aplicación de energía intensa de fusión nuclear?

Se detuvo y parpadeó varias veces mientras su última frase daba vueltas en el interior de su cabeza.

Otro miembro de la plana mayor se levantó para hablar con gesto vacilante:

—Señor, no estoy muy seguro de comprender lo que tiene en mente, pero acabo de tener una idea que me ha sorprendido porque podría resultar un proyecto factible para desconstitucionalizar todo el gobierno norteamericano en cinco años mediante el

adoctrinamiento de su organización política a través de la acción política intrasocial, a todos los niveles simultáneamente. Hoy...

—¡Bah! —respondió otro general, con los ojos inflamados por una visión interior—. Yo tengo un plan mejor. El embargo de plátanos. Atiendan...

Unas leves gotas de sudor aparecieron en la frente del mariscal. Se le había ocurrido imaginarse que los norteamericanos acogían su mensaje definitivo como una fanfarronada. Mentalmente, intentó concentrarse de nuevo en lo que estaban discutiendo.

En el mismo instante, dos hombres vestidos con trajes en diferentes tonos de azul estaban sentados junto a un gran globo terráqueo en un despacho del Pentágono, contemplando a un tercer hombre vestido con un uniforme verde oliva. Un aire de intranquilidad flotaba en la sala.

Por fin, uno de los hombres de azul carraspeó:

—General, espero que sus planes se basen en algo un poco más claro que eso. No comprendo cómo espera que colaboremos con usted para solicitar al Presidente algo así. Ahora mismo acabo de tener una idea notable. Resulta un poco fuera de lo común pero, desde mi punto de vista, es el tipo de acción que puede clarificar la situación en lugar de sumirla en una confusión sin esperanza. Pues bien, lo que propongo es que procedamos de inmediato a militarizar las rutas comerciales existentes, también en profundidad. Esto contrarrestará la potencial anulación soviética de nuestras comunicaciones navales por superficie mediante su superioridad submarina. Esto significa, ciertamente, un concepto bastante poco estudiado. Pero a lo que quiero llegar es a que...

—Un momento —dijo el general en un tono levemente dolido—. No han comprendido lo que estaba exponiendo. Puede que no me haya expresado como pretendía. A lo que me refiero es a que tenemos que juntar esas piezas y montar bien el conjunto. De otro modo, vamos a tener problemas. Escuchen...

El hombre de las Fuerzas Aéreas carraspeó.

—Con franqueza, siempre había sospechado que había cierta confusión en sus planes de defensa, pero jamás habría sospechado algo parecido. Por fortuna, yo sí tengo una idea que...

En las Naciones Unidas, los delegados soviético y norteamericano observaban al delegado británico, que estaba diciendo metódicamente una serie de palabras:

—Agricultura, arte, literatura, ciencia, ingeniería, medicina, sociología, botánica, zoología, apicultura, hojalatería, espeleología, mili... mili... guerr... gue... ¡hum!, navegación, ley, comercio, abogacía, belicism... beli... bel... ¡No puedo decirlo!

—En otras palabras —intervino el delegado norteamericano—, estamos bloqueados mentalmente. Hemos perdido nuestro vocabulario en lo referente a... Es decir, podemos hablar prácticamente de todo, salvo de los temas que tienen que ver con... ejem... con discrepancias profundas.

El delegado soviético frunció el ceño.

—Eso es muy inconveniente. Yo también acabo de tener una buena idea. Quizás...

Buscó lápiz y papel. En el mismo instante, entró un guardia con aire preocupado.

—Lo lamento, señor. En todo el edificio no hay rastro de la persona que buscamos. Debe de haber escapado.

El delegado soviético seguía mirando displicentemente la hoja de papel que tenía ante sí.

—Bien —murmuró—, no creo que pueda confiar la seguridad de mi país a este método de comunicación.

En el papel, escritas por su mano, podían leerse las palabras siguientes:

«Instrucciones al responsable del 44 Grupo de Marcha a Pie: Intente interponer su grupo a lo largo del territorio entre nuestros enemigos y la estación de ferrocarril. Utilice cuantas veces sea preciso procedimientos expeditivos y prácticos para obtener los resultados deseados.»

El delegado norteamericano había conseguido una máquina de escribir. Puso una hoja de papel en el carro, pulsó las teclas con rapidez y, finalmente, leyó lo que había escrito. Un gesto de frustración cruzó su rostro. El delegado soviético movió la cabeza en señal de negativa.

—¿Cómo se dice...? ¡Nos han «intervenido»! La parte de nuestro vocabulario relacionada con... con... ¡Bueno, ya sabe usted qué...! Esa sección ha sido borrada de nuestras mentes.

El delegado norteamericano frunció el ceño.

—Bueno, todavía podemos clavar agujas en los mapas y dibujar planos. Finalmente, conseguiremos concretar que es eso que usted dice.

—Sí, pero eso no es manera de hacer la guer... La gue..., de solventar las discrepancias profundas. Tendremos que inventar un nuevo léxico para tratar el tema.

El delegado norteamericano meditó las palabras del soviético y asintió.

—Está bien —dijo—. Pero escuche: si cada uno elabora su propio léxico, ¿nos interesa realmente terminar con, digamos, dieciséis palabras distintas en dieciséis idiomas diferentes, todo para hablar de una misma cosa? ¿La llamarán usted «gosnik» y nosotros

«gack» y los franceses «gouk» y los alemanes «gunck»? ¿Y tendremos que seguir utilizando decenas de diccionarios distintos y cientos de intérpretes para hacernos una mera idea de lo que está diciendo el otro?

—No —respondió el delegado soviético con gesto sombrío—. Eso, no. Debemos establecer una comisión internacional para estudiar el tema. Quizás en eso al menos podamos ponernos de acuerdo. Es evidente que será una ventaja para todos no tener innumerables palabras nuevas para la misma cosa. Mientras tanto, quizás..., bien, quizás sería mejor que aplazáramos por el momento la decisión final sobre la presente dificultad.

Seis meses después, un hombre con una gabardina cerrada y ajustada con un cinturón se acercó al edificio del Pentágono.

Un hombre con un voluminoso portafolios paseaba a cierta distancia del Kremlin.

Un taxi con un hombre bien vestido que tenía al lado un maletín circulaba frente al edificio de las Naciones Unidas.

Dentro del edificio, el ambiente se iba caldeando. El delegado soviético decía en tono áspero:

—La Unión Soviética es la nación científicamente más avanzada de la Tierra, y sin duda es la más gacknik. La Unión Soviética no acepta los dictados de nadie. Hemos concedido medio año más para que recapaciten y ahora voy a exponer sin más preámbulos nuestra posición:

»Si queréis chusear una gack con nosotros por este tema, os vamos a mongelar. Os groquearemos en cuatro días. No quedará vivo ni un miserable perro de un imperialista capitalista. Quizás en la lucha caiga alguno de los nuestros, pero vuestra nación quedará absolutamente boquetada. El tiempo del capitalismo decadente ha terminado.

Un acceso de maravillosa dialéctica surgió en la mente del delegado soviético. Durante una fracción de segundo, comprendió con una claridad innatural no sólo el porqué, sino el cómo la filosofía de su nación estaba destinada a surgir triunfante —con la adecuada dirección— e, incluso, sin acudir a una gack ruinosa.

Sin que el delegado soviético lo advirtiera, el delegado norteamericano estaba experimentando simultáneamente una clara visión en profundidad de las asombrosas posibilidades de las creencias norteamericanas fundamentales, que hasta ahora apenas habían sido presentidas.

Al mismo tiempo, otros delegados estaban en sus escaños, sentados pero erguidos, con los ojos fijos en lejanas visiones.

El instante de resplandeciente certeza se disipó, consumido.

—Sí —continuó el delegado soviético, como en un trance—. Ni siquiera es preciso cushear una gack. Es inevitable que la victoria sea para el comunis... común... com...

Enmudeció, con ademán horrorizado.

El delegado norteamericano cerró los ojos y emitió un gruñido.

—El capitalis... capital... capi... el estímulo individualis... indi-vid... indi... —Levantó la mirada y continuó—: Ahora tendremos que celebrar otra conferencia. Y después, además, tendremos que hacerles tragar de algún modo las nuevas palabras a ese treinta por ciento de gente a la que no alcanzan con ese aparato infernal.

El delegado soviético tanteó su asiento y se derrumbó pesadamente en él.

—El materialismo dialécti... el materia dial... mate... dial...

Hundió la cabeza entre las manos y exhaló un profundo suspiro, tembloroso.

El delegado británico decía:

—Elleóningl... leoing... le... le... ¡Qué horrible!

—Sí —asintió el delegado norteamericano—. Pero si esto sigue así, acabaremos por tener un nuevo idioma, completo y unificado. Quizás sea ésa la idea.

El delegado soviético exhaló un nuevo suspiro y le contempló con aire tétrico.

—Esto contesta también una pregunta formulada hace mucho tiempo.

—¿De qué se trata?

—Hace mucho, uno de nuestros escritores la expuso en un libro: «¿Qué es lo que hay en un nombre?».

Todos los delegados asintieron con expresiones desoladas.

—Sí, ahora lo sabemos.

Christopher Anvil (? -)

Christopher Anvil es el seudónimo de Harry C. Crosby, Jr. Es autor de cinco novelas y de más de un centenar de relatos cortos.

Sus escritos son, fundamentalmente, ejercicios intelectuales, presentados a menudo como una serie de cartas o informes, en los que destaca un sentido del humor bastante extraño. En ellos se apuntan soluciones ingeniosas a problemas sociales como en The

Trouble-maker (1960) y Philosopher's Stone (1963); o bien apunta la estupidez de determinadas políticas sociales, como en Positive Feedback (1965) y Behind the Sandrat Hoax (1968).

EL HOMBRE QUE NUNCA OLVIDABA

Robert Silverberg

Un martes por la mañana cubierto de una ligera neblina, vio a la muchacha que esperaba haciendo cola ante un gran cine de Los Angeles. Era delgada y pálida, de apenas un metro sesenta de estatura, y lucía una melena rubia y lacia. Iba sola. Él la recordaba, por supuesto.

Sabía que estaba cometiendo un error, pero de todos modos cruzó la calle y recorrió la cola del cine hasta llegar junto a ella.

—Hola —dijo.

La muchacha se volvió, le observó inexpresivamente y dejó asomar la punta de la lengua entre los labios un instante.

—No creo que...

—Tom Niles —respondió él—. Pasadena, día de Año Nuevo de 1955. Estabas sentada a mi lado. Ohio State, 20; Southern California, 7. Lo recuerdas, ¿verdad?

—¿Un partido de rugby? Pero si apenas... Es decir... Lo siento, señor, yo...

Un hombre de la cola se adelantó hacia él con un gesto ceñudo. Niles sabía cuándo estaba en inferioridad. Sonrió, disculpándose, y dijo:

—Lo siento, creo que me he equivocado. Te he tomado por otra chica... Bette Torrance. Lo siento.

Se alejó rápidamente. No había dado más que tres pasos cuando oyó la exclamación de sorpresa y un «¡Pero si Bette Torrance soy yo!». Sin embargo, él siguió caminando.

Después de veintiocho años, debería haber aprendido, pensó con amargura. Pero he olvidado lo más fundamental: que si bien yo recuerdo a la gente, la gente no necesariamente me recuerda a mí...

Avivó el paso hasta la esquina, giró a la derecha y entró en una calle nueva, una cuyas tiendas le eran totalmente desconocidas y que, por tanto, no había visto nunca hasta entonces. Su mente, estimulada a su nivel normal de actividad por el incidente frente al cine, vomitó una serie de recuerdos tangenciales como buena máquina que era:

1 de enero de 1955, Rose Bowl, Pasadena, California. Asiento G126, día caluroso, mucha humedad, llegué al estadio a las 12.03, hora del Pacífico. Fui solo. La chica del asiento de al lado llevaba un vestido azul de algodón, zapatos blancos estilo oxford y un banderín de Southern California. Charlé con ella. Nombre: Bette Torrance, estudiante de Southern California; tenía una cita para el partido pero él se puso enfermo la noche anterior con síntomas de gripe. Insistió en que ella fuera de todas formas. El asiento a su lado estaba vacío. La invité a un perrito caliente, 20 centavos (sin mostaza)...

Había más, mucho más. Niles se obligó a devolverlo al fondo de su mente. Había un resumen virtualmente taquigráfico de su conversación de aquella tarde:

(«...Espero que ganemos. Estuve la última vez que ganamos la final de la Bowl, hace dos años...»)

«...Sí, fue en 1953. Southern California, 7; Wisconsin, 0... Y hubo dos victorias seguidas en 1944 y 1945 frente a Washington y Tennessee...»

«...¡Vaya, cuánto sabes de rugby! ¿Cómo lo haces?, ¿te aprendes los libros de datos de memoria?»)

Y los viejos recuerdos. La exclamación burlona del pecoso Joe Merritt aquel caluroso día de 1937 («¿Quién eres tú, Einstein?»). Y Buddy Call diciendo en tono agrio, aquel 8 de noviembre de 1939, «Ahí viene Tommy Niles, la máquina sumadora humana. ¡Cogedle!». Y el dolor agudo y brillante de una bola de nieve que le alcanzaba justo bajo la clavícula izquierda, un dolor que podía evocar con la misma facilidad que cualquier otro de los recuerdos dolorosos que había experimentado en su vida. Niles se encogió y cerró los ojos de pronto, como si el proyectil helado le acabara de alcanzar allí mismo, en plena calle de Los Angeles, aquella mañana brumosa de un martes.

Ya nadie le llamaba la máquina sumadora humana. Ahora era la grabadora humana: los términos insultantes o de burla tenían que ir variando con el paso de las décadas. Sólo el propio Niles permanecía inmutable. El «chico con el cerebro como una esponja» se había convertido en «el hombre con el cerebro como una esponja», maldito todavía por el mismo don terrible.

Su mente repleta de datos le producía dolor. Observó un diminuto coche deportivo amarillo aparcado al otro lado de la calle, y lo reconoció por su marca, modelo, color y número de matrícula como perteneciente a Leslie F. Marshall, veintiséis años, cabello rubio, ojos azules, actor de televisión con el siguiente curriculum...

Encogido sobre sí mismo, Niles puso en acción el circuito mental que le ayudaba a detener el flujo de datos. Había conocido a Marshall en una ocasión, seis meses antes, en una fiesta ofrecida por un amigo de ambos. Un antiguo amigo de ambos; a Niles le resultaba difícil conservar mucho tiempo a los amigos. Había conversado con el actor

unos diez minutos, y todo lo sucedido en ese lapso de tiempo se había añadido al pesado bagaje que llevaba en su mente.

Niles decidió que era el momento de seguir camino. Llevaba diez meses en Los Angeles y la carga de recuerdos acumulados se estaba haciendo demasiado pesada. Estaba saludando a demasiadas personas que hacía mucho tiempo que ya le habían olvidado (culpa de mi apariencia tan normal, un metro setenta y cinco de estatura, 72 kilos de peso, cabello castaño, ojos castaños, sin rasgos físicos destacados y sin cicatrices identificables, salvo las internas, pensó). Le pasó por la cabeza regresar a San Francisco, pero decidió no hacerlo. Había estado allí apenas hacía un año. Y en Pasadena, hacía dos años. Había llegado el momento, razonó, de dar un nuevo salto a la Costa Este.

Arriba y abajo por la piel de Estados Unidos, allá va Thomas Richard Niles, der fliegende Hollander, el judío errante, la grabadora humana. Sonrió al vendedor de periódicos que le había vendido un ejemplar del Examiner el 13 de mayo anterior, recibió en respuesta la habitual mirada fría del muchacho y se encaminó hacia la terminal de autobuses más próxima.

El 11 de octubre de 1929, en la pequeña localidad de Lowry Bridge, en Ohio, había empezado para Niles el largo viaje. Era el menor de tres hermanos, hijos de unos padres aparentemente normales, Henry Niles (n. 1896) y Mary Niles (n. 1899). Sus hermanos mayores no habían mostrado ninguna capacidad extraordinaria. Tom, por el contrario, sí.

Las cosas habían comenzado desde que tuvo edad suficiente para formar palabras; una vecina le había comentado a su madre, al ver al pequeño jugando en el interior de la casa, «¡Qué grande se está haciendo, Mary!».

Entonces todavía no había cumplido un año. Sin embargo, había repetido, prácticamente en el mismo tono de voz, «¡Qué grande se está haciendo, Mary!».

La frase causó sensación pese a ser una mera repetición, y no cosecha propia.

Hasta los doce años estuvo en Lowry Bridge, Ohio. Más adelante, le asombraría haber sido capaz de permanecer allí tanto tiempo.

Empezó a ir a la escuela a los cuatro años porque estaba muy adelantado para su edad. Sus compañeros de clase, que tenían cinco y seis años, le superaban ampliamente en coordinación física, pero eran claramente inferiores en todo lo demás. Sabía leer e incluso escribir bastante bien, aunque sus tiernos músculos se cansaban fácilmente de sostener el lápiz. Y ya podía recordar.

Lo recordaba todo. Recordaba las discusiones de sus padres y repetía las palabras exactas a quien quisiera escucharlas, hasta que su padre le dio unos azotes y le amenazó con matarle si volvía a hacerlo. También eso lo recordaba. Recordaba las mentiras que decían sus hermanos y tuvo muy presentes irlas apuntando una tras otra. Con el tiempo, aprendió también a no hacerlo. Recordaba lo que la gente había dicho y les corregía cuando, tiempo después, se desviaban de sus afirmaciones anteriores. Lo recordaba todo.

Leía los libros de texto una vez y se quedaba en su memoria todo el contenido. Cuando el maestro hacía una pregunta relacionada con el tema del día, el brazo debilucho de Tommy Niles se alzaba mucho antes de que sus compañeros hubieran tenido tiempo de asimilar realmente la pregunta. Pronto, el maestro le explicó que no debía responder siempre a todas las preguntas, aunque supiera las contestaciones, puesto que en la clase había veinte alumnos más. Sus compañeros también se lo hicieron saber muchas veces, a la salida de la escuela.

Ganó el concurso de aprendizaje de poesías de la escuela dominical. Barry Harman había estudiado la suya durante varias semanas con la esperanza de conseguir el guante de béisbol que su padre le había prometido si ganaba, pero cuando llegó el turno de recitar a Tommy Niles, empezó con En el principio, Dios creó el cielo y la tierra, continuó con Así se completaron el cielo y la tierra, llegó hasta y la serpiente era la más astuta de las bestias del campo que Dios había creado, y probablemente habría continuado con todo el Génesis, el Éxodo y la historia de Josué si el asombrado educador no le hubiera hecho callar, declarándole vencedor.

Barry Harman no consiguió su guante; Tommy Niles, en cambio, terminó con un ojo morado.

Empezó a darse cuenta de que él era diferente. Le llevó tiempo darse cuenta de que los demás siempre estaban olvidando cosas y que, en lugar de admirarle por sus capacidades, le odiaban por ellas.

A un pequeño de ocho años, aún tratándose de Tommy Niles, le resultaba difícil comprender por que le odiaban pero, con el tiempo, acabó por asumirlo y desde entonces aprendió a ocultar su don.

Con nueve y diez años, se dedicó a practicar como ser normal y casi consiguió su propósito; las palizas después de la escuela desaparecieron y se las ingenió para tener algún que otro notable en la cartilla de notas, en lugar de una sucesión ininterrumpida de sobresalientes. Se estaba haciendo mayor; estaba aprendiendo a fingir. Los vecinos exhalaban suspiros de alivio, ahora que aquel terrible Niles había dejado de hacer extravagancias.

Sin embargo, por dentro, seguía siendo el mismo de siempre. Y se dio cuenta de que pronto tendría que dejar Lowry Bridge.

Conocía demasiado bien a todo el mundo. Les pillaba mintiendo diez veces a la semana. Incluso al señor Lawrence, el reverendo, que cierta noche rechazó una invitación a una visita social en casa de los Niles diciendo que «realmente tengo que ponerme a trabajar en el sermón del domingo», cuando apenas tres días antes Tommy le había oído comentar con la señorita Emery, la secretaria de la parroquia, que había tenido un súbito destello de inspiración y había escrito tres sermones uno tras otro, y que así le quedaría un poco de tiempo libre hasta finales de mes.

Así pues, hasta el señor Lawrence mentía. Y el reverendo era el mejor de todos los habitantes del pueblo, así que los demás...

Tommy aguardó hasta cumplir los doce años. Era alto y fuerte para su edad, en esa época, y creía poder cuidar de sí mismo. Cogió veinte dólares de la hucha, supuestamente secreta, guardada en el fondo del armario de la cocina (su madre había mencionado su existencia en presencia del pequeño, cinco años antes) y, de puntillas, abandonó la casa a las tres de la madrugada. Tomó el tren nocturno a Chillicothe, y empezó a viajar por su cuenta.

El autobús que le llevaba fuera de Los Angeles transportaba una treintena de pasajeros. Niles se sentó a solas en la parte trasera, en el asiento situado justo encima de la rueda. Conocía de vista a cuatro de los viajeros, pero confiaba en que ya habrían olvidado quién era él, así que no dio conversación a nadie.

Era un asunto embarazoso. Si saludaba a alguien que ya le había olvidado, le tomaban por un camorrista o un mendigo. Y si pasaba junto a alguien creyendo que éste le había olvidado pero no era así... bueno, entonces quedaba calificado de esnob. Niles se encontraba entre estos dos extremos unas cinco veces al día. Saludaba a alguien, como aquella Bette Torrance, y le devolvían una mirada fría, sin reconocerle; o, al contrario, pasaba junto a una persona convencido de que ya le había olvidado, apresurando el paso por si acaso no era así, y un airado «¡Vaya, pero quién se habrá creído que es ese tipo!» quedaba flotando en el aire mientras Niles emprendía la retirada.

Ahora estaba allí, sentado, rebotando arriba y abajo con cada revolución de la rueda, mientras la única maleta que contenía sus propiedades resonaba constantemente en la bolsa para el equipaje situada sobre su cabeza. Esta era una de las ventajas de su especial don: podía viajar ligero de equipaje. Una vez leídos, no necesitaba guardar los libros, y tampoco tenía mucho sentido acumular posesiones de cualquier otro tipo, pues pronto se le harían demasiado conocidas y carentes de utilidad.

Se fijó en los indicadores de la carretera. Para entonces ya se habían internado bastante en Nevada. Una vez más, estaba huyendo de las cosas conocidas, agobiado por el peso de su don.

Jamás podía permanecer en la misma ciudad durante mucho tiempo. Tenía que ir a nuevas tierras, a lugares que no le hicieran revivir viejos recuerdos, donde nadie le conociera ni él conociera a nadie. Durante los dieciséis años transcurridos desde que abandonara su casa, había recorrido ya un gran número de lugares.

Recordaba los trabajos que había realizado.

Había sido corrector de pruebas para una editorial de Chicago, haciendo el trabajo de dos personas. Tradicionalmente, las correcciones de pruebas se efectúan entre dos, uno de los cuales lee el original mientras el otro corrige los errores en las galeradas. Niles utilizaba un método más sencillo: echaba un vistazo al original, lo grababa en su memoria y después se limitaba a leer las galeradas buscando las diferencias con el original. Así había ganado cincuenta dólares semanales durante una temporada, hasta que llegó el momento de seguir su camino.

En otra ocasión, estuvo trabajando como atracción de feria en un espectáculo ambulante que hacía un circuito regular por Alabama, Mississippi y Georgia. En esa época, Niles andaba muy escaso de dinero. Recordó cómo había conseguido el empleo, persiguiendo al jefe de la troupe para que le hiciera una prueba. «¡Léame algo, lo que quiera! ¡Soy capaz de recordarlo todo!» El jefe se había mostrado escéptico y no había visto muchas posibilidades al número, pero finalmente aceptó hacer la prueba cuando Niles prácticamente se desmayó de desnutrición en su despacho. El jefe le leyó un editorial de un semanario editado en Mississippi y, cuando hubo terminado, Niles lo repitió palabra por palabra. Le dieron el empleo, a quince dólares semanales más comidas, y ocupó una pequeña barraca bajo un letrero que decía LA GRABADORA HUMANA. La gente leía o decía algo ante él y Niles lo repetía a continuación. Era un trabajo desagradable; a menudo le hacían repetir frases repugnantes y, la mayor parte de las veces, ni siquiera podían recordar lo que acababan de decirle apenas un minuto antes. Niles permaneció cuatro semanas en el espectáculo y, cuando al fin se marchó, nadie le echó mucho de menos.

El autobús continuó su camino en la noche brumosa.

Había tenido otros empleos, unos buenos y otros malos. Ninguno de ellos había durado demasiado. También había conocido a algunas chicas, pero ninguna le duró tampoco demasiado. Todas, incluso aquellas a las que intentaba ocultar su don, habían terminado por descubrirlo y, poco después, le habían dejado. Nadie podía quedarse junto a un hombre que jamás olvidaba, que siempre podía rastrear las debilidades pasadas en el depósito de datos que era su mente y ponerlas al descubierto irrefutablemente. El hombre de la memoria perfecta nunca podía vivir mucho tiempo entre los imperfectos seres humanos.

Perdonar es olvidar, pensó. El recuerdo de los insultos y peleas pasados se desvanece y la relación puede comenzar de nuevo. En cambio, él no podía olvidar y, por tanto, apenas podía perdonar.

Al cabo de un rato cerró los ojos y se recostó en el respaldo de duro cuero de su asiento. El ritmo monótono del autobús le fue amodorrando. Mientras dormía, su mente podía descansar, encontrar un alivio para los recuerdos. Niles no soñaba jamás.

Al llegar a Salt Lake City pagó la distancia recorrida, bajó del autobús con la maleta en la mano y echó a andar en la primera dirección que se le ocurrió. No deseaba seguir más hacia el este en aquel autobús. Sus reservas de fondos eran de apenas sesenta y tres dólares, y tenía que hacerlos durar.

Encontró trabajo de lavaplatos en un restaurante del centro, lo conservó el tiempo suficiente para acumular cien dólares y de nuevo se puso en movimiento, esta vez haciendo autoestop hacia Cheyenne. Se quedó allí un mes antes de tomar un autobús nocturno para Denver, y cuando dejó Denver fue para dirigirse a Wichita.

De Wichita a Des Moines, de Des Moines a Minneapolis, de Minneapolis a Milwaukee, luego cruzando Illinois, evitando cuidadosamente Chicago, hasta llegar a Indianapolis.

Este incesante cambiar de lugar era muy habitual para él. Celebró con melancolía su veintinueve cumpleaños. A solas, en una casa de huéspedes de Indianapolis, en un día lluvioso de octubre y, con el propósito de dar un poco de alegría a la jornada, evocó el recuerdo de la fiesta de su cuarto aniversario, en 1933..., uno de los pocos días de absoluta felicidad que había disfrutado en su vida.

Allí estaban todos, sus compañeros de juegos, sus padres, su hermano Hank, con el aspecto serio e importante que le daban sus ocho añitos, y su hermana Marian. Y también hubo velas, regalos, ponche y pastel. Y la señora Heinsohn, la vecina de al lado, había entrado un momento en casa y había comentado, «Está hecho todo un hombrecito», y sus padres le miraban con expresión radiante. Entre juegos y canciones, todo el mundo se lo pasó en grande. Y después, cuando hubo terminado el último juego y se hubo abierto el último regalo, cuando los niños y niñas invitados se hubieron despedido y desaparecieron calle abajo, los adultos se sentaron en el salón y hablaron del nuevo Presidente y de las muchas cosas extrañas que estaban sucediendo en el país. Y el pequeño Tommy permaneció entre ellos, en el suelo, escuchando y grabándolo todo en su memoria con un sentimiento de exultante alegría porque, afortunadamente, en toda la velada nadie le había dicho o hecho ninguna crueldad. Aquel había sido un día feliz, y, cuando por fin se hubo acostado, todavía se sentía totalmente en paz.

Niles repasó dos veces los recuerdos de la fiesta, como una antigua película que le gustara mucho; la copia nunca se deterioraba y permanecía siempre tan nítida y definida como la primera vez. Notaba el sabor dulzón del ponche y revivía el calor de aquel día en que, por alguna razón, los demás le habían permitido gozar de una cierta felicidad.

Finalmente, Niles dejó que se desvaneciera el vivido recuerdo de la fiesta y, una vez más, se encontró en Indianapolis una tarde gris, triste, a solas en una habitación amueblada de ocho dólares semanales.

Feliz cumpleaños, se dijo con amargura. Feliz cumpleaños.

Contempló la pared de color verde, llena de manchas de humedad, y el cuadro barato que colgaba de ella, ligeramente torcido. Se puso a pensar en que podría haber sido algo especial, una de las maravillas del mundo y, en cambio, no era otra cosa que un tipo raro y esquivo que vivía en una buhardilla sucia y húmeda, y que no se atrevía a dar a conocer al mundo su especial capacidad.

Buscó entre sus recuerdos y seleccionó la interpretación de la Novena Sinfonía de Beethoven a cargo de Toscanini que había escuchado en el Carnegie Hall cierta vez que estuvo en Nueva York. Era infinitamente mejor que la versión posterior que Toscanini había seleccionado para el disco, pero en el Carnegie no había micrófonos que recogieran la interpretación. La maravillosa música de aquella noche era tan imposible de revivir como una llama apagada, salvo en la mente de un hombre. Niles la tenía grabada nota por nota: el majestuoso retumbar de los timbales, el bajo resonante y esforzado que conducía a la gran melodía del final, incluso la nota falsa del corno francés que tanto debió enfurecer al maestro, la irritante tos de la galería principal de palcos en el momento más sutil del adagio, el pellizco de los zapatos de Niles al inclinarse hacia delante en su asiento...

Lo tenía todo en su mente, con la más alta fidelidad.

Llegó a la pequeña población tres meses después, una noche sin luna. Una noche fría de enero en que el viento tormentoso soplaba del norte como una aguja a través de sus escasas ropas, haciendo de su maleta una carga casi imposible para sus manos entumecidas y desnudas. No tenía intención de llegar a aquel lugar, pero se había quedado sin dinero en Kentucky y no había tenido otro remedio. Estaba de camino a Nueva York, donde podría vivir en el anonimato unos meses sin problemas y donde sabía que sus confusiones no serían tenidas en cuenta si detenía bruscamente a alguien por la calle o si saludaba a alguien que ya le hubiera olvidado.

Sin embargo, Nueva York estaba todavía a cientos de kilómetros, y bien podrían haber sido millones en aquella noche de enero. Vio un rótulo: BAR. Se obligó a avanzar hacia el neón chisporroteante; no acostumbraba a beber pero necesitaba el calor del alcohol en el cuerpo y quizás el dueño del bar necesitara un ayudante, o al menos querría alquilarle una habitación por el poco dinero que llevaba en sus bolsillos.

Cuando llegó, había cinco hombres en el bar. Tenían aspecto de camioneros. Niles dejó caer la maleta a la izquierda de la puerta, se frotó las manos entumecidas y exhaló una nube blanca. El dueño del bar le sonrió con jovialidad.

—¿Está lo bastante frío ahí fuera para usted?

—No sudaba mucho, realmente. —Niles improvisó una sonrisa—. Póngame algo para calentarme. Un doble de bourbon, digamos.

Le costaría noventa centavos. Tenía 7,34 dólares.

Se entretuvo con la bebida cuando se la sirvieron, le dio lentos sorbos dejándola resbalar garganta abajo. Pensó en el verano en que se había quedado encallado en Washington, toda una semana a casi cuarenta grados y con un 97 por ciento de humedad, y el vivido recuerdo le ayudó a mitigar algunos de los efectos psicológicos del frío.

Se relajó y se calentó. Le llegó el penetrante sonido de una discusión a su espalda.

—...¡Te digo que Joe Louis hizo picadillo a Schmeling en la segunda pelea! ¡Le puso fuera de combate en el primer asalto!

—¡Qué va! Louis le ganó apuradamente a los puntos, en el segundo combate.

—A mí me parece...

—Me juego algo. Diez dólares a que fue por puntos, Mac.

Unas risas confiadas:

—No quiero quitarte el dinero así, hombre. Todo el mundo sabe que fue por fuera de combate en el primer asalto.

—He dicho diez dólares...

Niles se volvió para ver qué sucedía. Dos de los camioneros, tipos duros con chaquetones oscuros de marinero, estaban frente a frente. El pensamiento surgió automáticamente: Louis puso fuera de combate a Max Schmeling en el primer asalto en el Yankee Stadium, Nueva York, 22 de junio de 1938. Niles no había sido nunca aficionado a los deportes, y le desagradaba especialmente el boxeo, pero en cierta ocasión había echado un vistazo a la página de un almanaque en que se enumeraban los combates de Joe Louis por el título y los datos, naturalmente, habían quedado en su recuerdo.

Observó sin interés como el mayor de los dos camioneros ponía un billete de diez dólares en la barra con gesto airado; el otro hizo lo mismo. Entonces el primero se volvió al dueño del bar y le dijo:

—Escucha, Bud. Tú sabes de estas cosas: ¿quién tiene razón en lo del segundo combate Louis-Schmeling?

El dueño del bar era un tipo nada dinámico, de rostro inexpresivo, calvo, de edad madura, con unos ojos claros y vados. Se mordió el labio un momento, se encogió de hombros, titubeó y finalmente dijo:

—Es un poco difícil recordarlo. Deben de haber pasado veinticinco años.

Veinte, pensó Niles.

—Vamos a ver... —continuó el dueño del bar—. Me parece recordar... Sí, seguro. Llegaron a los quince asaltos y los jueces le dieron la pelea a Louis. Creo recordar que hubo un buen follón tras el combate. Los periódicos dijeron que Joe debería haber acabado con él mucho antes.

Una sonrisa de triunfo apareció en el rostro del camionero más corpulento. Rápidamente, se llevó al bolsillo los dos billetes.

El otro hizo una mueca y gritó:

—¡Eh! ¡Vosotros dos habíais preparado esto! ¡Sé perfectamente que Louis noqueó a Schmeling en el primer asalto!

—Ya has oído lo que ha dicho el señor. El dinero es mío.

—No —dijo de pronto Niles, en una voz queda que no pareció llegar hasta más allá de media barra.

Mantén la boca cerrada, se dijo frenéticamente. No es asunto tuyo, mantente al margen.

Pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué dice usted? —preguntó el que había perdido los diez dólares.

—Digo que le están timando. Louis ganó en el primer asalto, como usted decía, el 22 de junio de 1938, en el Yankee Stadium. El dueño del bar se confunde con la pelea Arturo-Godoy. Esa sí fue a quince asaltos, en 1940. El 9 de febrero.

—¡Lo ves, ya te lo dije! ¡Devuélveme el dinero!

Pero el otro camionero hizo caso omiso de las exclamaciones y se volvió hacia Niles. Era un tipo corpulento, de rostro frío, y sus puños empezaban a cerrarse.

—Un tipo listo, ¿eh? ¿Experto en boxeo?

—Simplemente, no me gusta ver cómo timan a nadie —insistió Niles, obstinado.

Ya sabía lo que le esperaba ahora. El camionero se tambaleaba borracho, avanzando hacia él; el dueño del bar gritó algo y los demás clientes se apartaron.

El primer golpe le dio a Niles en las costillas. Soltó un gemido y trastabilló hacia atrás, pero el camionero le asió por el cuello y le dio tres golpes en pleno rostro. Niles apenas escuchó una voz lejana que decía:

—¡Eh, deja ya al tipo! ¡Déjalo correr!, ¿quieres matarle?

Una lluvia de golpes cayó sobre él, los nudillos le dejaron tumefacto el párpado derecho y un puño se descargó en su hombro izquierdo. Rodó por el suelo, con movimientos titubeantes, sabiendo que su mente grabaría para siempre cada instante de aquella agonía.

A través de sus ojos entrecerrados vio que separaban al enfurecido camionero; retenido entre tres parroquianos, el tipo lanzó una última patada desesperada al estómago de Niles, que rozó a éste, y por fin fue reducido.

Niles se puso en pie en mitad del local, obligándose a permanecer erguido e intentando sacudirse el agudo dolor que le taladraba en una decena de puntos de su cuerpo.

—¿Está usted bien? —le preguntó una voz solícita—. ¡Vaya!, esos tipos juegan fuerte. No debería mezclarse con ellos.

—Estoy bien —respondió Niles con voz hueca—. Sólo tengo... que recuperar... la respiración.

—Aquí, siéntese y tome algo. Le ayudaré.

—No —respondió Niles. No puedo quedarme aquí. Tengo que seguir—. No ha sido nada —murmuró en tono nada convincente.

Pausadamente, recogió la maleta, se abrochó bien el abrigo y dejó el bar.

Apenas avanzó cinco metros hasta que el dolor se le hizo insoportable. Se tambaleó y cayó de pronto al suelo. Quedó tendido boca abajo en medio de la oscuridad, sintiendo en la mejilla la fría hierba helada, dura como el acero. Permaneció allí recordando los

diversos dolores experimentados en su vida, las palizas y las crueldades y, cuando el peso de los recuerdos se le hizo insoportable, perdió el sentido.

La cama era cálida y las sábanas limpias, nuevas y suaves. Niles despertó lentamente, con una sensación pasajera de desorientación y, pronto, su memoria infalible le aportó los datos hasta su desmayo en la nieve. Supo que se encontraba en un hospital.

Intentó abrir los ojos; uno lo tenía demasiado hinchado, pero consiguió abrir los párpados del otro. Estaba en una pequeña habitación de hospital. No en un resplandeciente pabellón de hospital metropolitano, sino en una pequeña clínica de pueblo con adornos y molduras en los techos y cortinas hogareñas con lazos en la ventana, por la que entraba el sol de la tarde.

Así pues, le habían encontrado y llevado al hospital. Magnífico. Hubiera podido morir fácilmente allá afuera, en la nieve, pero alguien debió de tropezar con él y le había llevado al hospital. Que alguien se hubiera molestado en ayudarlo resultaba una novedad. Mucho más típico de la actitud del mundo hacia él era el trato que había recibido la noche anterior (¿había sido la noche anterior?) en el bar. Por alguna razón, en veintinueve años no había conseguido aprender a ocultarse, a camuflarse adecuadamente, y día a día padecía las consecuencias. Le resultaba difícil recordar (a él, que recordaba cualquier otra cosa) que los demás no eran como él, y que le odiaban por ser como era.

Se palpó el costado, amargamente. No parecía tener ninguna costilla rota. Sólo golpes. Un día de descanso y probablemente le darían de alta y le dejarían marcharse.

Una voz animada dijo junto a él:

—¡Ah, ya está despierto, señor Niles! ¿Se siente mejor? Le prepararé un poco de té.

Alzó la mirada y sintió una súbita punzada de dolor. Era una enfermera, de unos treinta y dos o treinta y tres años, nueva en aquel puesto quizás, con una suave melena de cabellos rubios rizados y unos ojos grandes, de un azul cristalino. La muchacha sonreía y a Niles le pareció que no era una mera mueca profesional.

—Soy la señorita Carroll, la enfermera de día. ¿Todo va bien?

—Sí —respondió Niles, vacilante—. ¿Dónde estoy?

—En el Hospital General Central del condado. Le trajeron anoche. Al parecer, le dieron una paliza y te dejaron junto a la carretera 32. Ha tenido suerte de que Mark KcKenzie saliera a pasear el perro, señor Niles. —La enfermera le contempló con gesto serio—. ¿Recuerda lo que sucedió anoche, verdad? Es decir... Shock, amnesia...

Niles intentó una sonrisa.

—Esa es la enfermedad que menos me asustaría —respondió—. Soy Thomas Richard Niles y recuerdo perfectamente lo sucedido. ¿Tengo algo grave?

—Hematomas superficiales, shock leve y síntomas de congelación —resumió ella—. Vivirá. El doctor Hammond le hará una revisión general un poco más tarde, cuando haya comido algo. Ahora le traeré una taza de té.

Niles vio desvanecerse la hermosa silueta de la enfermera por el pasillo.

Desde luego, era una chica atractiva, pensó. Lozana, despierta..., viva.

El viejo tópico. El paciente enamorado de su enfermera. Pero me temo que no es para mí.

De pronto, se abrió la puerta y volvió a entrar la enfermera con una bandejita lacada con el té.

—¡Nunca lo adivinaría! Tengo una sorpresa para usted, señor Niles. Una visita. Su madre.

—Mi ma...

—Vio una pequeña nota sobre usted en el periódico del condado. Espera fuera. Me ha dicho que no se han visto desde hace diecisiete años. ¿Quiere que la haga pasar ahora?

—Supongo que sí —respondió Niles con una voz seca, apenas un susurro.

La enfermera salió por segunda vez. Dios mío, pensó Niles. Si hubiera sabido que estaba tan cerca de casa...

Me habría largado de Ohio en seguida.

Su madre era la última persona a la que deseaba ver. Empezó a temblar bajo las sábanas. El más antiguo y terrible de los recuerdos surgió de pronto del compartimento oscuro de su mente donde creía haberlo aprisionado para siempre. El paso repentino del calor al frío, de la oscuridad a la luz, la sonora palmada de una mano pesada en las nalgas, el dolor lacerante de saber que su seguridad había terminado, que desde entonces estaría vivo y, por lo tanto, sería desgraciado...

El recuerdo del desesperado llanto natal resonó en su mente. Nunca olvidaría el momento de nacer. Y su madre, pensó, sería la única persona entre todas a la que nunca podría perdonar, pues le había dado la existencia en un mundo al que odiaba. Temió el momento en que...

—Hola, Tom. Cuánto tiempo ha pasado...

Los diecisiete años la habían difuminado, habían formado arrugas en su rostro y habían hecho más flojas sus mejillas y menos azules sus ojos, y habían vuelto su cabello castaño en unas suaves canas. Sonreía. Y, para su propia sorpresa, Niles consiguió devolverla la sonrisa.

—Madre.

—Vi tu nombre en el periódico. Decía que se había encontrado en las afueras de la ciudad a un hombre que llevaba documentación a nombre de Thomas R. Niles y que lo habían llevado al Hospital General Central del condado. Entonces vine, sólo para asegurarme, y eras tú.

A la mente de Niles acudió una mentira, pero una mentira cargada de dulzura y por eso la dijo:

—Venía de vuelta a casa para verte. Hacía autoestop, pero tuve un ligero problema en el camino.

—Me alegro de que hayas decidido volver, Tom. He estado muy sola desde que tu padre murió. Hank, naturalmente, está casado, y Marian también... Me alegro de volver a verte. Creí que no regresarías nunca más.

Niles permaneció tendido, perplejo, preguntándose por qué no se producía el estallido de odio que esperaba. Sólo sentía por ella un calor especial, una profunda alegría de volver a verla.

—¿Cómo te ha ido... todos estos años, Tom? Veo que no has tenido una vida fácil. Lo veo en todas tus facciones.

—No ha sido fácil, en efecto —respondió él—. ¿Sabes por qué me escapé de casa?

Ella asintió.

—Por ser como eres. Por eso que te pasaba en la cabeza. Eso de no olvidar nada. Yo lo sabía. Tu abuelo también fue como tú, ¿lo sabías?

—El abuelo... Pero...

—Te vino de él. Supongo que nunca te lo expliqué. No se llevaba bien con ninguno de nosotros. Dejó a mi madre cuando yo era pequeña y nunca más supe donde estaba. Por eso sabía que tú también te escaparías, como él. Pero tú has regresado. ¿Te has casado?

Niles hizo un gesto de negativa con la cabeza.

—Entonces, es hora de que pienses en hacerlo, Tom. Ya tienes casi treinta años.

Se abrió la puerta de la habitación y entró un médico de aspecto eficaz.

—Me temo que se ha terminado la visita, señora Niles. Podrá volver a verle más tarde. Tengo que hacerle una revisión ahora que está despierto.

—Claro, doctor —asintió ella. Dedicó una sonrisa al médico y otra a su hijo—. Nos veremos más tarde, Tom.

—Claro, madre.

Niles permaneció acostado, con el ceño fruncido, mientras el médico le hurgaba aquí y allá. No la odiaba. Una creciente extrañeza se alzaba en su interior y se dio cuenta de que debería haber vuelto a casa mucho antes. Había cambiado interiormente, sin tan siquiera advertirlo.

Escapar era el primer paso del crecimiento, un paso muy necesario. Pero regresar después era la auténtica señal de la madurez. Y él había regresado. Y de pronto comprendió que había sido terriblemente estúpido en su desgraciada vida adulta.

Poseía un don, un gran don, un don admirable. Hasta entonces, había sido demasiado grande para él. Con la autocompasión, con el afán de atormentarse a sí mismo, no había sabido perdonar sus imperfecciones a las personas que podían olvidar, y había pagado por ello el precio de su odio. Pero no podía seguir escapando eternamente. Debía llegar el momento de hacerse lo bastante adulto como para contener su don, para aprender a vivir con él en lugar de gemir bajo el peso de la dramática zozobra que él mismo se creaba.

Y ahora había llegado tal momento, aunque fuera con un gran retraso.

Su abuelo había poseído el don, pero nunca se lo habían dicho. Así pues, se podía transmitir genéticamente. Podía casarse, tener hijos, y algunos de ellos tampoco olvidarían jamás.

Tenía el deber de no dejar morir con él su don. Otros de su misma sangre, menos sensibles, más curtidos, quedarían después de él y podrían también recordar una sinfonía de Beethoven o un retazo de conversación oída diez años antes. Por primera vez desde aquella fiesta de su cuarto aniversario sentía un titubeante hálito de felicidad. Los días de huir habían terminado; volvía a estar en casa. Si aprendo a vivir con otros, quizás ellos sean capaces de vivir conmigo.

Vio todo lo que necesitaba: una esposa, un hogar, unos hijos...

—...un par de días de descanso, muchos líquidos calientes y se sentirá como nuevo, señor Niles —decía el doctor—. ¿Le gustaría que le trajera algo ahora?

—Sí —dijo Niles—. Haga venir a la enfermera, ¿quiere? A la señorita Carroll, quiero decir.

El doctor sonrió y se fue. Niles aguardó con expectación, exultante con su nueva manera de ver las cosas. Evocó el acto tercero de *Die Meistersinger* como una especie de fondo musical jubiloso en su mente y dejó que la sensación de calor le embargara. Cuando la enfermera entró en la habitación, Niles sonreía mientras se preguntaba cómo empezar a decirle lo que quería.

Robert Silverberg (1935-)

Ganador de dos premios Hugo y cuatro Nebula, Robert Silverberg ha sido, con Isaac Asimov, el escritor más prolífico de cuantos se han ocupado del campo de la ciencia ficción. Hasta ahora, además de haber editado aproximadamente cincuenta antologías, ha producido más de doscientos relatos cortos sueltos, sesenta obras de no ficción y setenta libros de ciencia ficción. A partir de mediados de los años sesenta, gran parte de sus obras son de una extraordinaria calidad. De hecho, algunos críticos consideran *Dying inside* (1972) como la mejor novela de ciencia ficción que se ha escrito.

EL CÍRCULO VICIOSO

Isaac Asimov

Uno de los tópicos favoritos de Gregory Powell era que nada se adelantaba poniéndose uno nervioso. Así, cuando Mike Donovan bajó dando brincos la escalera, con el cabello enmarañado por el sudor, él se limitó a fruncir el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Te has roto una uña?

—Déjate de tonterías —gruñó Donovan, excitado—. ¿Qué has estado haciendo en los sótanos todo el día? —respiró profundamente y lanzó—: Speedy no ha vuelto.

Los ojos de Powell se abrieron de par en par un instante y se detuvo en la escalera; a continuación recobró la calma y siguió subiendo. No habló hasta que hubo alcanzado el último peldaño, y entonces:

—¿Le habías enviado a por el selenio?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo hace que está fuera?

—Ahora, cinco horas.

¡Silencio! Era una situación endemoniada. Hacía exactamente doce horas que estaban allí en Mercurio, y metidos ya hasta la cintura en la peor clase de problema. Mercurio había sido durante largo tiempo el mundo gafe del Sistema, pero esto era demasiado, incluso para un gafe.

—Empieza desde el principio y cuéntamelo todo.

Estaban en aquel momento en la sala de radio, que es un equipo ya sutilmente anticuado, sin tocar durante los diez años anteriores a su llegada. Tecnológicamente hablando, incluso diez años significan mucho. No hay más que comparar a Speedy con el tipo de robot que debían de haber tenido en el 2005. Pero el adelanto en robótica de aquellos días era tremendo. Powell tocó cautelosamente una superficie de reluciente metal. El aire de desuso que lo rodeaba todo en la sala —y en toda la Estación— era muy depresivo.

Donovan debió de haberlo sentido. Empezó:

—He intentado localizarlo por radio, pero no lo he cogido. La radio no es ninguna maravilla en la parte de Mercurio donde da el Sol, en cualquier caso no más allá de dos millas. Ésta es una de las razones por las cuales falló la Primera Expedición. Y hasta dentro de unas semanas no tendremos montado el equipo de ultraondas...

—Olvídate de todo esto. ¿Qué has captado?

—He localizado la señal del cuerpo no organizado en la onda corta. Sólo ha servido para conocer su posición. Le he seguido la pista de esta forma durante dos horas y he anotado los resultados en el mapa.

Tenía un trozo amarillento de pergamino cuadrado en el bolsillo de su cadera —una reliquia de la fracasada Primera Expedición—, que arrojó sobre el escritorio con furiosa fuerza, y estiró con la palma de la mano. Powell, con las manos cruzadas sobre su pecho, lo miró a distancia.

El lápiz de Donovan señalaba nervioso:

—La cruz roja es la fuente de selenio. La marcaste tú mismo.

—¿Cuál es? —interrumpió Powell—. MacDougal nos localizó tres antes de marcharse.

—Envié a Speedy a la más cercana, por supuesto. A diecisiete millas. ¿Pero eso qué cambia? —Había tensión en su voz—. Son los puntos marcados con lápiz los que indican la posición de Speedy.

—¿Hablas en serio? Es imposible.

—Así es —rezongó Donovan.

Los pequeños puntos que indicaban la posición formaban un tosco círculo alrededor de la cruz roja de la fuente de selenio. Y los dedos de Powell se dirigieron a su moreno bigote, el signo infalible de la ansiedad.

Donovan añadió:

—Durante las dos horas que he investigado sus movimientos, ha dado la vuelta a esa maldita fuente cuatro veces. Tengo la sensación de que va a continuar así para siempre. ¿Te das cuenta de la situación en la que nos hallamos?

Powell levantó la vista brevemente, y no dijo nada. Oh, sí, se daba cuenta de la situación en la que estaban. Se planteaba tan simplemente como un silogismo. Los únicos bandos de fotocélulas que estaban entre todo el poder del monstruoso Sol de Mercurio y ellos se estaban agotando. Lo único que podía salvarlos era el selenio. La única cosa que podía conseguir el selenio era Speedy. Si Speedy no volvía, no había selenio. Sin selenio, no había bancos de fotocélulas. Sin fotobancos, bien, morirse asándose despacito es una de las formas más desagradables de hacerlo.

Donovan se frotó salvajemente su mata de pelo rojo y se expresó con amargura:

—Vamos a ser el hazmerreír del Sistema, Greg. ¿Cómo puede haber ido todo de través tan pronto? Envían al gran equipo de Powell y Donovan a Mercurio para informar sobre la conveniencia de volver a abrir la Estación Minera de Mercurio con modernas técnicas y robots, y nosotros lo echamos todo por tierra el primer día. Además, se trata de un trabajo puramente rutinario. Nunca lo olvidaremos.

—Tal vez no tengamos que hacerlo —replicó Powell, en voz baja—. Si no hacemos algo rápidamente, no tendremos ni que olvidarlo... ni siquiera podremos contarlo.

—¡No seas estúpido! Si a ti te hace gracia, Greg, a mí no. Fue criminal enviarnos aquí con un solo robot. Y tú tuviste la brillante idea de que podríamos habérmolas solos con los bancos de fotocélulas.

—Ahora estás siendo injusto. Fue una decisión mutua, y tú lo sabes. Todo lo que necesitábamos era un kilo de selenio, una placa de dielectrodo de cabeza fija y unas tres horas de tiempo... y en la parte del Sol hay fuentes de puro selenio. El espectrorreflector de MacDougal nos localizó tres en cinco minutos, ¿no es así? ¡Qué demonios! No podíamos haber esperado a la siguiente conjunción.

—Bien, ¿qué vamos a hacer? Powell, tú tienes una idea. Sé que es así, o no estarías tan tranquilo. No eres más héroe que yo. ¡Venga, suéltala!

—Nosotros no podemos ir a buscar a Speedy, Mike... a la parte del Sol no. Incluso los nuevos trajes antisolares sólo sirven para veinte minutos en la luz directa del Sol. Pero ya conoces el viejo dicho: «Monta un robot para cazar otro robot.»

Escucha, Mike, tal vez las cosas no estén tal mal. Tenemos seis robots abajo en los sótanos, que podríamos usar, si funcionan. Si funcionan.

Hubo una chispa de repentina esperanza en los ojos de Donovan.

—Te refieres a los seis robots de la Primera Expedición, ¿estás seguro? Deben de ser máquinas subrobóticas. Ya sabes que diez años es mucho tiempo en lo tocante a los prototipos de robots.

—No, son robots. Me he pasado todo el día con ellos y lo sé. Tienen cerebros positrónicos; primitivos, por supuesto —dijo Powell, mientras guardaba el mapa en el bolsillo—. Bajemos.

Los robots estaban en el último sótano, los seis rodeados de enmohecidas cajas de embalaje de contenido incierto. Eran grandes, incluso en extremo, y, aunque estaban colocados en posición de sentados en el suelo, las piernas se esparrancaban ante ellos y las cabezas ocupaban sus buenos dos metros de aire.

Donovan silbó.

—Mira qué tamaño tienen, ¿quieres? Los pechos deben de tener tres metros de contorno.

—Esto es porque están montados con los viejos engranajes McGuffey. He estado mirando su interior; el equipo más miserable que jamás hayas visto.

—¿Los has accionado ya?

—No. No había razón para ello. Pero no creo que estén estropeados. Hasta el diafragma está en estado razonable. Pueden hablar.

Mientras hablaba, había destornillado la placa del pecho al que estaba mas cerca, había insertado la esfera de dos pulgadas que contenía la diminuta chispa de energía atómica que era la vida del robot. Fue difícil encajarla, pero lo consiguió y volvió a atornillar la placa de forma laboriosa. Los controles de radio de los modelos más modernos no eran conocidos diez años antes. Seguidamente, la misma operación con los otros cinco.

Donovan dijo, con desasosiego:

—No se han movido.

—No han recibido órdenes para ello —replicó Powell, sucintamente. Se dirigió de nuevo al primero de la fila y le golpeó el pecho—: ¡Tú! ¿Me oyes?

La cabeza del monstruo se inclinó lentamente y sus ojos se posaron sobre los de Powell. A continuación, con una voz áspera y chillona, como la de un fonógrafo medieval, rechinó:

—¡Sí, Señor!

Powell sonrió divertido a Donovan.

—¿Lo sabías? Era la época de los primeros robots habladores, cuando parecía que se iba a prohibir el uso de los robots en la Tierra. Los fabricantes lucharon mucho y construyeron complejos, buenos y saludables esclavos dentro de las condenadas máquinas.

—No les sirvió de mucho —murmuró Donovan.

—No, no les sirvió, pero te aseguro que lo intentaron —dijo Powell, y se volvió una vez mas hacia el robot—: ¡Levántate!

El robot se elevó despacio y Donovan estiró el cuello y sus fruncidos labios silbaron.

—¿Puedes salir a la superficie? —dijo Powell—. ¿A la luz?

Se hizo un silencio mientras el lento cerebro del robot trabajaba. Luego:

—Sí, Señor.

—Bien. ¿Sabes lo que es una milla?

Otro silencio, y otra escueta respuesta:

—Sí, Señor.

—En ese caso, te llevaremos a la superficie y te indicaremos la dirección. Recorrerás aproximadamente diecisiete millas y, en algún lugar de esta región general, encontrarás a otro robot, más pequeño que tú. ¿Comprendes hasta aquí?

—Sí, Señor.

—Encontrarás a este robot y le ordenarás que vuelva. Si no quiere hacerlo, tendrás que traerlo a la fuerza.

Donovan tiró de la manga de Powell.

—¿Por qué no enviarlo directamente a por el selenio?

—Porque quiero que vuelva Speedy, idiota. Quiero descubrir qué es lo que no va. —y dirigiéndose al robot—: De acuerdo, sígueme.

El robot permaneció inmóvil y su voz retumbó:

—Perdón, Señor, pero no puedo. Primero me tiene que montar.

Y sus torpes brazos se habían juntado con los embotados y grandes dedos entrelazados. Powell miró atónito y luego se pellizcó el bigote.

—Hum... ¡Oh!

A Donovan se le saltaban los ojos de las órbitas.

—¿Vamos a tener que montarlo? ¿Como a un caballo?

—Creo que la idea es ésa. Aunque no sé por qué. No veo la razón... Sí, la veo. Te he explicado que en aquella época causaban molestias con la seguridad de los robots. Evidentemente, debieron de vender la idea de seguridad no permitiendo que se moviesen solos, sin un amo sobre su espalda continuamente. ¿Qué hacemos ahora?

—Estaba pensando precisamente en esto —murmuró Donovan—. Nosotros no podemos salir a la superficie, con un robot o sin él. Oh, por todos los santos. —Y chasqueó los

dedos dos veces. Se puso nervioso—. Dame el mapa que te he dado. No lo he estado estudiando durante dos horas para nada. Esto es una Estación Minera. ¿Qué pasa si utilizamos los túneles?

En el mapa, la Estación Minera era un círculo negro, y las líneas luminosas salpicadas de puntos que eran los túneles se extendían como una telaraña.

Donovan estudió la lista de símbolos de la parte inferior del mapa.

—Mira, los puntitos negros dan a la superficie y aquí hay uno que está quizás a tres millas de la fuente de selenio. Aquí hay un número... ¿No crees que lo podían haber escrito más grande...? El 13a. Si los robots conocen el camino...

Powell lanzó la pregunta y recibió la rutinaria respuesta:

—Sí, Señor.

—Ve a por tu traje antisolar —dijo Powell con satisfacción. Era la primera vez que ambos se ponían los trajes antisolares —que marcaba asimismo un momento que ninguno de los dos había esperado cuando llegaron el día antes—, y probaron los incómodos movimientos de sus miembros.

El traje antisolar era mucho más voluminoso y mucho más feo que el traje espacial normal; pero sin embargo considerablemente más ligero, debido al hecho de que en su entera composición no entraba nada metálico. Compuestos de plástico resistente al calor y de capas de corcho químicamente tratadas y equipado con una unidad desecante a fin de mantener el aire completamente seco, los trajes antisolares podían soportar todo el resplandor del Sol de Mercurio durante veinte minutos. Asimismo, de cinco a diez minutos más sin que el ocupante llegase a morir.

Y las manos del robot seguían formando el estribo; tampoco dio muestras del mínimo átomo de sorpresa ante la grotesca figura en la que se había convertido Powell.

La áspera voz de Powell a través de la radio tronó:

—¿Estás preparado para tomar la Salida 13a?

—Sí, Señor.

Bien, pensó Powell; carecían de radio control pero por lo menos estaban equipados con radiorreceptores.

—Móntate en uno de los otros —le dijo a Donovan.

Puso un pie en el improvisado estribo y saltó arriba. El asiento le pareció cómodo; la «montura» se componía de la giba del robot, evidentemente construida con este fin, una ranura poco profunda en cada hombro para los muslos y dos «orejas» alargadas cuyo objetivo era ahora obvio.

Powell sujetó las orejas y giró la cabeza. Su montura giró a su vez pesadamente.

—Vamos, Macduff—dijo; pero no se sentía muy alegre.

Los gigantescos robots avanzaron lentamente, con mecánica precisión, a través de la puerta que por un escaso palmo casi rozaba sus cabezas, por lo que los dos hombres tuvieron que agacharse a toda prisa, a lo largo de un estrecho pasillo donde sus pausados pasos resonaban de forma monótona hasta la escotilla de aire.

El largo túnel sin aire que se alargaba hasta un puntito delante de ellos, hizo que Powell pensase en la exacta magnitud de la tarea llevada a cabo por la Primera Expedición, con sus bastos robots y unos requisitos que partían de cero. Podía haber sido un fracaso, pero su fracaso era bastante mejor que la serie normal de éxitos del Sistema.

Los robots avanzaban despacio a un ritmo que nunca variaba y con unos pasos que nunca se hacían más largos.

—Observa que estos túneles tienen luces y que la temperatura es la normal de la Tierra —dijo Powell—. Probablemente ha estado así todos estos diez años en que el lugar ha permanecido vacío.

—¿Cómo es eso?

—Energía barata; la más barata del Sistema. Energía solar, ya sabes, y en el lado Sol de Mercurio, la energía solar no es cualquier cosa. Es por esta razón que la Estación fue construida en la luz del sol en lugar de a la sombra de una montaña. A decir verdad es un enorme convertidor de energía. El calor se transforma en electricidad, luz, trabajo mecánico y un montón de cosas más; así, la Estación recibe energía y es enfriada en un proceso simultáneo.

—Escucha —dijo Donovan—. Todo esto es muy instructivo, ¿pero te importaría cambiar de tema? Resulta que esta conversión de energía de la que hablas es llevada a cabo principalmente por los bancos de fotocélulas... y en este momento para mi es un tema algo escabroso.

Powell gruñó vagamente y, cuando Donovan rompió el silencio resultante, fue para cambiar completamente de tema.

—Escucha, Greg. ¿Qué será a fin de cuentas lo que va mal con Speedy? No puedo comprenderlo.

No resulta fácil encogerse de hombros dentro de un traje antisolar, pero Powell lo intentó.

—No lo sé, Mike. Ya sabes que esta perfectamente adaptado al medio ambiente de Mercurio. El calor no significa nada para él y ha sido construido para la gravedad ligera y el terreno accidentado. Está hecho a toda prueba... o por lo menos debería estarlo.

Se hizo el silencio. En esta ocasión, un silencio que duró.

—Señor —dijo el robot—, hemos llegado.

—¿Eh? —dijo Powell, saliendo de un estado de amodorramiento—. Bien, sácanos de aquí... a la superficie.

Aparecieron en una diminuta subestación, vacía, sin aire, ruinosa. Donovan inspeccionó un agujero mellado en la parte alta de una de las paredes con la luz de su lámpara de bolsillo.

—¿Crees que es un meteorito? —preguntó.

Powell se encogió de hombros.

—Al demonio con ellos. No importa. Salgamos.

Un elevado precipicio de roca negra de basalto ocultaba la luz del Sol, y estaban rodeados por la profunda sombra nocturna de un mundo sin aire. Ante ellos, la sombra se alargaba y terminaba, con la brusquedad del filo de una navaja, en un casi insoportable resplandor de luz blanca, que brillaba con miríadas de cristales en un terreno rocoso.

—¡El espacio! —gritó Donovan, sofocadamente—. Parece nieve.

En efecto parecía nieve. Los ojos de Powell recorrieron el resplandor desigual de Mercurio que se extendía en el horizonte y se estremeció ante el maravilloso brillo.

—Debe de ser una zona insólita. El albedo general de Mercurio es bajo y la mayor parte del suelo es del color gris de la piedra pómez. Un poco como la Luna. Hermoso, ¿verdad?

Agradecía los filtros de luz de sus placas de visión. Hermoso o no, una mirada a la luz del sol directamente a través de un cristal los habría cegado en medio minuto.

Donovan estaba mirando el termómetro ligero que llevaba en su muñeca.

—¡Santo cielo, la temperatura es de ochenta grados centígrados!

Powell comprobó el suyo y dijo:

—Hum-m-m. Algo alta. La atmósfera, ya sabes.

—¿En Mercurio? ¿Estás chiflado?

—En realidad, Mercurio no está completamente sin aire —explicó Powell, distraído. Estaba ajustando los prismáticos a su placa de visión, y los hinchados dedos del traje bajaban torpemente—. Hay una diminuta exhalación que se adhiere a su superficie... Vapores de los más volátiles elementos y compuestos que son lo suficientemente pesados para retener la gravedad de Mercurio. Ya sabes: selenio, yodo, mercurio, galio,

potasio, bismuto, óxidos volátiles. Los vapores avanzan en las sombras y se condensan, produciendo calor. Es una especie de gigantesco alambique. De hecho, si utilizas tu luz, probablemente descubrirás que la vertiente del precipicio está cubierta de, digamos, una acumulación de azufre, o tal vez de rocío de mercurio.

—En cualquier caso, no importa. Nuestros trajes pueden soportar indefinidamente unos miserables ochenta grados.

Powell se había ajustado los prismáticos, y parecía tener unos ojos tan pedunculares como un caracol.

Donovan observaba lleno de tensión.

—¿Ves algo?

Su compañero no contestó inmediatamente y, cuando lo hizo, su voz estaba llena de ansiedad y seriedad.

—Hay un punto oscuro en el horizonte que puede ser la fuente de selenio. Está en el lugar que indica el mapa. Pero no veo a Speedy.

Powell se irguió en un instintivo afán de ver mejor, hasta quedarse sobre los hombros de su robot en una posición inestable. Con las piernas a horcajadas y escudriñando con los ojos, dijo:

—Creo... Creo.. Si, definitivamente es él. Está viniendo por aquí.

Donovan siguió el dedo que señalaba. No tenía prismáticos, pero había un puntito que se movía, negro contra el deslumbrante brillo del suelo cristalino.

—Lo veo —gritó—. ¡Vamos!

Powell había vuelto a sentarse sobre el robot, y su mano dentro del traje golpeó el pecho cilíndrico de Gargantúa.

—¡Vamos!

—Paso ligero —chilló Donovan, y golpeó sus talones, como espoleando.

Los robots se pusieron en movimiento, y el habitual ruido sordo de sus pies era silencioso en la zona sin aire, pues la tela no metálica de los trajes antisolares no transmitía los sonidos. Sólo alcanzaban a oír una rítmica vibración.

—Más rápido —gritó Donovan.

El ritmo no varió.

—Es inútil —exclamó Powell, como respuesta—. Estos montones de chatarra sólo están equipados para una velocidad. ¿Crees que están equipados con flexores selectivos?

Habían atravesado la sombra y apareció la luz del Sol en un candente remolino que fluyó de forma líquida alrededor de ellos.

Donovan agachó la cabeza involuntariamente.

—¡Uauh! ¿Es imaginación mía o siento calor?

—Sentirás más dentro de un momento —fue la inexorable respuesta—. No apartes la vista de Speedy.

El robot SPD-13 estaba ya lo suficientemente cerca para verlo con detalle. Su grácil y aerodinamizado cuerpo lanzaba resplandecientes toques de luz mientras caminaba a paso largo y ligero por el suelo accidentado. Su nombre derivaba de sus iniciales de serie, por supuesto, pero sin embargo se le adecuaba mucho, pues los modelos SPD estaban entre los robots más rápidos fabricados por «United States Robots and Mechanical Men Corporation».

—¡Eh, Speedy! —gritó Donovan en un alarido, y agitó una frenética mano.

—¡Speedy! —gritó Powell—. ¡Ven aquí!

La distancia entre los hombres y el robot errante se iba acortando por momentos, más por los esfuerzos de Speedy que por el lento caminar de las monturas de diez años de antigüedad de Donovan y Powell.

Estaban ahora bastante cerca para advertir que el paso de Speedy era un peculiar y continuo balanceo, un perceptible tumbo de izquierda a derecha y viceversa. Y en ese momento, mientras Powell agitaba de nuevo la mano y enviaba la máxima fuerza a su emisor de radio de auriculares compactos, preparándose para otro grito, Speedy levantó la vista y los vio.

Speedy se detuvo con un brinco y permaneció parado un momento, con un ligero e inseguro balanceo, como si estuviese ondeando en un viento ligero.

Powell gritó:

—Está bien, Speedy. Ahora ven aquí, muchacho.

Después de lo cual, la voz del robot Speedy se oyó en los auriculares de Powell por primera vez. Dijo:

—Tunante, vamos a jugar. Tú me coges a mí y yo te cojo a ti; ningún amor puede cortar nuestro cuchillo en dos. Porque yo soy Little Buttercup, la dulce Little Buttercup.
¡Uau...! —Y, girando sobre sus talones, se marchó corriendo en la dirección de la que había venido, con una velocidad y una furia que formaban gotas de polvo cocido.

Y sus últimas palabras mientras se alejaban en la distancia, fueron:

—Cultivaron una florecilla cerca del gran roble —seguidas de un curioso chasquido metálico que podía haber sido el equivalente robótico de un hipo.

Donovan dijo débilmente:

—¿Dónde habrá escuchado a Gilbert y Sullivan? Dime, Greg... está borracho o algo parecido.

—Si no me lo hubieses dicho, no me habría dado cuenta —fue la amarga respuesta—. Volvamos al precipicio. Me estoy asando.

Fue Powell quien rompió el desesperante silencio:

—En primer lugar —dijo—, Speedy no está borracho... No en un sentido humano, porque es un robot, y los robots no se emborrachan. Sin embargo, algo le ocurre, algo que es el equivalente robótico de la borrachera.

—Para mí, está borracho —declaró Donovan, enfáticamente—. Y todo lo que sé es que se imagina que estamos jugando. Y no así. Es una cuestión de vida o de horripilante muerte.

—Está bien. No me atosigues. Un robot es sólo un robot. Cuando hayamos descubierto lo que le ocurre, podremos arreglarlo y seguir adelante.

—Cuando... —dijo Donovan, con amargura.

Powell lo ignoró.

—Speedy está perfectamente adaptado al entorno normal de Mercurio. Pero esta región —y su brazo se hinchó al extenderlo—, es claramente anormal. Esta es nuestra pista. Veamos ahora, ¿de dónde proceden estos cristales? Deben de haberse formado de un líquido enfriándose lentamente; ¿pero de dónde saldría un líquido tan caliente que se enfriase en el sol de Mercurio?

—De una acción volcánica —sugirió Donovan, al instante, y el cuerpo de Powell se tensó.

—De las bocas de los que amamantaban —dijo con una extraña y débil voz, y permaneció muy quieto durante cinco minutos. Luego, dijo:

—Dime, Mike, ¿qué le dijiste a Speedy cuando lo enviaste a buscar el selenio?

Donovan fue cogido por sorpresa.

—Maldita sea... no lo sé. Simplemente le dije que fuese a buscarlo.

—Sí. Lo sé. ¿Pero cómo? Intenta recordar exactamente las palabras.

—Le dije... huy... le dije: «Speedy, necesitamos algo de selenio. Puedes encontrarlo en tal o cual sitio. Ve a buscarlo.» Esto es todo. ¿Qué otra cosa querías que le dijese?

—¿No manifestaste ninguna urgencia en la orden, verdad?

—¿Para qué? Era pura rutina.

Powell suspiró.

—Bien, ahora ya no se puede evitar... pero estamos en un buen aprieto.

Había bajado de su robot y se había sentado, apoyado contra el precipicio. Donovan se reunió con él y se cogieron del brazo. En la distancia, la ardiente luz del sol parecía esperarlos jugando al ratón y al gato; y justo junto a ellos, los dos robots gigantes eran invisibles salvo por el rojo mate de sus ojos fotoeléctricos que los miraban fijamente, imperturbables, inquebrantables e indiferentes.

¡Indiferentes! Como todo aquel envenenado Mercurio, tan grande en mala suerte como pequeño en tamaño.

La voz de Powell a través de la radio era tensa en el oído de Donovan:

—Ahora, escucha, vamos a empezar con las tres Reglas fundamentales de la Robótica; las tres reglas mas profundamente introducidas en el cerebro positrónico de los robots —dijo, y en la oscuridad, sus dedos enguantados marcaron cada punto.

—Tenemos: Una, un robot no puede hacer daño a un ser humano, o, por medio de la inacción, permitir que un ser humano sea lesionado.

—¡De acuerdo!

—Dos —continuó Powell—, un robot debe obedecer las órdenes recibidas por los seres humanos excepto si éstas órdenes entrasen en conflicto con la Primera Ley.

—¡De acuerdo!

—Y tres, un robot debe proteger su propia existencia en la medida en que esta protección no sea incompatible con la Primer o la Segunda Ley.

—¡De acuerdo! ¿Y dónde estamos ahora?

—Exactamente en la explicación. El conflicto entre las varias reglas es allanado por los diferentes potenciales positrónicos del cerebro. Digamos que un robot se está dirigiendo a un peligro y lo sabe. El potencial automático que establece la Regla 3 le hace retroceder. Pero imagínate que le ordenas que vaya a ese peligro. En este caso, la Regla 2 establece un contrapotencial mayor que el anterior y el robot sigue las órdenes arriesgando la existencia.

—Bien, esto lo sé. ¿Y qué?

—Tomemos el caso de Speedy. Éste es uno de los últimos modelos, especializado en extremo y tan caro como un acorazado. No es algo que deba ser destruido a la ligera.

—¿Y entonces?

—Entonces la Regla 3 ha sido reforzada, lo cual, por cierto, se mencionaba de forma específica en los previos avisos de los modelos SPD, y su alergia al peligro es inusualmente alta. Al mismo tiempo, cuando tú lo enviaste a buscar el selenio, le diste esta orden sin darle mayor importancia y sin un énfasis especial, de forma que el mecanismo del potencial de la Regla 2 era bastante débil. Ahora, espera; sólo estoy exponiendo los hechos.

—De acuerdo, sigue. Creo que lo voy cogiendo.

—¿Comprendes cómo funciona, verdad? Existe algún tipo de peligro centrado en la fuente de selenio. Aumenta a medida que se acerca, y a una determinada distancia el potencial de la Regla 3, inusualmente alto para ponerse de manifiesto, se equilibra exactamente con el potencial de la Regla 2, insólitamente bajo para ponerse de manifiesto.

Donovan se puso de pie, lleno de excitación.

—Y encuentra un equilibrio, ya veo. La Regla 2 lo lleva hacia atrás y la Regla 2 lo lleva hacia delante...

—Por consiguiente sigue un círculo alrededor de la fuente de selenio, permaneciendo en el lugar de todos los puntos del potencial equilibrado. Y hasta que no hagamos algo al respecto, se quedará en el círculo para siempre, el eterno círculo vicioso —añadió, más seriamente—: Y esto, en realidad, es lo que lo emborracha. Con el potencial equilibrado, la mitad de las pistas positrónicas de su cerebro se han quedado desbaratadas. Yo no soy un especialista en robots, pero parece evidente. Probablemente, como le ocurre a un humano ebrio, ha perdido justo el control de las partes de su mecanismo de la voluntad. Mu-y-y bonito.

—¿Pero cuál era el peligro? Si supiésemos de qué estaba huyendo...

—Tú los has sugerido. Una acción volcánica. En algún lugar justo junto a la fuente de selenio hay una filtración de gas de las entrañas de Mercurio. Dióxido de azufre, dióxido de carbono... y monóxido de carbono. Mucha cantidad... y a esta temperatura.

Donovan tragó saliva de forma audible.

—Monóxido de carbono más hierro da carbonilo de hierro volátil.

—Y un robot —añadió Powell—, es esencialmente hierro. Y prosiguió, lúgubrememente—: No hay nada como la deducción. Hemos determinado todo nuestro problema menos la solución. Nosotros no podemos ir en busca del selenio, todavía está demasiado lejos. No podemos enviar a estos robots-caballos, porque no pueden ir solos, y no nos pueden llevar suficientemente de prisa a fin de que no nos quedemos fritos. Y no podemos coger a Speedy, porque el idiota piensa que estamos jugando y puede recorrer sesenta millas mientras nosotros caminamos cuatro.

—Si va uno de nosotros —tanteó Donovan—, y vuelve cocido, siempre quedará el otro.

—Sí, sería un sacrificio de lo más delicado —fue la sarcástica respuesta—. Salvo que esta persona antes siquiera de llegar a la fuente ya no estaría en condiciones de dar órdenes, y no creo que los robots volviesen nunca al precipicio sin órdenes. ¡A ver si lo entiendes! Estamos a dos o tres millas de la fuente, digamos dos, y el robot viaja a cuatro millas la hora; y nuestros trajes sólo aguantan veinte minutos. No es sólo el calor, recuérdalo. La radiación solar fuera de aquí en los ultravioleta y abajo es venenoso.

—Vaya, nos faltan diez minutos —dijo Donovan.

—Tanto como una eternidad. Y otra cosa. Si el potencial de la Regla 3 ha detenido a Speedy donde lo ha hecho, significa que debe de haber una apreciable cantidad de monóxido de carbono en la atmósfera llena de vapor de metal... y por consiguiente debe de haber una apreciable acción corrosiva. Hace ya horas que está fuera; y cómo sabremos si una juntura de la rodilla, por ejemplo, no se ha desencajado y lo ha hecho caer. No es sólo cuestión de pensar... ¡tenemos que pensar de prisa!

¡Profundo, oscuro, malsano, tenebroso silencio!

Donovan lo rompió, con una voz que temblaba por el propio esfuerzo de mantenerla fría. Dijo:

—Dado que no podemos aumentar el potencial de la Regla 2 dándole más órdenes, ¿por qué no trabajamos en el otro sentido? Si aumentamos el peligro, aumentaremos el potencial de la Regla 3 y lo haremos volver.

La placa de visión de Powell se volvió hacia él en una silenciosa pregunta.

—Escucha —empezó Donovan en cautelosa explicación—, todo lo que necesitamos para sacarlo de su ruta es aumentar la concentración de monóxido de carbono en su proximidad. Bien, en la Estación hay un completo laboratorio analítico.

—Naturalmente —admitió Powell—. Es una Estación Minera.

—Claro. Debe de haber kilos de ácido oxálico para precipitaciones de calcio.

—¡Santo espacio! Mike, eres un genio.

—Sólo un poco —admitió Donovan, modestamente—. Únicamente se trata de recordar que el ácido oxálico al calor se descompone en dióxido de carbono, agua, y el buen y viejo monóxido de carbono. La Universidad, la química, ya sabes.

Powell se había puesto de pie y había llamado la atención de uno de los robots monstruosos con el simple acto de golpear el muslo de la máquina.

—Eh, ¿sabes lanzar? —gritó.

—¿Señor?

—No importa. —Powell maldijo el cerebro de lenta melaza del robot. Buscó y encontró una piedra mellada del tamaño de un ladrillo—. Cógela —dijo—, y lánzala allí en el pedazo de cristales azulados justo en la fisura tortuosa. ¿Lo ves?

Donovan tiró de su hombro.

—Demasiado lejos, Greg. Está a casi media milla.

—Tranquilo —replicó Powell—. Se trata de la gravedad mercuriana y de cómo lanza un brazo de acero. Tú mira, ¿quieres?

Los ojos del robot estaban midiendo la distancia con precisión maquina y estereoscópica. Su brazo se ajustó al peso del misil y se fue hacia atrás. Los movimientos del robot no se veían en la oscuridad, pero se oyó un fuerte sonido sordo cuando balanceaba su peso, y segundos después la piedra volaba furiosamente en la luz del sol. No había resistencia aérea que redujese su velocidad, ni viento que la desviase, y cuando golpeó el suelo levantó unos cristales justo en el centro del «pedazo azul».

Powell gritó feliz y exclamó:

—Vamos a por el ácido oxálico, Mike.

Y, mientras se introducían en la ruinoso subestación en su camino de vuelta a los túneles, Donovan dijo ceñudo:

—Speedy ha seguido vagando por este lado de la fuente de selenio, incluso después de haber ido en pos de él. ¿Lo has visto?

—Sí.

—Me parece que quiere jugar. ¡Bien, pues jugaremos con él!

Unas horas más tarde, estaban de vuelta con unos frascos de tres litros conteniendo la blanca sustancia química, y unas caras largas. Los bancos de fotocélulas se estaban deteriorando más rápidamente de lo que habían supuesto. En silencio y con un inexorable objetivo ambos guiaron sus robots hasta la luz del sol y hacia Speedy que esperaba.

Este último trotó despacio hacia ellos.

—Por aquí otra vez. ¡Hola! He hecho una pequeña lista, el organista del piano; todos comen pastillas de menta y os las tiran a la cara.

—En tu cara vamos a tirar algo —murmuró Donovan—. Está cojeando, Greg.

—Lo he notado —le contestó su compañero, en voz baja y preocupada—. Si no nos damos prisa, le comerá el monóxido.

Ahora se estaban acercando cautelosamente, casi sigilosamente, a fin de evitar que el completamente irracional robot se alejase. Powell estaba demasiado lejos para decirlo, por supuesto, pero habría jurado que el loco de Speedy se estaba preparando para saltar.

—Vamos a lanzarlos —dijo en un grito sofocado—. ¡Cuento hasta tres! Uno... dos...

Dos brazos de acero se echaron hacia atrás y luego hacia delante simultáneamente y dos jarras de cristal fueron lanzadas hacia delante formando elevados arcos paralelos, que brillaban como diamantes en el Sol imposible. Y en un par de soplos silenciosos, golpearon el suelo detrás de Speedy, estrellándose de forma que el ácido oxálico voló como polvo.

Powell supo que, al pleno calor del Sol de Mercurio, había entrado en efervescencia como agua de Seltz.

Speedy se volvió para mirar, luego retrocedió despacio, e igualmente despacio fue tomando velocidad. Al cabo de quince segundos, estaba brincando hacia los dos hombres con un medio galope poco firme.

Powell no captó con precisión las palabras de Speedy en aquel momento, pero oyó algo como:

—Las declaraciones de amor cuando son pronunciadas en hessiano.

Se volvió.

—Regresemos al precipicio, Mike. Ha salido de la ruta y ahora aceptará las órdenes. Estoy empezando a tener calor.

Avanzaron despacio hacia la sombra al lento y monótono paso de sus monturas, y no fue hasta que entraron en el repentino frescor, éste los rodeó y lo sintieron, que Donovan miró hacia atrás.

—¡Greg!

Powell miró a su vez y casi gritó. Ahora Speedy se estaba moviendo despacio —muy despacio— y en la dirección contraria. Iba a la deriva, de vuelta a su ruta; y estaba cobrando velocidad. En los prismáticos parecía terriblemente cerca, y temiblemente inalcanzable.

Donovan gritó salvajemente:

—¡A por él! —y espoleó a su robot para ir en su busca, pero Powell lo hizo volver.

—No lo cogerás, Mike, es inútil —dijo, agitándose nervioso sobre la espalda del robot y apretando los puños en tensa impotencia—. ¿Por qué demonios debo ver estas cosas cinco segundos después de que todo haya pasado? Mike, hemos perdido el tiempo.

—Necesitarnos más ácido oxálico —declaró Donovan, tercamente—. La concentración no era suficientemente alta.

—Siete toneladas no habrían bastado... y, aunque bastasen, con el monóxido devorándolo, no tenemos horas para malgastar obteniéndolo. ¿No ves lo que pasa, Mike?

—No —dijo Donovan, claramente.

—Sólo estamos estableciendo nuevos equilibrios. Al crear un nuevo monóxido y aumentar el potencial de la Regla 3, él ha retrocedido hasta estar nuevamente equilibrado; y al desvanecerse el monóxido, ha avanzado, y otra vez había equilibrio.

—La voz de Powell tenía un tono completamente desdichado—. Es el eterno círculo vicioso. Podemos dar un empujón a la Regla 2 y tirar de la Regla 3 sin llegar a ninguna parte, sólo cambiando la posición de la balanza. Tenemos que salir de las dos reglas. —E hizo que su robot se acercase al de Donovan, de forma que se quedaron sentados cara a cara, débiles sombras en la oscuridad, y murmuró:

—¡Mike!

—¡Se ha acabado! —dijo Donovan, sombríamente—. Supongo que volveremos a la Estación, esperaremos que los bancos se agoten, nos estrecharemos las manos, tomaremos cianuro y nos marcharemos como caballeros. —Y lanzó una risita.

—Mike —repitió Powell seriamente—, tenemos que ir a buscar a Speedy.

—Lo sé.

—Mike —dijo Powell una vez más, y titubeó antes de continuar—. Queda todavía la Regla 1. Había pensado en ello... antes, pero es desesperado.

Donovan levantó la vista y su voz se animó:

—Nosotros estamos desesperados.

—Está bien. De acuerdo con la Regla 1, un robot no puede ver cómo a un humano le sucede algo malo por culpa de su falta de acción. La dos y la tres no pueden nada ante ello. No pueden nada, Mike.

—Incluso cuando el robot está medio loco... Bien, él está borracho. Sabes que es así.

—Es el riesgo que se corre.

—Para ya. ¿Qué vas a hacer?

—Ahora voy a salir para ver qué hará la Regla 1. Si no rompo el equilibrio, entonces qué demonios... o es ahora o dentro de tres o cuatro días.

—Espera, Greg. También hay reglas humanas de comportamiento. Tú no te vas así como así. Imagínate una lotería y dame mi oportunidad.

—De acuerdo. El primero que saque el número quince va.

—Y casi inmediatamente—: ¡Veintisiete! ¡Cuarenta y cuatro! Donovan advirtió que su robot se tambaleaba ante un súbito empujón de la montura de Powell; y éste ya se había marchado hacia la luz del sol. Donovan abrió la boca para gritar, pero la cerró. Por supuesto, el maldito estúpido tenía ya preparado el número quince con antelación, y a propósito. Al igual que él.

El sol abrasaba más que nunca y Powell sintió un comezón enloquecedor en la parte más estrecha de la espalda. Imaginaciones, probablemente o, tal vez, la fuerte radiación que empezaba a manifestarse a través del traje antisolar.

Speedy lo estaba mirando, sin una palabra del galimatías de Gilbert y Sullivan como saludo. ¡Gracias a Dios por esto! Pero no se atrevió a acercarse demasiado.

Estaba a tres yardas cuando Speedy empezó a retroceder, un Paso a la vez, cautelosamente, y Powell se detuvo. Saltó de los hombros del robot y aterrizó en el suelo cristalino acompañado de un ligero ruido sordo y una lluvia de fragmentos desiguales.

Avanzó a pie, con el terreno arenoso y resbaladizo bajo sus pies y con dificultad a causa de la baja gravedad. El calor le provocaba cosquillas en las plantas. Echó una ojeada a la oscuridad de la sombra del acantilado por encima del hombro y se dio cuenta de que había llegado demasiado lejos para volver, tanto sólo como con la ayuda de su anticuado robot. Era Speedy o nada, y la toma de conciencia de ello le encogió el corazón.

¡Ya estaba bastante lejos! Se detuvo.

—¡Speedy! —llamó—. ¡Speedy!

El brillante y moderno robot titubeó delante de él y dejó de retroceder, luego reanudó el camino.

Powell intentó poner una nota de lamento en su voz, y descubrió que no necesitaba hacer mucho teatro:

—Speedy, tengo que volver a la sombra o el Sol me abrasará. Es cosa de vida o muerte, Speedy. Te necesito.

Speedy dio un paso hacia delante y se paró. Habló, pero ante su sonido Powell gruñó, pues fue:

—Cuando uno está tumbado despierto con un horrible dolor de cabeza y el descanso está prohibido... —se fue desvaneciendo, y Powell, por alguna razón, se tomó un momento para murmurar:

—Lolanthé.

¡Hacía un calor abrasador! Vislumbró un movimiento por el rabillo del ojo y se volvió aturdido; entonces se quedó petrificado de asombro, pues el monstruoso robot sobre el que había montado se estaba moviendo, moviéndose hacia él, y sin jinete.

Estaba hablando:

—Perdón, Señor. No debo moverme sin un Señor sobre mí, pero usted está en peligro.

Claro, el potencial de la Regla 1 por encima de todo. Pero él no quería aquella torpe antigualla; él quería a Speedy. Se alejó y le hizo gestos frenéticos.

—Te ordeno que te mantengas alejado. ¡Te ordeno que te pares!

Era completamente inútil. No se puede luchar con el potencial de la Regla 1. El robot dijo estúpidamente:

—Está en peligro, Señor.

Powell miró en torno suyo, desesperadamente. No podía ver con claridad. Su cerebro le daba vueltas acaloradamente; el aliento le abrasaba al respirar y el suelo a su alrededor era una calina trémula.

Llamó una última vez, desesperadamente:

—¡Speedy! ¡Me estoy muriendo, maldito! ¿Dónde estás? Speedy, te necesito.

Estaba todavía dando traspies hacia atrás en un ciego esfuerzo por alejarse del gigantesco robot a quien no quería, cuando notó unos dedos de acero en sus brazos y oyó una preocupada y apenada voz de timbre metálico en sus oídos.

—Por todos los santos, jefe, ¿qué está usted haciendo aquí? Y qué estoy haciendo yo... Me siento tan confundido...

—No importa —murmuró Powell, débilmente. —Llévame a la sombra del precipicio... ¡Y rápido!

Tuvo una última sensación de ser levantado en el aire, una impresión de rápido movimiento y de calor abrasador, y perdió el conocimiento.

Se despertó con Donovan inclinado sobre él y sonriendo ansiosamente.

—¿Cómo estás, Greg?

—¡Bien! —fue la respuesta—. ¿Dónde está Speedy?

—Por aquí. Lo he enviado a una de las otras fuentes de selenio...

Isaac Asimov (1920-)

Considerado el principal autor de libros de ciencia para no especialistas, Isaac Asimov empezó su carrera como escritor de ciencia ficción. Sus primeras novelas de adulto, *Yo, robot* (1950), *La trilogía de la Fundación* (1951-1953) y *Bóvedas de acero* (1954) son consideradas tres clásicos del género. Sin embargo, no han sido sino el mero preludeo de más de 150 obras importantes de no ficción. Ganador de cuatro premios Hugo y dos premios Nebula, Asimov ha sido galardonado también con el premio Blakeslee de ensayo (1960), el premio de la American Chemical Society James T. Grady (1965) y el American Association for the Advancement of Science-Westinghouse Writing Award(1967).

ABSALON

Henry Kuttner

Joel Locke regresó al atardecer de la universidad donde daba cátedra de psiconámica. Entró silenciosamente en la casa por una puerta lateral y se quedó escuchando. Era un cuarentón alto, de labios delgados, con una sonrisa ligeramente sardónica y ojos grises y distantes. Oía el zumbido del precipitrón. Eso significaba que Abigail Schuler, el ama de llaves, se ocupaba de sus tareas. Locke sonrió ligeramente y se volvió hacia un panel de la pared, que se abrió cuando él se acercó.

El pequeño ascensor lo llevó calladamente arriba. Allí se movió con extraño sigilo. Fue directamente hacia una puerta en el fondo del vestíbulo y se detuvo, la cabeza gacha, los ojos extraviados. No oía nada. Luego abrió la puerta y entró en la habitación.

Instantáneamente la sensación de inseguridad le asaltó de nuevo. Le paralizó. No hizo ningún gesto, aunque la boca se le frunció. Se obligó a quedarse quieto mientras miraba en tomo.

Podía haber sido la habitación de cualquier muchacho de veinte años, no de un niño de ocho. Había raquetas de tenis arrumbadas contra una pila desordenada de libros grabados. El tiaminizador estaba encendido, y Locke empleó el modo mecánico de encender la luz. Se volvió abruptamente. El televisor estaba apagado, pero él habría jurado que unos ojos le estaban observado desde la pantalla.

No era la primera vez que le ocurría.

Al rato Locke se volvió de nuevo y se acuclilló para examinar los carretes. Eligió uno con la etiqueta LA LÓGICA ENTRÓPICA SEGÚN BRIAFF y frunció el ceño mientras jugueteaba con el cilindro. Después lo guardó y salió del cuarto, pero no antes de haberle echado una última y pensativa mirada al televisor.

Abajo, Abigail Schuler tecleaba el panel de la Limpiadora Maestra. Tenía la boca menuda tan rígida como el severo mechón de cabello entrecano que le tapaba la nuca.

—Buenas noches —dijo Locke—. ¿Dónde está Absalón?

—Afuera, hermano Locke. Está jugando —dijo el ama de llaves con tono formal—. Llega usted temprano. Aún no he limpiado la sala.

—Bien, conecte los iones y ellos se encargarán —dijo Locke—. No tardará mucho. De todos modos, tengo que corregir algunos exámenes.

Se iba a marchar, pero Abigail carraspeó de un modo significativo.

—¿Bien?

—Se le ve bastante desmejorado.

—Entonces lo que necesita es jugar al aire libre —dijo Locke concisamente—. Lo enviaré a un campamento de verano.

—Hermano Locke —dijo Abigail—, no entiendo por qué no lo deja ir a Baja California. Se muere por ir. Usted le dejó estudiar antes todas las materias difíciles que él quería. Ahora se lo prohíbe. Sé que no me concierne, pero le noto ansiedad.

—La ansiedad sería peor si yo le dijera que sí. Tengo mis razones para no permitirle estudiar lógica entrópica. ¿Sabe usted lo que implica eso?

—No sé... Usted sabe que no sé. No soy una mujer instruida, hermano Locke. Pero Absalón es brillante como un botón.

Locke gesticuló con impaciencia.

—Tiene usted ocurrencias geniales —dijo—. ¡Brillante como un botón!

Encogiéndose de hombros, se dirigió a la ventana y observó el patio de abajo, donde su hijo de ocho años jugaba al handball. Absalón no levantó los ojos. Parecía absorto en el juego. Pero Locke no pudo evitar que una sensación de terror frío y sigiloso le invadiera la mente, y se apretó las manos con fuerza detrás de la espalda.

Un niño que aparentaba diez años, con un nivel de madurez de veinte, pero que seguía siendo un niño de ocho.

No era fácil de gobernar. Había muchos padres con el mismo problema. La curva del diagrama que registraba el porcentaje de niños prodigio nacidos en tiempos recientes se estaba alterando. Algo había empezado a agitarse perezosamente en los cerebros de las últimas generaciones y una nueva especie, por así decirlo, estaba naciendo lentamente. Locke lo sabía bien. En su época él también había sido un niño prodigio.

Quizás otros padres encararan el problema de otro modo, pensaba tercamente. No él. El sabía qué era lo mejor para Absalón. Otros padres quizás enviaran a sus hijos-prodigio a esos institutos donde podían desarrollarse entre los de su misma especie. No Locke.

—El lugar de Absalón es éste —dijo en voz alta—. Aquí. Donde yo puedo... —notó que el ama de llaves lo estaba mirando y se encogió nuevamente de hombros, irritado, retomando la conversación que antes había interrumpido—. Claro que es brillante. Pero todavía no lo suficiente para ir a Baja California y estudiar lógica entrópica. ¡Lógica entrópica! Es demasiado para el chico. Hasta usted tendría que darse cuenta. No es como darle una golosina tras asegurarse de que hay aceite de castor en el botiquín de la sala de baño. Absalón es inmaduro. Podría ser realmente peligroso enviarlo a la Universidad de Baja California con hombres tres veces mayores. Lo sometería a esfuerzos mentales para los que aún no está preparado. No quiero que se transforme en psicópata.

Abigail frunció hurañamente la boca menuda.

—Usted le permitió aprender álgebra.

—Oh, déjeme en paz —Locke observó de nuevo al niño que jugaba en el patio, y agregó lentamente—. Creo que es hora de un nuevo contacto con Absalón.

El ama de llaves lo miró con severidad, entreabrió los labios finos y luego los cerró con un chasquido reprobatorio casi audible. Claro que ella no comprendía del todo cómo funcionaba un contacto o para qué servía. Pero sabía que en estos días había maneras de imponer la hipnosis, de forzar una mente para hurgar los pensamientos ocultos. Meneó la cabeza y apretó los labios.

—No trate de interferir en cosas que no entiende —dijo Locke—. Le digo que yo sé qué es mejor para Absalón. Está en la misma situación que yo hace treinta y tantos años.

¿Quién puede comprenderlo mejor? Llámelo adentro, por favor. Estaré en mi estudio.

Abigail lo observó alejarse y arrugó el entrecejo. Era difícil saber qué era mejor. Las costumbres actuales exigían una conducta rígida, pero a veces costaba decidir qué era lo correcto. En los viejos tiempos, después de las guerras atómicas, cuando se vivía licenciosamente y cualquiera podía actuar a su antojo, la vida debía de haber sido más fácil. Ahora, en esta vuelta brusca a una cultura puritana, había que pensar dos veces y escudriñarse el alma antes de cometer un acto dudoso.

Bien, Abigail no tenía elección esta vez. Abrió el micrófono de la pared y habló.

—¿Absalón?

—Sí, hermana Schuler.

—Entra, tu padre quiere verte.

En su estudio, Locke permaneció callado un instante, reflexionando. Luego tomó el micrófono de la casa.

—Hermana Schuler, estoy usando el televisor. Dígale a Absalón que espere.

Se sentó ante el visor privado. Movi6 las manos diestramente.

—Deme con el doctor Ryan, del Instituto de Niños An6malos de Wyoming. Le habla Joel Locke.

Mientras esperaba tendi6 la mano para sacar un viejo volumen encuadernado en tela de un anaquel de libros curiosos y antiguos. Ley6..

Mas Absal6n envi6 espías a todas las tribus de Israel, y les advirti6: «Cuando oigáis el sonido de la trompeta, entonces diréis: Absal6n reina en Hebr6n...»

—¿Hermano Locke? —pregunt6 el televisor.

En la pantalla apareci6 el rostro de un hombre de cabellos blancos y facciones agradables. Locke guard6 el libro y levant6 la mano para saludar.

—Doctor Ryan, lamento seguir importunándole.

—No tiene importancia —dijo Ryan—. Me sobra tiempo. Se supone que soy supervisor del Instituto, pero los chicos lo dirigen a gusto de ellos —ri6—, ¿C6mo est6 Absal6n?

—Hay un límite —dijo amargamente Locke—. Le he dado todos los gustos a! chico. Le permití hacer carrera y ahora quiere estudiar l6gica entr6pica. Hay solamente dos universidades con esa especialidad, la m6s cercana est6 en Baja California...

—Podría viajar en helic6ptero, ¿verdad? —pregunt6 Ryan, pero Locke gruñ6 reprobatoriamente.

—Demasiado tiempo. Adem6s, uno de los requisitos es alojarse en la universidad bajo un r6gimen estricto. Se supone que la disciplina, mental y f6sica, es necesaria para dominar la l6gica entr6pica. Que es dura de pelar. Tengo los rudimentos en casa, pero tuve que usar el tri-disney para llegar a visualizarlos.

Ryan ri6.

Los chicos de aqu6 se interesan en ella. Ejem..., ¿est6 usted seguro de que la ha comprendido?

Lo suficiente, sí. Lo suficiente para entender que no es algo que un chico pueda estudiar mientras no se le hayan ampliado los horizontes.

—Los de aquí no tienen problemas —dijo el doctor—. No olvide que Absalón es un genio, no es un niño común.

—No lo olvido. Tampoco olvido mi responsabilidad. Absalón necesita un medio doméstico normal para no perder la seguridad en sí mismo... Y por ese motivo no quiero que se mude ahora a Baja California. Quiero estar cerca para protegerlo.

—Hemos diferido en ese aspecto anteriormente. Todos los anómalos saben arreglárselas por cuenta propia, Locke.

—Absalón es un genio, y un niño. Por lo tanto, carece del sentido de la proporción. Tiene más peligros que sortear. Creo que es un grave error darles todos los gustos a los anómalos. Rehusé enviar a Absalón a un instituto por una razón excelente. Juntan a todos los niños prodigio en un montón y los dejan actuar a sus anchas. Un medio ambiente totalmente artificial.

—No discutiré. Es cosa de usted —dijo Ryan—. Aparentemente no quiere admitir que hay una sinusoide de genios actualmente. Un aumento constante. En otra generación...

—Yo mismo he sido un niño prodigio, pero logré sobreponerme —graznó Locke—. Ya tuve bastantes problemas con mi padre. Era un déspota, y si yo no hubiese tenido suerte él habría hecho lo posible para deformarme psicológicamente. Lo he superado, pero tuve problemas. No quiero que Absalón pase por lo mismo. Por eso estoy empleando psiconámica... Es una valiosa catarsis mental, como usted sabrá.

—¿Narcosíntesis? ¿Hipnotismo forzado?

—No es forzado —replicó Locke—. Bajo hipnosis, él me cuenta todo lo que tiene en la mente, y yo puedo ayudarlo.

—No sabía que estaba empleando eso —dijo lentamente Ryan—. No estoy seguro de que sea un procedimiento atinado.

—Yo no le indico a usted cómo dirigir el Instituto.

—Oh, no. Lo hacen los propios chicos. Muchos de ellos son más listos que yo.

—La inteligencia inmadura es peligrosa. Un chico se larga a patinar sin probar primero e! espesor de la capa de hielo. No piense que quiero retener a Absalón. Simplemente hago las pruebas de antemano, para asegurarme de que la capa de hielo es firme. Yo puedo entender la lógica entrópica, pero él todavía no. Así que tendrá que esperar.

—¿Bien? Locke titubeó.

—Eh... ¿Sabe usted si sus muchachos se han estado comunicando con Absalón?

—No sé —dijo Ryan—. No interfiero en sus vidas.

—De acuerdo, yo no quiero que ellos interfieran en la mía ni en la de Absalón. Quisiera que me informe si están en contacto con él.

Hubo una pausa prolongada.

—Lo intentaré —dijo por fin Ryan—. Pero si yo fuera usted, hermano Locke, dejaría que Absalón vaya a Baja California, si lo desea.

—Sé lo que hago —dijo Locke, y cortó la comunicación. Se volvió nuevamente hacia la Biblia.

¡Lógica entrópica!

Una vez que el muchacho haya llegado a la madurez sus síntomas somáticos y fisiológicos se orientarían a la normalidad, pero entretanto el péndulo seguía oscilando peligrosamente. Absalón necesitaba un control estricto, por su propio bien.

Y últimamente el muchacho por alguna razón estaba eludiendo los contactos hipnóticos. Algo pasaba.

Pensamientos caóticos se arremolinaban en la mente de Locke. Olvidó que Absalón le esperaba. Sólo se acordó al oír la voz de Abigail anunciar que la cena estaba, servida.

Durante la cena Abigail Schuler se sentó entre padre e hijo como Átropos, dispuesta a cortar la conversación si no le gustaba. Locke sintió que su largamente reprimida irritación contra Abigail, que se creía obligada a proteger a Absalón del padre, empezaba a aflorar. Tal vez por eso sacó finalmente el tema de Baja California.

—Parece que has estado estudiando la tesis de la lógica entrópica... ¿Aún no te has convencido de que es demasiado para ti?

—No, papá —dijo Absalón, sin demostrar ninguna sorpresa—. No me he convencido.

—Los rudimentos del álgebra pueden ser fáciles para un niño. Pero una vez internado en la especialidad... He leído algo sobre lógica entrópica, hijo. Leí el libro entero, y a mí me costó bastante. Y tengo una mente madura.

—Sé que la tienes. Y sé que yo todavía no la tengo. Pero sigo pensando que podría estudiar esa materia.

—El problema es el siguiente —dijo Locke—; podrías desarrollar síntomas psicóticos si estudiaras esa cosa, y quizá no los reconocerías a tiempo. Si pudiéramos tener un contacto todas las noches, o noche de por medio, mientras estudias...

—¡Pero es en Baja California!

—Ese es el inconveniente. Si esperas mi licencia, podré acompañarte. O quizás alguna universidad más cercana inicie cursos. No quisiera parecer poco razonable. La lógica debería indicarte mis motivos.

—En efecto —dijo Absalón—. Esa parte la entiendo. La única dificultad es un imponderable, ¿verdad? Es decir, tú crees que mi mente no podría asimilar la lógica entrópica sin alteraciones, y yo estoy convencido de lo contrario.

—Exacto —dijo Locke—. Tú tienes la ventaja de conocerte a ti mismo mejor de lo que podría conocerte yo. Tu desventaja es la inmadurez, la falta de un sentido de la proporción. Y yo cuento con la ventaja de una mayor experiencia.

—Pero es la tuya, papá. ¿Puedes aplicarme los mismos valores?

—Deja que sea yo quien lo juzgue, hijo.

—Tal vez —dijo Absalón—. Pero preferiría haber ido a un instituto de anómalos.

—¿Acaso no eres feliz aquí? —preguntó Abigail, lastimada, ante lo cual el niño le dirigió una cálida mirada de afecto.

—Claro que sí, Abbie. Tú sabes que sí.

—Sería mucho menos feliz con demencia praecox —dijo sardónicamente Locke—. La lógica entrópica, por ejemplo, presupone una captación de las variaciones temporales que se encaran en problemas relacionados con la relatividad.

—Oh, eso me da dolor de cabeza —dijo Abigail—. Y si a usted le preocupa tanto que Absalón exagere su actividad mental, no tendría que hablarle de esa manera —apretó botones y deslizó los platos metálicos esmaltados en el compartimiento—. Café, hermano Locke... Leche, Absalón... Y yo tomaré té.

Locke le guiñó el ojo a su hijo, que conservó una actitud solemne. Abigail se levantó con la taza de té y se dirigió al hogar. Tomó la escobilla, barrió unas pocas cenizas, se acomodó entre los almohadones y se entibió los tobillos huesudos al fuego. Locke emitió un bostezo.

—Hasta que llegemos a una decisión, hijo, las cosas quedarán como están. No vuelvas a tocar ese libro de lógica entrópica ni nada más relacionado con el tema. ¿Correcto?

No hubo respuesta.

—¿Correcto? —insistió Locke.

—No estoy seguro —dijo Absalón tras una pausa—. En realidad, ese libro ya me ha sugerido ciertas ideas...

Mirando por encima de la mesa, Locke se sorprendió ante la incongruencia de esa mente increíblemente desarrollada en el cuerpo infantil.

—Todavía eres joven —dijo—. Unos días de diferencia no importarán. No olvides que legalmente ejerzo control sobre ti, aunque nunca lo haré sin que tú apruebes mis decisiones como justas.

—Lo que es justo para ti puede no serlo para mí —dijo Absalón, trazando dibujos con la uña en el mantel.

Locke se levantó y apoyó la mano en el hombro del muchacho.

—Lo volveremos a discutir, hasta llegar a un acuerdo. Ahora tengo que corregir exámenes. Salió.

—Lo hace por tu bien, Absalón —dijo Abigail.

—Claro que sí, Abbie —convino el niño, pero siguió pensativo.

Al día siguiente Locke dio sus clases con aire distraído y a mediodía llamó por televisor al doctor Ryan del Instituto de Wyoming. Ryan le atendió con cierta indiferencia. Dijo que había preguntado a los chicos si se habían comunicado con Absalón, y le habían dicho que no.

—Claro que mentirían por cualquier insignificancia, si lo creen conveniente —añadió Ryan, inexplicablemente divertido.

—¿Qué le causa gracia? —preguntó Locke.

—No sé —dijo Ryan—. El modo en que ellos me toleran. A veces les soy útil, pero... Originalmente se suponía que el supervisor era yo. Ahora ellos me supervisan a mí.

—¿Lo dice de veras? Ryan se puso serio.

—Siento un tremendo respeto por los niños anómalos. Y creo que usted comete un gravísimo error con su hijo. He estado en casa de usted, hace un año. Es la casa de usted. Sólo una habitación le pertenece a Absalón. No puede dejar ninguna de sus cosas en ninguna otra parte. Usted lo domina espantosamente.

—Trato de ayudarle.

—¿Está seguro de que es el modo correcto?

—Claro que sí —estalló Locke—. Aunque me equivoque, eso no significa que esté cometiendo fil..., filio...

—Ese detalle es interesante —dijo Ryan casualmente—. No le habría costado mucho nombrar el matricidio, el parricidio o el fratricidio. Pero matar al hijo es menos frecuente. La palabra no sale con la misma facilidad.

Locke clavó los ojos en la pantalla.

—¿Qué demonios está insinuando?

—Que tenga cuidado —dijo Ryan—. Creo en la teoría de los mutantes, después de dirigir este Instituto durante quince años.

—Yo mismo he sido un niño prodigio —repitió Locke.

—Aja —dijo Locke, mirándole con intensidad—. Y usted habrá de saber que se supone que la mutación es acumulativa..., ¿verdad? Tres generaciones atrás, los niños prodigio constituían el dos por ciento de la población. Y hace dos generaciones, el cinco por ciento. Hace una generación..., una sinusoide, hermano Locke. El CI aumenta proporcionalmente. ¿El padre de usted no fue también un niño prodigio?

—Lo fue —admitió Locke—. Pero inadaptado.

—Lo suponía. Las mutaciones llevan tiempo. La teoría es que en este momento estamos viviendo la transición del homo sapiens al homo superior.

—Lo sé. Es bastante lógico. Cada generación de mutaciones, al menos de esta mutación dominante, avanza un paso hacia el homo superior. ¿Cómo será...

—No creo que lo sepamos nunca —dijo serenamente Ryan—. Creo que no entenderíamos. Quién sabe cuánto tardará. ¿La próxima generación? Lo dudo. ¿Cinco generaciones más, o diez, o veinte? Y cada una avanzando un paso, explotando otra potencialidad sepultada en el hombre hasta llegar a la cúspide. El superhombre, Joel.

—Absalón no es un superhombre —dijo pragmáticamente Locke—. O un super niño, en este caso.

—¿Está seguro?

—¡Dios santo! ¿No le parece que conozco a mi propio hijo?

—No responderé a eso —dijo Ryan—. Estoy seguro de que no sabe todo lo que se puede saber sobre los chicos anómalos de mi Instituto. Beltram, el supervisor del Instituto de Denver, me dice lo mismo. Estos chicos son el próximo paso de la mutación. Usted y yo formamos parte de una especie moribunda, hermano Locke.

La cara de Locke cambió. Apagó el televisor sin una palabra.

La campanilla anunció la próxima clase. Pero Locke permaneció inmóvil, las mejillas y la frente ligeramente húmedas. Luego la boca se le curvó en una sonrisa curiosamente desagradable. Cabeceó y se alejó del televisor.

Llegó a casa a las cinco. Entró silenciosamente por la puerta lateral y tomó el ascensor. La puerta de Absalón estaba cerrada, pero se oían voces. Locke escuchó un rato. Luego golpeó violentamente el panel.

—Baja, Absalón. Quiero hablar contigo. En la sala le dijo a Abigail que saliera un momento. De espaldas a la chimenea, esperó a que llegara Absalón.

Los enemigos de mi señor el rey, y todos los que se alzan contra ti para tu daño, son como ese joven...

El niño entró sin demostrar embarazo. Avanzó y encaró al padre con una expresión calma y despreocupada. Era equilibrado, pensó Locke. De eso no cabía duda.

—Oí parte de esa conversación, Absalón —dijo Locke.

—De acuerdo —dijo fríamente Absalón—. Igual te lo habría contado esta noche. Tengo que hacer ese curso de lógica entrópica.

Locke ignoró la frase.

—¿Con quién te comunicabas?

—Un chico que conozco, Malcolm Roberts, del Instituto de Den ver.

—¿Discutiendo lógica entrópica con él, eh? ¿Después de lo que te dije?

—Recordarás que no estábamos de acuerdo... Locke se llevó las manos a la espalda y entrelazó los dedos.

—Entonces también recordarás que mencioné que ejercía control legal sobre ti.

—Legal —dijo Absalón—. No moral.

—Esto no tiene nada que ver con la moral.

—Sin embargo, sí. Y con la ética. Muchos niños menores que yo están estudiando lógica entrópica en los institutos. No les causa daño. Tengo que ir a un instituto, o a Baja California. Es necesario.

Locke agachó la cabeza, pensativo.

—Espera un minuto —dijo—. Lo siento, hijo. Por un momento caí en la trampa de mis propias emociones. Volvamos al plano de la lógica pura.

—De acuerdo —dijo Absalón, con una distancia serena e imperceptible.

—Estoy convencido de que ese estudio en particular te podría resultar peligroso. No quiero que sufras ningún daño. Quiero que tengas todas las oportunidades posibles, especialmente las que yo no tuve nunca.

—No —dijo Absalón, con una curiosa nota de madurez en la voz atiplada—. No fue falta de oportunidad. Fue incapacidad.

—¿Qué?

—Nunca dejarías que te convenzan de que yo podría estudiar lógica entrópica sin peligro. Me he dado cuenta. He hablado con otros chicos anómalos.

—¿De problemas privados?

—Ellos son de mi raza —dijo Absalón—. Tú no. Y por favor, no hables de amor filial. Tú mismo quebraste esa ley hace mucho tiempo.

—Sigue hablando —dijo serenamente Locke, apretando los labios—. Pero cerciérate de ser lógico.

—Bien. Pensaba que no tendría necesidad de hacer esto durante mucho tiempo, pero ahora es necesario. Me estás impidiendo hacer lo que debo.

—La mutación gradual. Acumulativa. Entiendo.

El fuego daba demasiado calor. Locke se alejó un paso del hogar. Absalón pareció a punto de escabullirse. Locke le clavó los ojos.

—Es una mutación —dijo el niño—. No una mutación completa, pero abuelo fue uno de los primeros pasos. Tú también... Fuiste más lejos que él. Y yo iré más lejos que tú. Mis hijos estarán más cerca del paso definitivo. Los únicos expertos en psiconámica que valen la pena son los niños prodigio de tu generación.

—Gracias.

—Me tienes miedo —dijo Absalón—. Me tienes miedo y me tienes envidia.

Locke se echó a reír.

—¿Adonde has dejado la lógica? El niño tragó saliva.

—El lógico. Una vez convencido de que la mutación era acumulativa no puedes tolerar la idea de que yo llegaría a desplazarte. Es una distorsión psicológica básica en ti. Te pasó lo mismo con abuelo, en un sentido diferente. Por eso te dedicaste a la psiconámica, donde eras un pequeño dios que arrancaba secretos a las mentes de los alumnos y moldeaba los cerebros tal como se moldeó a Adán. Tienes miedo de que te supere, Y lo haré.

—Supongo que por esa razón te he dejado estudiar todo lo que has querido —dijo Locke—. Con excepción de esto.

—Sí, por eso. Muchos niños prodigio trabajan tan duro que se consumen y pierden totalmente su capacidad mental. No habrías mencionado tanto el peligro si dadas las circunstancias, no hubiera sido lo que más te interesaba. Claro que me has dado los

gustos. Y subconscientemente deseabas que me consumiera, así eliminarías a tu posible rival.

—Entiendo.

—Me dejaste estudiar matemáticas, geometría plana, álgebra, geometría no-euclidiana... Pero me seguías los pasos.

Cuando no conocías el tema, ponías cuidado de actualizarte para estar seguro de que era algo que tú podías dominar. Te cercioraste de que yo no pudiera superarte, de que no obtuviera ningún conocimiento que tú no pudieras obtener. Y por eso no me dejas aprender lógica entrópica.

En la cara de Locke no había ninguna expresión.

—¿Por qué? —preguntó fríamente.

—Porque tú no podías comprenderla —dijo Absalón—. Lo intentaste, y no estaba a tu alcance. No eres flexible. Tu lógica no es flexible. Se fundamenta en el hecho de que un segundero registra sesenta segundos. Has perdido la capacidad de asombro. Has traducido demasiado de lo abstracto a lo concreto. Yo sí puedo entender esa lógica. ¡Puedo entenderla!

—Estas ideas se te han ocurrido la semana pasada —dijo Locke.

—No. Te refieres a la hipnosis. Hace mucho tiempo que aprendí a proteger una zona de mi mente de tus sondeos.

—¡Eso es imposible! —dijo Locke, perplejo.

—Lo es para ti. Soy un paso posterior de la mutación. Tengo muchísimos talentos de los que no sabes nada. Y algo más: no soy lo suficientemente avanzado para mi edad. Los niños de los institutos me llevan la delantera. Sus padres obedecieron leyes naturales pues la función de cualquier padre es proteger al hijo. Sólo los padres inmaduros actúan de otro modo... como tú.

Locke aún conservaba la impasibilidad.

—¿Yo soy inmaduro? ¿Y te odio? ¿Te envidio? ¿Estás muy seguro?

—¿Es verdad o no? Locke no respondió.

—Todavía eres mentalmente inferior a mí —dijo—, y lo seguirás siendo durante varios años. Digamos, si lo prefieres, que tu superioridad reside en tu... flexibilidad, y en tus talentos de homo superior, sean cuales fueren. En el otro platillo de la balanza pon el hecho de que soy un adulto físicamente maduro y tú pesas menos de la mitad que yo. Legalmente soy tu tutor. Y soy más fuerte que tú.

Absalón tragó saliva nuevamente, pero no dijo nada. Locke se irguió un poco más, y miró despectivamente al niño. Se llevó la mano a la cintura, pero sólo encontró una ligera cremallera. Caminó hacia la puerta. Se volvió.

—Te voy a demostrar que eres inferior a mí —dijo serena y fríamente—. Tendrás que admitirle.

Absalón no respondió.

Locke fue arriba. Tocó el interruptor del escritorio, metió la mano en el cajón y sacó un cinturón elástico de lucita. Palpó con los dedos la superficie fría y tersa. Luego bajó nuevamente.

Ahora tenía los labios pálidos y exangües.

En la nuera de la sala se detuvo, empuñando el cinturón. Absalón no se había movido, pero Abigail Schuler estaba de pie al lado del niño.

—Salga de aquí, hermana Schuler —dijo Locke.

—No azotará al niño —dijo Abigail, la cabeza erguida y los labios muy tensos.

—Váyase.

—No me iré. He oído cada palabra. Y todo es cierto.

—¡Largo de aquí, he dicho! —aulló Locke.

Se precipitó hacia adelante desplegando el cinturón. Los nervios de Absalón cedieron al fin. Jadeó de pánico y se escabulló, buscando a ciegas una salida inexistente.

Locke lo persiguió.

Abigail manoteó la escobilla y la arrojó a las piernas de Locke. El hombre soltó una exclamación y perdió el equilibrio. Cayó pesadamente, braceando con los brazos rígidos.

La cabeza chocó contra el borde de un sillón. Quedó inmóvil. Abigail y Absalón cambiaron una mirada. De pronto la mujer cayó de rodillas y rompió a llorar.

—Lo he matado —sollozó—. ¡Lo he matado! ¡Pero no podía dejar que u azotara, Absalón! ¡No podía!

El niño se mordisqueó el labio inferior. Se acercó lentamente al padre.

—No está muerto.

Abigail soltó un suspiro largo y convulsivo.

—Sube, Abbie —dijo Absalón, con aire preocupado—. Yo lo atenderé. Sé cómo hacerlo.

—No puedo dejarte...

—Por favor, Abbie —insistió él—. Tal vez te desmayes. Descansa un rato. Todo irá bien, de veras.

Finalmente ella subió en el ascensor, Absalón, mirando de soslayo al padre, fue hasta el televisor.

Llamó al Instituto de Denver. Expuso concisamente la situación.

—¿Qué conviene hacer, Malcolm?

—Espera un minuto.

Hubo una pausa, hasta que apareció en la pantalla la cara de otro niño.

—Haz como te digo —sugirió una voz firme y aguda que le dio una serie de instrucciones intrincadas—. ¿Has comprendido, Absalón?

—Sí. ¿No le causará daño?

—Vivirá. Ya tiene rasgos psicóticos irreversibles. Esto le dará una orientación diferente, más segura para ti. Es proyección. Externalizará todos sus deseos, sentimientos, etcétera. En ti. Obtendrá placer sólo con lo que tú hagas, pero no podrá controlarte. Tú conoces la clave psiconámica de su cerebro. Trabaja entonces principalmente con el lóbulo frontal. Ten cuidado con el área de Broca. No debes provocarle afasia. Bastará con que sea inofensivo para ti. Una muerte sería difícil de manejar. Además, supongo que no es lo que deseas...

—No —dijo Absalón—. E-es mi padre.

—De acuerdo —dijo la voz infantil—. Deja la pantalla encendida. Observaré y te ayudaré.

Absalón se volvió hacia la figura que yacía inconsciente.

Durante mucho tiempo el mundo había sido borroso. Locke estaba acostumbrado. Aún podía cumplir con sus funciones ordinarias, de modo que no estaba loco en ningún sentido de la palabra.

Tampoco podía revelarle la verdad a nadie. Le habían creado un bloqueo psíquico. Día tras día asistía a la universidad y enseñaba psiconámica y volvía a casa y comía y esperaba ansiosamente las llamadas televisivas de Absalón.

Y cuando Absalón llamaba, a veces condescendía a hablarle de lo que hacía en Baja California. De sus logros. De sus triunfos. Pues esas cosas importaban ahora. Era lo único que importaba. La proyección era total.

Absalón rara vez se olvidaba de él. Era un buen hijo. Llamaba todos los días, aunque a veces, si el trabajo apremiaba, tenía que apresurarse. Pero Joel Locke siempre hallaba ocupación en las inmensas carpetas dedicadas a Absalón, atiborradas de recortes y fotografías.

Además, estaba escribiendo la biografía de Absalón.

El resto de su vida transcurría en un mundo de sombras y sólo existía de veras, realmente feliz, cuando el rostro de Absalón aparecía en la pantalla del televisor. Pero no había olvidado nada. Odiaba a Absalón y odiaba el vínculo espantoso e inquebrantable que lo encadenaría para siempre a su propia carne, una carne que en realidad no le pertenecía y que ascendería otro peldaño en la escalera de la nueva mutación.

Sentado en el crepúsculo de su irrealidad, rodeado de carpetas, con un televisor que sólo funcionaba para las llamadas de Absalón pero que él vigilaba incesantemente, Joel Locke alimentaba su odio y una satisfacción serena y secreta.

Algún día Absalón tendría un hijo... Algún día. Algún día...

Henry Kuttner (1914-1958)

Henry Kuttner y Catherine L. Moore constituyeron el mejor equipo de matrimonios escritores de toda la ciencia ficción. Prácticamente todo lo que escribieron desde que se casaron en 1940 hasta la muerte de Henry a causa de un ataque cardiaco fue en mayor o menor grado una colaboración entre ambos. Sin embargo, Kuttner había publicado muchos trabajos antes de su matrimonio, incluida una serie de relatos para *Weird Tales*. Dada su facilidad de imitación, hay quien afirma que Kuttner carecía de estilo propio. Sin embargo, tales críticas tienden a pasar por alto su obra de madurez, así como su preocupación por los robots excéntricos, los niños superdotados y los lunáticos viajeros del tiempo.

ALAS EN LA OSCURIDAD

Fred Saberhagen

En la primera y única misión de combate de Malori, el guerrero invulnerable se presentó ante él con la imagen de un sacerdote de la secta en cuyo seno había nacido Malori en el planeta Yaty. En una visión ilusoria que representaba por analogía un combate real, contempló la figura del sacerdote, envuelta en amplios ropajes, que se alzaba sobre un enorme pulpito deforme y le miraba con ojos llameantes y llenos de maldad, agitando los brazos arriba y abajo como dos gigantes alas. Cuando al fin las dejó quietas, caídas a los costados, las luces del universo se amortiguaron al otro lado de las ventanillas de cristal coloreado, y Malori supo que estaba perdido.

Pese a que su corazón latía agitadamente bajo el terror de sentirse condenado, Malori conservó la conciencia suficiente para recordar su naturaleza real y la de su adversario, y para convencerse de que no era impotente contra éste. Sus pies imaginarios le conducían interminablemente hacia el pulpito y el sacerdote-demonio encaramado a él, mientras el cristal coloreado estallaba alrededor de Malori y rociaba a éste con fragmentos de terror enfermizo. Avanzó por un sendero sinuoso evitando los puntos del bruñido suelo donde, con rápidos gestos, el sacerdote creaba horrendas y voraces bocas de piedra llenas de dientes. Malori parecía disponer de un tiempo ilimitado para decidir dónde posar los pies. El arma, se dijo como un cirujano dirigiéndose a un ayudante invisible. Aquí, en mi mano derecha.

Malori había oído decir a quienes habían sobrevivido a combates semejantes que su enemigo inhumano se aparecía a cada uno con una apariencia distinta, y que cada hombre debía librar su batalla como si se tratase de una pesadilla personal, única e irrepetible. Los guerreros invulnerables para algunos se manifestaban como grandes bestias furiosas, mientras que para otros eran diablos, dioses u hombres. E incluso había quienes los percibían como la quintaesencia de un terror imposible de afrontar o tan siquiera de contemplar. El combate consistía en una pesadilla experimentada mientras el subconsciente regía la mente, mientras la conciencia permanecía anulada mediante una sutil y cuidadosa presión eléctrica en el cerebro. Ojos y oídos permanecían perfectamente tapados para conseguir una anulación más fácil de la conciencia; una mordaza sujetaba la boca para evitar que se mordiera la lengua y el cuerpo desnudo era inmovilizado por los campos defensivos que lo mantenían entero bajo las miles gravedades que se producían con cada movimiento de las pequeñas naves monoplasas durante el combate. Era una pesadilla de la cual no podía despertar uno por puro terror; el despertar sólo llegaba cuando terminaba el combate, sólo llegaba con la muerte, la victoria o la ruptura del combate.

En la mano imaginaria de Malori apareció entonces un hacha de carnicero afilada como una navaja y enorme como la hoja de una guillotina. Tan grande era que, de haber sido tan real como parecía, habría sido demasiado pesada y difícil de manejar como para siquiera levantarla. La carnicería de su tío en Yaty había desaparecido junto a todas las obras humanas de aquel planeta, pero ahora el hacha de carnicero había vuelto a él, aumentada de tamaño y perfeccionada para adecuarse a sus actuales necesidades.

La asió con firmeza entre ambas manos y avanzó. Al aproximarse, el pulpito fue haciéndose cada vez más alto. El dragón tallado que había en la parte frontal y debía

representar un ángel, cobró vida y exhaló una llamarada rojiza contra Malori. Éste desvió las llamas con un escudo que apareció de la nada.

Al otro lado de los restos de las ventanillas astilladas, las luces del universo estaban ahora casi apagadas. Situado junto a la base del púlpito, Malori echó hacia atrás el brazo que sostenía el hacha, como si se dispusiera a golpear por encima de la cabeza al sacerdote que permanecía en lo alto, fuera de su alcance. Entonces, sin haberlo pensado por anticipado, cambió de dirección el golpe y descargó éste contra la base del púlpito. La estructura se tambaleó, pero resistió obstinadamente. La condenación cayó sobre Malori.

Sin embargo, antes de que los diablos le alcanzaran, el sueño empezó a perder energía. En menos de un segundo de tiempo real, no fue más que una imagen visual difuminada; pocos instantes después, apenas era un recuerdo agonizante. Malori flotó en un reconfortante limbo mientras recuperaba la conciencia con los ojos y oídos todavía cerrados. Antes de que la fatiga poscombate y la privación sensorial se combinaran para provocarle una psicosis, los instrumentos situados en su cuero cabelludo empezaron a alimentar su cerebro con sonidos y pinchazos. Eran las mejores señales que podían utilizarse en un cerebro que estuviera a punto de caer víctima de cualquiera de la decena de tipos de locura diferentes. El ruido provocaba un rugiente destello de luces blanquecinas y sonidos que parecían llenar su cabeza al tiempo que, de algún modo, le perfilaban y comunicaban la posición de sus extremidades.

Su primer pensamiento plenamente consciente fue que había combatido con un guerrero invulnerable y había sobrevivido. Había vencido —o, al menos, había logrado un empate—, pues de otro modo no estaría allí.

Los guerreros invulnerables eran unos adversarios como no habían conocido otros los seres humanos descendientes de los terráneos. Eran astutos e inteligentes y, sin embargo, no eran seres vivos. Reliquias de alguna guerra interestelar librada en otra era, aquellas máquinas autómatas, en su mayor parte naves, transportaban en sus programas la orden primordial de destruir toda forma de vida allí donde la encontrarán. Yaty era sólo el último de los muchos planetas colonizados por la Tierra que habían sufrido el ataque de los guerreros invulnerables, y podía considerarse afortunado, pues casi toda su población había sido evacuada con rapidez. Malori y sus camaradas combatían ahora en el espacio galáctico para proteger al Esperanza, una de las enormes naves de evacuación. El Esperanza era una esfera de varios kilómetros de diámetro con capacidad para albergar a una gran parte de los habitantes del planeta, mantenidos en vida aletargada y agrupados en apretadas filas mediante campos de fuerza defensivos. Una leve relajación controlada de estos campos les permitía respirar y seguir viviendo con el metabolismo reducido.

El viaje a un sector seguro de la galaxia duraría varios meses porque la mayor parte del mismo —en cuanto a tiempo empleado— estaría dedicado a atravesar uno de los brazos de la gran nebulosa de Taynarus. En esa zona, el gas y el polvo interestelares eran demasiado densos para permitir que una nave saliera del espacio normal y viajara más rápido que la luz. Incluso la velocidad alcanzable en el espacio normal quedaba bastante reducida. A miles de kilómetros por segundo, tanto las naves humanas como las máquinas enemigas podían hacerse añicos contra una nube de gas mucho más tenue que el aliento.

Taynarus era una selva de volutas y zarcillos de materia dispersa todavía sin cartografiar, enlazada con pasillos de espacio relativamente varío. Gran parte de la zona estaba ocupada por polvo interestelar que ocultaba la luz de todos los soles situados más allá. El Esperanza y su nave escolta, el Judith, atravesaban ahora aquellos marjales, pantanos y corrientes, perseguidos por una formación de guerreros invulnerables. Había guerreros más grandes incluso que el Esperanza, pero los que habían emprendido aquella persecución eran mucho menores. En las regiones del espacio que eran tan densas de materia como aquella, tenían ventaja los vehículos más pequeños y rápidos; conforme aumentaba la superficie del impacto de una nave, su velocidad práctica máxima se reducía inexorablemente.

El Esperanza, poco preparado para una situación así (con las prisas por evacuar no se había podido encontrar otra opción), no podía esperar la victoria sobre el enemigo y sus naves, más pequeñas y maniobrables. De ahí que el Judith, la nave escolta, intentara mantenerse siempre entre el Esperanza y el grupo perseguidor. El Judith albergaba las pequeñas naves interceptoras, lanzándolas cada vez que el enemigo se acercaba demasiado y recibiendo a los supervivientes cuando la amenaza había sido rechazada una vez más. Al empezar la persecución había quince de aquellas naves monoplaza. Ahora quedaban nueve.

Las descargas de sonidos del equipo de soporte vital de Malori se amortiguaron y, por fin, cesaron. Su mente consciente volvió a ocupar su trono. Supo que la gradual relajación de sus campos de defensa era un signo cierto de que pronto se reintegraría al mundo de los hombres conscientes.

En cuanto su interceptor, el Número Cuatro, estuvo aparcado en el interior del Judith, Malori se apresuró a desconectarse de los delicados sistemas de la nave. Se puso un amplio mono de trabajo y se incorporó al reducido espacio de la carlinga. Malori era delgado, de articulaciones prominentes y caminar extraño. Recorrió la pasarela que cruzaba la cámara —donde el eco resonaba como en un hangar— y observó que tres o cuatro interceptores, además del suyo, habían regresado ya y reposaban en sus grúas. La gravedad artificial era bastante firme, pero Malori tropezó y estuvo a punto de caerse en su afán por bajar la corta escalerilla que llevaba hasta la cubierta de operaciones.

Petrovich, el comandante del Judith, un hombre robusto de estatura mediana y rostro acerado, estaba en la cubierta, en evidente actitud de esperarle.

—¿Acabé... acabé con mi objetivo? —balbuceó Malori con ansiedad mientras se acercaba a toda prisa.

Habitualmente los formalismos militares eran poco observados a bordo del Judith y, de todos modos, Malori era, en realidad, un civil. El mero hecho de que le hubieran permitido tripular un interceptor era una clara muestra de la desesperación del comandante.

Con un gesto airado, Petrovich respondió enfurecido:

—¡Malori, eres un desastre en esa nave! No tienes ninguna capacidad para esto.

El mundo se volvió un poco gris frente a Malori. Hasta aquel instante no había comprendido cuan importantes eran para él ciertos sueños de gloria. Sólo pudo encontrar unas torpes y débiles palabras:

—Pero... Yo..., creía haberlo hecho bien.

Intentó recordar su combate-pesadilla. Algo acerca de una iglesia.

—¡Dos naves han tenido que desviarse de sus objetivos de combate originales para rescatarte! —exclamó el comandante—. Ya hemos visto las cintas de la cámara-fusil. Ahí estaba el Número Cuatro haciendo fintas con ese guerrero, como si no tuvieras la menor intención de hacerle daño. —Petrovich le miró más de cerca, se encogió de hombros y bajó un poco el tono de voz—. No quiero cargarte toda la culpa, naturalmente; tú ni siquiera eras consciente de lo que estaba sucediendo. Sólo expongo los hechos tal como han sucedido. Menos mal que el Esperanza está oculto a 20 unidades astronómicas de nosotros, tras una nube de formaldehído. Si hubiera estado en una posición más comprometida, el enemigo la habría tenido a su alcance.

—Pero...

Malori intentó iniciar una discusión pero el comandante se limitó a alejarse. Llegaban más interceptores. Las compuertas gimieron y las grúas chirriaron y Petrovich tenía muchas cosas importantes que hacer para seguir discutiendo con él. Malori permaneció inmóvil unos instantes, deprimido, derrotado y empequeñecido. Dirigió involuntariamente una mirada anhelante hacia el Número Cuatro. Era un cilindro corto y sin ventanillas, de un diámetro apenas superior a la estatura de un hombre, que ahora pendía de su grúa metálica mientras los técnicos la revisaban. Por la boca del láser principal, caliente todavía de tanto disparar, salía una fina columna de humo ahora que estaba de nuevo en la atmósfera. Allí estaba el hacha de su imaginario combate.

Nadie podía dirigir una nave o un arma sin contar con la competente ayuda de una buena máquina. La espantosa lentitud de los impulsos nerviosos humanos y del pensamiento consciente descalificaban a los seres humanos para el mantenimiento del control directo de las naves en cualquier combate espacial contra los guerreros. En cambio, el subconsciente humano no era tan limitado. Algunos de sus procesos no podían deberse a ninguna actividad sináptica específica del cerebro, y algunos teóricos sostenían que tales procesos tenían lugar fuera del tiempo. La mayor parte de los físicos se manifestaban estupefactos ante tal opinión, pero resultaba una magnífica hipótesis de trabajo para el combate espacial.

Durante este combate, las computadoras de los guerreros enemigos iban unidas a unos eficacísimos aparatos que utilizaban el azar para efectuar los movimientos inesperados e impredecibles que les daban ventaja sobre un oponente que se dedicaba, simple y tenazmente, a escoger la maniobra que más probabilidades de éxito tenía, estadísticamente. Los humanos también utilizaban ordenadores para guiar las naves, pero últimamente habían conseguido una ligera ventaja sobre los mejores aparatos selectores de azar al confiar de nuevo en su cerebro, parte del cual estaba evidentemente libre de prisas y trabajaba fuera del tiempo, en un plano donde la luz resultaba tan inmóvil como el hielo tallado.

Sin embargo, había algunos impedimentos. Cierta gente (incluido Malori, según lo acaecido) resultaba sencillamente inadecuada para el combate, pues su mente subconsciente no parecía tener ningún interés en asuntos tan temporales como la vida o la muerte. E incluso en las mentes adecuadas el subconsciente era sometido a una gran tensión. La conexión con los ordenadores externos producía una carga en la mente por alguna razón todavía no determinada. Uno tras otro, muchos pilotos humanos eran extraídos de sus naves en un estado catatónico o de excitación histérica al regresar del combate. Muchas veces se lograba devolverles la razón, pero quedaban inútiles para volver a hacer de compañeros de equipo de las computadoras de combate. Este sistema de pelear era tan reciente que sólo en las últimas jornadas había empezado a advertirse la importancia de esos impedimentos a bordo del Judith. Los hombres entrenados para los interceptores habían quedado inútiles para el servicio y lo mismo cabía decir de sus suplentes. Fue por eso que Ian Malori, historiador, y otros civiles fueron enviados al combate, sin apenas entrenamiento previo. Sin embargo, utilizando sus mentes habían conseguido un poco más de tiempo.

Malori se retiró de la cubierta de operaciones a su pequeño camarote individual. No había comido desde hacía mucho, pero no sentía hambre. Se cambió de ropa y se sentó en un sillón contemplando su litera, sus libros, sus cintas y su violín. Sin embargo, no intentó descansar ni ocuparse en algo. Esperaba una pronta visita de Petrovich, pues el comandante no tenía otro recurso donde acudir.

Casi sonrió cuando el intercomunicador emitió un zumbido y le transmitió la orden de reunirse inmediatamente con el comandante y los demás oficiales. Malori asintió y salió en seguida, llevando consigo una caja marrón, imitación a cuero, del tamaño de un maletín pero con formas distintas a éste, que seleccionó entre varios cientos de cajas similares almacenadas en un pequeño habitáculo junto a su camarote. La caja que llevaba tenía una etiqueta donde se leía: CABALLO LOCO.

Petrovich alzó la mirada cuando Malori entró en la reducida sala de planos, donde el puñado de oficiales de la nave ya estaban reunidos alrededor de la mesa. El comandante dirigió la vista a la caja que llevaba Malori y asintió.

—Parece que no tenemos otra alternativa, historiador. Nos estamos quedando sin gente y tendremos que utilizar tus pseudopersonalidades. Afortunadamente, ya hemos instalado los adaptadores necesarios en todas las naves de combate.

—Creo que las posibilidades de éxito son excelentes —respondió Malori en voz bastante baja, mientras se sentaba en el lugar que le habían reservado y colocaba la caja en medio de la mesa—. Naturalmente, estas pseudopersonalidades no tienen mentes subconscientes auténticas pero, según quedó demostrado en nuestras anteriores conversaciones, proporcionan una utilización del factor azar mucho más eficaz que la de ningún otro ser. Cada una posee una personalidad que, aunque artificial, es única.

Uno de los oficiales se inclinó hacia delante y comentó:

—La mayor parte de nosotros no ha estado presente en esas conversaciones anteriores que has mencionado. ¿Podrías hacernos un resumen del tema?

—Desde luego —asintió Malori al tiempo que carraspeaba—. Estas personae, como solemos llamarlas, se utilizan en el ordenador en la simulación de problemas históricos. Conseguí llevarme unos cientos de ellas al huir de Yaty. Muchos son modelos de militares y guerreros.

Posó la mano sobre la caja y continuó:

—Esta es una reconstrucción de la personalidad de uno de los jefes de caballería más hábiles de la antigua Tierra. No está en el grupo que hemos seleccionado para realizar los primeros combates. Sólo lo he traído para mostrar su estructura interna y su diseño a quienes estéis interesados. Cada persona contiene unos cuatro millones de planchas de materia bidimensional.

Otro oficial alzó la mano.

—¿Cómo se puede reconstruir con fidelidad la personalidad de alguien que debió morir mucho antes de que existiera la primera técnica de grabación directa?

—Naturalmente, no podemos tener la certeza absoluta. Sólo podemos guiarnos por los registros históricos y por lo que deducimos de las simulaciones computarizadas sobre la época. Se trata únicamente de modelos, pero actuarán en combate como en los estudios históricos para los que han sido diseñados. Tenderán a reflejar en sus decisiones una agresividad básica, una determinación...

El sonido totalmente inesperado de una explosión hizo que los oficiales reunidos en la sala se pusieran en pie al unísono. Petrovich, el primero en reaccionar, sólo tuvo tiempo de apartarse de su asiento cuando una segunda explosión, mucho más estruendosa, resonó por toda la nave. Malori, por su parte, casi logró llegar a la puerta para dirigirse a su posición de combate cuando llegó la tercera explosión. Sonó como el final de la galaxia y Malori advirtió que volaban por el aire trozos de mobiliario, mientras las mamparas y tabiques alrededor de la sala de conferencias cedían y se derrumbaban. Malori tuvo un pensamiento lúcido y tranquilo sobre lo injusto de su inminente muerte y luego, durante un tiempo, dejó de pensar.

El despertar fue un proceso lento y desagradable. Supo que el Judith no estaba del todo destrozado porque seguía respirando y la gravedad artificial seguía manteniéndole tendido en el suelo de la cubierta, con los brazos y las piernas abiertas. Habría sido preferible que no hubiera gravedad, pues todo su cuerpo era un único y enorme dolor lacerante, un sufrimiento irradiado desde algún centro nervioso localizado en el interior del cráneo. Malori no quería concretar la fuente más allá de esto. El mero hecho de pensar en tocarse la cabeza ya le dolía.

Por fin, la urgencia de descubrir qué estaba sucediendo superó el temor al dolor, alzó la cabeza y la tanteó con la mano. Tenía un gran corte sobre la frente y heridas menores en el rostro, donde la sangre se había secado ya. Debía de haber perdido el conocimiento durante un tiempo considerable.

La sala de reuniones y conferencias estaba hecha añicos, cubierta de escombros y totalmente destrozada. Cerca había un cuerpo inerte que debía estar muerto, y otro, y otro más, confundidos con los muebles hechos astillas. ¿Era quizás el único superviviente? Un tabique estaba derrumbado y la mesa de planos había quedado destrozada. ¿Qué debía ser aquella máquina desconocida, de gran tamaño, situada en el otro extremo de la sala? Enorme como un armario, pero infinitamente compleja, la máquina tenía algo de peculiar en las patas, como si fueran móviles...

Malori, de puro terror, se quedó paralizado porque la máquina, en efecto, empezó a moverse al tiempo que dirigía hacia él un conjunto de lentes y torretas blindadas. Comprendió que la máquina que estaba viendo, y que a su vez le observaba, era un guerrero invulnerable en acción. Era uno de los pequeños, utilizado para abordar naves humanas, capturarlas y hacerlas funcionar.

—Ven aquí —dijo la máquina. El sonido que emitía era una mala imitación de la voz humana, chasqueante y absurda, formada a base de sílabas de voces de cautivos grabadas, unidas electrónicamente y vueltas a pasar—. La forma de vida indeseable ha despertado.

Sobrecogido de temor, Malori creyó que las palabras iban dirigidas a él, pero no logró moverse. A continuación, a través del agujero abierto en el tabique, entró un hombre al que Malori no había visto nunca, un tipo harapiento y sucio que vestía un gastado mono de trabajo que probablemente había sido en otro tiempo parte de un uniforme militar.

—Así es, señor —le dijo el hombre a la máquina. Hablaba en el idioma estándar interestelar, con una voz hueca que tenía rastros de un acento cultivado. El tipo dio un paso hacia Malori—. ¿Me puedes entender, tú?

Malori gimió algo ininteligible, intentó asentir y se incorporó lentamente hasta quedar en una extraña posición, sentado en el suelo.

—Tienes que decidir cómo quieres las cosas ahora, fáciles o difíciles —continuó el hombre, acercándose un poco más a él—. Me refiero a cómo quieres morir. Hace tiempo yo decidí que quería una muerte rápida y fácil, y no demasiado pronto. Y también decidí que hasta entonces quería pasarlo bien de vez en cuando.

Pese al terrible dolor de cabeza, Malori volvía a coordinar sus pensamientos y empezaba a comprender. Los hombres como el que tenía delante, que colaboraban más o menos voluntariamente con los guerreros invulnerables, recibían un nombre. Sin embargo, Malori no iba a pronunciarlo en aquel momento.

—Las quiero tranquilas —se limitó a decir, al tiempo que parpadeaba e intentaba mover el cuello para aliviar el dolor.

El hombre le contempló en silencio unos instantes más.

—Está bien —dijo al fin. Se volvió hacia la máquina y añadió en un tono diferente, servil—: Puedo dominar sin problemas esta forma de vida indeseable herida. No habrá ningún problema si nos dejáis solos.

La máquina volvió una de sus lentes envueltas en metal hacia su criado:

—Recuerda —vocalizó—, deben prepararse rápidamente las auxiliares. Queda poco tiempo. Fallar comportará estímulos desagradables.

—Lo recordaré, señor.

El hombre era humilde y sincero. La máquina miró a los dos hombres unos instantes más y al fin se marchó, activando sus patas metálicas en unos pasos precisos y casi gráciles. Malori escuchó el familiar sonido de una esclusa de aire en funcionamiento.

—Ahora estamos solos —dijo el tipo mientras le contemplaba—. Si quieres llamarme de alguna manera, llámame Greenleaf. ¿Quieres probar a pelearte conmigo? Si es así, que sea en seguida.

No era mucho más corpulento que Malori pero tenía unas manos enormes y parecía fuerte y muy capaz de vencerle pese a su aspecto sucio y descuidado.

—Está bien —continuó—. Eres un tipo listo. ¿Sabes?, realmente has tenido mucha suerte, aunque todavía no puedes darte cuenta. Los guerreros no son como los otros amos que tienen los hombres. No son como los gobiernos y los partidos y las empresas y las causas que te exprimen el jugo y después te dejan tirado y hundido. No, cuando ya no le eres de utilidad a la máquina, te eliminan con rapidez y limpieza... si les has servido bien. Yo lo sé. Lo he visto hacer así con otros humanos. No hay razón alguna para que fuera de otro modo. Lo único que quieren es matarnos, no hacernos sufrir.

Malori no respondió. Pensaba que quizá podría ponerse pronto en pie.

Greenleaf (el nombre parecía tan inapropiado que Malori pensó que probablemente era el verdadero) hizo un pequeño ajuste en un pequeño aparato que había extraído del bolsillo y que sostenía en una de sus manazas, semioculto.

—¿Cuántas naves escolta, además de ésta, intentan proteger a Esperanza?

—No lo sé —mintió Malori—. Sólo estaba el Judith.

—¿Cómo te llamas?

El tipo permaneció con la mirada fija en el aparato.

—Ilan Malori.

Greenleaf asintió y, sin mostrar en el rostro ninguna emoción, avanzó dos pasos hacia delante y lanzó una patada a Malori en el vientre, con una gran precisión y fuerza brutal.

—Eso es por haber intentado mentirme, Malori —dijo la voz de su captor, que llegó mortecina hasta Malori mientras éste se retorció sobre la cubierta, tratando de recuperar

la respiración—. Será mejor que entiendas que puedo saber infaliblemente si me estás mintiendo. Bien, ¿cuántas naves escolta hay?

Malori consiguió sentarse otra vez, y cuando pudo hablar confesó entre jadeos:

—Sólo ésta.

No sabía si Greenleaf tenía un detector de mentiras auténtico o si sólo intentaba simularlo haciendo preguntas cuyas respuestas ya conocía, pero Malori decidió que, de entonces en adelante, sólo diría literalmente la verdad, lo más escrupulosamente posible. Unas cuantas patadas más como aquélla y quedaría inútil y las máquinas le matarían. Descubrió que no estaba dispuesto en absoluto a perder la vida.

—¿Qué cargo tenías en la tripulación, Malori?

—Soy un civil.

—¿A qué te dedicas?

—Soy historiador.

—¿Y por qué estabas aquí?

Malori intentó empezar a ponerse en pie, pero decidió que no servirían de nada sus esfuerzos y permaneció sentado en la cubierta. Si se detenía un solo momento a meditar en su situación, le entraría un miedo tan terrible que no podría ni pensar coherentemente.

—Había un proyecto... Verá, Greenleaf, traje conmigo de Yaty una serie de lo que llamamos modelos históricos, unos bloques de respuestas programadas que utilizamos en investigación histórica.

—Recuerdo haber oído hablar de algo así. ¿Cuál era ese proyecto?

—Intenta utilizar las personae de algunos militares como elemento de azar para los ordenadores de combate de los interceptores monoplaça.

—¡Aja! —Greenleaf se puso en cuclillas, amansó la voz y cambió su aire hosco por otro más obsequioso—. ¿Y cómo funcionan en combate? ¿Mejor que la mente subconsciente de un piloto vivo? Las máquinas lo saben todo acerca de eso.

—No hemos tenido ocasión de probarlo. ¿Está muerto todo el resto de la tripulación?

Greenleaf asintió displicentemente.

—No ha sido un abordaje difícil. Debe de haber habido un fallo en vuestras defensas automáticas. Me alegro de haber encontrado a alguien vivo y, además, lo bastante listo como para colaborar. Me irá bien para mi historial. —Bajó la mirada a un cronómetro indudablemente caro que lucía en su sucia muñeca—. Arriba, lan Malori. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Malori se levantó y siguió al individuo hasta la cubierta de operaciones.

—Las máquinas y yo hemos echado un vistazo por aquí. Esos nueve interceptores que os quedaban a bordo son demasiado valiosos como para desperdiciarlos. Ahora, las máquinas están seguras de capturar al Esperanza, pero éste tendrá defensas automáticas, y probablemente mucho más contundentes que las de esta bañera. Las máquinas han tenido muchas bajas en esta persecución, y pretenden utilizar esos nueve interceptores como tropas auxiliares. Sin duda tendrás alguna idea de historia militar, ¿no?

—Sí, alguna.

La frase era exageradamente modesta, pero pareció pasar por buena. El detector de mentiras, si realmente existía, debía de estar desconectado. Sin embargo, Malori decidió no correr más riesgos de los necesarios.

—Entonces sabrás cómo utilizaban algunos generales de la antigua Tierra a las tropas auxiliares —continuó Greenleaf—. Las llevaban delante del cuerpo principal de tropas de confianza, que así podían darles muerte si intentaban huir, y eran también las primeras en ser utilizadas contra el enemigo.

Al llegar a la cubierta de operaciones, Malori vio que apenas había señales de daños. Nueve magníficos interceptores aguardaban en sus lugares de lanzamiento, rearmados, revisados y reavituallados para el combate. Exactamente como habían quedado minutos después de regresar de su última misión.

—Bien, Malori, hemos estado mirando los controles de esas naves mientras estabas inconsciente y me parece que no pueden ser accionados de modo totalmente automático.

—Así es. Tiene que haber una mente que las controle, o un elemento de azar de algún tipo, conectado a bordo.

—Bien, Malori. Tú y yo vamos a convertir esos interceptores en tropas auxiliares de los guerreros invulnerables. —Greenleaf echó un nuevo vistazo a su medidor de tiempo—. Tenemos menos de una hora para encontrar un buen modo, y apenas unas horas más para terminar el trabajo. Cuanto antes, mejor. Si nos retrasamos nos van a hacer sufrir por ello.

Casi pareció complacerse en tal idea.

—¿Qué sugieres que hagamos? —añadió.

Malori abrió la boca para responder, pero no llegó a hacerlo. Greenleaf continuó:

—Desde luego, no vamos a instalar esas personae de militares. Podrían no someterse de buen grado a ser conducidas delante como mera carne de cañón. Supongo que son líderes de diversos tipos. Pero quizá tengas otras personae de otras actividades, y de naturaleza más dócil. ¿Qué dices?

Malori se derrumbó contra la silla de combate vacía del oficial de operaciones y se obligó a pensar cuidadosamente sus palabras antes de decirlas.

—Desde luego, hay algunas personae a bordo por las que tengo un especial interés. Vamos.

Malori abrió el camino, vigilado de cerca por el otro, hasta su pequeño camarote de soltero. Resultaba asombroso que nada hubiera cambiado en su interior. Sobre la litera estaba el violín y sobre la mesa había unos libros y sus cintas de música. Y allí, perfectamente colocadas en sus cajas curvas semejantes a cuero, estaban algunas de las personae cuyo estudio más le interesaba.

Malori levantó la primera del montón.

—Este hombre era violinista, o así me gusta creerlo. Probablemente, su nombre no le suene, Greenleaf.

—La música nunca ha sido mi fuerte. Pero cuéntame más.

—Era un terráqueo que vivió en el siglo XX, era antigua. Tengo entendido que era un hombre muy religioso. Podemos conectar la personae y preguntarle qué opina acerca de luchar, si quiere salir de dudas.

—Será mejor que lo hagamos. —Cuando Malori le hubo señalado el receptáculo adecuado, junto a la pequeña consola del ordenador de la cabina, Greenleaf se ocupó personalmente de hacer las conexiones—. ¿Cómo se comunica uno?

—Hablando, simplemente —respondió Malori.

Greenleaf habló en tono tenso, vuelto hacia la caja de imitación de cuero.

—¿Cómo te llamas?

—Albert Ball.

La voz que salía del altavoz de la consola sonaba mucho más humana que la del guerrero enemigo, un rato antes.

—¿Qué te parece la idea de entrar en combate, Albert?

—Algo detestable.

—¿Quieres tocar el violín para nosotros?

—Con mucho gusto.

Sin embargo, no sonó música alguna. Malori indicó:

—Son precisas más conexiones si se quiere oír verdaderamente la música.

—No creo que sea preciso... —Greenleaf desconectó la unidad Albert Ball y empezó a repasar el resto del montón, frunciendo el ceño ante los nombres, todos desconocidos para él. En total había doce o quince cajas—. ¿Quiénes son todos esos? —preguntó.

—Contemporáneos de Albert Ball. Gentes que compartían su misma profesión. — Malori se dejó caer sobre la litera para descansar unos instantes. No estaba muy lejos de desmayarse. Por fin, se levantó de nuevo y se acercó a Greenleaf, quien seguía junto a las cajas de las personae—. Éste es un modelo de Edward Mannoock, un hombre ciego de un ojo que no hubiera podido pasar el examen físico necesario para servir en las fuerzas armadas de su tiempo. —Señaló otra caja y continuó—: Ese otro sirvió brevemente en caballería, creo recordar, pero no conseguía sostenerse sobre el caballo y pronto fue relegado a un puesto en intendencia. Y ese de ahí fue un joven frágil, enfermo de tuberculosis, que murió a la edad de veintitrés años terráqueos estándar.

Greenleaf dejó de contemplar las cajas y se volvió de nuevo hacia Malori. Malori sintió que sus molidos músculos estomacales intentaban contraerse, a la espera de un nuevo impacto violento. Aquello iba a ser demasiado; si le daba otra paliza, acabaría matándole...

—Está bien. —Greenleaf le miraba con el ceño fruncido, tras observar el cronómetro una vez más. Por fin, apareció en su rostro una leve sonrisa. Sorprendentemente, la sonrisa daba al hombre un aspecto de chico inofensivo—. ¡Está bien! Los músicos son la antítesis de los militares, supongo. Si las máquinas dan su aprobación, instalaremos esas personae en los interceptores y los lanzaremos, Ian Malori, creo que voy a aumentarte la paga —murmuró con una sonrisa más amplia—. Si esto sale como espero, puede que nos aseguremos otro año estándar de supervivencia.

Cuando la máquina llegó de nuevo a bordo, unos minutos después, Greenleaf hizo una reverencia y le explicó las líneas generales del plan. Mientras, en un rincón, Malori se descubrió imitando las reverencias, presa de un terror absoluto.

—Adelante, pues —dio su aprobación la máquina—. Si no os dais prisa, la nave infectada de formas de vida podrá esconderse tras las tormentas que tenemos ante nosotros.

A continuación, el guerrero invulnerable se marchó a toda prisa. Probablemente tenía que hacer reparaciones en su propia nave robótica.

Los dos se pusieron a trabajar y la instalación de las personae quedó ultimada muy rápidamente. Sólo había que abrir la cabina del interceptor, insertar la personae en el adaptador instalado en ella, conectar los cables y abrazaderas correspondientes y volver a cerrar la cabina. Dado que la rapidez era de vital importancia en los planes de los guerreros invulnerables, las comprobaciones se limitaron a conseguir una respuesta inmediata de cada una de las personae activadas en las naves. La mayor parte de esas respuestas fueron comentarios absolutamente banales acerca de un tiempo atmosférico inexistente o sobre comidas y bebidas de otras eras, o curiosas frases que, como bien sabía Malori, eran únicamente comentarios sin sentido.

Todo parecía avanzar a la perfección, pero Greenleaf parecía tener todavía algunas dudas de última hora.

—Espero que esos sensibles caballeros soporten la tensión de descubrir su auténtica situación. Serán capaces de asimilarla, ¿verdad? Las máquinas no esperan que hagan grandes combates, pero tampoco desean que los interceptores entren en un estado de catatonia.

Malori, casi agotado, pugnaba por abrir la cabina del Número Ocho y estuvo a punto de caer del curvo casco del interceptor cuando, por fin, la carlinga se abrió.

—Se harán cargo de la situación aproximadamente un minuto después del lanzamiento. Por lo menos, entonces tendrán una idea general de dónde se encuentran. Supongo que no comprenderán que se encuentran en el espacio interestelar. Usted, Greenleaf, parece haber servido en las fuerzas armadas así que, si se muestran reacios a entrar en combate, deje en sus manos el trato que deba darse a las tropas auxiliares recalcitrantes.

Al efectuar la comprobación de la personae del Número Ocho, su respuesta fue ésta:

—Quiero que mi aparato se pinte de rojo.

—En seguida, señor —asintió rápidamente Malori, al tiempo que cerraba la cabina del interceptor y se encaminaba hacia el Número Nueve.

—¿Qué significa todo eso? —preguntó Greenleaf con gesto hosco.

Sin embargo, volvió a consultar el medidor de tiempo y pasó rápidamente a otra cosa.

—Supongo que el maestro ya se ha dado cuenta de que va a embarcar en algún tipo de vehículo. En cuanto a por qué quiere que lo pinten de rojo... —masculló Malori mientras intentaba abrir el Número Nueve.

El final de la frase quedó en el aire.

Por último, todas las naves estuvieron dispuestas. Greenleaf se detuvo un instante, con el dedo ya en el botón del disparador. Por última vez, sus ojos escrutaron los de Malori.

—Lo hemos hecho todo muy bien, y en el tiempo previsto. Si esta idea funciona al menos moderadamente bien seguro que nos llevamos una recompensa. —Greenleaf hablaba ahora en una especie de murmullo cargado de solemnidad—. Y será mejor que funcione. ¿Has visto alguna vez desollar vivo a un hombre?

Malori estaba asido a un poste para mantenerse erguido.

—He hecho cuanto he podido —musitó.

Greenleaf puso en acción el mecanismo de lanzamiento y se escuchó el susurro de las compuertas, en una especie de polifonía. Las nueve naves partieron y, simultáneamente, cobró vida una representación holográfica en la consola del oficial de operaciones. En el centro de la holografía se apreciaba al Judith como un grueso símbolo verde, con nueve puntos verdes de menor tamaño moviéndose en sus proximidades con lentitud y cierta torpeza. A poca distancia, una formación cerrada de puntos rojos representaba lo que

quedaba del grupo de guerreros mecánicos que durante tanto tiempo y con tanta determinación había perseguido al Esperanza y a su nave escolta. Malori observó, desazonado, que había al menos quince puntos rojos, pertenecientes a otros tantos guerreros.

—El truco —dijo Greenleaf como si hablara para sí mismo— está en que sientan más temor de sus propios líderes que del enemigo.

Manipuló los botones del panel que enviarían su voz a todos los interceptores y exclamó:

—¡Atención, unidades Uno a Nueve! Se encuentran bajo el punto de mira de una fuerza muy superior. Cualquier intento de huida o desobediencia será castigado severamente...

Durante unos instantes más continuó aleccionando a los pilotos cibernéticos, mientras Malori comprobaba en la pantalla que el mal tiempo que había mencionado el enemigo mecánico estaba aproximándose ya. Un velo de partículas atómicas cruzaba aquel sector de la nebulosa, en el camino del Judith y de la extraña flota híbrida que avanzaba junto a aquél. El Esperanza, invisible en el plano holográfico de aquella escala, podía aprovechar la tormenta para despistar completamente a su perseguidor, a no ser que éste fuera muy rápido.

En el cuadro de operaciones, la visibilidad estaba reduciéndose a toda prisa y Greenleaf interrumpió su discurso, ante la evidencia de que el contacto estaba perdiéndose. Las órdenes de las voces innaturales de los guerreros enemigos, dirigidas a los interceptores números Uno al Nueve, pudieron escucharse entrecortadamente hasta que la cortina de interferencias se convirtió en un telón opaco que impedía todo contacto. La persecución del Esperanza todavía no se había reanudado.

Durante unos instantes, todo permaneció en silencio en la cubierta de operaciones, salvo los ocasionales crujidos en el tablero de comunicaciones. Alrededor de los dos hombres, las grúas vacías de lanzamiento de naves aguardaban un desenlace.

—Ya está —dijo por último Greenleaf—. Ahora ya no podemos hacer nada, salvo esperar.

Volvió a mostrar su risilla transfigurada, casi con aspecto de estar disfrutando de la situación. Malori le contempló con curiosidad.

—¿Cómo hace para..., para asimilar todo esto tan bien?

—¿Por qué no iba a ser así?

Greenleaf se estiró y se levantó de la consola de seguimiento, ahora inútil.

—Cuando un hombre renuncia a las viejas cosas, al sistema de vida de los seres perniciosos, y admite que para ellos ha muerto, entonces las cosas nuevas no resultan tan malas. Incluso se puede disponer de mujeres, de vez en cuando, si las máquinas hacen prisioneros.

—Una buena vida... —musitó Malori.

Acababa de pronunciar unas palabras obscenas, provocativas. Sin embargo, de momento, no sintió ningún temor.

—Una buena vida para ti, hombrecito —asintió Greenleaf, sonriendo todavía—. ¿Sabes?, me parece que todavía me desprecias. ¿Tendré que recordarte que tú estás metido en esto tanto como yo?

—Creo que me da lástima.

Greenleaf soltó una especie de risilla y movió la cabeza como si se compadeciera de Malori.

—¿Sabes?, yo tengo quizás ante mí una vida más larga y libre de dolores de lo que haya disfrutado jamás hombre alguno... Has dicho que uno de los modelos de esas personae cibernéticas falleció a los veintitrés años. ¿Era esa la edad normal a la que morían las personas?

Malori, asido todavía al poste, empezó a lucir una sonrisa tímida, extraña.

—Bueno, para su generación lo fue, al menos en el continente europeo. Por esa época estaba en pleno auge la primera guerra mundial.

—Pero él murió de una enfermedad, dijiste.

—No. Dije que había padecido una enfermedad, la tuberculosis. Indudablemente, la enfermedad habría acabado por matarle, pero murió en combate, en el año 1917 de la era antigua, en un lugar llamado Bélgica. Su cuerpo jamás fue encontrado pues, según recuerdo, una barrera de artillería antiaérea destruyó totalmente su aparato.

—¡Antiaéreos! ¿De qué estás hablando? —exclamó Greenleaf, inmóvil donde se encontraba.

Malori se sentó más erguido, un tanto dolorosamente, y se apartó del poste que le había sostenido hasta entonces.

—Ahora ya puedo decir que Georges Buynelet, pues así se llamaba ese hombre, derribó cincuenta y tres aviones enemigos antes de morir. ¡Espere! —Malori había adoptado repentinamente un tono firme y enérgico; Greenleaf detuvo su amenazador avance, muy sorprendido—. Antes de empezar a hacerme algo violento, debería tener en cuenta qué bando tiene más posibilidades de vencer en la batalla de ahí fuera, si el suyo o el mío.

La batalla...

—Serán nueve interceptores contra quince naves o más, pero no me siento demasiado pesimista. Las personae que hemos enviado ahí fuera no van a dejarse matar fácilmente.

Greenleaf le contempló durante un instante, dio media vuelta y se abalanzó sobre la consola de operaciones. La pantalla seguía en blanco, produciendo ruido, y no había nada que hacer al respecto. Lentamente, se dejó caer sobre el acolchado sillón.

—¿Qué me has hecho? —susurró—. Esa colección de músicos inválidos... Es imposible que me estuvieras contando mentiras...

—Naturalmente. Todas y cada una de mis palabras eran ciertas. No todos los pilotos de la primera guerra mundial eran inválidos, por supuesto; los hubo que tenían una salud perfecta, incluso partidarios hasta el fanatismo de conservarse ilesos. Y tampoco he dicho que todos ellos fueran músicos aunque, ciertamente, he intentado que así lo creyera. Ball era el que tenía más capacidad musical entre todos esos ases, pero no dejaba de ser un simple aficionado. Siempre decía que aborrecía su auténtica profesión.

Greenleaf, hundido en el sillón, parecía envejecer por momentos.

—Pero uno de ellos era ciego... ¡Es imposible!

—Eso creían sus enemigos cuando, al principio de la guerra, le liberaron del campo de prisioneros. Edward Mannoock, ciego de un ojo, tuvo que engañar al examinador para poder entrar en el ejército. Por supuesto, la tragedia de esos hombres maravillosos fue que tuvieron que eliminarse mutuamente al combatir en bandos opuestos. Por aquel entonces no había guerreros espaciales a los que enfrentarse. O, al menos, no había enemigos a los que se pudiera atacar con los aparatos y armas de entonces. Supongo que el hombre siempre ha tenido que enfrentarse a enemigos como los guerreros invulnerables...

—Vamos a ver si entiendo bien —dijo Greenleaf con un tono casi de súplica en la voz—. ¿Hemos enviado en los interceptores a las personae de nueve pilotos de combate?

—Nueve de los mejores. Creo que entre los nueve sumarán más de quinientas victorias aéreas. Claro que las cifras pueden ser algo exageradas, pero aun así...

Se hizo de nuevo el silencio. Greenleaf se volvió lentamente en el asiento para contemplar la pantalla de operaciones. Al cabo de un rato, la tormenta de interferencias atómicas empezó a aclararse. Malori, que se había sentado en el suelo de la cubierta para descansar, se incorporó de nuevo, en esta ocasión con mayor rapidez. En la holografía surgía entre las interferencias un único símbolo resplandeciente que se aproximaba velozmente hacia la posición del Judith.

El símbolo que se acercaba era de un rojo encendido.

—Aquí vienen —musitó Greenleaf poniéndose en pie. Extrajo del bolsillo un pequeño revólver. En un primer impulso apuntó con el arma hacia Malori, que se encogió sobre sí mismo, pero luego mostró de nuevo su mejor sonrisa y, moviendo la cabeza, dijo—: No, prefiero que las máquinas se ocupen de ti. Así será mucho peor.

Cuando oyeron que la esclusa de aire empezaba a girar, Greenleaf alzó el arma para apuntar a su propia sien. Malori no podía apartar la mirada de aquel hombre desesperado. La portezuela interior de la esclusa se abrió y Greenleaf disparó.

Malori recorrió a toda prisa la distancia que le separaba de Greenleaf y asió el arma de las manos muertas del traidor antes casi de que el cuerpo de éste cayera al suelo. Se volvió para apuntar el arma contra la esclusa, cuya puerta interior, al abrirse, emitió un gemido. El guerrero que apareció ante sus ojos era el mismo que había visto antes, o al menos del mismo tipo. Sin embargo, había sufrido violentos desperfectos. Uno de sus brazos metálicos aparecía arrancado, con un brillante corte por el que asomaban, inertes, los cables seccionados. Todo su cuerpo metálico estaba punteado de pequeños agujeros y alrededor de su cabeza había un halo de descargas eléctricas.

Malori disparó pero la máquina hizo caso omiso del impacto de la carga de energía. Los guerreros no hubieran permitido a Greenleaf conservar un arma que pudiera herirles. La estropeada máquina no hizo caso tampoco de Malori y se lanzó hacia delante, inclinándose sobre el cuerpo de Greenleaf, casi decapitado.

—Tra... tra... traición —gimió la máquina—. Estim... estímulo final desagradable. Formas de vida perni... perniciosas...

Para entonces, Malori ya se había situado a la espalda del enemigo, muy cerca de él, y había colocado la boca del cañón de su arma en uno de los agujeros aún calientes producidos por los disparos de láser de Albert Ball, o quizá de Frank Luke o Werner Voss. Dos cargas de energía bajo la armadura del guerrero hicieron caer a éste, y la máquina quedó tan inmóvil como el hombre que yacía debajo de ella. El halo de electricidad se apagó.

Malori retrocedió observándoles. Después se dio la vuelta para contemplar de nuevo la pantalla de operaciones. El punto rojo se alejaba del Judith. Evidentemente, el vehículo no era ya más que un cúmulo de maquinaria inerte.

Un único punto verde se aproximaba ahora, saliendo de la tormenta atómica que se retiraba. Un minuto más tarde, entró en la cubierta de despegue el interceptor Número Ocho, que se detuvo suavemente bajo los ganchos de su grúa correspondiente. Al entrar en zona de atmósfera normal, la boca del láser empezó a humear espectacularmente. La nave llevaba en varios lugares la metralla del enemigo.

—Me apunto cuatro victorias más —dijo la persona en cuanto Malori abrió la carlinga— Hoy, mis compañeros de escuadrilla me han dado todo su apoyo. Esos hombres han realizado un gran sacrificio por la patria y, aunque el enemigo nos superaba en proporción de dos contra uno, creo que no ha escapado ni uno solo de ellos. Sin embargo, tengo que insistir en presentar una firme protesta porque mi aparato todavía no está pintado de rojo.

—Me ocuparé de ello en seguida, mein Herr —murmuró Malori mientras empezaba a desconectar la personae del interceptor.

Se sentía algo estúpido de tener que dar confianza a una pieza de tecnología de silicio. Sin embargo, sostuvo suavemente la personae entre sus manos mientras la trasladaba al

lugar donde el reducido montón de cajas varias esperaba el regreso de sus ocupantes electrónicos. En ellas, unas etiquetas decían simplemente:

ALBERT BALL

WILLIAM AVERY BISHOP

RENE PAUL FONCK

GEORGES MARIE GUYNEMER

FRANK LUKE

EDWARD MANNOCK

CHARLES NUNGESSER

MANFRED VON RICHTHOFEN

WERNER VOSS

Era un grupo de ingleses, norteamericanos, alemanes y franceses. Los había judíos, violinistas, inválidos, prusianos, rebeldes, cristianos, buenos vividores y carcomidos por el odio. Entre los nueve eran muchas cosas más, pero quizás había una sola palabra que les englobara a todos por igual: esa palabra era HOMBRES.

En aquel instante, los seres humanos vivos más próximos estaban a muchos millones de kilómetros, pero Malori no se sentía solo. Devolvió suavemente la personae a su caja, aun a sabiendas de que no podían causarle daño ni siquiera diez mil veces más gravedades de las que podía ejercer con las manos. Quizá la caja cabría en la cabina del interceptor Número Ocho cuando hiciera el intento de alcanzar al Esperanza.

—Parece que nos hemos quedado solos, Barón Rojo.

El ser humano que había servido de modelo para aquella personae electrónica aún no había cumplido los veintiséis años cuando resultó muerto sobre los cielos de Francia, tras apenas dieciocho meses de éxitos y fama. Tiempo antes, en su paso por caballería, el caballo le había tirado de la silla una y otra vez.

Fred Saberhagen (1930-)

Fred Saberhagen, escritor que empezó a publicar relatos cortos a principios de los años sesenta, es conocido principalmente por sus relatos de «guerreros invulnerables», en los que se describen máquinas bélicas cibernéticas de origen desconocido que pretenden destruir toda vida orgánica. Sin embargo, desde finales de los años sesenta, Saberhagen ha empezado a dedicarse a las novelas de fantasía, entre las que destacan la trilogía *The Empire of the East* (1979), así como la serie actual de relatos sobre Drácula: *The Dracula Tapes* (1975), *The Holmes-Dracula File* (1978), *An Old Friend of the Family* (1979) y *A Matter of Taste* (1980).

EN CASO DE EMERGENCIA

Randall Garrett

En su oficina, situada en el último piso del edificio de la embajada de Terra en Occeq City, Bertrand Malloy hojeaba distraídamente los expedientes de los cuatro nuevos hombres que acababan de asignarle. Eran típicos ejemplares de la clase de hombres que le enviaban, pensó. Lo cual significaba, como siempre, que eran atípicos. Todo hombre del cuerpo diplomático que exteriorizaba algún temblor o alguna mueca era embarcado hacia Saarkkad IV a fin de que trabajara para Bertrand Malloy, embajador permanente de Terra ante Su Gran Munificencia, El Occeq de Saarkkad.

Como ejemplo, cabía considerar al primero de ellos. Malloy deslizó los dedos a lo largo de las columnas de complejos símbolos que mostraban el análisis psicológico completo del hombre. Paranoia psicopática. El hombre no era propiamente un loco; la mayor parte del tiempo podía ser tan lúcido como cualquiera. Pero sospechaba patológicamente que todo el mundo estaba en su contra. No confiaba en nadie, y estaba continuamente en guardia contra imaginarias conspiraciones y persecuciones.

El número dos sufría algún tipo de bloqueo emocional que lo dejaba continuamente en las garras de un dilema u otro. Era psicológicamente incapaz de tomar una decisión si se enfrentaba con dos o más alternativas de cierta importancia.

El número tres...

Malloy suspiró y apartó a un lado los expedientes. No había dos hombres iguales y, sin embargo, a veces parecía haber una eterna similitud entre ellos. Por ejemplo, él se consideraba único, pero al fin y al cabo, ¿no residía ahí la similitud básica?

Tenía..., ¿qué edad tenía? Echó una ojeada a la esfera del calendario terrestre correlacionado automáticamente con el de Saarkkad, situado justo encima. Cincuenta y

nueve años. ¿Y qué podía presentar a cambio, aparte de unos músculos flácidos, una piel colgante, la cara arrugada y el cabello gris?

Bueno, por lo menos tenía un excelente historial en el Cuerpo. Era uno de los mejores en su terreno. y tenía sus recuerdos de Diana, muerta diez años atrás, pero todavía bella y viva en su memoria. Y —sonrió suavemente para sí— tenía a Saarkkad.

Miró hacia el techo, y mentalmente hizo que su mirada penetrara más allá, en el azul del cielo.

Fuera estaba el terrible vacío del espacio interestelar —un gran abismo infinito, abierto, capaz de tragarse hombres, naves, planetas, soles y galaxias enteras sin llenar su insaciable hueco.

Malloy cerró los ojos. En alguna parte, allá afuera, una guerra hacía estragos. No le gustaba pensar en ello, pero era preciso tenerla presente. En alguna parte, allá afuera, las naves de la Tierra estaban alineadas contra las naves de Karn, en la guerra más importante que la humanidad hubiese mantenido jamás.

Y Malloy era consciente de que su papel en la guerra no carecía de importancia. No estaba en la línea de batalla, ni siquiera en una importante línea de producción, pero era imprescindible mantener el suministro de drogas procedente de Saarkkad, y eso suponía mantener buenas relaciones con el Gobierno saarkkadiano.

En su apariencia física, los saarkkadianos eran humanoides, si es que uno aceptaba que este concepto abarcase un amplio abanico de diferencias; pero sus mentes no seguían una línea de pensamiento similar a la de los humanos.

Durante nueve años, Bertrand Malloy había sido embajador en Saarkkad y, a lo largo de esos nueve años, ningún saarkkadiano le había visto jamás. Haberse mostrado ante uno solo de ellos habría significado una inmediata pérdida de prestigio.

Para la forma de pensar de los saarkkadianos, un funcionario importante era un ser distante. Cuanto mayor fuera su importancia, mayor debía ser su aislamiento. El propio Ocoeq de Saarkkad nunca era visto salvo por un puñado de nobles escogidos, los cuales, a su vez, sólo eran vistos por sus inmediatos subordinados. Eso suponía un modo de hacer negocios largo y alambicado, pero era el único modo de negociar con los saarkkadianos. Violar la rígida estructura social de Saarkkad significaría el cese inmediato del suministro de productos bioquímicos que los laboratorios saarkkadianos producían a partir de plantas y animales nativos; productos que eran vitalmente necesarios para la guerra de la Tierra y que no podían ser reproducidos en ningún otro lugar del universo conocido.

Era responsabilidad de Bertrand Malloy el asegurar un nivel de producción elevado, y conseguir que los materiales fluyesen ininterrumpidamente hacia la Tierra, sus avanzadas y sus aliados.

En circunstancias normales, el trabajo hubiera sido extraordinariamente simple, ya que los saarkkadianos no eran en absoluto difíciles de tratar. Una plantilla de personal de primera categoría podría haberlos manejado casi sin esfuerzo.

El problema era que Malloy no tenía a su disposición personal de primera categoría. Ese tipo de personas no podían ser retiradas de tareas que requiriesen su capacidad a plena dedicación. No resulta económico desperdiciar a un hombre en una tarea que puede hacer casi sin esfuerzo cuando hay otras más esenciales que pueden necesitar toda su atención.

De modo que a Malloy le tocaban las piezas desechadas. No las peores, desde luego, ya que había lugares en la galaxia todavía menos importantes para el desarrollo de la guerra que Saarkkad. Y Malloy era consciente de que, cualesquiera que fueran los defectos de un hombre, mientras conservase la habilidad mental suficiente como para vestirse y llegar a su lugar de trabajo, podía encontrársele una tarea adecuada para él.

Las taras físicas no suponían un problema. Un ciego puede trabajar a sus anchas en la total obscuridad de un laboratorio de revelado de filmes infrarrojos. La pérdida, parcial o total, de miembros podía ser compensada de un modo u otro.

Las taras mentales ya eran otra cuestión, aunque no resultaba del todo imposible el paliarlas. En un mundo que carecía de alcohol no era difícil controlar a un dipsomaniaco; y más valía que no intentase fermentar su propio licor en Saarkkad, a menos que se trajese su propio fermento..., cosa que resultaba imposible dadas las normas de esterilización.

Pero a Malloy no le bastaba con minimizar las taras mentales; le gustaba hallar lugares en los que esos hombres resultaran útiles.

Sonó el teléfono. Malloy lo descolgó con un gesto que denotaba su práctica.

—Aquí Malloy.

—¿Señor Malloy? —preguntó una voz cautelosa—. Han enviado un teletipo desde la Tierra con una comunicación especial para usted. ¿Debo llevársela?

—Sí, señorita Drayson, tráigala.

La señorita Drayson era uno de esos casos. Era incommunicativa. Le gustaba recoger información, pero le costaba un gran esfuerzo cederla una vez se había apoderado de ella.

Malloy la había convertido en su secretaria particular. Nada, absolutamente nada, rebasaba los límites de su oficina sin una orden directa de él mismo. A Malloy le había costado bastante tiempo conseguir inculcar en la mente de la señorita Drayson que estaba muy bien —e incluso era preferible— el impedir que cualquiera, excepto Malloy, se enterase de los secretos.

La señorita Drayson entró. Era una mujer en la mitad de la treintena, bastante atractiva. Con la mano derecha sostenía unos papeles, los cuales agarraba como si alguien fuese a intentar quitárselos antes de que pudiera entregárselos a Malloy.

Los depositó cuidadosamente sobre la mesa.

—Si llega algo más se lo haré saber en seguida, señor —dijo—. ¿Alguna otra cosa?

Malloy permitió que se quedase allí de pie frente a él, mientras leía el comunicado. Sabía que su secretaria deseaba conocer su reacción, pero, no había nada que objetar, pues nadie podría saber por ella cuál había sido, a menos que él le ordenase que se la contase a alguien.

Leyó el primer párrafo, y sus ojos se abrieron de asombro, involuntariamente.

—Armisticio —dijo en voz muy baja, casi inaudible—. Existe una posibilidad de que la guerra termine.

—Sí, señor —dijo la señorita Drayson, sin inflexión.

Malloy leyó el mensaje hasta el final, intentando no perder el control de sus emociones. La señorita Drayson seguía allí erguida, tranquila, con el rostro inexpresivo como una máscara; sus emociones eran un secreto.

Cuando acabó, Malloy levantó la vista.

—En cuanto tome una decisión se lo haré saber, señorita Drayson. No creo que sea necesario recomendarle que esta noticia no salga de aquí.

—Desde luego que no, señor.

Malloy la vio salir sin verla realmente. La guerra había terminado..., al menos por el momento. Volvió la vista al comunicado.

Los karna, a los que poco a poco se iba obligando a retroceder en todos los frentes, pedían la paz. Solicitaban una conferencia para firmar un armisticio... inmediatamente.

También la Tierra quería la paz. Una guerra interestelar resulta demasiado costosa como para permitir que prosiga durante más tiempo del estrictamente necesario, y ésta llevaba ya más de trece años de existencia. Debía conseguirse la paz pero, eso sí, no a cualquier precio.

Lo malo era que los karna tenían fama de ser perdedores en las guerras, pero ganadores en las conversaciones de paz. Se trataba de unos interlocutores inteligentes y, sobre todo, persuasivos. Podían tornar una desventaja en ventaja, y hacer que sus puntos fuertes apareciesen como débiles. Si se salían con la suya en el armisticio, podrían aprovechar la tregua para realizar un rearme, y la guerra se reanudaría al cabo de pocos años.

Sólo en aquel momento podían ser vencidos. Podía obligárseles a permitir una supervisión del potencial de producción, forzarlos al desarme, dejarlos impotentes. Pero si el armisticio les era provechoso...

Por lo pronto, ya les correspondía la iniciativa en lo referente a las conversaciones de paz. Habían enviado una delegación completa a Saarkkad V, el planeta contiguo, a

mayor distancia del sol de su Saarkkad, un mundo helado habitado tan sólo por animales de baja inteligencia. Los karna lo consideraban un territorio absolutamente neutral, y la Tierra no podía discutir con fundamento este punto. Además, exigían que la conferencia comenzase en el plazo de tres días, tiempo de la Tierra.

La dificultad radicaba en el hecho de que las comunicaciones interestelares viajaban a una velocidad increíblemente superior a la de las naves. El Gobierno terrestre tardaría más de una semana en llevar una nave hasta Saarkkad V. La Tierra había sido pillada por sorpresa; no se había preparado para un armisticio. De modo que puso objeciones.

Los karna señalaron que el sol de Saarkkad estaba tan distante de Karn como de la Tierra, que se hallaba tan sólo a unos pocos millones de kilómetros de un planeta aliado de la Tierra, y que no decía mucho en favor de la Tierra que ésta se tomase tanto tiempo en prepararse para un armisticio. ¿Por qué no se había preparado con anterioridad? ¿Acaso planeaba proseguir la lucha hasta la total destrucción de Karn?

No habría habido ningún problema si la Tierra y Karn hubieran albergado a las dos únicas razas inteligentes de la galaxia. El tipo de comedia que estaban representando los karna requería una audiencia. Pero por toda la galaxia había otras razas inteligentes, muchas de las cuales habían permanecido tan neutrales como habían podido durante la guerra entre la Tierra y Karn. No tenían ninguna intención de inmiscuirse en una lucha entre las dos razas más poderosas de la galaxia.

Ahora bien, quien venciera en el armisticio se encontraría con que algunos de los mundos que se habían mantenido neutrales estarían a su lado si la guerra estallaba de nuevo. Si los karna jugaban bien sus cartas, la próxima vez serían lo bastante poderosos como para triunfar.

De modo que la Tierra tenía que presentar una delegación para que se entrevistase con los representantes de Karn en el plazo de tres días, o perdería una baza que tal vez llegase a ser un punto vital durante las negociaciones.

Y ahí era donde intervenía Bertrand Malloy.

Había sido nombrado ministro extraordinario y plenipotenciario para la conferencia de paz Tierra-Karn.

De nuevo se quedó mirando al techo.

—¿Qué puedo hacer? —dijo en voz baja.

Al segundo día de haber recibido el comunicado, Malloy tomó una decisión. Pulsó la tecla del interfono y dijo:

—Señorita Drayson, avise a James Nordon y a Kylan Branyek que deseo verles de inmediato. Que pase primero Nordon, y dígame a Branyek que espere.

—Sí, señor.

—Y deje conectado el magnetófono, así podrá archivar luego la cinta.

—Sí, señor.

Malloy tenía la certeza de que su secretaria iba a escuchar de todos modos por el interfono, así que era mejor autorizarla a que lo hiciera.

James Nordon tenía treinta y ocho años, y era un hombre alto y de anchas espaldas. Su cabello comenzaba a platear en las sienes, y su hermoso rostro mostraba una expresión fría y eficiente.

Con un gesto, Malloy le indicó que tomara asiento.

—Nordon, tengo una tarea que asignarle. Sin duda será uno de los trabajos más importantes que haya realizado en su vida. Puede suponer muchas ventajas para usted..., promociones y prestigio, si lo lleva a cabo adecuadamente.

—Sí, señor —dijo Nordon, mientras asentía lentamente con la cabeza.

Malloy le explicó cuáles eran los puntos conflictivos con respecto a las conversaciones de paz con los karna.

—Precisamos un hombre que sea capaz de superarlos en astucia —concluyó Malloy— y, tras estudiar su expediente, me parece que es usted ese hombre. No hace falta que le diga que es arriesgado. Si toma malas decisiones, su nombre será denigrado en la Tierra. Sin embargo, me consta que no será así. ¿Acaso quiere estar implicado en operaciones de poca monta toda su vida? Por supuesto que no. Dentro de una hora partirá hacia Saarkkad V.

Nordon volvió a asentir.

—Sí, señor; de acuerdo. ¿Voy a ir solo?

—No, llevará usted un ayudante..., un hombre llamado Kylen Branyek. ¿Ha oído hablar de él alguna vez?

Nordon negó con la cabeza.

—No, que yo recuerde.

—Bien, no importa. Se trata de un profesional bastante astuto. Es un experto en legislación interestelar, y puede detectar una trampa a un kilómetro de distancia. Por supuesto, usted tendrá el mando, pero deseo que preste una especial atención a sus consejos.

—No dude que así lo haré, señor —afirmó, agradecido, Nordon—. De hecho, un hombre así puede resultar muy útil.

—De acuerdo. Ahora diríjase a la antesala contigua. He preparado un sumario de la situación, y deberá usted metérselo en la cabeza antes de que parta la nave. No es mucho tiempo, pero son los karna los que tienen la sartén por el mango.

En cuanto Nordon hubo salido, Malloy dijo suavemente:

—Envíeme a Branyek, señorita Drayson.

Kylen Branyek era un hombre menudo, con un cabello color marrón rata, que llevaba aplastado contra su cráneo, y unos ojos duros, oscuros y penetrantes, ensombrecidos por unas espesas y protuberantes cejas. Malloy le pidió que se sentara.

También a él le explicó el asunto de la conferencia de paz.

—Evidentemente, a cada momento tratarán de engañarnos —explicó—. Son astutos y traicioneros; por esa razón, nosotros estamos obligados a ser todavía más astutos y traicioneros que ellos. La tarea de Nordon consiste en permanecer tranquilo y evaluar los datos; la suya será detectar los agujeros que vayan dejando para su propio beneficio y taponarlos. No discuta con ellos, pero no se muestre demasiado amistoso tampoco. Si ve alguna trampa, avise inmediatamente a Nordon.

—Descuide señor Malloy, no dejaré pasar nada por alto.

Para cuando llegó la nave de la Tierra, la conferencia de paz duraba ya cuatro días. Bertrand Malloy disponía de informes completos de todas las conversaciones, que le habían sido enviados desde la nave que llevara a Nordon y Branyek a Saarkkad V.

El ministro de Relaciones Exteriores Blendwell hizo un alto en Saarkkad IV antes de pasar a Saarkkad V para tomar la dirección de la conferencia. Era un hombre alto y delgado, con unos ralos mechones de cabellos grises en un cráneo bastante mondo, por otra parte, y lucía una ancha sonrisa profesional que no armonizaba demasiado con sus calculadores ojos.

Tomó la mano de Malloy y la estrechó efusivamente.

—¿Cómo está usted, señor embajador?

—Muy bien, señor ministro. ¿Qué tal va todo por la Tierra?

—Pues hay una gran tensión. Están ansiosos por conocer lo que sucede en Cinco. Y también yo lo estoy, desde luego —su mirada denotaba curiosidad—. De modo que decidió no ir usted personalmente, ¿eh?

—Me pareció que sería lo mejor. Así que envié un buen equipo. ¿Le gustaría ver los informes?

—¡Desde luego que sí!

Malloy se los entregó, y se dedicó a contemplar al ministro, mientras éste leía. Blendwell era un político elegido, y Malloy tenía que admitir que era una buena persona; sin embargo, no conocía los vericuetos del Cuerpo Diplomático.

Cuando acabó su lectura, el ministro alzó la vista y dijo:

—¡Increíble! ¡Les han parado los pies a los karna en cada uno de los puntos! ¡Han logrado vencerles! ¡Han superado al mejor equipo de negociadores que los karna podían enviar!

—Bueno, confiaba en que así lo hiciesen —dijo Malloy, tratando de adoptar un aire modesto.

Los ojos del ministro se entrecerraron.

—He oído hablar de la labor que está usted realizando aquí con... hombres enfermos. ¿Es éste uno de sus..., ejem..., éxitos?

Malloy asintió con la cabeza.

—Eso creo —dijo—. Los karna nos retaron con un dilema, y yo se lo devolví.

—¿Qué significa eso?

—Nordon tiene un bloqueo mental que le impide tomar decisiones. Si invitase a salir a una chica, le costaría decidir si besarla o no, y esperaría a que ella decidiese por él, en uno u otro sentido. Es de esa clase de personas. Hasta que no le es presentada una decisión clara y única, que no admita alternativas, es incapaz de hacer nada.

»Como habrá podido ver en los informes, los karna nos ofrecieron varias alternativas para cada punto, todas ellas con trampa. Hasta que retrocedieron a una posibilidad única y demostraron que no encerraba trampa alguna, sin duda a Nordon le fue imposible tomar una decisión. Yo había hecho hincapié precisamente en lo esencial que era su decisión. Y precisamente, cuanto más importantes sean las decisiones que ha de tomar, más incapaz se ve de tomarlas.

El ministro asintió lentamente con la cabeza.

—¿Y en cuanto a Branyek?

—Sufre paranoia —dijo Malloy—. Cree que todo el mundo conspira contra él. Y lo bueno del caso es que esta vez lleva razón, porque los karna están conspirando contra él. Cualquiera que sea la opción que presenten, Branyek tiene la certeza de que en alguna parte hay una trampa, y rastrea en su busca. Aun en el caso de que no haya ninguna, los karna no consiguen satisfacer a Branyek, porque éste está convencido de que siempre tiene que haberla..., en alguna parte. Por lo tanto, todos sus consejos a Nordon, al igual que sus preguntas acerca de las posibilidades más absurdas, no hacen sino acrecentar la confusión de Nordon.

»Esos dos hombres están actuando con toda honestidad, haciendo todo lo posible para ganar en la conferencia de paz. Y con su modo de actuar están haciendo tambalearse a los karna, pues éstos pueden ver que no estamos tratando de ganar tiempo, ya que nuestros hombres intentan realmente llegar a una decisión. Sin embargo, lo que los karna no perciben es que esos hombres constituyen un equipo imbatible, ya que, en esta situación, son psicológicamente incapaces de perder.

El ministro de Relaciones Exteriores volvió a mostrar su aprobación asintiendo con la cabeza, pero en su mente todavía quedaba una pregunta por formular.

—Puesto que sabía todo eso, ¿no podía haber manejado usted mismo el asunto?

—Quizás, aunque lo dudo. Es posible que hubieran logrado liarme, atacándome por algún punto débil. Nordon y Branyek también tienen puntos débiles, pero quedan ocultos bajo una armadura. No, me alegro de no haber podido ir. Más vale así.

—¿No haber podido ir, señor embajador?

Malloy se le quedó mirando, y dijo:

—¿Cómo, no lo sabía? Ya me preguntaba por qué me habría elegido a mí. No, no podía ir. La razón de que me halle aquí, enjaulado en esta oficina, escondiéndome de los saarkkadianos, adoptando la costumbre de cualquier pez gordo saarkkadiano, es porque en realidad me gusta que sea así. Sufro de agorafobia y de xenofobia.

»Para meterme en una nave espacial tienen que drogarme previamente, porque me resulta imposible enfrentarme a todo ese espacio vacío, aun cuando un casco de acero me separe de él. Por otra parte —añadió, con una expresión de intensa repugnancia en el rostro—, ¿no puedo soportar a los extraterrestres!

Randall Garrett (1927-)

Autor de diez novelas de ciencia ficción y de más de doscientos relatos cortos, Randall Garrett fue uno de los pilares fundamentales de *Analog* durante los años sesenta. De hecho, algunos le acusaron de no ser más que la voz novelesca de John W. Campbell, Jr., el estricto y voluntarioso director de la revista. Sin embargo; paradójicamente, *Analog* demostró ser también el caldo de cultivo de la creación más famosa de Garrett, Lord Darcy. Las obras de esta serie son: *Too many magicians* (1967), *Murder & magic* (1981) y *Lord Darcy investigates* (1981). El éxito de estas obras ha conducido a una relectura crítica de sus demás trabajos y a la aparición de su primera recopilación de relatos, titulada *The best of Randall Garrett* (1982).

PARA ESO ESTÁN LOS AMIGOS

John Brunner

Después de que Tim matara y enterrara el terrier de los vecinos, un perro que había ganado concursos, los Patterson le llevaron al consejero psicológico más famoso —y más caro— de todo el estado, el doctor Hend.

Los Patterson pasaron cuarenta minutos, de los cincuenta que habían pagado, dirigiéndose mutuas recriminaciones en la salita de espera de la consulta; sólo callaban unos instantes cuando un grito o un ruido violento superaba la insonorización de las paredes, y reanudaban con furia la discusión momentos después.

Por fin apareció Tim, transportado entre aullidos por un enorme enfermero, al parecer indiferente a las patadas en el vientre que podía administrarle con todas sus fuerzas un mocoso de ocho años, y los Patterson fueron invitados a ocupar el lugar del niño, en presencia del doctor Hend. No había rastro del caos que el pequeño había provocado. El consejero era un especialista en aquellos casos y había procedimientos rápidos y efectivos para eliminar cualquier desorden accidental.

—¿Y bien, doctor?—preguntó Jack Patterson.

El doctor Hend lo estuvo observando durante largo rato, pensativo. Después observó a la mujer, Lorna, y confirmó la impresión que había sacado de la pareja a su llegada. Por parte del hombre: vestuario caro, falso aspecto de salud, una imagen de triunfador cuidadosamente construida. Por parte de la mujer: el mejor partido que se podía sacar de lo que había sido una belleza algo superficial, vestuario más caro todavía y peinado a la última moda, con maquillaje y perfume en consonancia.

—Ese hijo suyo —dijo finalmente el doctor— va a terminar pronto ante un juez, aunque cronológicamente sólo tenga ocho años.

—¿Cómo? —estalló Jack Patterson—. ¡Nosotros hemos venido aquí para...!

—Ustedes están aquí —le interrumpió el doctor— para que les diga la verdad. Fue decisión suya optar por un niño de desarrollo condensado. Y lo hicieron después de informarse de las consecuencias. Ahora deben afrontar sus responsabilidades.

—¡No, hemos venido aquí para que nos ayude! —exclamó Lorna.

Su marido le dedicó una mirada para que cerrara la boca.

—Les quedan siete minutos de mi tiempo —dijo gravemente el doctor Hend—. Los pueden pasar hablando o escuchándome. ¿Quieren que siga?

Los Patterson intercambiaron una agria mirada y asintieron.

—Gracias. Precisamente, existe una alternativa para no tener que internar a su hijo en una institución pública. ¡Tendrán que adquirir un Amigo para él!

—¡Qué dice! ¿Y que todo el mundo se entere de que no podemos con él? —Jack Patterson se puso hecho una fiera—. ¡Debe de estar usted mal de la cabeza!

El doctor Hend se limitó a mirarle.

—Los Amigos son... son terriblemente caros, ¿verdad? —susurró Lorna.

El consejero se recostó en su sillón y juntó las yemas de los dedos.

—En cuanto a estar mal de la cabeza... Bueno, estoy en buena compañía. En todos los planetas habitados es costumbre confiar la educación de los jóvenes a Amigos programados mediante un consenso de opinión entre otras razas inteligentes. En otro tiempo existía un proverbio acerca de que los árboles no dejan ver el bosque. Está perfectamente demostrado que el mejor consejo posible en cuanto a la explotación óptima del talento de los jóvenes proviene de aquellos que pueden analizar la sociedad local en términos absolutos, en lugar de ser partícipe de ella. Esta costumbre se está haciendo más y más corriente aquí. Muchas familias, si pueden permitírselo, adquieren un Amigo por propia voluntad, no por necesidad.

»En cuanto al precio... Sí, señora Patterson, tiene usted razón. Cualquier cosa que deba viajar distancias interestelares ha de resultar forzosamente cara. Sin embargo, tenga en cuenta esto: el perro de sus vecinos era un campeón de concursos con al menos un certificado de pedigree, además de ser el compañero de juegos de su hija pequeña. Imagino que los tribunales les pedirán una buena suma por daños... Por cierto, ¿utilizó Tim antes de cometer la acción la excusa de que no podía soportar el ruido que hacía al ladrar?

—Hum... —Jack Patterson se pasó la lengua por los labios—. Sí, en efecto.

—Ya sospechaba que había sido premeditado. Tenía todo el aspecto de ser así. Igual que sus excusas al romperle el brazo al niño de la escuela que más destacaba en béisbol, o al prender fuego al gimnasio de caída libre de la escuela, o en otras tantas ocasiones. Me temo que deben aceptar el hecho de que, gracias a su terapia de desarrollo condensado, su hijo es un total y absoluto egocéntrico. El universo nunca ha demostrado ser, para él, lo bastante hostil como para hacerle salir del estado emocional que la mayor parte de los niños dejan atrás en la época en que aprenden a caminar. Físicamente, está adelantado para su edad. Emocionalmente, no le preocupa nada salvo su propia gratificación. Es incapaz de empatía, simpatía o preocupación alguna por las opiniones de los demás. Es un caso típico de desarrollo personal retardado.

—Pero nosotros hemos hecho todo lo que hemos podido para...

—Sí, desde luego. Pero no basta con eso.

El doctor Hend dejó que el comentario sobrevolara la consulta durante unos instantes, y continuó diciendo:

—Hablábamos de gastos. Bien, déjenme recordarles que les cuesta un montón de dinero mantener a Tim en la escuela especial a la que han sido obligados a llevarle porque hacía la vida imposible a sus compañeros en una escuela normal. La compañía de un Amigo es equivalente, según las leyes, a un curso normal de escolarización. Quizá no estaban al corriente de ello.

—¡Naturalmente! —masculló Jack—. ¡Naturalmente! Pero, ¡santo cielo!, no me gusta la idea de dejar a mi hijo en manos de un artefacto ambulante de otro mundo.

—Desde luego, puede parecerle un paso muy radical, pero las inadaptaciones juveniles son un punto en el que sigue siendo cierto el viejo dicho de que a grandes males, grandes remedios. Además, ¿ha calculado las consecuencias de no adoptar una solución radical?

Sus fúnebres rostros evidenciaron que, en efecto, habían meditado el asunto. De todos modos, el doctor las enumeró.

—Al escoger un niño modificado, se comprometieron a su mantenimiento y buena conducta durante un período mínimo de veinte años, a pesar de los divorcios u otras intervenciones legales. Si Tim es declarado incorregible socialmente, se verán obligados a mantenerle indefinidamente en una institución estatal, con los gastos a su cargo. Actualmente, el coste anual de cada paciente en uno de tales establecimientos es de treinta mil dólares. La inflación, al ritmo actual, se doblará en los próximos veinte años y, en vista de las numerosas alteraciones que insistieron en hacer en la herencia genética de Tim, dudo que algún tribunal acceda a librarles de sus responsabilidades en, al menos, los doce próximos años. Les señalaré, en cambio, que la adquisición de un Amigo es su única alternativa lógica, sea cual sea su opinión sobre cómo ha evaluado nuestra sociedad esas inteligencias de otros mundos. Además, no tienen necesariamente que comprarlo. Siempre se puede alquilar uno.

El doctor consultó su reloj de mesa.

—Veo que su tiempo ha terminado. Buenos días. La factura les llegará esta tarde por ordenador.

Esa noche hubo gritos en la sala de estar de la casa de los Patterson. Acostado en su cama, con la puerta entreabierta, Tim los oyó, y sonrió de oreja a oreja. Era un niño extremadamente guapo, de cabello rubio rizado, rasgos perfectamente proporcionados, dientes regulares y perfectos, ojos azules y profundos como lagos de montaña, y unas cuantas pecas de acuerdo a las características solicitadas (para darle un aire ligeramente menos angelical y un poco más masculino). Resultaba muy desarrollado para su edad, pero aquello también entraba en las características solicitadas.

Además, su léxico era enorme en comparación con el de un niño no modificado —al igual que su CI, teóricamente, aunque Tim no había colaborado nunca en ningún test que demostrara tal hecho— y comprendía perfectamente lo que se le decía.

—¡Tú y tu maldita vanidad! Tanto insistir en rasgos especiales como un cabello dorado y sedoso y unos ojos azules... ¡y hasta pecas, Dios mío! ¡Y ahora ese pequeño diablo está a punto de llevarnos a la ruina! ¿Has visto cuánto cuesta alquilar un Amigo, incluso uno barato de Proción?

—Vamos, deja de echarme toda la culpa, ¿quieres? Te advertieron que tu exigencia de hacerle más alto y más fuerte podía ser incompatible con el resto, pero no quisiste ni enterarte...

—Pero es un niño, ¡maldita sea! ¡Un niño! Y si tú no hubieras querido que pareciera más una niña...

—¡De ningún modo! ¡Yo quería que fuera guapo y tú querías que fuera una especie de bola de carne cargada de músculos inútiles! ¡Sólo porque nunca te escogieron en la escuela para el equipo de lucha, él estaba condenado antes de nacer a...!

—¡Una palabra más sobre lo que no he sido y te hago tragar esos horribles dientes! ¿Por qué no hablamos, en cambio, de lo que sí he sido? El jefe de zona más joven de la empresa, con posibilidades de ser el vicepresidente más joven desde la fundación..., y no gracias a ti, desde luego. Cuando pienso dónde podría estar ya si no te hubiera tenido enroscada al cuello...

Jim hizo aún más ancha su sonrisa, hasta que casi le dolieron las mejillas. Le estaba entrando sueño porque el acceso de furia en la consulta del consejero había consumido muchas de sus energías, pero todavía podía hacer algo más antes de rendirse al sueño. Bajó de la cama, llegó de puntillas hasta la puerta y, con todo cuidado, se orinó por la rendija sobre la alfombra del rellano. Después, con una risilla, se metió de nuevo bajo las sábanas y unos minutos después estaba perdido en unos sueños llenos de color.

El timbre de la puerta sonó cuando su madre estaba en el baño y su padre hablaba con los abogados para ver si, después de todo, el asunto del perro podía solucionarse sin pasar por los tribunales. Lorna gritó en seguida:

—Tim, quédate donde estés..., ¡yo abriré!

Sin embargo, el niño ya se dirigía a toda velocidad hacia la puerta. Le gustaba ser el primero en recibir a los visitantes. Era muy divertido aparecer totalmente desnudo ante la puerta y escandalizar a las visitas puritanas, o ponerse a gritar y llorar, acusando a su papá de haberle pegado sin piedad y mostrando los cardenales que se había hecho contra los muebles y la sangre que goteaba de heridas y rascaduras. Sin embargo, en esta ocasión se le había ocurrido una idea aún más inspirada; se desvió unos instantes, pasó por la cocina y se apoderó del cubo de la basura.

Abrió la puerta con la mano izquierda y, con la derecha, lanzó una blanduzca masa de fruta podrida, pieles de verduras y posos de café, con toda la fuerza de que era capaz, a la altura aproximada del rostro de un adulto.

Aproximadamente medio segundo después, toda la masa nauseabunda cayó sobre el propio pequeño, parte de ella en el rostro, de modo que llegó a probar su sabor repugnante al tener la boca abierta, y otra parte en el pecho, de modo que se le coló en el interior de la camisa, que llevaba abierta. Al mismo tiempo, una voz le dijo en tono de reproche:

—¡Tim! ¡Yo soy tu Amigo! Y esa no es forma de tratar a un amigo, ¿verdad?

Por puro reflejo, Tim estaba a punto de gritar. Tenía ya los pulmones llenos de aire y los músculos en tensión cuando vio lo que acababa de llegar al umbral, y el grito se convirtió en un simple jadeo de asombro.

El Amigo era humanoide, unos centímetros más alto que Tim y mucho más corpulento. Estaba dotado de dos piernas, dos brazos, una cabeza con ojos, boca y un par de orejas... pero todo él iba cubierto de una brillante piel velluda color verde esmeralda. Su único aderezo —además del resto de basura multicolor que, tras detener y devolver el lanzamiento de Tim, le había quedado adherido a la palma de la mano izquierda— era un cinturón con un sello en el que había impreso, con letras rojo brillante: ARTEFACTO AUTÓNOMO AUTORIZADO (AUTOTRANSPORTABLE), seguido de la dirección de la familia Patterson.

—Invítame a entrar —dijo la aparición—. No se tiene a los amigos esperando en la puerta, ¿sabes? Y yo soy tu Amigo, como acabo de explicarte.

—¡Tim! ¡Tim!

La madre llegó corriendo, procedente del baño, mientras terminaba de ajustar el cinturón de su albornoz, con una toalla enrollada torpemente alrededor de su cabello recién lavado. Al ver quién era el visitante, se detuvo al instante.

—¡Pero si la agencia de alquiler nos dijo que no le esperásemos hasta...!

La mujer se detuvo. Era la primera vez en su vida que hablaba a un biofacto extraterrestre, aunque había visto bastantes, tanto directamente como en tri-di.

—Podimos incluir más cantidad de la prevista en nuestro último embarque en Proción —dijo el Amigo—. Ha habido algunos progresos en los métodos de embalaje. Permítame identificarme. —Dio unos pasos dejando a Tim a su espalda, se quitó el cinturón con el sello y lo extendió hacia Lorna—. Confío en que comprobará que me ajusto a las características solicitadas.

—¡Cerdo asqueroso! ¡No quiero verte husmeando por mi casa! —gritó Tim.

No tenía mucha idea del significado de las palabras que utilizaba, pero estaba seguro de una cosa: siempre ponían furiosos y fuera de sí a sus padres.

El Amigo, sin dedicarle una sola mirada, dijo:

—Tim, tendrías que haberme presentado a tu madre. Como no lo has hecho, he tenido que presentarme yo mismo. No agraves tu falta de urbanidad interrumpiéndome, porque eso provoca una impresión todavía peor.

—¡Largo! —aulló Tim al tiempo que se lanzaba contra el Amigo con una lluvia de patadas y golpes.

De inmediato, se encontró suspendido a un palmo del suelo, asido con fuerza por la cintura del pantalón como si colgara de una grúa.

El Amigo dijo entonces a Lorna:

—Lo único que tiene que hacer es marcar con la impresión digital la hoja de aceptación y enviar los datos correspondientes a la compañía de alquileres por ordenador. Es decir, si accede a aceptarme.

La mujer miró al Amigo, luego a su hijo, meditó un largo instante y por último, con decisión, estampó el pulgar en el lugar indicado.

—Gracias. ¡Bueno, Tim! —El Amigo hizo girar al pequeño hasta que éste le miró directamente—. Lamento ver lo sucio que vas. No es así como uno desea encontrar a su amigo. Te daré un buen baño y te cambiaré de ropa.

—¡Ya me he bañado! —aulló Tim mientras agitaba brazos y piernas, impotente.

Sin hacer el menor caso, el Amigo continuó:

—Señora Patterson, si es tan amable de indicarme donde está la ropa de Tim, me cuidaré del asunto inmediatamente.

Una lenta sonrisa se fue extendiendo por el rostro de Lorna.

—¿Sabes algo? —dijo ella al aire—. Me parece que ese consejero tenía razón, después de todo. Venga por aquí... este... ¡Ah!, ¿cómo debemos llamarle?

—Es costumbre que el joven al que esté asignado escoja un nombre para mí. También es costumbre que me tuteen.

—Conozco a Tim —respondió Lorna—. Si le dejamos, escogerá algo tan horrible que no se podrá mencionar en público.

Tim dejó de gritar un momento. Era una idea en la que no había pensado.

—Por tanto, lo evitaremos —añadió su madre—. Te llamaremos Buddy desde ahora mismo, ¿de acuerdo?

—Memorizaré el dato inmediatamente. ¡Vamos, Tim!

—Bien, me parece estupendo encontrar un servicio tan rápido en estos tiempos — murmuró Jack Patterson observando la forma verde de Buddy enroscada junto a la puerta del dormitorio de Tim. Del interior de la habitación surgían gritos, aullidos y gemidos, pero durante la última media hora los ruidos habían ido amortiguándose y, en ocasiones, intervalos de hasta dos o tres minutos de silencio interrumpían los lamentos mientras el agotamiento se apoderaba más y más del chiquillo—. Sin embargo, sigue sin gustarme lo que puedan decir los vecinos. Es casi el reconocimiento más público de derrota que unos padres pueden hacer, eso de dejar que sus hijos sean vistos con una de esas cosas pegada a sus talones.

—¡Aunque sólo sea por una vez, deja de pensar en qué dirán los vecinos y piensa en cómo me siento yo! —protestó su esposa—. Hoy has tenido un día tranquilo...

—¡Narices! Esos malditos abogados...

—¡Has estado sentado en tu despacho, tranquilo y contento! ¡En cambio yo, de no haber sido por Buddy, habría pasado un día aún más infernal de lo habitual! Creo que el doctor Hend tuvo una idea estupenda. Estoy impresionada.

—¡Típico! —gruñó Jack—. No puedes con esto, te compras una máquina; no puedes con aquello, te compras otra máquina... Y ahora resulta que ni siquiera puedes con tu propio hijo. ¡Yo no estoy impresionado!

—Pero ¿por qué diablos...?

—Escucha, pagué mucho dinero para asegurarme de que tendría un hijo brillante, con talento y normal en todos los aspectos, y así me lo dieron. Pero ¿quién se ha cuidado de él? ¡Tú! ¡Tú, con tu holgazanería y tu mal humor, has desequilibrado al pequeño!

—¿Y cuanto tiempo has perdido tú para ayudarme a educarlo? —Lorna se puso frente a él con las manos en las caderas y los ojos inflamados—. Cada tarde la misma historia, cada fin de semana lo mismo... «¡Sácame de encima a este chico porque estoy agotado!»

—¡Basta ya! Parece que por fin se ha dormido. ¿Quieres despertarle otra vez y poner las cosas aún peor? Voy a prepararme una copa. La necesito.

Jack dio media vuelta y se encaminó escalera abajo. Lorna le siguió, aún encolerizada.

Junto a la puerta del dormitorio de Tim, Buddy permaneció inmóvil, salvo una de sus grandes orejas verdes, que se agitó ligeramente y se enroscó en el extremo.

Al día siguiente, en el desayuno, Lorna sirvió cereales calientes..., tanto a Tim como a Buddy, porque entre las ventajas de aquel modelo de Amigo estaba el hecho de que podía ingerir cualquier cosa que la familia pudiera comer.

Tim cogió su plato en cuanto se lo pusieron delante y lo lanzó con todas sus fuerzas contra Buddy. El Amigo lo cogió con tal destreza que apenas cayó una sola gota a la mesa.

—Gracias, Tim —dijo al tiempo que se tragaba todo el cereal de un solo bocado—. Según mis datos, esta clase de cereal te gusta mucho, así que dárme lo ha sido un gesto muy generoso por tu parte. Sin embargo, deberías haberme dado el plato con un poco más de cuidado.

El casi angelical rostro de Tim se arrugó como una máscara hecha de papel maché. Jadeó profundamente y se lanzó hacia delante para saltar sobre la mesa, con el propósito de hacer caer al suelo todo cuanto hubiera sobre ella. No había nada que pudiera romperse —la larga y amarga experiencia había enseñado a los Patterson a comprar únicamente utensilios de plástico flexibles e irrompibles—, pero derramar la leche, el azúcar, el zumo de frutas y todo lo demás podía significar un buen jaleo, y bastante trabajo.

Cuando estaba a apenas un milímetro de saltar sobre la mesa y derramar el objeto más próximo, la botella de leche, Tim se encontró frenado por un brazo que le agarraba, suave pero inflexiblemente.

—Me parece que es hora de empezar las clases de hoy —dijo Buddy—. Perdone, señora Patterson. Me llevaré a Tim al patio de atrás; allí tendremos más espacio.

—¿Empezar las lecciones? —repitió Lorna—. Pero si..., ¡si todavía no ha desayunado!

—Si me perdona por decirlo, sí que ha desayunado. Y ha escogido no comer. Tim está un poco sobrado de kilos y cabe presumir que el almuerzo se servirá a la hora de costumbre. Entre ahora y el mediodía es improbable que la desnutrición se apodere de él. Además, esto ofrece una admirable oportunidad para una demostración práctica sobre la naturaleza de la masa, la inercia y la fricción.

Sin más comentarios, Buddy se levantó y, transportando a Tim sin esfuerzo aparente, se encaminó hacia la puerta que daba acceso al patio.

—Bien, ¿qué tal se ha portado hoy esa repugnante bestia verde? —preguntó Jack.

—¡Oh, es fantástico! Estoy empezando a comprender cómo está programado para actuar.

Lorna se recostó en un sillón, con expresión complacida.

—¿Ah, sí? —El rostro de Jack, en contraste, era avinagrado—. ¿Y cómo?

—Bueno, soporta todo cuanto Tim pueda hacer, y eso no es fácil porque puede saltarse todos los límites que le pongas, y lo interpreta del modo más favorable que se puede. No deja de insistir en que es el amigo de Tim, así que hace lo que haría un amigo.

Jack parpadeó de asombro.

—¿De qué diablos estás hablando? —dijo con voz áspera.

—¡Si me escucharas, lo sabrías! —respondió ella—. Esta mañana le lanzó el plato del desayuno a Buddy, y Buddy se lo comió y le dio las gracias. Después, como tenía hambre, Tim se subió a la alacena y cogió el bote de los caramelos, pero Buddy se lo quitó y se los comió todos, mientras le daba otra vez las gracias, y... Es todo parte de un sistema; de un sistema muy interesante.

—¿Estás chiflada? No sólo dejas que esa monstruosidad se coma el desayuno de Tim, sino también sus caramelos... ¿No intentaste impedirlo?

—Me parece que no has leído las instrucciones... —dijo Lorna.

—Deja de pincharme, ¿quieres? ¡Claro que las he leído!

—Entonces sabrás que si interferes en lo que haga un Amigo, el contrato queda automáticamente anulado y tienes que abonar el importe del alquiler en un solo pago...

—¿Y es interferir darle a tu propio hijo un poco de desayuno en lugar del que se ha comido esa cosa horrible?

—Pero si Tim le tiró el plato...

—Si le dieras una alimentación decente, seguro que...

La discusión continuó. Arriba, en el rellano frente a la puerta de Tim, Buddy seguía con sus peludas orejas verdes muy tiesas, absorbiendo cada palabra.

—¡Tim!

—¡Calla, asquerosa pesadilla horrible!

—Tim, si subes más arriba de donde el tronco de ese árbol se divide en dos, la rama no será lo bastante fuerte para sostener tu peso. Caerás al suelo desde más de tres metros, y el suelo está duro porque este año el verano es muy seco.

—¡Calla, bocazas! ¡Lo único que quiero es estar lejos de ti!

Crac...

—Lo que tienes es un morado, técnicamente llamado hemorragia subcutánea. Eso significa un derrame de sangre bajo la piel. También parece que tienes una ligera ruptura fibrilar del tendón de Aquiles izquierdo. Aquí está la sinovia, que es...

—En vista de tu limitada capacidad natatoria, no es aconsejable alejarse a más de dos metros del borde de esta piscina. Más allá de esa distancia, el fondo se hunde muy rápidamente.

—¡Cállate! Sólo intento alejarme de ti, así que...

Glu, glu...

—En el agua no se encuentra disuelto suficiente oxígeno para sostener a una criatura que respira aire, como los humanos. El pez, en cambio, puede utilizar el oxígeno disuelto en el agua porque tiene branquias, no pulmones. Tus antepasados...

—¡Vaya, ahí está ese cerdo de Tim Patterson! ¡Y mira eso que viene detrás de él! ¡Eh, Tim! ¿Es que tendrás que vivir con ese simpático osito de peluche verde toda la vida? ¿No te funciona bien la cabeza?

Una decena de niños y niñas del vecindario, de edades comprendidas entre los nueve y los catorce años, se arremolinó alrededor de Tim y su acompañante.

—La cabeza de Tim funciona perfectamente, de eso no tengáis la menor duda. Yo he sido asignado a él; soy su Amigo.

—¡Bah, no nos vengas con tonterías! ¿Quién querría ser amigo de Tim? ¡Hace poco le pegó a mi hermano y se burló de él!

—¡Y prendió fuego al gimnasio de la escuela!

—¡Y mató a mi perro! ¡Mató a mi Towser!

—Según entiendo —dijo entonces Buddy—, ahí tienes la oportunidad para decir que lo sientes, ¿no te parece, Tim?

—¡Bah! —respondió el pequeño—. Ese perro apestoso se pasaba el día ladrando como si estuviera loco...

—¡Cerdo! ¡Te cargaste a mi perro!

—¡Buddy! —exclamó entonces Tim—. ¡Socorro, ayúdame!

—Bien, Tim, repito que ésta es una excelente oportunidad para que digas cuánto lo lamentas... No, pequeña, eso no: haz el favor de dejar esa piedra. Es absolutamente incivilizado, además de peligroso, ir arrojando cosas así a la gente.

—¡Cállate!

—¡Vamos a sacarle el mal a golpes! ¡Hagamos que vuelva a su casa llorando y diciendo que esos terribles chicos del vecindario le han pegado! ¡Veamos si le gusta su propia medicina!

—Haced el favor de olvidar vuestras intenciones de causar daño al muchachito que tengo a mi cargo.

—¡He dicho que te calles, bicho verde!

—Ya te lo había advertido, ¿recuerdas? Te dije que era incivilizado y peligroso lanzar piedras contra los demás. Creo que tendré que informar a tus padres. ¡Vamos, Tim!

—¡No!

—Está bien, como quieras. Voy a liberar a esta jovencita para que siga lanzándote más piedras.

—¡No!

—Escucha, Tim, esas dos decisiones son incompatibles. O me acompañas a informar a los padres de esa niña de que te estaba lanzando piedras, o voy a tener que soltarla y, probablemente, se pondrá a lanzarte más... Probablemente, más de las que yo pueda detener antes de que te golpeen.

—Yo..., hum... Lamento haberle hecho eso a tu perro. Es que me ponía nervioso oírle ladrar y ladrar continuamente, sin parar un solo instante...

—No es cierto que se pasara el día ladrando. Se había hecho daño, tenía un corte en una pata y pedía ayuda...

—¡Sí, señor! ¡Se pasaba el día ladrando!

—¡No es cierto! ¡Tú te pusiste furioso sólo porque un día le oíste hacer ruido!

—Bueno, yo... Está bien, quizás...

—Para ser exacto —intervino Buddy—, ha habido tres quejas distintas porque tu perrito hacía demasiado ruido. Y en cada una de las ocasiones resultó que tú te habías ido y le habías dejado solo durante varias horas.

—¡Exacto! —dijo Tim—. Gracias, Buddy. ¿Lo ves? —añadió volviéndose hacia la niña.

—¡Pero no tenías que matarlo por eso! —replicó ella.

—Tiene razón, Tim. No tenías que haberlo hecho. Tendrías que haberte hecho amigo suyo y cuidarle cuando le dejaban solo —comentó Buddy.

—¡Bah!, ¿quién querría cuidar a un perro como esa bestia feroz?

—¿Quizás alguien a quien nunca le han dejado tener su propio perro?

—¡Está bien, está bien! ¡Claro que me gustaría tener un perro, pero nunca me han dejado! Siempre dicen que..., que le torturaría o algo así. Por eso me dije: «De acuerdo, si eso es lo que piensan de mí, les demostraré que tienen razón». ¡A todo el mundo le gusta que se demuestre que tenían razón!

—Todo parece muy tranquilo esta noche —dijo Jack Patterson—. ¿Qué ha sucedido?

—Es todo gracias a Buddy —respondió Lorna.

—¿Ah, sí? ¿Qué ha hecho ahora que yo no pueda hacer?

—¡Convencer a Tim para que se acostara a su hora, y sin gritos, eso es lo que ha hecho!

—¡No me vengas con esas! ¡«Convencerle»! ¡Di mejor «intimidarle»!

—Lo único que puedo decir es que esta noche es la primera vez que Tim ha dejado dormir a Buddy dentro de su habitación, en lugar de en el rellano de la escalera.

—¡Siempre diciéndome que no leo las instrucciones y ahora resulta que tú tampoco! Los Amigos no duermen, al menos no del modo que lo hacemos nosotros. Se supone que están alerta las veinticuatro horas del día.

—¡Oh, basta! La primera noche pacífica que tenemos desde Dios sabe cuándo, y tú pareces dispuesto a echarla a perder.

—¿Yo?

—Entonces, ¿por qué diablos no te callas?

En el piso de arriba, al otro lado de la puerta del dormitorio que, como siempre, estaba entreabierta, las orejas de Buddy permanecían alertas, con sus puntas enroscadas para hacerlas acústicamente ultrasensibles.

—¿Quién...? ¡Ah, ya sé quién eres! Tim Patterson, ¿verdad? Bien, ¿qué quieres, Tim?

—Yo...

—Tim desea saber si su hijo querría jugar a la pelota con él, señora —dijo Buddy.

—¡Debe de estar de broma! ¡No voy a dejar que Teddy juegue con Tim después de que le rompiera el codo con un bate de béisbol!

—Eso sucedió hace mucho tiempo, señora, y...

—¡No! ¡Definitivamente, no!

Slam...

—Bueno, gracias por intentarlo, Buddy. Habría sido divertido... ¡Ah, está bien!

—A esa niña no le advirtieron que no jugara tan cerca de una calle en la que hay tanto tráfico... Tim, querido, necesitare ayuda para resolver esta emergencia. Haz el favor de quitarte el cinturón y pasarlo alrededor de su pierna por aquí... Muy bien. Ahora aprieta fuerte. ¿Ves como se reduce la salida de sangre? Acabas de aplicar un torniquete en el punto de presión adecuado, es decir en el punto por donde pasa una gran arteria próxima a la piel. Si se pierde mucha sangre, puede resultar fatal. Veo que la niña lleva una pluma en el bolsillo del vestido. Por favor, escribe una letra «T» en su frente y añade la hora exacta; por ahí hay un reloj, ¿lo ves? Cuando llegue al hospital, el médico sabrá cuánto tiempo ha estado interrumpido el flujo sanguíneo de la pierna. No debe mantenerse un torniquete más de veinte minutos.

—Esto..., Buddy, no sé escribir la «T». Y tampoco sé decir la hora.

—¿Y cuántos años dices que tienes?

—Pues... ocho. Y medio.

—Sí, Tim. Sé perfectamente que edad tienes, y me doy cuenta de lo borrico que eres. Dame la pluma, por favor... Eso es. Ahora corre a la casa más próxima y pídele a alguien que llame a una ambulancia por teléfono. A no ser que el conductor, que está haciendo marcha atrás, por lo que veo, tenga un teléfono en el coche.

—¿Sí? ¿Qué desean?

Jack Patterson contempló a la pareja que había llegado a la puerta de la casa sin previa advertencia.

—¿El señor Patterson? Soy William Vickers, del bloque del 1100, y ésta es mi esposa, Judy. Creímos que teníamos que pasar por aquí después de lo que su hijo Tim ha hecho hoy. Louise, nuestra hija, ¿sabe?, todavía está en el hospital, por supuesto, pero... Bueno, dicen que se recuperará muy pronto.

—¿Qué diablos están diciendo de Tim? —Lorna apareció desde la sala de estar, con los ojos brillantes y apestando a ginebra—. ¿Dicen ustedes que Tim ha enviado a su hija al hospital? ¡Bueno, esto es el final! ¡Jack Patterson, estás loco si piensas que voy a desperdiciar un día más de mi vida cuidando a ese maldito hijo tuyo! ¡He terminado con él y contigo! ¡Al diablo los dos! ¿Me oyes? ¡Al diablo!

—¡Nos han entendido mal! —protestó débilmente Vickers—. Gracias a su rápida intervención y a la de ese Amigo suyo que le acompaña a todas partes, Louise llegó al hospital con una rapidez sorprendente. Sólo tiene unos cortes y ha perdido un poco de

sangre... Nada grave. Ninguna herida grave como podría esperarse cuando un coche atropella a un niño.

Lorna se quedó con la boca abierta, como un pez varado en la arena. Hubo un silencio y, a continuación, Judy Vickers tiró de la manga a su esposo.

—Querido, hum..., creo que hemos venido en mal momento. Nos vamos a casa. Sin embargo... Bien, ustedes entienden lo agradecidos que les estamos, ¿verdad?

La mujer se volvió y lo mismo hizo su esposo después de lanzar una mirada de perplejidad a los Patterson.

—¡Estúpida! —rugió Jack—. ¿Por qué diablos tenías que saltar con una conclusión tan idiota? Vienen dos personas a darle las gracias a Tim por..., por lo que ha hecho, sea lo que sea, ¡y tú piensas de inmediato en lo peor! ¡No sientes por tu propio hijo el menor respeto..., ni el menor amor!

—¡Naturalmente que le quiero! ¡Soy su madre! ¡Me importa mucho! —Lorna se encaminaba de nuevo hacia la sala de estar, retrocediendo como los cangrejos, con la cara vuelta hacia Jack para seguir gritándole—. En cambio, para ti no es más que una posesión, un símbolo de estatus social, un...

—Una pequeña corrección, señora Patterson —dijo una voz con firmeza.

Lorna emitió un jadeo y se volvió. En medio de la alfombra más grande de la sala de estar se encontraba Buddy, cuya piel verde marcaba un contraste chocante con el azul de la alfombra.

—¡Eh!, ¿qué estás haciendo aquí abajo? —estalló Jack—. Deberías estar arriba, con Tim.

—Tim duerme profundamente y seguirá haciéndolo durante un buen rato —respondió con calma el Amigo—. De todos modos, sugiero que no levanten la voz.

—¡Sólo faltaba esto! No pienso aceptar órdenes de ningún...

—Señor Patterson, no se trata de una cuestión de órdenes. Sencillamente, deseo aclarar un error de concepto por parte de su esposa. En tanto ha diagnosticado con precisión la actitud de usted hacia su hijo, tal como ha afirmado, usted no lo ha considerado nunca como una persona, sino sólo como un atributo más a añadir al conjunto de su imagen, que es la de un ejecutivo de empresa con éxito; su esposa sigue todavía bajo la falsa convicción de que, cito sus propias palabras, «quiere» a su hijo. Sería más acertado decir que se alegra del carácter intratable de Tim porque le ofrece a ella la oportunidad de liberar sus celos contra usted. Está resentida... No, señora Patterson, yo no le recomendaría el uso de la fuerza física. Estoy preparado para un nivel de respuesta nerviosa mucho más rápido que el de los seres humanos.

Lorna, con un brazo levantado y un pesado vaso de cristal tallado en la mano, a punto de arrojarlo, titubeó, suspiró y, finalmente, se arrepintió de hacerlo.

—Sí, está bien. Te he visto coger todo lo que Tim te tiraba... Pero cierra la boca, ¿me oyes? —Lorna notó que volvía a enfurecerse y añadió—: ¡No es asunto tuyo! ¡Guárdate tus críticas! ¡Y deja en paz también a Jack!

—¡Eso! —intervino éste—. ¡En mi vida me habían insultado así!

—Quizás habría sido muy conveniente para ambos que hace tiempo alguien les hubiera dicho unas cuantas verdades desagradables —dijo Buddy—. Mi misión consiste en ayudar a convertir en reales las posibilidades que, se lo recuerdo, ustedes mismos decidieron potenciar en la herencia genética de Tim. Él no pidió nacer como es. No pidió venir al mundo como hijo de unos padres tan presuntuosos que no se contentaban con un hijo normal, sino que exigían el último modelo de lujo. Entre los dos han hecho que sistemáticamente desperdiciara su talento. Ningún niño de ocho años y medio con un CI de entre ciento sesenta y ciento setenta y cinco debería ser incapaz de leer, escribir, decir la hora, contar y muchas otras cosas. Ésa es la situación en la que han puesto a Tim.

—¡Si no te callas te voy a...!

—Señor Patterson, repito el consejo de no levantar mucho la voz.

—¡No pienso seguir los consejos de ningún bicho extraño como tú, monstruo verde!

—¡Yo tampoco! —gritó Lorna—. ¡Decirme que no quiero a mi propio hijo y que sólo lo uso como un arma para agredir a Jack...!

—Exacto, exacto. ¡Y a mí no me echa nadie a la cara que le trato como una especie de adorno, un...! ¿Cómo dijiste?

—Un atributo a añadir al conjunto de su imagen —repitió inmediatamente Buddy.

—Eso es... ¡Un momento! —Jack dio unos pasos hacia el Amigo—. No te estarás burlando de mí, ¿verdad?

—¡Y de mí! —gritó Lorna.

—Ya tengo bastante —continuó Jack Patterson—. Mañana por la mañana, a primera hora, llamaré a la compañía de alquiler y les diré que vengan a retirarte. Estoy harto de que nos gobiernen la vida como si fuéramos retrasados mentales incapaces de cuidar de nosotros mismos. Y, sobre todo, estoy harto de tener a mi hijo a cargo de... ¡Tim! ¿Qué diablos haces fuera de la cama?

—Ya les aconsejé que hablaran en voz más baja —murmuró Buddy.

—¡Vuelve a tu habitación en seguida! —gritó furiosa Lorna a la figurilla de cabellos revueltos que bajaba la escalera con su pijama azul.

Por sus mejillas corrían dos lagrimones que brillaban bajo la luz de las lámparas de la sala de estar.

—¿No has oído a tu madre? —aulló Jack—. ¡A la cama inmediatamente!

Pero Tim continuó bajando con pasos firmes y tensos. Llegó a la planta baja y avanzó directamente hacia Buddy; finalmente, unió sus dedos rosados con los verdes y peludos de Buddy. Sólo entonces empezó a hablar.

—¡No vais a llevaros a Buddy a ninguna parte! ¡Es mi amigo!

—¡No utilices ese tono con tu padre! ¡Haré con esa cosa lo que se me pase por las narices!

—No, no lo harás. —Las palabras de Tim eran una rotunda afirmación—. No tienes autoridad para hacerlo. He leído el contrato y dice que no puedes.

—¿Qué quiere decir eso de que «has leído el contrato»? —rugió Lorna—. Tú no sabes leer, pequeño estúpido.

—En realidad —dijo Buddy con voz suave—, le he enseñado a leer esta tarde.

—¿Le has... qué?

—Le he enseñado a leer esta tarde. La capacidad ya estaba presente en su mente pero ha permanecido latente artificialmente, problema que ya he rectificado. Aparte de ciertas relaciones incongruentes entre sonido y símbolo, Tim estará en condiciones de leer absolutamente cualquier cosa en un par de días.

—Así pues, es cierto que he leído el contrato —declaró Tim—. ¡Por eso sé que Buddy puede quedarse conmigo para siempre!

—Exageras —murmuró Buddy.

—Desde luego —asintió Tim—, pero diez años son mucho tiempo. —Tim apretó con más fuerza sus dedos contra los de Buddy y prosiguió—: Por lo tanto, vamos a dejarnos de más palabras estúpidas, ¿de acuerdo? Y no más gritos, por favor. Buddy me ha explicado por que los niños como yo necesitan dormir mucho, y supongo que tengo que volver a la cama. ¿Vienes, Buddy?

—Sí, claro. Buenas noches, señor y señora Patterson. Por favor, mediten sobre mis observaciones. Y también sobre las de Tim, porque él les conoce mucho mejor que yo.

Tim se volvió desde la escalera, con Buddy a su lado, y miró a sus padres con una expresión seria y unos ojos graves en los que ya se habían secado las lágrimas.

—No os preocupéis —dijo finalmente—. Desde ahora no voy a ser tan insoportable. Comprendo que no podéis evitar comportaros como lo hacéis.

—Siempre tiene un aire tan condescendiente... —estalló Jack Patterson la siguiente vez que él y Lorna acudieron a la consulta del doctor Hend.

Como parte del acuerdo privado, sin tribunales, sobre el asunto del perro muerto, los Patterson estaban obligados a llevar a Tim a la consulta una vez al mes. Eso era ligeramente más barato que alquilar el tipo de ordenador legal que pudiera salvar al pequeño de ser recluido en una institución.

—Sí, imagino que debe de tenerlo —suspiró el doctor Hend—. Pero comprendan que un biofacto como Buddy está diseñado para maximizar las características que los mejores antropólogos de Proción, Régulo, Sigma Draconis y otros planetas han diagnosticado como beneficiosas para la sociedad humana, pero peligrosamente escasas en la misma. Y la principal entre ellas es la empatía, naturalmente. El compañerismo, la compasión y ese tipo de cosas. Y para estimular su desarrollo, debe empezarse por inculcar paciencia, lo que significa tener que establecer un ejemplo.

—¿Paciencia? ¡No hay nada de paciente en Tim! —replicó Lorna—. Es cierto que solía mostrarse perverso, destructivo y malhablado, y ahora eso ha terminado, pero jamás nos deja un momento de paz. Todo el rato está «dame esto», «dame aquello», «quiero hacer un barco», «quiero hacer una nave espacial a escala», «quiero un bote de cristal para hacer un como-se-llame y ver cómo viven las hormigas». «¡Quiero!», «¡quiero!» Eso es igual de malo, o aún peor.

—¡Exacto! —asintió Jack, malhumorado—. Lo que ha hecho Buddy es volver a nuestro hijo contra nosotros.

—Al contrario. Le ha vuelto hacia ustedes, no en contra. Aunque con retraso, Tim está haciendo cuanto puede por adecuarse a los ideales que ustedes soñaban para él desde el primer momento. Querían ustedes un hijo con la mente despierta y un CI elevado. Pues bien, ahí lo tienen. —La voz del doctor Hend traicionaba el hecho de que su ánimo estaba muy irritado—. Tim ha vuelto a una escuela normal, está consiguiendo unas notas magníficas, se desenvuelve bien en el gimnasio de caída libre, e incontables cosas más. Buddy le ha convertido precisamente en el tipo de hijo que ustedes solicitaron.

—¡Le digo que no! —gritó Jack—. Tim parece..., parece mirarnos con desprecio, y eso no puedo soportarlo.

—Señor Patterson, si de vez en cuando se detuviera a pensarlo, se daría cuenta de por qué eso era inevitable que sucediera.

—¡Yo digo que podría y debería haberse evitado!

—Imposible. Para romper el aislamiento de Tim en el plazo más breve posible, y para curar su incapacidad de relacionarse y comprender los sentimientos de los demás, Buddy ha utilizado los medios más prácticos que tenía a mano. Le ha enseñado a Tim un sentimiento de lástima, un truco que muchas veces me gustaría que funcionara con algunos pacientes, pero que me resulta imposible porque yo también soy humano. No ha sido culpa de Buddy, ni tampoco de Tim, que las primeras personas a las que ha aprendido a compadecer hayan sido ustedes.

»Por tanto, si desean que vuelva a sentir respeto por ustedes, será mejor que le pidan consejo a Buddy. Él les explicará cómo hacer frente al tema. Después de todo, para esto están los Amigos, para hacernos mejores como seres humanos.

»Ahora tendrán que perdonarme. Tengo otros pacientes esperando. Buenas tardes.

John Brunner (1934-)

John Brunner empezó vendiendo ciencia ficción cuando era un adolescente, y hoy es uno de los escritores del género más importantes de Gran Bretaña. Hasta el momento ha producido más de cincuenta novelas y un centenar de relatos, y ha ganado varios de los principales premios, entre ellos el Hugo. Escritor muy ambicioso, ha intentado repetidamente ampliar su temática recurriendo a historias inusuales o utilizando técnicas narrativas experimentales. *The Squares of the City* (1965), por ejemplo, transforma una partida clásica de ajedrez en una novela de ciencia ficción, mientras que *Stand on Zanzibar* (1968) retrata la desesperación de un mundo altamente superpoblado con un estilo «mosaico», similar al de John Dos Passos.

LOS CONDUCTORES

Edward W. Ludwig

Inspiró profundamente. Sacó el pañuelo y se secó el sudor de la frente, el bigote y las palmas de las manos.

Su mente acarició la esperanza: Quizá no haya pasado las pruebas. Quizá no quieran darme el permiso.

Abrió la puerta y entró.

La voz metálica de un robot recepcionista murmuró:

—¿Nombre?

—Tom... Tom Rogers.

Clic...

—¿Está citado?

La mirada de Tom Rogers recorrió la multitud de analizadores, ordenadores, tabuladoras y demás aparatos metálicos, los grupos de técnicos y asistentes con sus batas blancas, los ríos interminables de datos registrados que surgían de las bocas situadas en el techo abovedado.

—¿Está citado?

—¡Ah, sí! ¡A las 4.45!

Clic...

—Siga la flecha roja del pasillo Tres, por favor.

Tom Rogers se internó por el pasillo con los ojos muy atentos a las luces destellantes, en forma de flecha, situadas justo bajo la superficie del suelo de cuarcita.

De pronto, se encontró ante un escritorio. Alguien le obligó a sentarse en un sillón anatómico de gomaespuma.

—¿Sorprendido, verdad, muchacho? —tronó una voz grave—. Nada de robots a estas alturas del juego, no señor. Esto requiere el toque humano. ¿Me sigues?

—Aja.

—Bien, vamos a ver...

El hombre se recostó en su sillón, detrás del escritorio, y se puso a revisar un montón de papeles. Era un tipo barrigudo y calvo, salvo un mechón de cabellos revueltos color castaño rojizo. Sus ojos grises, con una mirada soñadora consecuencia de las gruesas lentillas, resultaban agradables. Cruzándole el pecho llevaba dos filas de Galones de Conductor, de brillante color irisado. También llevaba dos Estrellas de Accidente en bronce, flanqueadas por otras estrellas menores que indicaban reposición de miembros.

Un poco tarde, Tom advirtió una placa en aluminio sobre el escritorio, en la que podía leerse: Harry Hayden, Examinador Final - Humano.

Por favor, Harry Hayden, pensó Tom. Dime que he suspendido. No me tengas en vilo. Por favor, sé rápido y dime que no he pasado las pruebas.

—No he tenido mucho tiempo para repasar tu informe —musitó Harry Hayden—. Thomas Darwell Rogers. Ocupación: estudiante de periodismo. Soltero. Sin hermanos. Estatura: uno ochenta. Peso: ochenta kilos. Edad: veinte.

Harry Hayden frunció el ceño.

—¿Veinte? —repitió mientras alzaba la vista.

¡Oh, Dios mío, ya estamos otra vez!

—Sí, señor —contestó Tom Rogers.

Las facciones de Harry Hayden se endurecieron.

—¿Has tratado de alistarte anteriormente? ¿Has fallado en las pruebas alguna vez?

—Esta es mi primera solicitud.

Una súbita hostilidad borró los últimos restos de amabilidad de las facciones de Harry Hayden. Frunció el ceño mientras seguía estudiando el informe.

—Nacido el 18 de julio de 2020. Hoy es 16 de julio de 2041. Dentro de dos días cumples veintiuno. No concedemos permisos a los mayores de veintiuno.

—Lo... lo sé, señor. Los psiquiatras creen que la gente se adapta mejor a Conducir cuando es joven.

—De hecho —le miró torvamente Harry Hayden—, dentro de dos días habrías entrado en la lista de evasores de alistamiento. Nuestro departamento de Roboestadística habría extendido una orden de detención automáticamente.

—Lo sé, señor.

—Entonces, ¿porqué has esperado tanto?

La voz era como el filo de una navaja. Tom se secó un nuevo acceso de sudor de la frente.

—Bueno, verá, uno va dejando las cosas para más adelante y...

—No trates de quitarle importancia a las cosas de esa manera, muchacho. Mira, mis tres hijos han estado ahí plantados a las cinco de la mañana del día que cumplían dieciséis años. Todos y cada uno de ellos. No hablaban de otra cosa desde que tenían doce. Solían jugar a Conductores hasta seis y siete veces al día...

—La mayoría de los chicos son así —dijo Tom.

—¿Tú no?

La hostilidad de Harry Hayden parecía agitarse en su interior como si se tratara de agua hirviendo.

—Claro que sí —mintió Tom.

—No lo entiendo. ¿Dices que querías Conducir, pero no has intentado alistarte?

Tom se retorció en su asiento.

No puedes decirle que los jetmóviles te han dado miedo desde que viste aquel accidente a los tres años. No puedes decirle que, a los siete, viste morir a tu abuelo a bordo de un jetmóvil y que desde entonces ni siquiera has vuelto a tocar un jetmóvil de juguete. No puedes decirle esas cosas porque cinco años de entrenamiento psiquiátrico no te quitaron el miedo. Si los médicos no lo entendieron, ¿cómo iba a hacerlo Harry Hayden?

Tom se mojó los labios. Y no puedes decirle que muchas veces te acostabas rezando por morir antes de los dieciséis, ni cómo suplicabas a papá y mamá para que no te obligaran a alistarte hasta los veinte. No puedes...

De pronto, le vino a la cabeza una inspiración. Apretó los puños.

—Fue..., fue mi madre, señor. Ya sabe cómo son a veces las madres. No les gusta ver que sus hijos crecen. No quieren verles vestidos de uniforme, arriesgándose a morir.

Harry Hayden digirió la explicación durante unos segundos. Pareció tranquilizarse.

—Por todos los diablos, tienes razón. Esther se tomó muy mal las cosas cuando Mark murió en un choque de cinco coches en las afueras de San Francisco. Y cuando Larry se estrelló hace tres veranos en Europa. Esther es mi mujer... Mark era mi hijo menor, y Larry el mayor. —Movié la cabeza y prosiguió—: Pero ahora las cosas ya no son tan duras como antes. Los injertos de órganos y miembros son casi perfectos y, con la electrohipnosis, las operaciones son indoloras. Las únicas muertes ahora son las instantáneas, cuando los médicos no llegan a tiempo. Fíjate, en el último período de cuatro años no murió más que uno de cada diez Conductores.

Una parte de su naturaleza afable volvió a Harry Hayden.

—De todos modos —añadió—, tu vida privada no es asunto mío. ¿Has entendido el contrato de alistamiento?

Tom asintió. ¡Maldito seas, Harry Hayden, déjame salir de aquí! Dime que he suspendido o que he aprobado, ¡pero déjame salir de aquí de una vez!

—¿Y bien? —inquirió Harry Hayden, esperando su respuesta.

—¡Ah!, el contrato de alistamiento. El primer alistamiento es por cuatro años. Renovación en cualquier momento durante el cuarto año a opción del alistado. Mínimo de horas exigido por semana: siete. Uso de armadura no autorizada o armas ofensivas, punible con 5.000 dólares de multa o cinco años de cárcel. Cualquier accidente y/o muerte no presenciado por un jetcóptero de la Jetautopista debe ser comunicado inmediatamente por visifono al Centro Médico y al Arbitro más cercano. ¡Ah, sí! Velocidad máxima: 1.400 kilómetros por hora.

—¡Exacto! ¡Te lo sabes bien, muchacho! —Harry Hayden hizo una pausa mientras se humedecía los labios—. Vamos a ver. Creo que voy a hacerte un par de preguntas más. Este es tu examen final, ¿comprendes? ¿Qué recuerdas de la historia de la Conducción?

Tom estuvo a punto de contestarle: «Vete a la mierda, gordo idiota», pero sabía que nada de cuanto dijera o hiciera tenía ya ninguna importancia. Lo único importante habían sido las pruebas con los robots de entrenamiento que había realizado durante las tres semanas anteriores.

Como envuelto en una densa niebla, se oyó a sí mismo repitiendo las frases grabadas en su mente por las cintas de historia de la escuela:

—En el siglo XX, la mayoría de los pueblos de la Tierra estaban llenos de odios y frustraciones. La humanidad estaba maldita con una guerra mundial cada generación, aproximadamente. Entre una guerra y otra, los jóvenes no tenían salidas para sus energías y muchos de ellos formaban bandas de delincuentes. Incluso entre la gente adulta se daba un alarmante número de psicosis y neurosis.

»La institución de la Conducción se produjo en 1998, después de que los automóviles fueran declarados obsoletos debido a su gran número. Las Jetautopistas quedaron reservadas para su uso por jóvenes amantes de las emociones.

—¡Exacto! —interrumpió Harry Hayden—. Así, los muchachos tienen todo el riesgo que buscan, y ya no hay delincuentes ni guerras. Cuando uno ha dado un par de paseos matando o casi dejando la vida, uno madura, queda a punto para establecerse y llevar una vida tranquila, como solía suceder entre los veteranos de guerra de otros tiempos. Además, uno queda entrenado para pensar y actuar con rapidez, y se adquiere buen juicio. Y los débiles y poco preparados van siendo eliminados. ¿Entendido, muchacho?

Tom asintió. Un pensamiento se abrió camino entre la capa de miedo que cubría su mente.

—Entendido... hasta cierto punto.

—¿Cómo es eso, muchacho?

A Tom le tembló la voz al hablar, pero no se detuvo:

—Me refiero a que eso es una parte. La otra es que la mayor parte de la gente se aburre consigo misma. Piensan que viajando aprisa podrán escapar de sí mismos. Después de cuatro años de Conducir a 1.200 por hora, descubren que no pueden escapar, así que se resignan. O, a veces, si tienen la fortuna de escapar a la muerte, empiezan a sentirse importantes, después de todo. Entonces no se aburren tanto porque una parte de su mente les dice que son más poderosos que la muerte.

Harry Hayden emitió un silbido.

—¡En!, nunca había oído nada parecido. ¿Eso sale ahora en las cintas? No puedo decir que lo haya entendido demasiado bien, pero me parece una buena idea. Sea como sea, Conducir es bueno. Limita el exceso de población, además... Y ahora que Perú ha construido una Jetautopista, se puede llegar a todo el mundo. ¡Sí, señor!

Le lanzó un bolígrafo a Tom y añadió:

—Está bien, muchacho. Firma aquí.

Tom Rogers asió el bolígrafo en un gesto automático.

—¿Eso significa que...?

—Sí, muchacho. Has pasado las pruebas A-1 con el robot de entrenamiento. Bueno, algunos de los psicoinformes no son nada apabullantes. Falta de confianza, sentimiento de inferioridad, incapacidad para integrarse. Sin embargo, no hay nada serio. Unas semanas de Conducir te pondrán derecho. Sí, muchacho, has aprobado. Vas a tener tu permiso. Mañana por la mañana estarás en la Jetautopista. Estarás Conduciendo, muchacho. ¡Conduciendo!

¡Oh, Dios mío, Dios mío...!

—Y ahora —dijo Harry Hayden—, querrás ver tu jet, tu Avispa.

—Claro... —murmuró Tom Rogers, balanceándose.

El obeso Harry Hayden se levantó y condujo a Tom por una rampa de aluminita hasta una pequeña plataforma de observación a unos treinta metros sobre el suelo.

Un viento seco de verano besó el cabello de Tom y le escoció en los ojos. Una náusea dio vueltas en su estómago. Se sintió como si estuviera colgado en el borde de un precipicio resbaladizo.

—Ahí está la Jetautopista —dijo Harry Hayden—. Es hermosa, ¿verdad?

—Aja...

Tom, tembloroso, obligó a sus ojos a mirar el liso y brillante cañón que se abría ante sus pies. El fondo era una cinta de asfalto blanco reluciente, de trescientos metros de ancho, que cortaba la ciudad en una recta inmensa. Sus muros eran taludes de cemento desnudo de treinta metros de altura cuyos bordes reforzados se curvaban hacia adentro sobre la blancura aséptica del asfalto.

Harry Hayden señaló hacia abajo con su mano regordeta.

—Y ahí están las Avispas. ¿Las ves, muchacho? Ahí delante del taller de reparaciones. Una docena de Avispas DeLuxe Super-Jet '41, recién salidas de fábrica, ¡sí, señor! Mañana vais a ser doce los que hagáis el primer viaje.

Tom observó los doce jetmóviles, de silueta parecida a una lágrima aplastada. Los rayos del sol no brillaban sobre su superficie absolutamente negra. Estaban puestos uno al lado del otro, silenciosos e impotentes, insensibles al sol, como balas negras a punto para lanzar a sus futuros ocupantes a un mundo de furia y terror.

El abuelo estaba tan blanco en el ataúd, tan muerto...

—¿Qué sucede, muchacho? ¿Te sientes mal?

—No, no... Claro que no.

—¡Ya lo tengo! —se echó a reír Harry Hayden—. Pensabas que realmente ibas a ver una Avispa. Meterte en ella y probarla, quiero decir. Hoy se ha hecho demasiado tarde, muchacho. El taller está a punto de cerrar. Y, de todos modos, no habrías podido Conducir. Las normas dicen que los nuevos Conductores empiecen por la mañana, cuando estén descansados. Sin embargo, quédate tranquilo: mañana por la mañana te será asignada una de esas Avispas. La entregarán en la terminal más próxima a tu casa. ¿Vives lejos de la terminal?

—A unas cuatro calles.

—Medio minuto por la acera móvil. ¿A qué universidad vas?

—A la Western.

—¡Vaya!, si eso está a 600 kilómetros. ¿Has vivido allí?

—No. Acudía cada día en el monorraíl.

—¡Vamos, eso es para viejas! Debías de tardar más de una hora en llegar, ¿no? Ahora podrás estar allí en menos de treinta minutos. De todos modos, el primer día tómallo con calma. No vayas a más de 600 por hora, pero tampoco vayas a menos. Si lo haces, algún viejo veterano se dará cuenta de que eres un pichón novato e intentará acabar contigo.

De pronto, Harry Hayden se puso en tensión.

—¡Ahí viene una pareja! ¡Mírala, muchacho!

El sordo rumor venía del oeste. Era como de abejas furiosas.

Dos puntos negros aparecieron a lo lejos en la cinta blanca. El rumor se hizo más y más fuerte. Los puntos se hicieron más y más grandes. Para Tom, la estéril Jetautopista se transformó en un albergue del horror, en un anfiteatro de la muerte.

Más fuerte y más grandes...

Bruuum...

Pasaron.

—¿Qué, muchacho, te ha gustado? ¡Esos van a romper la barrera del sonido o no me llamo Harry Hayden!

Las manos de Tom, con los nudillos blancos, se asieron a una barandilla para sostenerle. ¡Señor!, me voy a poner malo. Voy a vomitar.

—Pero espera a las cinco de la tarde o a las nueve de la mañana. Entonces sí que hay tráfico. ¡Entonces sí que se ve a gente que Conduce de verdad!

Tom tragó en seco.

—¿Hay un retrete por aquí?

—¿Qué sucede, muchacho?

—Un baño, un retrete...

—¿Qué te pasa? Realmente pareces enfermo. ¿Demasiada excitación, quizás?

Tom se movió frenéticamente.

Harry Hayden señaló un rincón mientras sus rasgos regordetes reflejaban que, lentamente, iba comprendiendo la situación.

—Después de la rampa, a la derecha.

Tom Rogers llegó justo a tiempo...

Muchas voces:

«¡Feliz Conducción,

feliz Conducción,

feliz Conducción, querido Tooom...» (pausa)

feliz Coon...» (floreo) «...ducción!»

Una explosión de risas. Unos rostros radiantes se aproximan, un montón de manos se extienden hacia él.

Mamá fue la primera en abrazarle. Bajo la gruesa capa de maquillaje, su pequeño rostro estaba pálido. Su cuerpo, firme y redondeado, parecía el de una muchacha con aquel vestido de crujiente seda marciana, pero sus ojos azules parecían tristes y en su voz había un temblor de angustia.

—¿Has aprobado, Tom? —preguntó suavemente.

Tom torció el gesto. ¿Qué temía su madre: que hubiera pasado las pruebas..., o que no las hubiera superado? No estaba seguro.

Antes de que pudiera responder, intervino el padre de Tom, con aire jocoso:

—¡Hoy día aprueba todo el mundo, menos los tullidos y los idiotas!

Tom intentó unirse al coro de risas.

—¿Has aprobado, verdad, hijo? —dijo el padre, ahora en voz más baja.

—He aprobado —asintió Tom con una sonrisa forzada—. Pero, papá, no quería ninguna fiesta sorpresa. Realmente, yo...

—Tonterías —interrumpió su padre, recobrando la compostura—. Este es el momento más feliz de nuestras vidas... O, al menos, debería serlo.

El padre sonrió. En sus recias facciones, enmarcadas de canas, parpadeó un súbito aire de comprensión, íntimo y suave. Por un instante, Tom sintió que no estaba solo.

Después, la amistosa expresión se difuminó y el padre reanudó su papel de hombre orgulloso y satisfecho de su hijo. La luz se reflejaba en sus tres hileras de Galones de Conductor. En el centro llevaba el Galón Azul de Honor, como una flor azul en un jardín frondoso de Estrellas de Accidente de bronce, Galones de Fallecimientos carmesíes y Cabezas de Muertes de plata.

En un momento de desesperación, Tom se volvió hacia su madre. Esta mostraba todavía un aire de tristeza en el rostro, pero parecía ocultarlo con una expresión de orgullo maternal. ¿Cómo era eso que le había dicho cierta vez? Tom lo recordó: «Pensar en que vas a ser un Conductor es terrible, Tom, pero sería cien veces más terrible ver que no llegaras a serlo».

Ahora se daba cuenta de que estaba solo, de que su padre y su madre eran unos extraños. Después de todo, ¿cómo podía una persona, atrincherada en su pequeño mundo de tranquilidad y seguridad, conocer realmente el temor y la soledad de otro?

—Una pequeña fiesta —decía el padre—. No serías un Conductor si no te hiciéramos una fiesta por todo lo alto. Están aquí todos nuestros amigos. El tío Mack y la tía Edith, y Bill Ackerman y Lou Dorrance...

No, papá, pensó Tom. Esos no son nuestros amigos, sino los vuestros. ¿No recuerdas que un hombre de veinte años que no sea Conductor no tiene amigos?

Un hombre flaco que parloteaba sin cesar se interpuso entre Tom y su padre. Tom advirtió que tío Mack parloteaba, dirigiéndose a él.

—Sabía que lo harías, Tom. Nunca creí a esos que decían que tenías miedo. Naturalmente, mi hijo se alistó cuando sólo tenía diecisiete años. Ahora ha pasado ya de los treinta, pero todavía Conduce de vez en cuando. Tiene un permiso especial, ¿sabes? Esta última semana...

—¡Un brindis por nuestro nuevo Conductor!

Murmullos de alegría. Tintinear de vasos. Glu-glús de líquidos.

Alguien hizo sonar un acorde al piano. Se alzaron unas voces:

«Conduciendo irá,
Conduciendo irá,
al Infierno y vuelta en un ataúd negro
Conduciendo irá.»

Tom apuró su copa de champaña. Un agradable calorcillo le llenó el estómago y un satisfactorio aturdimiento amortiguó la aguda punzada del miedo.

Sonrió con amargura.

En el corazón humano había amabilidad y buenos sentimientos, pensó, pero también había, como pequeñas llamas inextinguibles, ferocidad y salvajismo. ¿Qué otra cosa cabía esperar de una raza que apenas hacía unos miles de años que había superado la Edad de Piedra?

Por la imaginación de Tom pasaron unas sombrías escenas:

El hombre primitivo bailando alrededor de un fuego del Paleolítico, entonando una invocación a dioses extraños que pudieran ayudarle en la batalla del día siguiente contra los peludos guerreros del Sur.

El gladiador romano, de pecho grande como un tonel, con su tridente y su red, entrando en el gran circo monumental.

El caballero de armadura plateada, con el guantelete cubriéndole la mano, entrando en el recinto del torneo rodeado de estandartes.

El defensa de hombros cuadrados saltando, bajo un alud de animadores, al terreno de juego del estadio del siglo XX.

El hombre necesitaba un reto a sus capacidades, una prueba de sus fuerzas. El impulso por el combate y el amor al peligro eran tan innatos como el deseo de vivir. ¿Quién era él para decir que la ley de la Conducción era injusta?

Sin embargo, le recorrió un escalofrío.

Y los cantantes prosiguieron:

«A mil kilómetros por hora,

a mil kilómetros por hora,

los ángeles lloran y los demonios suspiran

a mil kilómetros por hora...»

La terminal de jetmóviles era como el cubil de unos tigres negros, encadenados y rugientes. Los ayudantes, con sus monos de trabajo blancos, iban de coche en coche tocando con manos expertas los controles de los motores atómicos e insuflando a cada vehículo una nueva y poderosa vida.

Con el rostro ceniciento y pálido y aún temblando bajo el frío de la mañana, Tom Rogers entregó un volante de identificación al empleado.

—Está bien, muchacho —murmuró el tipo, que tenía cara de ratón—. Ahí tienes tu Avispa. Hangar 17. Recién salida de fábrica, totalmente nueva. Buena suerte.

Tom contempló horrorizado la rugiente bestia metálica.

—Pero recuerda —le dijo el empleado—, no trates de causar ninguna muerte ya durante el primer día. La mayoría de los Conductores, por otro lado, no salen a ganar un Galón cada día. Muchos sólo quieren ir al trabajo o a la escuela, y pasar un viaje entretenido.

Un viaje entretenido, pensó Tom. ¡Santo cielo!

Junto a él pasó un grupo de Conductores uniformados de negro. Se detuvieron a la entrada de sus hangares, se colocaron los cascos protectores y los cinturones de seguridad, y se ajustaron las gafas. Eran como guerreros primitivos, como arrogantes gladiadores romanos, como caballeros en sus armaduras, como defensas de rugby. Eran formidables y profesionales.

A Tom se le disparó la imaginación.

Por las barbas de Júpiter, venceremos a Atila y sus bárbaros. Demostraremos que somos merecedores de ser llamados hombres y romanos... ¿El Caballero Rojo? Juro, madre, que su sangre conocerá el acero de esta lanza... No temas, padre. Esos malditos alemanes y japoneses no me pondrán la mano encima... Vedme en la tele, muchachos. Hoy haré tres tantos, ¡os lo prometo!

La voz del empleado le hizo volver a la realidad.

—¿A qué esperas, muchacho? ¡Adentro!

El corazón de Tom aceleró su latir. Notó en las sienes el cálido pulso de la sangre.

La Avispa estaba debajo de él como un ataúd abierto que le esperaba.

Vaciló.

—¡Hola, Tom! —dijo una voz casi infantil—. ¡Apuesto a que llego antes!

Tom parpadeó y contempló a un chico de diecisiete años, de constitución pequeña y cabello revuelto, que pasaba ante el hangar. Ahí estaba Larry Miles, un alumno de primer curso de la Western.

Un muchacho enjuto y de rostro granujiento transformado de pronto en un guerrero ataviado de negro. ¿Cómo podía ser?

—Está bien —respondió Tom, mordiéndose el labio.

Volvió a mirar la Avispa. De nuevo le invadió una sensación de vértigo.

Puedes decir que te sientes mal, se dijo. Ya ha sucedido otras veces; la resaca de la fiesta. Claro que sí. Mañana te sentirás mejor. Si pudieras disponer de un día más. Sólo un día...

Otras Avispas se encaminaban ya hacia la cinta de asfalto como esbeltos gatos negros embarcando para un vuelo sin sentido. Uno tras otro, los jetmóviles iban partiendo entre rugidos y gruñidos, escupiendo una llamarada escarlata por sus propulsores traseros.

Si esperaba diez minutos más, quizás el tráfico se haría más fluido. Podía tomarse un café y dejar que le adelantaran todos los que a las nueve tenían que estar en el trabajo.

No, maldita sea. Hay que superar eso. Si te estrellas, te estrellas. Si te matas, te matas. Como el abuelo y un millón de Conductores más.

Apretó los dientes y luchó por superar el vértigo que le invadía. Colocó el cuerpo en la cabina de la Avispa, notó el empuje de una energía increíble bajo los controles de acerita. En comparación con aquel vehículo, los antiguos Jetmóviles de entrenamiento eran unos juguetes para niños.

Un empleado cerró la cubierta corrediza de plexita. Delante, un práctico-guía movió la bandera azul para indicarle que partiera.

Tom pulsó el contacto. Sus temblorosas manos se apretaron en torno a la palanca de conducción. La Avispa se lanzó hacia delante, vibrando al entrar en el campo-guía electromagnético de la Jetautopista.

Empezó a Conducir...

Cien kilómetros por hora. Doscientos. Trescientos.

Tom Condujo por el gran valle de asfalto. Dentro de las gafas le goteaba el sudor, mojándole el cristal plástico. Se las quitó. La refulgente blancura le hizo daño en los ojos.

Los jetmóviles pasaban rugiendo junto a él. Las turbulencias del aire a su paso desestabilizaban su propio vehículo. Tenía blancos los nudillos de las manos, todavía asidas desesperadamente de la barra de Conducción.

Recordó el consejo de Harry Hayden: «No vayas a menos de 600. Si lo haces, algún viejo veterano sabrá que eres un pichón novato e intentará sacarte de en medio».

¡Dios santo! Seiscientos.

Sin embargo, de una manera extraña, una dosis de coraje fue abriéndose paso en su mente paralizada por el miedo. Si Larry Miles, un chiquillo de diecisiete años con el rostro lleno de granos, podía hacerlo, él también lo haría. Claro que sí, se dijo Tom.

Su pie apretó el acelerador. Los motores atómicos ronronearon satisfactoriamente.

A la derecha, observó la presencia caleidoscópica de una giroambulancia blanca. Un grupo de bestias metálicas yacía apiñado en la banda de emergencia como hormigas negras dando cuenta del cadáver de otro insecto.

Igual que el abuelo, pensó. Como en esos dos momentos del oscuro pasado, esos instantes de llamaradas furiosas, de muertes terribles y de temor infantil.

Zummm...

Pasó otro coche. La escena se perdió, transformada en un racimo de puntos negros en el radarscopio retrovisor.

Se le revolvió el estómago y, por un instante, creyó que iba a vomitar otra vez.

Sin embargo, más fuerte que su horror era ahora el creciente odio que sentía por su mismo miedo. Su cuerpo se puso en tensión como si estuviera enfrentándose a un enemigo físico. Combatió contra sus recuerdos, intentó expulsarlos al olvido de los tiempos perdidos, intentó dejarlos atrás, tal como había hecho su Avispa con aquel montón de bestias metálicas.

Respiró profundamente. Finalmente, no iba a ponerse malo otra vez. Quinientos, ahora. Seiscientos. Había alcanzado esa velocidad sin enterarse. Ahora la mantendría constante. Por el carril de la derecha. Si Larry Miles puede hacerlo, tú también.

Zuum...

¡Dios mío, de dónde habrá salido ése!

Sólo diez minutos más y habrás llegado. Al llegar a la universidad hay que dar vuelta a la derecha, el piloto automático se cuidará de eso. No tendrás que ponerte en el carril de velocidad rápida.

Se limpió el sudor de la frente. No está tan mal eso de Conducir. Como bien había dicho Harry Hayden, los Conductores asesinos salen sobre todos los sábados y domingos. Ahora, la mayoría sólo desea llegar al trabajo o a la escuela.

Seiscientos, setecientos, ochocientos...

¿Se atrevería a seguir hasta romper la barrera del sonido?

El blanco asfalto era como una niebla opaca. El universo parecía consistir únicamente en aquella amplia extensión de Jetautopista.

Zuuuum...

¡Incluso a aquella velocidad, alguien le había pasado! ¡El tipo tenía que estar loco! ¡Y, además, cortando! La llama de sus jets nubló el campo de visión de Tom.

Al instante levantó el pie del acelerador; la Avispa aminoró la velocidad. El jetmóvil situado delante desapareció en la blanca distancia como una flecha negra.

¡Vaya!

De repente, Tom tenía las piernas como agua helada. Desaceleró más para detenerse en el arcén de emergencia. El velocímetro fue señalando: quinientos, cuatrocientos, trescientos, doscientos, cien, cero...

Vio la imagen de la Avispa que se acercaba por el radarscopio retrovisor. Venía a gran velocidad y se dirigía directamente hacia él, hacia el arcén de emergencia.

¡Un rozaarcenes!

El corazón de Tom empezó a latir desesperadamente. No habría contacto físico entre las dos Avispas, pero el torrente de aire provocado por el paso ajustado del otro vehículo junto al costado de su Avispa enviaría a ésta, con Tom en su interior, contra el talud de la Jetautopista como si fuera una hoja movida por una tormenta.

No había tiempo de conseguir la aceleración suficiente para escapar. Su única posibilidad era atemorizar al atacante y hacerle huir. Enderezó su Avispa y pulsó los jets de aceleración y de frenada a la vez, al máximo de su potencia. El vehículo se estremeció ante la súbita liberación de energía. Una llamarada al rojo blanco surgió de sus dos docenas de impulsores. La Avispa de Tom quedaba rodeada de una esfera de llamas.

Sin embargo, enmudeciendo el rugido de los motores, escuchó el trueno de la Avispa atacante. Como un meteorito negro en el radarscopio de Tom, el vehículo pasó como una exhalación junto a él. Tom cerró los ojos y se aseguró, preparado para el impacto.

Pero no hubo tal. Sólo una explosión de sonido y un leve temblor en el vehículo. Era como si las dos Avispas hubieran pasado a varios palmos, y no centímetros, la una de la otra.

Tom abrió los ojos y revisó los controles de los motores.

Ante él, a través de la cubierta corredera de plexita, pudo divisar al atacante.

Ya estaba lejos, como un loco y salvaje pájaro negro. Todos los impulsores del vehículo agresor soltaban llamaradas. Tom lo vio aproximarse excesivamente al lado contrario de la Jetautopista y zigzaguear por el curvo talud. El vehículo empezó a vibrar cuando su impulso venció el campo-guía electromagnético de la Jetautopista.

Como si formara parte de una increíble noria de feria, la Avispa saltó el borde del talud. Dejó el asfalto, dio un salto mortal hacia atrás y siguió dando vueltas por el aire como un molinete llameante.

Por fin, cayó en el centro de la reluciente Jetautopista con un estruendo que hizo vibrar el suelo.

¿Qué ha sucedido?, gritó el asombrado cerebro de Tom. ¡Por todos los santos!, ¿qué ha sucedido?

Vio la estilizada silueta blanca de un jetcóptero de Arbitros flotando sobre la calzada, junto a él. Al poco rato, le sacaban de su Avispa. Alguien le estrechaba la mano y le daba unas palmaditas en la espalda.

—Magnífico —decía una voz—. Sencillamente, magnífico.

De noche. Risas alegres y tintineos de vasos. Por encima de todo, la voz del padre, estentórea y llena de orgullo:

—...Y todo eso el primer día. Vio un coche por el radarscopio retrovisor y adivinó lo que ese diablo se proponía hacer. Y entonces, ¿creéis que intentó escapar? No, señor. Se quedó donde estaba. Cuando el otro se acercó para acabar con él, Tom dio media vuelta a la Avispa y puso los impulsores a toda potencia. El asesino no tuvo la menor posibilidad de acercarse lo suficiente para enviar a Tom contra el talud. Las llamas lo asaron como si fuera un pimiento.

El padre pasó el brazo por los hombros de Tom. Todas las miradas parecían clavadas en el nuevo y reluciente Galón de Fallecimiento carmesí de Tom, acompañado no sólo de una Cabeza de Muerte, sino también de un Círculo de Honor azul marino.

Aquí viene el héroe conquistador. Atila ha sido vencido y Roma se ha salvado. El Caballero Rojo ha sido derrotado y la rubia princesa es mía. Ese zero japonés no ha tenido la menor oportunidad. Un tanto en los cinco segundos finales del último período de juego... ¿No está mal, verdad?

Eso pensaba Tom mientras su padre continuaba:

—Ese diablo era un auténtico asesino. Se llamaba Wilson y llevaba seis años Conduciendo. Tenía treinta y tres Galones de Accidente con veintiún Fallecimientos..., ninguno de ellos honorable. Ese Wilson conducía con un único propósito: matar. Y encontró lo que se merecía en nuestro Tom Rogers.

Aplausos de tío Mack y tía Edith, de Bill Ackerman y Lou Dorrance... y, mucho más importantes, del joven Larry Miles y del robusto Norm Powers, y de la rubia Geraldine Oliver y de la pequeña y espabilada Sally Peters.

Tom sonrió. Esta noche no sólo están tus amigos, papá. También están los míos. Mis amigos de Western...

La fama es tan impredecible como el temblor de una hoja, pensó Tom. Tan delicada como un montón de hierba. Pero el yugo de la fama descansaba agradablemente sobre sus hombros y no tenía la menor intención de liberarse de él. Y aunque todavía sentía temor, ahora era algo frágil, una cáscara fácil de romper.

Después, la madre de Tom se le acercó. Había en sus facciones un aire de orgullo, pero también algo de tristeza y de temor. Sus ojos tenían la mirada pensativa y titubeante de aquel para quien los hechos se han sucedido con demasiada rapidez para entenderlos.

—Mañana es sábado —murmuró la madre—. No hay clases y nadie espera que salgas a Conducir después de lo que ha sucedido hoy. Te quedarás en casa para celebrar tu aniversario, ¿verdad, Tom?

Tom Rogers movió la cabeza en señal de negativa.

—No —respondió anhelante—. Sally Peters da una pequeña fiesta en Nueva Boston. Es la primera vez que alguien como Sally me pide que vaya.

—Comprendo —dijo la madre, como si no lo comprendiera en absoluto—. ¿Irás en el monorraíl?

—No, madre —respondió Tom con gran suavidad—. Iré Conduciendo.

Edward Ludwig (1921-)

Edward Ludwig nació en Tracy, California, y se graduó en la universidad del Pacífico, en Stockton. Tras hacer el servicio militar como oficial de Guardacostas durante la segunda guerra mundial, trabajó de ayudante de secretario de juzgado, librero y jefe de compras de libros de la universidad Estatal de San José. Autor de unos veinte relatos de ciencia ficción, es asimismo fundador y propietario de Polaris Press. Durante los últimos tres años se ha dedicado en exclusiva a escribir, y actualmente trabaja en *The Hammer of the Tyger*, una novela corta sobre la regresión del hombre a un estado primitivo.

Referencias y comentarios
Por Charles G. Waugh e Isaac Asimov

DESARROLLO

Es una vida buena, por Jerome Bixby

Los psicólogos del desarrollo estudian la duración de la vida y los cambios que tienen lugar constantemente, desde el principio hasta el final, como resultado de ir envejeciendo y ganando experiencia. Un concepto importante en el desarrollo constituye un estadio. Cada estadio representa un período de nuestra vida, edificado sobre el anterior y organizado cada uno en base a un tema o función importantes.

Los cambios más espectaculares tienen lugar desde el nacimiento hasta la adolescencia y, en consecuencia, los estadios correspondientes a esos años han recibido una atención mayoritaria. De hecho, hasta hace apenas veinticinco años no empezó a prestarse atención a los estadios posteriores a la adolescencia.

Un psicólogo llamado Eric Erikson fue el primero en sugerir un esquema general para dividir nuestra vida en estadios generales. Recientemente esta idea de estadios en la vida adulta se ha hecho lo bastante popular como para servir de tema, en 1976, a un libro de gran venta, *Passages*, de Gail Sheehy.

La mayoría de la gente ha oído hablar de un psiquiatra llamado Sigmund Freud, gran parte de cuyas obras se centraban en los estadios infantiles. Freud creía que los niños pasaban por estadios sexuales, adquirían conciencia e iban pasando gradualmente del placer oral al genital. En consecuencia, consideraba ciertos tipos de conducta adulta como maneras de compensar los estadios de la niñez completados insatisfactoriamente.

Jean Piaget elaboró una teoría distinta que se centraba fundamentalmente en los estadios en que los niños adquirían conciencia de sí mismos y de las cosas que les rodeaban. Primero estaba el estadio sensorimotor, desde el nacimiento hasta los dos años, en que el pequeño aprende la diferencia entre sí mismo y los otros objetos, descubre que las cosas siguen existiendo aunque no estén a la vista y aprende que sus actos causan un efecto en el medio.

En segundo lugar, estaba el estadio preoperacional, desde los dos a los siete años, en que el niño aprende a utilizar el lenguaje y a clasificar los objetos, y surge gradualmente de su concepción egocéntrica en la que sólo cuentan sus propias necesidades. En tercer lugar, estaba el estadio operacional concreto, desde los siete a los once años, en que el joven adquiere capacidad de razonamiento lógico. Por último, Piaget situaba el estadio operacional formal, a partir de los once años, en que el adolescente empieza a pensar más allá de las cosas cotidianas que le rodean y empieza a darle vueltas a lo abstracto e hipotético.

Por desgracia para los habitantes de Peaksville, en este relato de Jerome Bixby, el joven Anthony no sólo está en el estadio preoperacional, sino que posee además el poder psíquico de reforzar sus concepciones egocéntricas. Lo que le gusta ha de estar bien; lo que le disgusta ha de estar mal...

SENSACIÓN

La máquina del sonido, por Roald Dahl

Hay innumerables cosas en el mundo que nos afectan constantemente. La «percepción» es el estudio de cómo se reciben e identifican algunas de tales cosas, como el sonido o el color.

Además de los cinco sentidos que más conocemos —vista, la oído, olfato, gusto y tacto— existen otras cosas en nosotros y en el mundo que nos rodea que podemos percibir. Podemos percibir el paso del tiempo, por ejemplo; o la presencia y cantidad de calor; o nuestra posición en el espacio y la posición de una parte del cuerpo en comparación con otra... Y así, muchas cosas más.

Por ejemplo, una prueba: cierre los ojos, extienda del todo el brazo con el índice recto y llévese la yema del dedo a la punta de la nariz en un gesto rápido. ¿Cómo podía saber dónde estaba la nariz la con los ojos cerrados? Su sentido quinestésico recuerda la posición de todas las partes del cuerpo.

Existen, naturalmente, otras cosas en el mundo que no podemos percibir porque no tenemos manera de captar las señales, o el bien porque, aunque podamos percibirlos, los estímulos que en condiciones normales nos afectarían están demasiado lejos o son demasiado débiles para hacerlo.

Por ejemplo, podemos captar sólo una parte ínfima de las radiaciones lumínicas que nos rodean. A esa parte la denominamos luz visible. Si pudiéramos ver otras radiaciones de este tipo, podríamos observar la luz infrarroja que despiden los objetos calientes, los rayos ultravioletas, los rayos X, las ondas de radio, etcétera. El ser humano no ha desarrollado nunca estas capacidades porque no le han sido necesarias, o bien porque esas radiaciones no existen en el ambiente natural salvo en cantidades muy pequeñas. En la naturaleza no hay rayos X, afortunadamente; de lo contrario sufriríamos graves daños.

Cada tipo de organismo tiene sus propias limitaciones sensoriales. Por ejemplo, el ser humano puede captar sonidos que van desde los 20 ciclos por segundo (cps) a los 20.000 cps, mientras que el perro puede captar «ultrasonidos» de hasta 50.000 cps, los murciélagos de hasta 120.000 cps y los delfines de hasta 150.000 cps. Y aunque nosotros no podemos escuchar los sonidos por debajo de los 20 ciclos, podemos percibirlos en forma de vibración (como en el sistema Sensurround de los cines).

Habitualmente, no pensamos que las plantas tengan sentidos pero, como es lógico, deben tenerlos. Las hojas responden a la luz, las raíces son afectadas por la gravedad, etcétera. Es posible que no conozcamos en toda su extensión los sentidos de las plantas. *The secret life of plants*, de Peter Tomkins y Christopher Bird, editada en 1973, expone una extensa lista de percepciones vegetales. Los autores, por ejemplo, creen que hablar con amor a las plantas las hace crecer mejor, y hablarles con desagrado las perjudica. En capítulos posteriores exponen unos ejemplos cada vez más sensacionalistas de respuestas de las plantas que hacen parecerlas casi capaces de leer el pensamiento.

Los botánicos, que han estudiado las plantas meticulosamente, no parecen en absoluto impresionados por estas nuevas teorías, al menos por el momento. Sin embargo, supongamos que las plantas experimentan realmente sensaciones como las nuestras. En *La máquina del sonido*, Roald Dahl estudia esta posibilidad. Es cierto que diversos experimentos científicos demuestran que las plantas son más receptivas a los estímulos de lo que podíamos pensar. Hablar con las plantas las hace parecer, realmente, más sanas; probablemente, ello se deba a que nosotros exhalamos el dióxido de carbono que ellas necesitan para crecer. Naturalmente, lo mismo da si les hablamos con amor o con desagrado, siempre que exhalemos el aire en dirección a ellas. También parece afectarlas las vibraciones y sonidos de la música; la música clásica parece favorecer su crecimiento, mientras que el rock and roll parece perjudicarlas.

PERCEPCIÓN

Órbita de alucinación, por J.T. McIntosh

Cada segundo, más de diez mil estímulos sensoriales llegan a nosotros. Constantemente, seleccionamos aquellos que creemos más importantes, haciéndolo deliberadamente en ocasiones y otras veces de forma inconsciente y sin saber siquiera que lo estamos realizando. Al seleccionar entre lo que percibimos, ordenarlo y alterarlo a veces para que nos resulte mejor, creamos en nuestras mentes una imagen de lo que consideramos la realidad que nos rodea. Este proceso está influenciado por nuestra cultura y por nuestras experiencias personales, de modo que hasta cierto punto percibimos lo que esperamos y deseamos percibir. Así, nuestra realidad puede no ser la realidad de los demás.

Dicho en pocas palabras, la «sensación» significa la percepción e identificación de elementos y cualidades individuales, como sonidos y puntos de luz. La «percepción» conlleva el uso de estos elementos y cualidades para representar objetos, acciones y hechos de modo tal que para nosotros tengan sentido.

Para poner de relieve la diferencia entre ambos conceptos, coloque ambas manos frente a su rostro: una a veinticinco centímetros y la otra con el brazo extendido. Compárelas. La imagen real de la mano más próxima en la retina del ojo es el doble en tamaño que la de la mano más alejada, pero a usted le parece que son iguales porque sabe que lo son.

En Órbita de alucinación, vemos que la percepción de la realidad puede ser errónea. Determinadas situaciones, como las de soledad y aislamiento, pueden potenciar ese error. Para actuar adecuadamente, la mente debe recibir un grado considerable de estímulos del mundo exterior; de no ser así, desde su interior generará falsos estímulos para compensar y, en tal caso, empezará a alucinar (percibir cosas que no están y que no existen en realidad).

Dada la situación de Ord en el relato, las alucinaciones que experimenta no son extrañas. De hecho, la monotonía de un día de viaje provocó en uno de nuestros amigos de la universidad muchos de esos mismos problemas. Durante las últimas horas de su viaje creyó recibir la visita y sostener animadas conversaciones con algunos de sus mejores amigos... los cuales, naturalmente, no estaban allí.

Donde se equivoca McIntosh es al creer que sólo viajando en grupos de cuarenta o más podían prevenirse las alucinaciones en el espacio. En 1952, cuando se escribió este relato, existían ya pruebas fehacientes de que la presencia de una única persona más (por ejemplo, un compañero de asiento) podía haber proporcionado la estimulación necesaria para mantener a una persona anclada en la realidad.

APRENDIZAJE

El ganador, por Donald Westlake

El aprendizaje se define como un cambio relativamente permanente en el comportamiento, que ocurre como resultado del entrenamiento.

El aprendizaje es importante para nosotros porque la mayor parte de lo que sabemos, incluido el idioma que hablamos, es aprendido. La capacidad humana de aprender con facilidad permite ser extremadamente flexibles a la hora de adecuarse a los cambios ambientales y, por tanto, para sobrevivir.

En el hombre existen cuatro modos de aprendizaje: aprendemos de nuestra propia experiencia, meditamos el paso a dar, observamos las experiencias de otros, o escuchamos lo que otros nos cuentan de sus experiencias, observaciones o pensamientos.

Gran parte del primer modo de aprendizaje consiste en la formación de hábitos y es denominado aprendizaje asociativo. La mayor parte de las otras tres formas de aprendizaje consiste en la elaboración de esquemas mentales, que hacen aumentar la comprensión. A esto se llama aprendizaje cognitivo.

Prácticamente todas las tareas tienen una parte de aprendizaje asociativo y otra de cognitivo. Por ejemplo, el tenis implica el gradual desarrollo de la capacidad muscular necesaria para moverse rápidamente y llegar bien a la pelota para golpearla por encima

de la red. Pero también precisa capacidades cognitivas para saber cuándo subir a la red o cuándo mantenerse en el fondo a de la pista.

Todos estos tipos de aprendizaje quedan ilustrados en El ganador. de Donald Westlake. Por experiencia, Revell aprende el efecto que producirá en él abandonar el recinto de la prisión. El entrevistador aprende, observando a Revell, cómo funciona el transmisor Guardián implantado. Wordman aprende, al meditar sobre la experiencia de Revell, que el castigo del Guardián no garantizará la obediencia universal. Por último, los nuevos presos, como Allyn, son informados de las consecuencias de intentar escapar.

El tipo de aprendizaje asociativo en que se hace hincapié en este relato es el condicionamiento operante (respuesta substitutiva). Con este aprendizaje, el animal o el ser humano adopta un tipo de acción y, según ésta, recibe una respuesta neutra, un premio o un castigo. Las acciones que reciben una respuesta nula o un castigo tienden a cesar; las acciones premiadas tienden a aumentar. Por ejemplo, cuando Revell se aleja sólo un metro más de los ciento cincuenta señalados desde el centro del recinto, recibe estímulos dolorosos cada vez más potentes del transmisor Guardián. Resulta muy natural, por tanto, que la mayor parte de los presos permanezcan casi automáticamente en el centro del recinto para evitar el castigo.

Sin embargo, Como apunta la conducta de Revell, puede haber castigos y premios que compitan por una misma acción. La recompensa inmediata en forma de un sabor agradable puede llevarnos a comer chocolate, caramelos u otras golosinas, pero a largo plazo eso puede llevarnos al castigo de no caber en el traje de baño el verano siguiente. ¿Prefiere usted ceder a la gratificación inmediata en pro de una buena salud y una buena silueta a largo plazo... o no?

En el caso de Revell, el castigo del Guardián no es tan grande como el sentimiento de autocondenación (otra forma de castigo) os que experimentaría si dejara de intentar la huida. Distintas personas pueden mostrar diferentes respuestas ante el temor al dolor o resistir intensidades muy diversas, de modo que las reacciones ante una situación serán también diferentes.

Un aspecto tenebroso de este relato es que la implantación de aparatos como el Guardián es técnicamente posible hoy día, aunque ello no significa que vaya a emplearse. La mayor parte de los psicólogos de la conducta consideran más eficaz el uso de recompensas el que el de castigos para convencer a unas personas para que hagan lo que otras personas responsables desean.

LENGUAJE

Por otro nombre, rosa, por Christopher Anvil

El lenguaje es importante porque forma la base primaria para lo que se va a aprender, pues hace que nosotros y otras personas intercambiemos información, bien sea mediante el habla o mediante la escritura.

Todos los idiomas consisten en una serie de símbolos (léxico) y un sistema de disponer tales símbolos (gramática), que puede generar un número infinito de mensajes con sentido (frases).

Existen pruebas de que las limitaciones biológicas de nuestros cerebros determinan el modo en que un determinado concepto es transformado en frases. Por el contrario, las palabras que forman un léxico parecen surgir por mera casualidad histórica. Alguien crea un nombre para una cosa y es aceptada (o no). De haber sucedido las cosas de otra manera, niño podría haberse dicho puero o neno en español. Las palabras tampoco se parecen a los objetos o hechos a que se refieren. Nadie podría saber que Mädchen, devosha o ragazza significan «muchacha» si no tuviera conocimiento previo del alemán, el ruso o el italiano.

Algunas palabras, como guau, guau, en cambio, sí pretenden parecerse a lo que representan. Tales palabras son, no obstante, bastante infrecuentes y, como mucho, son aproximaciones. Por ejemplo, en los comics anglosajones los perros ladran ¡bowwow!.

Existen dos opiniones muy diferentes respecto a la relación entre lenguaje y pensamiento. Algunos expertos creen que los idiomas tienen que diferenciarse fundamentalmente porque se desarrollan en ambientes distintos. Uno ha llegado a afirmar que una determinada tribu india no tiene problemas de tartamudez porque no tiene una palabra para ello.

Sin embargo, la mayoría de los investigadores sostienen la postura de que el pensamiento determina los detalles del lenguaje. La gente lo bastante interesada puede desarrollar nuevos modos o más precisos para hablar sobre un tema, mediante la invención de palabras y frases que sugieran nuevas ideas u otros modos de entender las ya existentes. Por eso, en Por otro nombre, rosa, Christopher Anvil acierta al sugerir que evitar las palabras que se refieren a pensamientos desagradables, como la guerra, sólo conduciría a la creación de otras palabras para esos mismos pensamientos desagradables e inevitables.

MEMORIA

El hombre que nunca olvidaba, por Robert Silverberg

Aunque el aprendizaje es, efectivamente, una de las facultades más valiosas que poseemos, la memoria resulta igualmente importante, pues la información no nos sirve de nada si no puede ser almacenada y utilizada en el momento oportuno.

Todavía es objeto de controversias cómo se produce la memoria. Sin embargo, se sabe que existen tres estadios, por lo menos.

El primero es el de la memoria sensorial, que se da cuando la información recogida por los ojos, por ejemplo, queda almacenada durante más o menos un segundo, una vez producida la estimulación. Esto parece proporcionar un breve lapso de tiempo en el cual el cerebro puede seleccionar la información que merece seguir siendo procesada. (Una de las aplicaciones más importantes de esto, digamos, es hacer posible las películas. Cuando varias imágenes inmóviles ligeramente distintas pasan ante los ojos a una velocidad suficiente, las nuevas imágenes interfieren en el almacenamiento de las anteriores y nuestro cerebro interpreta tales cambios como movimiento, y no como reemplazamiento de imágenes. Sin embargo, si alguna vez se observa como se rompe un rollo de película, la ilusión queda rápidamente de manifiesto.

El segundo estadio es el de la memoria de corto plazo. Aquí, la información verbal puede almacenarse durante unos veinte segundos antes de que sea necesario su reciclaje. Por esta razón, en ocasiones repetimos el nombre de las personas que nos interesan (e incluso el número de teléfono) hasta que las repeticiones fijan esos datos en la memoria de largo plazo. Ciertos tipos de estímulos (como los rostros de las personas) pueden saltarse este estadio intermedio y ser depositados directamente en la memoria de largo plazo.

Esta memoria de largo plazo constituye el estadio final. Como depósito de información, parece prácticamente ilimitada. Sin embargo, la información que es almacenada de este modo no siempre resulta disponible en el momento que se desea. La razón principal de que así sea parecen ser las interferencias, igual que resulta difícil localizar un objeto determinado en una habitación revuelta y llena de objetos depositados en ella al azar. Otros tipos de olvido son los que implican represión o distorsión de los datos, como cuando, simplemente, nos negamos a pensar en la información que nos perturba, o cuando falseamos o distorsionamos los recuerdos para que apoyen nuestras creencias.

Las memorias denominadas fotográficas (o eidéticas) permiten visualizar con todo detalle una información vista previamente. Hay personas que poseen esta capacidad: en los años cincuenta, Teddy Nadler la utilizó para vencer en un concurso de preguntas por 64.000 dólares en televisión, y para derrotar a casi todos sus oponentes en otro concurso similar. Sin embargo, la capacidad de recordar informaciones no tiene que ver con la capacidad de procesarla con el pensamiento. Por ejemplo, Nadler suspendió posteriormente una prueba para entrar a trabajar como encargado del censo.

Algunas pruebas apuntan a que la capacidad para almacenar y utilizar oportunamente toda la información recibida puede, incluso, interferir en la capacidad para pensar. Los recuerdos son tantos y tan específicos que resulta difícil generalizar. El mundo se convierte en una masa desordenada de innumerables puntos individuales, para los que no se encuentra ningún sentido.

Así pues, cabe la afirmación expuesta por Robert Silverberg en *El hombre que nunca olvidaba*, según la cual una memoria perfecta puede crear indecisión a la hora de reconocer a los demás. Sin embargo, una persona con unas relaciones sociales más desarrolladas que las de Tom podría haber afrontado el problema más directamente, igual que hombres de enorme fuerza, como Arnold Schwarzenegger, han aprendido a

estrechar las manos sin aplastarlas, o que los profesores de filosofía aprenden a hablar con la gente normal sin utilizar todo el léxico de que disponen.

Tampoco es preciso tratar los recuerdos dolorosos únicamente con el olvido. La experiencia suele permitirnos reinterpretar un recuerdo. Diez años después, el recuerdo de los nervios experimentados durante la primera cita pueden parecer ridículos. Tampoco es necesario concentrarse principalmente en los malos recuerdos, a menos que a uno le guste, en secreto, pasarlo mal.

Por último, los hijos de Tom podían no tener memorias perfectas pues, aunque el abuelo poseyera el don, la madre no lo había manifestado, de modo que el gen responsable tenía que ser recesivo.

MOTIVACIÓN

Círculo vicioso, por Isaac Asimov

¿Por qué entra Jane en las galerías Golden Arches a comprar una hamburguesa y patatas fritas? Ciertas constantes del cuerpo, como la reducción del nivel de azúcar en la sangre, producen unas señales que obligan a la muchacha a sentir hambre y le motivan a encontrar algún modo de satisfacer el deseo de comida.

La motivación es la causa que impulsa nuestros pensamientos y acciones. A menudo, nuestros motivos tienen una inspiración psicológica pero, incluso en este caso, los factores culturales, sociales y situacionales son importantes. Por muy hambriento que uno esté, titubeará antes de entrar en un restaurante de moda si no va vestido adecuadamente. En tal caso, la persona se encontrará con motivaciones distintas que actúan al mismo tiempo, lo que puede provocar conflictos.

En *Círculo vicioso*, de Isaac Asimov, el robot Speedy cae en la trampa de unas motivaciones en conflicto y llega a un punto de parálisis en que no puede ni avanzar ni retirarse. La Segunda Ley de la Robótica obliga a Speedy a avanzar hacia el pozo de selenio como sus amos le han pedido. Sin embargo, hacerlo significará arriesgar la supervivencia, lo cual es algo que el robot no debe hacer, según la Tercera Ley de la Robótica.

Los psicólogos denominan al dilema de Speedy conflicto aproximación-evitación. Este conflicto se produce cuando una persona enfrentada a un objetivo tiene sentimientos encontrados respecto a si conseguirlo o no. Una vez establecido un objetivo, la persona juzga la situación y decide si seguir adelante o retirarse. La sensación de atracción, sin embargo, puede ocultar una sensación de evitación, de modo que la persona puede empezar a tender al objetivo marcado y después, como en el caso de Speedy, encontrar un punto en que la valoración de los aspectos negativos del objetivo iguala y empieza a superar la valoración de los aspectos positivos. Speedy sólo consigue superar este

conflicto cuando entra en juego la Primera Ley de la Robótica, que tiene preferencia sobre las otras dos, y le proporciona un motivo más estimulante.

Aunque no se tratan en este relato, existen otros tres tipos de conflictos motivacionales, además del de aproximación-evitación.

En el conflicto aproximación-aproximación, la persona se encuentra dividida entre dos alternativas deseables, como leer un buen libro o ver una buena película, o entre dos modos alternativos de satisfacer una motivación deseada, como comer un bocadillo o un pastel. Este conflicto suele resolverse con rapidez, ya que aproximarse a cualquiera de ambas alternativas aumenta el atractivo de una al tiempo que reduce el atractivo de la otra.

En el conflicto evitación-evitación, la persona debe escoger entre dos alternativas no deseables, como alistarse en el ejército o afrontar un juicio por deserción. Este tipo de conflicto suele prolongarse un tiempo, ya que cualquier movimiento hacia una de las alternativas hace parecer a ésta más indeseable que la otra.

En el conflicto de doble aproximación-evitación, la persona se enfrenta a dos objetivos alternativos, o dos modos alternativos de satisfacer una motivación, en los que cada alternativa presenta aspectos convenientes o inconvenientes. Por ejemplo, John es un entusiasta del alpinismo y un día se encuentra ante una montaña que le permite escoger entre escalarla por la ladera norte o hacerlo por la sur. La ladera norte es más rápida y fácil, pero no tiene una vista demasiado espectacular. La ladera sur es más escarpada y difícil de escalar, pero ofrece una vista espectacular.

Sea cual sea la decisión de John, probablemente se preguntará, en un momento dado de la ascensión, si realmente tomó la adecuada. A menudo, una determinada situación parece más indeseable de lo que realmente es, ya que la persona es siempre más consciente de las desventajas de la situación en que se encuentra que de los inconvenientes de la alternativa. Así, en *Círculo vicioso*, Powell y Donovan hablan de lo bien que irán las cosas cuando dejen Mercurio y lleguen a la Estación Espacial. En el relato del doctor Asimov que sigue a éste, *Razón*, incluso en su colección *Yo, robot*, los hombres se enfrentan con tantos problemas que desearían de buena gana estar de vuelta en Mercurio.

INTELIGENCIA

Absalón, por Henry Kuttner

Alfred Binet, francés, elaboró en 1905 el test de inteligencia como un medio para predecir el éxito académico. Hoy, tras muchas revisiones, ésa es todavía su utilidad más extendida. Binet creía que, en su test, los niños más brillantes obtendrían resultados similares a los de otros niños de más edad, no tan brillantes. Por esta razón, calculó los

CI (cociente de inteligencia) dividiendo la edad mental, determinada por los resultados del test, por la edad cronológica, y multiplicando la cifra por cien.

El cincuenta por ciento de la población se encuentra en lo que se considera la franja normal, entre 90 y 109; los bachilleres superiores tienen un promedio de 105, los graduados universitarios de 115 y los licenciados y doctorados de 130. Sólo cuatro de cada diez mil personas poseen un CI de 160 o más.

En Absalón, de Henry Kuttner, se dice que Absalón tiene una edad mental de veinte años, aunque su edad cronológica es de sólo ocho. Así pues, su CI sería de un extraordinario 250, sobrepasando con mucho la afamada brillantez de muchos de los personajes históricos notables como Thomas Jefferson (145), Wolfgang Amadeus Mozart (150), Voltaire (170), John Stuart Mill (190) o sir Francis Gallon (200). (Estos personajes no se sometieron nunca a un test de inteligencia y las cifras se han calculado a partir de los testimonios sobre sus capacidades en los primeros años de su vida, siendo, por tanto, poco fiables.)

Resulta importante saber que un CI alto no garantiza el éxito. Los estudios han demostrado que el posterior éxito laboral de los estudiantes universitarios tiene poco o nada que ver con sus calificaciones escolares. En un espacio de 10 o 15 puntos, factores como la decisión, la personalidad, las relaciones y la suerte son más importantes que la inteligencia. De hecho, el mundo sería un lugar más agradable si se diera más énfasis a ciertos rasgos relativamente abandonados como la amabilidad, la sinceridad, la moralidad o la creatividad.

Durante algunos años, los psicólogos se han interesado por el impacto del medio ambiente sobre la inteligencia. Desde luego, el ambiente puede producir cambios espectaculares. Por ejemplo, la disección revela que las ratas criadas en ambientes favorables terminan con cerebros más desarrollados que los de sus congéneres. En otro experimento, se proporcionó un ambiente favorable a diez niños recluidos en una institución y clasificados como retrasados mentales. Posteriormente, el CI de estos niños resultó ser ¡53 puntos superior, en promedio, al de otros niños parecidos a quienes no se proporcionó tal ambiente! La mayor parte de los integrantes del primer grupo terminó sus estudios de enseñanza media, se casó y llevó una vida normal. La mayoría de los pequeños del segundo grupo permaneció recluido en instituciones especiales.

PERSONALIDAD

Alas en la oscuridad, por Fred Saberhagen

El paciente entra en la estancia y toma asiento junto a un teclado de máquina. Una luz emite un centelleo. En la pantalla aparecen unas palabras: «El doctor le atiende. Por favor, empiece a escribir sus comentarios».

«Doctor, estoy enfadado con mis padres», escribe el paciente.

«¿Por qué cree que está enfadado con sus padres?» —aparece en la pantalla.

«Porque no me dejan el coche el próximo sábado.»

«¿Por qué cree que no se lo dejan?»

«Porque no he cortado el césped del jardín.»

Etcétera, etcétera, durante media hora, por lo menos. El paciente hace comentarios y preguntas mientras que el doctor responde indirectamente con preguntas, aclaraciones y nuevos planteamientos de las cuestiones.

En este caso, sin embargo, el doctor es simplemente un ordenador programado para responder de esta manera. Si alguna vez le ocurre algo parecido, no se avergüence. Los estudios demuestran que la gente no distingue, generalmente, al terapeuta real del programa del ordenador. Incluso terapeutas experimentados, desconocedores de la fuente de las entrevistas, consideran a ambos igualmente adecuados.

¿Significa esto que las simulaciones por ordenador de personajes históricos que propone Fred Saberhagen en *Alas en la oscuridad* pueden ser factibles en un futuro próximo?
¿Habrá algún día una máquina capaz de reproducir «las características y comportamientos que determinan la adaptación, personal y única, del individuo con su medio ambiente», es decir, la personalidad individual de cada ser humano?

En absoluto. Dos problemas inabordables cierran el camino.

En primer lugar, la complejidad del ser humano. Según un estudio, en inglés hay más de 18.000 palabras referidas a características personales. A partir de ellas, un psicólogo elaboró una lista de dieciséis rasgos internos básicos que consideraba suficientes para describir adecuadamente la personalidad individual. Sin embargo, estos dieciséis rasgos difícilmente describen los innumerables rasgos secundarios que posee el individuo, ni el poderoso efecto que puede ejercer un estado de ánimo pasajero o una situación específica sobre el comportamiento de la persona. Por ejemplo, los auténticos terapeutas hacen muchas otras cosas además de ayudar al paciente. Si observamos cómo cambiamos nuestra conducta de mil modos distintos para adecuarnos a nuestra percepción de cómo están las cosas y qué tenemos que hacer, veremos que queda realmente mucho tiempo hasta que puedan elaborarse máquinas realmente parecidas al ser humano.

En segundo lugar, está el problema de la reconstrucción de la personalidad de esos personajes históricos. La cifra expuesta por Saberhagen de cuatro millones de bits de información histórica resulta, con toda seguridad, inadecuada para una reconstrucción tal. No incluyen información sobre el potencial innato del individuo (o estructura genética) y dependen de datos de segunda mano que pueden resultar falsos o, como mucho, terriblemente incompletos.

En realidad, el número de bits de información que una persona normal almacena durante su vida puede ser de unos 250.000 millones de veces mayor del contenido en el paquete de información que utiliza Saberhagen.

PSICOLOGÍA DE LAS ANORMALIDADES

En caso de emergencia, por Randall Garrett

¿Qué es la enfermedad mental? ¿Cuántos tipos hay? ¿Cuáles son las causas? La psicología de las anormalidades busca respuestas a preguntas de este tipo. Ciertamente, las enfermedades mentales constituyen un problema mundial. En los Estados Unidos, por ejemplo, una de cada cuatro personas experimentan síntomas lo suficientemente graves como para perturbar su vida cotidiana; aproximadamente una de cada diez padecen un trastorno mental grave (psicosis) en algún momento de su vida, y una de cada cien es hospitalizada para seguir tratamiento terapéutico en alguna época de su vida.

Sin embargo, resulta difícil alcanzar un acuerdo universal sobre qué se entiende por anormalidad. Por un lado, la conducta que en un lugar es considerada anormal, en otra parte puede darse por normal. Los bigamos europeos no tendrían problemas de este tipo en algunas naciones islámicas. Por otro lado, la misma sociedad puede considerar normal una conducta en ciertas situaciones, y anormal en otras. Quitarse la ropa en la habitación de uno es un comportamiento considerado correcto, mientras que desnudarse en medio de la clase puede hacer que los demás crean que ese compañero necesita un examen psiquiátrico. Por último, los trastornos se producen en diferentes grados e intensidades, y existen opiniones divergentes sobre el grado de incapacidad que debe existir para que una persona sea considerada enferma.

En cuanto a las causas de la enfermedad mental, cabe decir que son varias. Ciertos tipos de enfermedades, como los trastornos esquizofrénicos o maniaco-depresivos, están determinados en gran medida por causas biológicas. Otros tipos, como los trastornos denominados fobias, parecen ser consecuencia, principalmente, del aprendizaje. Otras causas pueden ser los conflictos internos y las tensiones que surgen en las situaciones en que se encuentra la persona.

También parece muy probable que, a menudo, algunos trastornos sean resultado de varias causas que actúan a la vez. Por ejemplo, las causas biológicas de la esquizofrenia pueden ser más efectivas si la víctima no llega a desarrollar una confianza básica en el mundo (un problema interno) o está sometida a una gran tensión por parte de su jefe (situación de estrés).

Naturalmente, existen muchos tipos distintos de anormalidad mental. En el relato En caso de emergencia, de Randall Garrett, el embajador, Malloy, padece dos tipos de fobia (miedos irracionales); la señorita Drayson, su secretaria, y James Nordon, el negociador jefe, padecen trastornos de la personalidad, y Kylen Braynek, el negociador ayudante, padece psicosis paranoide (delirios de persecución).

Aunque este relato trata del comportamiento anormal, Malloy logra el éxito debido a sus conocimientos de psicología social. Nombra a dos negociadores al advertir que los grupos suelen ser más eficaces en la resolución de los problemas que un individuo solo. Tienen más recursos y suelen cometer menos errores, ya que un miembro del grupo tiende a descubrir los errores del otro. Además, el embajador aumenta las posibilidades del equipo al seleccionar a sus miembros según las exigencias de la situación. Esto convierte en cualidades positivas la indecisión de Nordon en el mando y la paranoia de Braynek.

TERAPIA

Para eso están los amigos, por John Brunner

El modo en que tratamos una enfermedad depende, naturalmente, de cómo hayamos definido su naturaleza. Hasta el siglo XVII, la mayor parte de las explicaciones hablaban de la presencia de demonios en los enfermos mentales. En consecuencia, las terapias más utilizadas eran el exorcismo religioso, la tortura (para expulsar a los demonios) y la muerte. Los manicomios empezaron a surgir en la Edad Media, pero siguieron siendo poco más que cárceles hasta 1792, en que el médico francés Philippe Pinel aprovechó el idealismo de la Revolución francesa para establecer reformas en el tratamiento de los enfermos mentales.

Entre los profesionales dedicados a la psicoterapia se cuentan psiquiatras, psicólogos clínicos, asistentes sociales psiquiátricos y enfermeras psiquiátricas. Por este orden, son doctores en medicina o en psicología, asistentes sociales graduados y enfermeras tituladas, todos ellos especializados en el tratamiento de la enfermedad mental.

Aunque existen más de 130 tipos distintos de enfoques terapéuticos, las mayores esperanzas de que un paciente se recupere se basan en sus propios deseos de conseguirlo y en la calidad de la relación entre el terapeuta y el paciente, sea cual sea el tratamiento utilizado.

Ya hemos dejado muy atrás la tortura como medio terapéutico. Actualmente, ciertos tipos de terapia, como la psicología conductista y el uso de drogas adecuadas, parecen muy indicados para determinados problemas. Cuanto más se conocen las causas de la enfermedad, mejores terapias van desarrollándose.

Las psicoterapias persiguen cambios en el comportamiento o en las creencias por medio de métodos psicológicos. Entre ellas se cuentan las terapias cognitivas, que insisten en convencer al paciente, mediante palabras, para que modifique su comportamiento; las terapias conductistas, que hacen hincapié en la modificación directa del comportamiento, en lugar de obtenerla indirectamente a base de desarrollar un juicio lógico del mismo; por último, las terapias de grupo insisten en modificar los roles sociales y los esquemas comunicativos.

La terapia cognitiva constituye la mayor parte de la táctica utilizada por Buddy en Para eso están los amigos, de John Brunner. Tal como aconseja la terapia centrada en el paciente, Buddy clarifica con toda paciencia los sentimientos y acciones de Tim al tiempo que proporciona a éste una aceptación inesperada. Por otra parte, Buddy utiliza técnicas conductistas como adoptar el rol de modelo, castigar las transgresiones y premiar el buen comportamiento. Por último, casi al final del relato, Buddy practica cierta terapia familiar (de grupo) cuando analiza los sentimientos de Jack y Lorna.

Finalmente, la nueva conducta de Tim, aceptada socialmente, obliga a los padres a pensar en variar sus propios modelos de comportamiento para potenciar que el pequeño desee recompensarles. No obstante, si vemos que la conducta de los padres es la causa principal de los problemas iniciales de Tim, cabe preguntarse por qué Buddy no intentó utilizar la terapia familiar mucho antes. Por ejemplo, acabar con el perverso juego de Jack («Si no fuera por ti...», o «¡Te he pillado...!») habría reducido el deseo de Lorna de ponerle en situaciones embarazosas.

Por otro lado, las somatoterapias pretenden provocar cambios en el comportamiento o en las creencias por métodos fisiológicos. Entre estos métodos, que sólo pueden ser utilizados por psiquiatras, se cuentan la cirugía, la estimulación eléctrica o terapia de shock y la quimioterapia (fármacos).

Muchos psicoanalistas condenan las somatoterapias por no eliminar las causas profundas de la enfermedad, y se dan frecuentes quejas sobre abusos o malas utilizaciones de las mismas. No obstante, la terapia de shock y la estimulación eléctrica del cerebro parecen ser maneras eficaces de eliminar una depresión grave, permitiendo así el uso de otras psicoterapias posteriores con una mayor eficacia.

Además, la quimioterapia es el tratamiento más eficaz que se ha encontrado para varias formas de psicosis. Por sí sola, es la causa principal de la espectacular reducción del número de pacientes internados en hospitales mentales, que, en Estados Unidos, pasó de 559.000 en 1959 a 193.000 en 1975.

PSICOLOGÍA SOCIAL

Conductores, por Edward W. Ludwig

A primera vista, la psicología social parece un revoltijo de temas sin relación como el comportamiento prosocial, la afiliación, la conducta colectiva, la agresión, los procesos de grupo y la persuasión. Lo que éstas y otras cosas tienen en común es que se ocupan del cómo y por qué los individuos influyen y son influidos por una situación social y por los demás individuos.

La agresión, por ejemplo, suele definirse como aquella palabra o acción dirigida voluntariamente a perjudicar a otro y que, realmente, le hace daño. Su forma más violenta es la guerra y, desde que existen noticias históricas, apenas han existido

doscientos años en total sin que, en algún lugar, tuviera lugar una guerra. La violencia individual también está muy extendida. En Estados Unidos se registra un promedio de una muerte violenta cada 36 minutos, un atraco cada 2 minutos y un delito grave de cualquier tipo cada 7 segundos.

Además, con la llegada de la alta tecnología, el problema se agrava, ya que unas armas mejores matan más personas. Durante el período de 125 años anterior a la segunda guerra mundial, se calcula que 58 millones de seres humanos murieron a manos de sus semejantes. Eso da un promedio de casi una persona por minuto.

Todo el mundo se muestra de acuerdo en que deben tomarse medidas para reducir la violencia. Sin embargo, no hay acuerdo sobre la naturaleza de los pasos a adoptar, ya que hay desacuerdo sobre las causas de la violencia y la agresividad.

Algunos insisten en causas biológicas como predisposiciones genéticas, lesiones orgánicas o desequilibrios químicos u hormonales. Según Freud, la sociedad debe contener los poderosos impulsos sexuales y agresivos innatos en las personas para conservar el orden y la civilización. Sin embargo, tienen que existir métodos de liberar tales impulsos que sean socialmente aceptados, o las personas acabarían estallando violentamente como ollas a presión descuidadas. Por eso, los freudianos consideran que el deporte, el debate y las películas de terror sirven a la sociedad para estimular la liberación de los impulsos agresivos. El individuo sale más feliz y es mucho más improbable que resulte agresivo en el futuro inmediato.

Otros psicólogos insisten en la importancia de los factores ambientales, como la conducta del grupo, las masas o la televisión. Ésta, por ejemplo, muestra un promedio de ocho actos violentos por hora en los momentos de máxima audiencia, y los actos agresivos superan a los de afecto en una proporción de 4 a 1. Tras revisar diez años de estudios sobre el tema, el Instituto Nacional de Salud Mental de los Estados Unidos llegó a la conclusión, recientemente, de que «la violencia televisada y la agresividad están claramente relacionadas en el niño». Esta conclusión añade que contemplar actos violentos no libera impulsos agresivos, sino que los aumenta.

Por último, hay quienes hacen hincapié en factores psicológicos, como intentar potenciar la autoestimación, percibirse como poco importante o sentirse frustrado. Por ejemplo, las bandas callejeras suelen estar compuestas de adolescentes con bajo grado de autoestimación, siendo escasos los que tienen un alto grado de la misma.

Aunque la mayor parte de los psicólogos considera que las causas biológicas son las fuentes menos importantes de agresividad, Edward Ludwig ha decidido basar su relato Conductores sobre la teoría freudiana.

Así, el combate en la autopista se ofrece como un modelo socialmente deseable de canalizar los impulsos agresivos y liberarlos inofensivamente. Nótese, sin embargo, que en el relato esta actividad queda reforzada mediante apoyos ambientales y psicológicos, como medallas por muertes, aprobación del grupo y los compañeros, y aumento de la sensación de rivalidad.

Sin embargo, la mayor parte de las pruebas realizadas (como en los mencionados estudios realizados sobre televisión) apunta a que este tipo de soluciones es, como

mucho, un remedio a muy corto plazo que no compensa el efecto perjudicial a largo plazo, que lleva a adquirir hábitos agresivos. En otras palabras, darle a alguien un golpe en la nariz puede dejarle a uno más descansado, pero aumenta las posibilidades de que vuelva a darle un golpe parecido a otra persona en el futuro. Siempre, claro está, para liberar sus sensaciones de hostilidad. Eso es lo que expone Tom Rogers al final del relato, cuando decide Conducir a casa de la chica.

Además, si Freud se equivocaba acerca de los impulsos sexuales y agresivos, y el problema es simplemente de exceso de energías, entonces tendría mucho más sentido dedicarse a la exploración del espacio o a escalar montañas. Ambas actividades potenciarían la autoestimación y ninguna de ambas enseñarían agresividad.

FIN